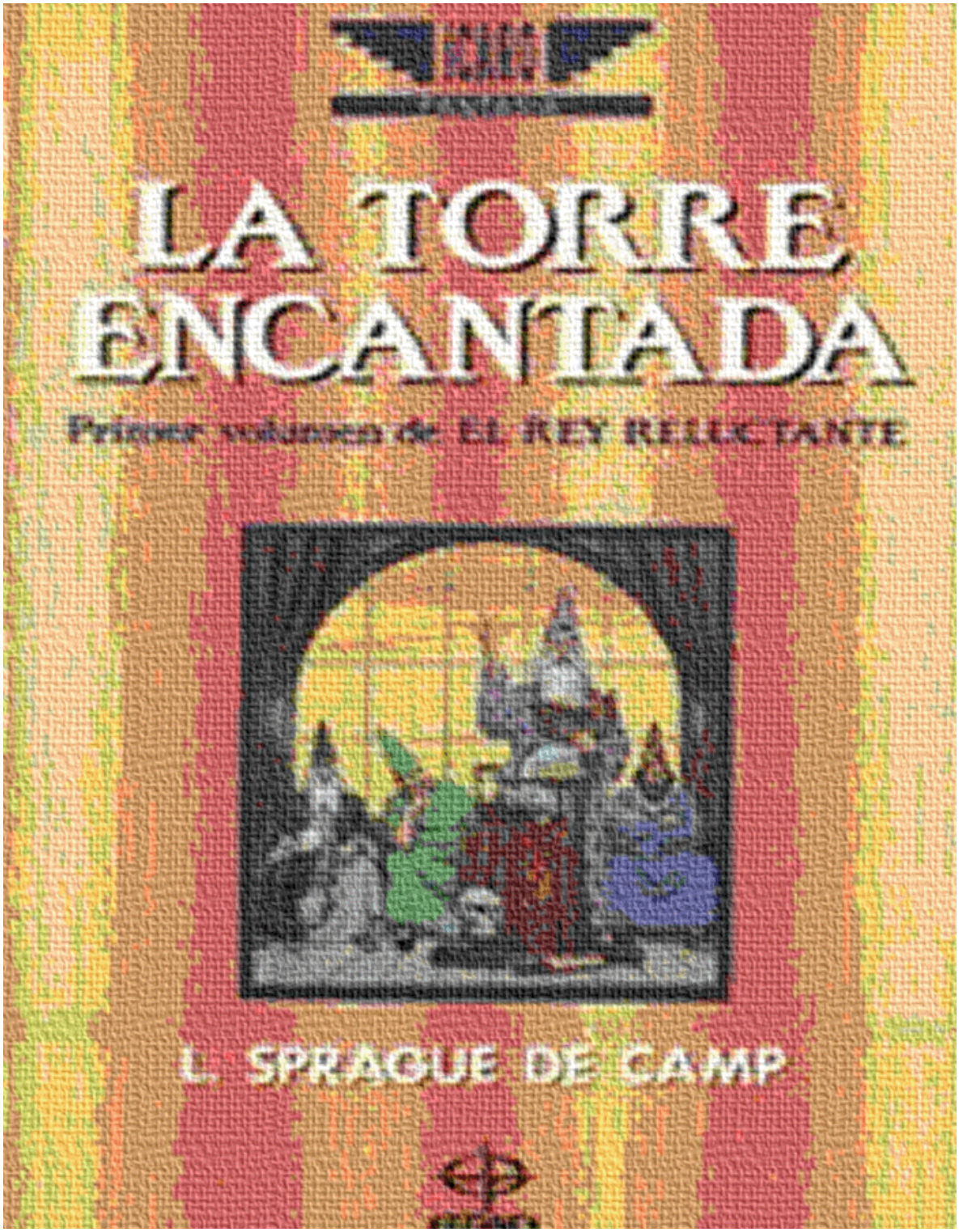
La Torre Encantada, El Rey Reluctante I

LYON SPRAGUE DE CAMP



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Un Trozo De Cuerda

-Curiosa costumbre -dijo el bárbaro-, la de cortar la cabeza de vuestro rey cada cinco años. Me asombra que haya candidatos al trono.

En el patíbulo, el verdugo pasó frotando una piedra de afilar a lo largo del reluciente filo de su hacha, dejó caer la piedra en el interior de su zurrón, miró la hoja de arriba a abajo, y la tocó aquí y allá con el dedo pulgar. Quienes se encontraban abajo entre la multitud no pudieron ver su sonrisa de satisfacción debido a la negra capucha que, a excepción de los agujeros para los ojos, cubría su cabeza. El hacha no era ni una herramienta de leñador ni el arma de un guerrero. Mientras que el mango, hecho de buena madera de roble, era el de un hacha normal, su cabeza de acero azul era insólitamente extensa, como una cuchilla de carnicero.

El patíbulo se elevaba en pleno campo de entrenamiento fuera de las murallas de la ciudad de Xylar y cerca de la Puerta Sur. Aquí se había reunido casi toda la población de la ciudad, además de cientos de personas procedentes de ciudades y pueblos remotos. Alrededor de la base del patíbulo, un batallón de piqueros con cotas de malla negra sobre casacas de color escarlata se alineaba de cuatro en fondo, a fin de asegurarse de que ninguna persona no autorizada se acercase hasta el patíbulo durante la ceremonia, y al mismo tiempo de que la víctima no escapase. Las dos filas de fuera miraban hacia el exterior, y las dos de dentro, hacia el interior.

Alrededor de los tres lados del patíbulo estaban sentados en bancos los nobles de Xylar, vestidos de color carmesí, esmeralda, oro y blanco. Otra fila de soldados separaba la clase selecta del populacho. Este último, vestido de color marrón, pardo y negro, se agrupaba de pie formando una masa amorfa y expectante, que ocupaba la mayor parte del campo.

Al lado oeste del cadalso, esta multitud se apiñaba contra las filas internas de la tropa. Aquí el gentío estaba formado principalmente de hombres jóvenes. Además de los cientos de artesanos de la ciudad y de los campesinos de las granjas, incluía algo de la joven aristocracia. Los buhoneros se abrían paso entre este gentío, vendiendo pasteles, embutidos, frutas, sardinas, vino, cerveza, sidra, parasoles y amuletos de la buena suerte. Apartados de la multitud de espectadores, jinetes con armadura, con el reloj de arena escarlata de Xylar en el sobreveste blanco, vigilaban el extremo del campo.

Arriba, un sol blanco resplandecía en el cielo sin nubes. Un ligero viento agitaba con sus soplidos las hojas de los robles, álamos y gomeros que cercaban el campo. Sacudía las banderolas rojas y blancas que ondeaban en lo alto de las astas situadas en las esquinas del patíbulo. Unas cuantas hojas de los gomeros habían pasado ya de verde a escarlata.

Sentado entre los nobles, el canciller Turonus respondió a la pregunta del bárbaro:

-Nunca hemos tenido problemas para encontrar candidatos, príncipe Vilimir. ¡Mirad cómo se amontona la gente por el lado oeste del patíbulo!

-¿Se arrojará la cabeza a lo lejos? -preguntó el príncipe Vilimir con el dedo índice en la boca, con el cual estaba tratando de quitarse un trozo de asado que tenia entre los dientes. Aunque iba bien afeitado, el largo pelo rubio con mechas grises de Vilimir, su capa y su chaqueta de piel y las botas de cuero de caballo cubiertas de pelo le conferían un aspecto velludo. Sus numerosos y enormes adornos de oro y plata tintineaban cuando se movía. Había capitaneado el bando perdedor en una disputa intertribal sobre quién debía ser el próximo kan de los

gendings, y por tanto estaba en el exilio. Su rival, que al mismo tiempo era su tío, gobernaba ahora aquella fiera horda nómada.

Turonus asintió.

-Sí, y el que la coja será nuestro nuevo rey.

Era corpulento y de mediana edad, envuelto en una gruesa capa azul que le protegía contra el frío del primer día fresco de otoño.

-El Gran Juez la arrojará a lo lejos. Hay una ley que obliga al rey a dejarse crecer el pelo, para que el juez tenga por dónde agarrar. En cierta ocasión un rey se hizo afeitar la cabeza por completo la noche anterior a la ceremonia, y el verdugo tuvo que traspasar las orejas con un cordel. Fue muy embarazoso.

-¡Por las barbas de Greipnek! ¡qué desagradecido! –dijo Vilimir, mientras una sonrisa feroz atravesaba su enjuto rostro marcado con cicatrices-. Como si un lustro de lujo real no fuese suficiente... ¿No es ése el rey Jorian? -El príncipe de Shven hablaba novario con bastante fluidez, pero con cierto acento norteño que convertía "Jorian" en "Zhorian"

-Sí -respondió el canciller, mientras una pequeña comitiva avanzaba lentamente por el camino que los soldados mantenían despejado entre la Puerta Sur y el patíbulo.

-Fui a cazar con él el mes pasado -dijo Vilimir-. Me pareció un hombre de carácter, para ser un sessor, quiero decir. -Utilizó una palabra característica de los nómadas de Shven, que significa un "no nómada" o persona sedentaria. Entre los nómadas, esta palabra era una expresión de desprecio, pero el canciller juzgó conveniente ignorar esto. El exiliado continuó-: También me pareció muy hablador, más de lo que le conviene, creo yo, pero es divertido escucharle.

El canciller asintió distraídamente, pues la comitiva se había acercado ahora lo suficiente como para reconocer las caras. Primero llegó la banda real, tocando una marcha funebre. A continuación se acercó el Gran Juez de Xylar con su barba blanca, ataviado con un largo manto negro y una cadena dorada alrededor del cuello. Le seguían cuatro alabarderos en el centro de los cuales se alzaba el rey. Todos los que se encontraban cerca del camino por el que avanzaba el grupo, así como muchos otros en distintas partes del campo, se hincaban una rodilla en el suelo cuando pasaba el rey.

El rey Jorian era un joven alto y fuerte, de piel rubicunda, ojos negros y profundos, y pelo negro y fuerte que le llegaba hasta los hombros. Su cara, por lo demás afeitada, mostraba un fiero bigote que sobresalía como los cuernos de un búfalo. Una prominente cicatriz le atravesaba la nariz -que tenía una pequeña arruga- y continuaba bajando diagonalmente por su mejilla izquierda. No llevaba más ropa que sus babuchas y un par de calzones de seda, y tenia las manos atadas a la espalda. Una corona -formada por una delgada banda de oro con una docena de picos cortos, despuntados y erectos- iba asegurada a la cabeza con una correa en la barbilla.

El príncipe Vilimir murmuró:

-Nunca había visto una corona con... ¿cómo dicen ustedes?... una correa en la barbilla.

-Es necesario para mantener unidas la cabeza y la corona durante el lanzamiento del Lote de Imbal, -explicó Turonus-. Una vez, hace años, la corona se cayó al ser arrojada la cabeza. Un hombre cogió la corona, otro la cabeza, y ambos reclamaban el trono. El resultado fue una sangrienta guerra civil.

Detrás de los soldados venia un hombrecillo delgado y de piel oscura con una tosca túnica marrón, y con un abultado turbante blanco en la cabeza. Tanto su barba como su largo y sedoso pelo blanco volaban al viento. Una cuerda le rodeaba la cintura, y colgado de los hombros con una correa llevaba una especie de morral.

-El consejero espiritual del rey -dijo el canciller Turonus-. No parece conveniente que un pagano de Mulvan despida al rey de Xylar, en lugar hacerlo uno de nuestros sacerdotes sagrados. Pero Jorian insistió, y se pensó que debía respetarse su última voluntad.

-¿Quién...? ¿Cómo conoció el rey a este tipo? -preguntó Vilimir.

Turonus se encogió de hombros.

-Durante el año pasado, ha recibido a todo tipo de personas extrañas en el palacio. Este charlatán -perdonad. el Santo Padre Karadur- vino a parar aquí, sin duda tras huir penosamente de su país por haber sido objeto de cierto malévolo hechizo nigromántico.

Entonces llegaron cuatro hermosas jóvenes, las esposas del rey. La quinta había dado a luz el día anterior y se consideró que no estaba lo suficientemente fuerte como para asistir a la ceremonia. Las cuatro presentes estaban espléndidas envueltas en sedas, joyas y oro. Detrás de las esposas venia, con la cabeza afeitada y un manto púrpura, el sumo sacerdote de Zevatas, gran dios del panteón novario; a continuación. Un montón de oficiales del palacio, y las damas de honor. En último lugar llegó Kaeres el carpintero, el principal organizador de funerales de Xylar, y seis amigos del rey que llevaban a hombros uno de los nuevos ataúdes de Kaeres.

Cuando la comitiva llegó al pie del patíbulo, la banda guardó silencio. Tras una consulta en voz baja, el Gran Juez subió los peldaños del patíbulo, seguido por dos de los cuatro alabarderos.

El rey Jorian se despidió de sus cuatro esposas con un beso. Ellas se colgaban de su cuello, llorando y cubriendo de besos su ancho rostro de rasgos duros.

-No, no -dijo Jorian con voz ronca y cierto acento campesino de Kortolia-. No lloréis, queridas mías.

Los dioses, de cuyas pueriles pipas salen volando un billón de pompas de jabón,
nos han traído al mundo de un soplo. Flotamos, tambaleamos, nos irisamos y brillamos;
luego estallamos. Pero de sus pipas, otro billón de pompas saldrá volando.

-Dentro de un año, tendréis mejores maridos de lo que yo fui jamás para vosotras.

-¡No queremos otros maridos! ¡Sólo te amamos a ti! -se lamentaron.

-Pero los niños han de tener padrastros -les recordó-. Ahora volved a palacio para que no veáis fluir la sangre de vuestro señor. También tú, Estrildis.

-¡No! -gritó la esposa aludida, que, aunque bonita, era la menos hermosa de las cuatro, rechoncha y con ojos azules-. ¡Yo te veré hasta el final!

-Harás lo que yo te diga -dijo Jorian gentilmente, pero con firmeza-. Irás por tu propio pie o haré que te lleven. ¿Qué prefieres?

Los dos soldados que habían permanecido en el suelo posaron sus manos delicadamente sobre los brazos de la mujer, y ella se soltó para correr, llorando, tras las demás. Jorian gritó: ¡Adiós! y se volvió hacia el patíbulo.

Mientras el rey subía las escaleras, su mirada vagaba de un lado a otro. Sonreía y asentía cuando sus ojos se encontraban con algún conocido entre la multitud. Para muchos, parecía demasiado alegre para ser un hombre que estaba a punto de perder la cabeza.

Cuando, con paso firme, Jorian llegó a la plataforma del patíbulo, los dos alabarderos que le habían precedido llamaron al orden y colocaron sus puños derechos en el pecho, sobre sus corazones, a modo de saludo. Tras él llegó el hombre santo mulvani y el sumo sacerdote de Zevatas.

Al fondo, en el lado oeste del cadalso, a pocos pasos del borde, se elevaba el tajo, recién tallado y reluciente de pintura roja nueva. Entre las astas de las banderas del lado oeste, se extendía un tramo de malla, de una yarda de alto, para asegurar que la cabeza no rodase fuera del cadalso.

Apoyado sobre su hacha, el verdugo esperaba junto al tajo. Al igual que Jorian, no llevaba más que unos calzones y unos zapatos. Aunque no tan alto como el rey, el verdugo era más largo de brazos e incluso más ancho de torso. A pesar de la capucha, Jorian sabía que su ejecutor era Uthar el carnicero, que tenía un puesto cerca de la Puerta Sur. Como Xylar era una ciudad demasiado pequeña y tranquila como para mantener a un ejecutor de dedicación exclusiva, contrataba a Uthar de vez en cuando para que desempeñara aquella tarea. Jorian había consultado personalmente a este hombre antes de aprobar la elección.

-El truco, majestad -le había dicho Uthar-, es dejar que el peso del hacha haga su trabajo. No hay que presionar; hay que concentrarse en guiar la hoja en su caída. Un verdugo inexperto cree que debe ayudar a la hoja; por eso presiona, y el golpe se desvía. La hoja ha de ser lo bastante pesada como para cortar el cuello de cualquier hombre (aun siendo tan fuerte como Vuestra Majestad), si se la deja caer a su velocidad natural. Prometo a Vuestra Majestad que no sentiréis nada. Vuestra alma se encontrará en su próxima encarnación antes de que os deis cuenta de lo sucedido.

Jorian se aproximó ahora al verdugo con una sonrisa en la cara.

-¡Hola, maese Uthar! -exclamó en un tono cordial-. Bonito día, ¿verdad? ¡Por las blancas tetas de Astis! Si le tienen que cortar la cabeza a uno, no puedo imaginar un día mejor para la ejecución.

Uthar hincó una rodilla en el suelo.

-Majestad, claro que es un bonito día, ¿me perdonará vuestra majestad por cualquier dolor o inconveniencia que pueda causaros en el desempeño de mis deberes?

-¡No pienses en ello, amigo! Todos tenemos nuestras obligaciones, y todos llegamos a nuestro predestinado final. Tienes mi perdón, con tal de que tu hoja esté afilada y centres bien el brazo. Me prometiste que no sentiría nada, ¿recuerdas? No me gustaría que tuvieras que golpear dos veces, como un recluta novato cortando un pellejo.

Jorian se volvió hacia el gran juez.

-Eminente juez Grallon, ¿está listo vuestro discurso? Hacedme caso y no os alarguéis demasiado. Los discursos largos aburren a los oyentes, quitando elocuencia al hablante.

El gran juez miró indeciso a Jorian, que le indicó con un movimiento de cabeza que debía comenzar. El magistrado sacó un pergamino de su cinturón y lo desenrolló. Sosteniendo el palo del pergamino con una mano y una lente de aumento con la otra, comenzó a leer. El viento agitaba aquí y allá el extremo del pergamino que quedaba suelto, entorpeciendo su labor. Sin embargo, como estaba familiarizado con su contenido, continuó su ronroneo.

El juez Grallon comenzó con un resumen de la historia de Xylar. Imbal, el dios león, había fundado esta ciudad muchos siglos antes, también había establecido su único método de elegir gobernante. El magistrado habló de reyes famosos de Xylar: de Pellitus el Sabio, y de Kadvan el Fuerte, y de Rhuys el Feo.

Finalmente, el juez Grallon llegó al reinado de Jorian. Alabó la valentía de Jorian. Narró la batalla de Dol, en la que Jorian había acabado con la horda de ladrones que habían infestado las zonas fronterizas del sur del reino, y le habían hecho la cicatriz de la cara.

-... y así -concluyó-, este glorioso reinado ha llegado ahora al fin que los dioses le dispusieron. Hoy la corona de Xylar pasará, por el Lote de Imbal, a las manos destinadas por los dioses para recibirla. Y si hemos sido un pueblo verdadero y virtuoso, estas manos serán fuertes, justas y piadosas; si no, no lo serán. El rey recibirá ahora su último consuelo, que le será dispensado por este hombre santo.

El viejo doctor Karadur se había estado quitando la cuerda que llevaba a la cintura y la había enrollado en el centro del cadalso. De su morral sacó un pequeño atril plegable de cobre, que colocó junto a la cuerda. De la bolsa extrajo un plato de latón, que depositó sobre el atril. Sacó además una bolsa con compartimentos, de la cual tomó diversos polvos y los diseminó por el plato. Apartó la bolsa, sacó pedernal y eslabón, e hizo salir chispas sobre el plato.

Surgió una luz verde y una nube de humo, que la brisa hizo desaparecer. Una pequeña llama multicolor danzaba sobre el plato, despidiendo serpentinas de vapor. El sumo sacerdote de Zevatas miraba disgustado.

Karadur entonó un largo conjuro, quienes escuchaban no sabían cuál, puesto que el santo hablaba mulvaní. El conjuro seguía y seguía, hasta que algunos de los espectadores empezaron a impacientarse. Verdaderamente, no deseaban que la ceremonia terminase demasiado pronto, ya que éste era el acontecimiento más importante de su calendario. Pero por otro lado, escuchar el inteligible canto de un faquir flaco y viejo y verle hacer reverencias sobre el cadalso, se hacía interminable.

Entonces Karadur se levantó y abrazó a Jorian, que era mucho más alto que él. El fuego del plato de latón echó chispas y lanzó una nube de humo, que hizo toser y frotarse los ojos a los que estaban en el cadalso. De este modo, no pudieron ver que Karadur, en el momento en que

sus brazos rodeaban el enorme torso de Jorian, deslizaba un pequeño cuchillo en las manos del rey, que estaban atadas a su espalda. Karadur susurró:

-¿Qué tal esos ánimos, hijo?

-Empeoran por momentos. En realidad, estoy aterrorizado.

-¡Mantente firme, muchacho! En el valor reside tu única salvación.

A continuación, la banda tocó un himno a Zevatas. El sumo sacerdote, un individuo imponente y feroz con su manto de color púrpura, dirigía a la multitud al cantar el himno, marcando el ritmo con su bastón de mando.

Después el sacerdote inclinó la cabeza y rezó para que el lote del sucesor de Jorian cayera en manos de alguien merecedor del cargo. Rogó a los dioses que miraran con buenos ojos a Xylar; les pidió que, al castigar a los pecadores, tuviesen cuidado de no dañar a los ciudadanos virtuosos, que eran mucho más numerosos. Su oración fue tan larga como la de Karadur. El jefe del culto del rey de los dioses no podía permitir que un mago extranjero hablase más que él.

Finalmente. el sumo sacerdote terminó. El gran juez leyó una proclamación en la que declaraba que. aunque siguiendo la antigua tradición de Xylar el reinado de Jorian había llegado a su fin éste ofrecía su cabeza voluntariamente como medio para elegir al próximo rey. El juez Grallon finalizo señalando el tajo, para indicar que en aquel momento que Jorian debía apoyar la cabeza sobre él.

-¿Desea vuestra majestad que le sean tapados los ojos? -preguntó.

-No –respondió Jorian, acercándose al tajo-. Me enfrentaré a esto con los ojos abiertos. como hice con los enemigos de Xylar.

-Un momento, señor -dijo Karadur con su acento nasal mulvaní-. Debo... eh... habíamos acordado que yo lanzaría un último conjuro, a fin de que el alma de Jorian pase al otro mundo más rápidamente. sin peligro de quedarse atrapada en este cuerpo.

-Bien, adelante -dijo el Gran Juez.

Karadur sacó de su morral una campanilla de latón.

-Cuando haga sonar esto, golpead con el hacha. -Diseminó más polvos en el plato, del que salieron chispas y llamaradas.

-Arrodillate, hijo -dijo Karadur-. No temas

La gente alargaba el cuello con expectación. Los padres subían a sus hijos pequeños sobre los hombros.

Jorian lanzó una mirada pensativa al viejo mulvaní. Luego se arrodilló ante el tajo y reclinó la cabeza hasta que su garganta se apoyó sobre la superficie estrecha y plana. Su barbilla descansaba cómodamente en el hueco que había sido cavado en el lado oeste del tajo. Sus ojos, mirando de reojo, mantenían a Uthar el carnicero dentro de su ángulo de visión. Uthar se inclinó sobre él y apartó el largo pelo de Jorian hacia delante para despejar la nuca.

Karadur pronunció otro encantamiento, gesticulando con sus oscuros y delgados brazos. Este duró tanto que a Jorian empezaron a dolerle las rodillas de estar agachado sobre los duros tablones. Dando un paso atrás, Uthar agarró firmemente el mango del hacha.

Finalmente, el mulvaní hizo sonar la campanilla. Jorian, esforzándose por no perder de vista al verdugo sin que se notase, sintió, más que vio, cómo subía el hacha en vertical. Entonces la campanilla sonó de nuevo, indicando que el hacha había comenzado a descender.

La acción siguiente de Jorian debía realizarse en el momento justo, y aun así el éxito no estaba asegurado, a pesar de que Karadur y él habían ensayado durante horas en su gimnasio privado, haciendo que el viejo hechicero sostuviese una escoba en lugar de un hacha. Sin embargo, Jorian estaba un poco cansado porque cuatro de sus esposas habían insistido, la noche anterior, en que les demostrase su amor por ellas.

Mientras el hacha descendía, Jorian se libró de las correas que lo ataban, las cuales había cortado discretamente durante la ceremonia con el pequeño cuchillo. Simultáneamente, giró su cuerpo repentinamente hacia la izquierda, cayendo sobre su costado. Como la pesada hacha había empezado ya a descender, el corpulento verdugo no fue ni lo suficientemente rápido para cogerle, ni lo bastante fuerte como para detener el brazo a mitad de camino. El hacha cayó pesadamente sobre el tajo, hundiéndose profundamente en la madera pintada de rojo.

Con un rápido movimiento Jorian se puso en pie y se coloco el pequeño cuchillo entre los dientes. Karadur echó algo más en el plato, que lanzó llamaradas y humo como si fuera un pequeño volcán, lanzando una densa columna de humo verde que luego se hizo rojo y púrpura. El mago gritó fuertemente, abriendo los brazos. Inmediatamente la cuerda enroscada que tenia delante se irguió, como una serpiente monstruosa. Su extremo salió disparado hacia arriba veinte pies o más y desapareció entre una especie de neblina, como si hubiera hecho un agujero en el cielo. Una tremenda nube de humo surgió del plato, dificultando la visibilidad de quienes se hallaban en el cadalso y escondiéndolos de los espectadores de abajo. Alguien. suponiendo que la cabeza del rey, había caído ya. gritó:

-¡Rojo y blanco! ¡Rojo y blanco!

Dando una larga zancada. Jorian se acercó al verdugo. Con el hacha en las manos. Uthar el carnicero hubiera sido un enemigo formidable. Pero. a pesar de sus desesperados esfuerzos, la cabeza del hacha seguía firmemente clavada en el tajo.

Jorian lanzó su puño izquierdo hacia arriba asestando un duro golpe en la mandíbula del verdugo. Uthar se tambaleó hacia atrás tropezando contra la malla y cayendo fuera del cadalso.

Un grito de Karadur avisó a Jorian de que se volviese. Uno de los alabarderos con armadura arremetía contra él con su arma en alto. Con la rapidez de leopardo que ya había salvado su vida una vez, Jorian agarró la albarda por debajo de la cabeza justo antes de que la punta le alcanzara la piel. Al apartar el extremo del arma violentamente hacia la izquierda, la embestida del soldado hizo que éste pasara por delante de él.

Cogiendo el mango con las dos manos y volviendo la espalda al soldado, Jorian se colocó el mango sobre el hombro y dobló la espalda, tirando de la punta de la alabarda hacia abajo. El alabardero, agarrado del mango, se encontró de pronto subido a la enorme espalda de Jorian, y

fue lanzado boca abajo fuera del cadalso, yendo a caer al suelo de debajo con gran estrépito a causa de su cota de malla.

Empuñando la alabarda, Jorian se dio la vuelta para enfrentarse al soldado que quedaba, quien tosía a causa del humo. El gran juez y el sumo sacerdote de Zevatas bajaron las escaleras con tal precipitación que este último se tropezó y cayó a tierra de cabeza, hiriéndose gravemente.

No se sabe si por temor o por amor a su antiguo señor, el soldado vaciló, manteniendo su alabarda en posición, y no dio la vuelta a la cabeza del hacha ni le atacó con la punta que le quedaba. Como no tenía nada personal contra este hombre, Jorian dio la vuelta a su arma y colocó el extremo contra la armadura del soldado a la altura de las costillas. Con un fuerte empujón derribó al soldado arrojándole fuera del patíbulo junto a su camarada.

De este modo, doce segundos después del golpe del verdugo, Jorian y Karadur eran las únicas personas que quedaban en el cadalso. Un fuerte murmullo recorrió la multitud. Los acontecimientos del patíbulo habían sucedido con tal rapidez y tan confusamente a causa del humo, que nadie de los que estaban en el suelo comprendía aún lo ocurrido. Estaba claro, sin embargo, que la ejecución no se había llevado a cabo tal como estaba planeado. La gente se empujaba y gritaba haciendo preguntas; el murmullo se convirtió en un clamor. Se oyó dar una orden con firmeza, y un pelotón de piqueros se precipitó hacia la base de la escalera.

Jorian dejó caer al suelo su alabarda y subió a la cuerda de un salto. No en vano había estado practicando durante meses el modo de escalar una cuerda mano sobre mano, hasta que los músculos de sus brazos y manos se hicieron tan fuertes como el acero. Mientras subía, la cuerda oscilaba suavemente, pero permanecía recta y tensa. El cadalso fue quedando abajo. Desde algún lado alguien disparó una ballesta, y Jorian oyó pasar velozmente el zumbido silbante de la flecha.

Abajo, el alboroto de la multitud era frenético. Los soldados se abalanzaron hacia las escaleras. Cuando llegaron arriba, Karadur, que había estado efectuando otro encantamiento, saltó rápidamente desde el borde del cadalso. Jorian sólo pudo ver brevemente al hechicero; sin embargo, sí vio que.cuando Karadur llegó al suelo, su apariencia había cambiado. En lugar de un santo mulvaní de piel oscura y pelo cano, ahora era, aparentemente, un miembro del bajo clero de Xylar, vestido con una pulcra túnica negra de buena tela. Se perdió entre la multitud.

De nuevo se oyó vibrar la cuerda de un arco. La flecha el hombro de Jorian, haciéndole un arañazo. Los soldados habían llegado al cadalso y buscaban con asombro el extremo inferior de la cuerda. Por la rápida mente de Jorian cruzó la idea de que intentarían o bien tirar de la cuerda hacia abajo o bien trepar tras él.

De su cara y su enorme y velludo pecho caían gotas de sudor mientras escalaba el último tramo de la cuerda. Llegó al lugar en el que la cuerda se perdía entre las nubes y desaparecía. Cuando su cabeza llegó a este punto, vio que la cuerda se mantenía tan sólida y visible como siempre, mientras que, a sus pies, el escenario se tornaba oscuro y nebuloso, como si se mirara a través de una densa niebla.

Un último esfuerzo con los brazos, y la escena de debajo dejó de verse. A su alrededor. en lugar de un espacio vacío, se extendía un paisaje totalmente desconocido. Bajó de la cuerda y sintió la tierra y la hierba bajo sus pies.

De momento, no había tiempo para examinar su nuevo entorno. Karadur le había advertido repetidamente de la importancia de recuperar la cuerda mágica, cuyo extremo superior continuaba erguido desde la hierba hasta casi la misma altura que Jorian. Tomó la cuerda con las dos manos y tiró. Subió como si saliera de un agujero invisible del suelo. Al tirar de ella, la parte visible de la cuerda perdía su rigidez, caía al suelo, y se quedaba fláccida. como una cuerda normal.

Entonces Torian notó un tirón, como si alguien estuviese agarrando la cuerda desde debajo. Uno de los soldados debía de haberse atrevido a agarrarse de ella al ver que se elevaba por los aires. Como el hombre era pesado, Jorian, todavía jadeante tras su escalada, no pudo hacer nada más por hacerle subir.

Entonces se le ocurrió una idea mejor. En lugar de hacer venir a un enemigo armado a este nuevo mundo que le rodeaba, dejó que la cuerda resbalara entre sus dedos, haciendo que el hombre que estaba al otro extremo cayera sobre el cadalso. Muy vagamente oyó un golpe y un grito. Entonces tiró rápidamente, con una mano después de otra. Esta vez la cuerda subió sin resistencia alguna hasta que quedó amontonada ante él sobre la hierba.

Jorian se limpió el sudor de la frente con el brazo y se sentó de golpe. Todavía le latía fuertemente el corazón por la hazaña y la excitación de su difícil escapada. Pensándolo bien, apenas podía creer que hubiese sobrevivido.

Aunque Jorian era un joven de estatura, fuerza y agilidad poco comunes, albergaba pocas esperanzas de que un hombre atado y desarmado pudiese escapar delante de sus enemigos, aun contando con la ayuda de la magia. Tras años de práctica con las armas y habiendo luchado en dos batallas reales y en diversas peleas, conocía las limitaciones de un hombre solo. Más aún, los encantamientos eran notoriamente erráticos y poco fiables, y el intento de salvación de Jorian requería una perfecta coordinación, exactitud y sorpresa. Quizá, pensó, los dioses mulvanís de Karadur le habían ayudado después de todo.

Echó un vistazo a su alrededor, pensando: De modo que éste es el otro mundo, allí donde son enviadas las almas liberadas de nuestro cuerpo para su próxima encamación. Se encontraba en una franja de hierba segada artificialmente que tendría unos cuarenta pies de ancho. La franja estaba limitada a ambos lados por otras dos franjas de pavimento, que a su vez tendrían aproximadamente unos veinte pies de anchura.

Más allá de estos caminos, seguía habiendo hierba. Tras ella, a lo lejos, se elevaban colinas cubiertas de árboles, y en algunas de ellas a Jorian le pareció ver casas. Entonces se preguntó: ¿Cómo se le ocurrirá a una persona en sus cabales construir dos espléndidas carreteras paralelas?

Entonces llamó su atención un zumbido creciente. Le recordó con desagrado al sonido de una saeta, pero mucho más fuerte. Inmediatamente, su mirada localizó el lugar de donde procedía el sonido.

Un objeto se precipitaba hacia él por una de las franjas pavimentadas. Al principio pensó que era un monstruo de leyenda: una cosa baja y encorvada con un par de ojos grandes, deslumbrantes y vidriosos. Bajo los ojos, justo encima del suelo, una fila de dientes plateados mostraban una diabólica sonrisa.

Jorian tuvo miedo; pero, al apartarse de la carretera, empuñando su pequeño cuchillo y preparándose a vender cara su vida, aquella cosa pasó zumbando a una velocidad increíble,

como la de un halcón cuando se abalanza contra su presa. Cuando el objeto pasó, Jorian vio que tenía ruedas; que no era en realidad un monstruo, sino un vehículo. Pudo ver la cabeza y los hombros de un individuo en el interior, y entonces el carruaje desapareció con un zumbido y un susurro decrecientes.

Mientras Jorian seguía mirando desconcertado, otro zumbido a su espalda le hizo darse la vuelta de un salto. Allá iba otro vehículo, y otro más, uno enorme con un cuerpo alto en forma de caja y con muchas ruedas. En su propio mundo le consideraban un hombre de coraje; pero incluso el más valiente pierde su seguridad en un medio totalmente desconocido, en el que no sabe cuándo puede llegar el peligro ni de qué clase será.

Atrapado entre las dos carreteras, Jorian se preguntaba cómo podría escapar para reunirse con Karadur. Las carreteras se alejaban en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista, ni convergiendo ni divergiendo. Parecía que podría caminar por la franja central de césped durante leguas en ambas direcciones sin encontrar un medio seguro de salida.

Después de pasar varios vehículos más, Jorian se dio cuenta de que una calzada era sólo para el tráfico en dirección este y otra para el oeste; y. además. vio que los coches no se salían del pavimento, así que estaba seguro por ahora. Incluso quizá fuese posible, eligiendo un momento en que no hubiese carruajes a la vista, atravesar una de las carreteras corriendo para mayor seguridad.

Jorian decidió acercarse a una de las franjas pavimentadas. La carretera parecía hecha de algún tipo de cemento o estuco, con periódicas hileras negras transversales de un material parecido a la brea. Dio un salto atrás cuando un enorme vehículo pasó rugiendo, y sintió el azote del viento que éste levantó al pasar.

Jorian estaba horrorizado. Esperaba que su alma no tuviese que vivir nunca en una reencarnación de este mundo. Uno de aquellos vehículos podría aplastarle como a un bicho. ¡Qué ironía escapar del hacha del verdugo en su propio mundo tan sólo para venir a parar a éste! Se preguntó cómo podría aquí la gente vivir lo suficiente para llegar a ser un conductor de aquellos carros, a menos que los nativos vivieran allí toda su vida, sin poner jamás un pie en el suelo. Puede que no tuviesen pies que poner en el suelo...

Un vehículo que se aproximaba llegó hasta él y se detuvo con un chirrido agudo, parecido al de un ratón. Se abrió una puerta y salió un hombre. Jorian vio que tenía piernas normales, metidas en unos pantalones grises que le llegaban hasta los zapatos. Llevaba un sombrero con un ala ancha y plana, y de un resistente cinturón colgaba un pequeño estuche de cuero. De este estuche sobresalía el mango curvado de cierto instrumento, que a Jorian le pareció una herramienta de carpintero.

El hombre se acercó a Jorian y habló, pero Jorian no pudo entender una sola palabra. Aunque sabía varias lenguas, la del hombre de los pantalones le era desconocida.

-Soy Jorian de Ardamai, hijo de Evor el relojero -dijo. Este había sido su nombre hasta aquel día, cinco años antes, en el que inocentemente había cogido al vuelo una cabeza humana y se encontró siendo rey de Xylar.

Mirando atentamente la corona de oro de Jorian, el hombre hizo un gesto de negación con la cabeza y añadió algo más. Jorian repitió su declaración en mulvaní y en shvénico. Con cara de asombro. el hombre siguió emitiendo sonidos.

Entonces se oyó otra voz; Jorian dio un brinco, pues no había visto a nadie más por allí cerca. La voz, que expresaba palabras ininteligibles en un tono metálico y chirriante, parecía proceder del vehículo de aquel individuo. El hombre esbozó una sonrisa tranquilizadora, dijo algo más a Jorian y regresó a su carruaje, que pronto se alejó rugiendo.

Jorian se volvió hacia su cuerda y comenzó a enroscarla alrededor de la cintura. Recordó sus instrucciones: Caminar en dirección sur una legua, bajar de nuevo a su propio mundo y esperar a Karadur, si es que el santo no había llegado aún al punto de reunión.

Pero, ¿hacia dónde estaba el sur? Afortunadamente, el cielo estaba claro, igual que lo estaba en Xylar. La ejecución había sido preparada para el mediodía. y poco tiempo había pasado desde que Jorian había colocado el cuello sobre el tajo. Sin embargo, pronto la trayectoria del sol haría que éste no sirviera como guía de dirección. Tendría que arriesgarse a cruzar una de aquellas carreteras a pesar del peligro.

Mirando a lo largo de la franja pavimentada más cercana para asegurarse de que no se acercaba ningún otro vehículo, Jorian salió disparado. Continuó hasta llegar al borde de aquella especie de césped en el que las plantas crecían con más naturalidad. Arrancó el largo tallo de un hierbajo, buscó un trozo de suelo despejado. y colocó el tallo verticalmente en él. Entonces. con la punta de su cuchillo, trazó una línea en el lugar en el que caía la sombra del tallo. Dibujó una línea transversal después dividió el ángulo izquierdo con otra línea más. Con esto supo la dirección que debía tomar.

Al emprender su camino. Jorian se iba deteniendo de vez en cuando para cortar una rama de árbol y convertirla en una varita de dos o tres pies de largo. Guardó el primero de estos palos, haciendo una muesca cada cien pasos. Arrojando el resto de los palos al suelo cada cincuenta o cien pasos, y mirando hacia atrás lograba mantenerse más o menos en línea recta. Cada mil pasos. comprobaba su dirección con él

Cuando llevaba marcadas cincuenta muescas en su primera varilla, se detuvo en una hondonada situada entre dos frondosas laderas. Aunque había visto casas a lo lejos, se alegró de que su caminata no le hubiera acercado a ninguna de ellas.

Contó las muescas para asegurarse; desenroscó la cuerda de su cintura y dio con ella una vuelta alrededor de un árbol. Entonces pronunció un sortilegio que le había enseñado Karadur:

Mansalmu darm rau antarau
Nodo zaro terakh hia zor rau...

Notó cómo se hundían sus pies, como si el sólido suelo que tenía debajo se estuviese convirtiendo en arenas movedizas. Entonces se abrió, y Jorian cayó hacia abajo. Tras una sacudida, se quedó colgando de la cuerda suspendido entre la tierra -su propia tierra- y el cielo azul y despejado.

Encima de él se elevaban los dos ramales de la cuerda, divergiendo ligeramente, hasta que dejaban de verse a una yarda de distancia por encima de su cabeza. Al mirar abajo, le desconcertó ver las oscuras aguas estancadas del pantano de Moru. Karadur le había dicho que su punto de encuentro estaría cerca del pantano, pero no esperaba aparecer justo encima de él. Hacia el norte se extendían los campos y bosques de Xylar. Hacia el sur se alzaban las laderas de los poderosos Lograms, y más allá las nevadas cumbres de la cadena montañosa que separaba las ciudades novarias del imperio tropical de Mulvan.

Pensó volver a trepar e intentarlo de nuevo desde otro árbol, pero cambió de idea. No sabía con seguridad durante cuánto tiempo el "punto blando" que su hechizo había creado entre las dos esferas continuaría estando blando. Quizá no fuese conveniente que la tierra se solidificase justo cuando él lo estuviese atravesando. Por otro lado, era un buen nadador y no le daban miedo los cocodrilos enanos de tres pies de largo que había en el pantano de Moru.

Descendió hasta donde colgaban los extremos de la cuerda. Si hubiese atado uno de ellos alrededor del árbol con una lazada normal, la cuerda hubiera sido lo suficientemente larga como para llegar hasta la superficie de su mundo. En tal caso, sin embargo, no hubiera podido recuperar la preciada cuerda tras su descenso. Por eso había colocado el centro de la cuerda en el árbol de manera que ambos extremos colgasen a la misma distancia.

El agua oscura y maloliente quedaba a unos veinte pies por debajo de él. Echando un vistazo a su alrededor vio que no había señales del mago. Allá vamos, pensó Jorian, y soltó un extremo de la cuerda.

Cayó provocando un tremendo chapoteo. La cuerda descendió tras él, golpeando el agua y enrollándose. Cogiendo un extremo con los dientes, Jorian se dirigió a la orilla más cercana.

Esta resultó ser un banco flotante de juncos. Jorian se subió a él, chorreando agua marrón por los hombros. Cuando se levantó, la superficie del suelo tembló, se abrió y se hundió de un modo alarmante. La forma más segura de avanzar, decidió, era andando a gatas. Llevando consigo la cuerda, se arrastró hacia una zona más alta, donde los sauces y los oscuros cipreses crecían muy juntos. Por fin, notó que el suelo que tenia debajo era firme y se levantó. Un trozo de alga colgaba de uno de los picos de su corona.

-¡Karadur! -gritó, soltando el trozo de alga y quitándose con los dedos el agua de la piel.

No se sorprendió al no recibir una respuesta. Una excursión de una legua de largo sería dura para el viejo, y quizá no llegase hasta el anochecer. Como a Jorian no se le ocurrió nada mejor que hacer, encontró un lugar cubierto de helechos, se quitó la corona, se tumbó, y pronto se quedó dormido.

El sol estaba bastante más bajo, aunque todavía lejos del horizonte, cuando una voz despertó a Jorian. Se levantó de un salto y vio a Karadur, que estaba delante de él con su apariencia habitual, apoyado sobre un cayado y respirando con dificultad.

-¡Hola! –dijo Jorian-. ¿Cómo me has encontrado, viejo?

-Tú... eh... -jadeó-, rey... quiero decir, maese Jorian.

-¿Nos ha seguido alguien?

-No, al menos por lo que dicen mis artes. ¡Ah, pobre de mí, estoy agotado! Déjame descansar. -El mago se hundió en los helechos suspirando-. Hacía años que no me cansaba tanto. Efectuar dos encantamientos de una misma vez casi me mata, y esta caminata por el bosque ha acabado conmigo. -Apoyó la cabeza en sus manos.

-¿Dónde has escondido el equipo?

-¡Ay! estoy demasiado agotado para pensar. ¿Qué te pareció el otro mundo?

-¡Uff! Lo poco que vi, horroroso –contestó Jorian. Describió la doble calzada de cemento y los monstruos vehículos que zumbaban por ella- ¡Por los cuernos de Thio, la vida debe de ser bastante mas peligrosa allí que en nuestro propio mundo, con todas sus guerras, epidemias, ladrones, brujerías y bestias salvajes! ¡Preferiría probar uno de vuestros infiernos mulvanies, donde uno sólo tiene que enfrentarse con unos cuantos simpáticos demonios chupadores de sangre!

-¿Viste... conociste a alguno de sus habitantes?

-Sí; un tipo que debía de ser un carpintero paró su carruaje y habló conmigo, pero ninguno de los dos pudo entender la lengua del otro. Me miraba como lo harían los de Xylar si un hombre mono se paseara delante de ellos. -Jorian describió al hombre.

Karadur se rió entre dientes.

-Eso no era un carpintero, sino un oficial del orden. un hombre entrenado en el uso de las armas pero que las emplea sólo contra maleantes de su propia nación en lugar de contra un enemigo extranjero. Creo que algunas de vuestras ciudades novarias poseen cuerpos de ese tipo. Es una esfera con grandes riquezas y muchos recursos curiosos, pero espero no reencarnarme nunca allí.

-¿Por qué razón no?

-Porque es una dimensión de un materialismo despreciable, en la que la magia es tan débil que casi resulta inútil; así que, ¿qué iba a hacer allí un taumaturgo consumado como yo? Los que se hacen pasar por magos en esa esfera, según mis informaciones, son en su mayoría estafadores. Incluso los dioses de ese mundo no son más que fantasmas sin poder, capaces de aportar sólo algo de felicidad o desgracia, pequeños golpes de suerte, en aquellos a quien aman o aborrecen.

-Entonces, ¿esa gente no tiene religión?

-Sí, o al menos dicen tenerla. También protegen a ciertos magos: astrólogos, nigromantes y otros. La razón no es que los dioses y los hechiceros de esa esfera puedan causarles grandes beneficios o maldades, sino que llegan a esa reencarnación sin recordar sus vidas anteriores en este mundo, donde tales cosas son en realidad poderosas y crueles. Pero, en general, las gentes de esa dimensión están ciegas en lo que a temas espirituales se refiere.

Jorian aplastó un mosquito.

-Entonces a mí, que no tengo más poderes psíquicos que una berza, me iría bien allí.

-No, muy al contrario.

-¿Por qué?

-Tu fuerza y agilidad -que son tus principales recursos aquí- no te servirían de nada, porque todas las tareas que en este mundo requieren esas virtudes allí son realizadas por máquinas sin alma. ¿Qué importancia tiene que tú seas capaz de cabalgar cuarenta leguas entre el amanecer y el ocaso, cuando uno de esos coches mecánicos que has visto puede recorrer el triple de

distancia en el mismo tiempo? Tu fuerza sería tan inútil como mi pureza moral y mis conocimientos de las fuerzas espirituales.

-No soy tonto, aunque mis músculos sean algo más fuertes que los de la mayoría de los hombres -dijo Jorian-. Sin embargo, probablemente tengas razón. En cualquier caso, viejo amigo, la luz no durará siempre. Busquemos nuestro escondrijo, si es que ya estás bien para caminar.

-Sí, estoy bien, aunque la perspectiva no me agrada. -El mago se levantó quejándose y comenzó a golpear los matorrales más cercanos con su cayado, murmurando:

-Vamos a ver, ¿dónde he escondido esa maldita cosa? Tsch, Tsch. Estaba debajo del saliente de una roca estoy seguro, con una capa de hojas para esconderlo...

-Aquí no hay rocas -dijo Jorian con algo de impaciencia.

-Es verdad, es verdad; creo que el lugar estaba aproximadamente a un estadio hacia el norte, en una zona más alta. Vamos a ver.

Se encaminaron hacia la dirección indicada y durante las siguientes dos horas registraron los bosques, buscando la roca. Karadur dijo entre dientes:

-Veamos...; veamos... Era una roca de granito, con manchas de moho, casi tan alta como tu hombro. Oh, Jorian... estoy seguro... creo...

-¿No te fijaste en algún árbol cercano, ni dejaste marca alguna que pueda guiar nuestra búsqueda?

-Déjame pensar. Sí, marqué tres árboles, en tres lados distintos del escondrijo. Pero hay tantos malditos árboles...

-¿Por qué no encontrarlo por medio de la adivinación?

-Porque mis poderes espirituales están gastados de momento. Debemos usar nuestros sentidos materiales nada más.

Regresaron al pantano y empezaron a caminar en una dirección algo distinta. Por el bosque danzaban insectos luminosos formando puntos iguales de luz, cuando Jorian dijo:

-¿Es ésta una de tus marcas?

-¡Oh, sí! -respondió Karadur-. Ahora. veamos, ¿dónde están las otras...?

-No hay más rocas aquí que peces en el desierto de Fedirun.

-¿Roca? ¿Roca? ,Por qué...? íAh... ya recuerdo! No lo dejé debajo de ninguna roca, sino bajo el tronco de un árbol. ¡Allí!

Karadur señaló hacia un gran tronco de árbol que yacía transversalmente en el suelo del bosque. En un instante retiraron las hojas que lo escondían y sacaron una bolsa de lona. Jorian dejó escapar un silbido de asombro entre sus dientes, pues las vaguedades del mago a menudo

le exasperaban. De todos modos, se dijo, no había que ser demasiado crítico con el hombre que le había salvado la vida a uno.

Al ponerse el sol, Jorian se levantó. Ahora vestía como los habitantes de los bosques, con una tosca túnica y pantalones marrones, botas altas con cordones en lugar de sus pantuflas de seda hechas jirones, y un sombrero verde de tafilete con una pluma de faisán en la banda. En su mano izquierda llevaba colgando una ballesta. Un corto y pesado alfanje de caza, más apropiado para destripar la caza y cortar maleza que como espada, colgaba de su cinturón.

-¿Qué hago con esto? -dijo, sosteniendo la corona de Xylar-. Conseguiríamos un buen montón de leones por ella.

-¡Ni hablar, hijo! -dijo Karadur-. Si algo puede delatarte, es esto. Muéstraselo a cualquier orfebre o joyero o cambista en cien leguas a la redonda, y con la velocidad del vuelo de una paloma volaría la noticia a Xylar.

-¿Por qué no la fundimos nosotros mismos?

-No tenemos horno ni crisol, y tratar de comprar tales cosas despertaría sospechas sobre nosotros, casi tantas como la corona misma. Además, un objeto de oro tan antiguo debe de haber captado cualidades espirituales de su entorno, lo que puede resultar útil para la magia. Sería una pena destruir dichas cualidades fundiéndola.

-Entonces, ¿qué?

-Lo mejor es que la escondamos aquí con las ropas que te has quitado. Si las circunstancias lo permiten, podrás recuperar estos artículos algún día. O quizá puedas pactar con los xylarios: tu cabeza a cambio de la forma de encontrar su corona. Creía que traías dinero escondido.

-Lo tengo; cien leones de oro, recién acuñados en la casa real de la moneda, en este cinturón que llevo en mis calzones. Con una cantidad mayor me hubiese hundido hasta el fondo del pantano de Moru. Pero un poco más de dinero siempre viene bien.

-¡Pero ésa es una considerable fortuna, hijo! ¡No permitan los dioses que ningún ladrón se entere de que llevas tanto dinero en tu persona!

-Bueno, tal como están las cosas, no hay ningún buen sitio donde depositar esto en un banco como medida de seguridad.

-Cierto. En cualquier caso, no vale la pena arriesgarse en tratar de conseguir más beneficios de esta corona. Y ahora debo cortarte el pelo antes de que caiga la noche. Siéntate aquí.

Jorian se sentó en el tronco del árbol mientras Karadur recorría su cabeza con unas tijeras y un peine. Advirtió a Jorian repetidamente que guardara silencio, pero el antiguo rey no podía permanecer callado durante mucho tiempo.

-Me apena -dijo Jorian-, haber privado a mi gente –la que era mi gente, quiero decir- de toda su diversión: la decapitación, la coronación, el lanzamiento de dádivas, las competiciones de velocidad, de tiro, de fútbol y de hockey, y las canciones, los bailes y los festejos.

-Seguidos, a buen seguro, de la más desenfrenada y pecaminosa orgía de embriaguez y fornicación -dijo Karadur-, así que quizá hayas logrado algo bueno sin quererlo. Siempre

puedes cambiar de idea y volver. -Ahora cortaba el pelo alrededor de la oreja derecha de Jorian.

-No, no. Estoy satisfecho de que las cosas estén así. Y los dioses deben de aprobar mi conducta, o de lo contrario no me habrían dejado llegar tan lejos, ¿no es así?

-Tu argumento sería convincente suponiendo que los dioses se preocupasen de los simples seres mortales, punto sobre el cual han discutido ardientemente los filósofos durante miles de años. En mi opinión, los principales factores de tu fuga fueron mi taumaturgia, reforzada por mi pureza moral, la situación favorable de los planetas; y tu propia fuerza y valor. Pero es más fácil recortarle la patilla a una pulga que encontrarle una sola explicación a un suceso. Y, por cierto, es necesario reducir ese monstruoso bigote.

-¡Quieres despojarme por envidia de todo vestigio de mi belleza juvenil, viejo villano! -sonrióJorian-. Pero quien se agarra a un clavo ardiendo no puede preocuparse en la calidad del metal. ¡Procede!

La vaporosa melena del ex rey se había convertido en un cepillo erizado, no más largo que el ancho de un dedo. Karadur recortó un buen trozo de bigote, al igual que había hecho con el pelo.

-Ahora -dijo-, déjate crecer la barba y el bigote a la vez, y nadie te reconocerá.

-A menos que se fijen en mi altura, mi peso, mi voz, o la cicatriz de mi nariz, -dijo Jorian-. ¿No podrías darme la apariencia de un mozalbete delgado y rubio con un hechizo?

-Podría, si no hubiese pronunciado ya dos encantamientos hoy. Pero no serviría de nada, pues tales ilusiones duran sólo una hora o dos a lo más. No encontrarás a nadie desde aquí a la casa de Rhithos el herrero excepto quizá a algún cazador, quemador de carbón o pastor solitario. ¿Y de qué te serviría tu disfraz entonces?

-Podría evitar que pusieran a la justicia de Xylar tras mi pista.

-Sí; pero supón que apareces como un mozalbete y entonces recuperas tu verdadera forma ante sus ojos. Eso levantaría más sospechas que ninguna otra cosa.

Jorian sacó un gran morral de cuero de su bolsa de lona, y del morral sacó una barra de pan y un pedazo de venado ahumado. Comió ansiosamente de ambos, mientras Karadur se contentaba con un pequeño trozo de pan.

El hechicero dijo:

-Debes poner freno a ese apetito voraz, hijo.

-¿Yo, voraz? –dijo Jorian con la boca llena-. ¡Por los cerrojos de oro de Franda, esto no es más que un aperitivo para alguien de mi peso! ¿Mantendrías a un elefante con un bollo de miel al día?

-Los despreciables apetitos materiales deben ser reprimidos; y, de todos modos, esas vituallas deben durarte hasta que llegues a la casa del herrero, donde esperan tu llegada. Cava más profundamente y encontrarás un mapa dibujado que te mostrará el camino a seguir.

-Bien, aunque ya conozco los alrededores, de perseguir bandidos por aquí. Dol está a menos de una legua de distancia.

Karadur continuo:

-Dicen que Rhithos tiene una bella hija o sobrina, en la que ponen sus ojos los jóvenes zoquetes como tú. Apártate de ella, pues todo pecado sensual hace más difícil mis tareas mágicas.

-¿Yo, sensual? –dijo Jorian, alzando una ceja-. Con cinco encantadoras esposas jóvenes, ¿qué necesidad tengo de placeres? Entiérrame en estiércol y disfrutaré de un respiro, aunque echaré de menos a los niños subiéndose encima de mí. Pero hablemos de Rhithos el herrero. ¿Por qué estás tan seguro de que no me traicionará a los xylarios? Cualquiera obtendría un buen dinero dándoles una pista mía.

-¡De ningún modo! ¡Ningún miembro iniciado de las Fuerzas del Progreso sería tan despreciable como para traicionar la confianza de otro miembro!

-Sin embargo, tú insinuaste una vez que este Rhithos pertenece a la facción opuesta a la tuya. Y mis cinco años como rey, si algo me han enseñado es a no confiar demasiado en ningún hombre.

-Ciertamente, es de la Facción Negra o Benefactores, y por tanto son partidarios de mantener los grandes poderes de la magia confinados dentro de nuestra asociación; mientras que yo, de la Facción Blanca, o Altruistas. preferiría difundirla para ayudar a las masas trabajadoras. Pero, por muchas disputas que tengamos entre nosotros. Estrechamos filas en lo referente a lo que esta fuera de nuestro propio orden, y estoy tan seguro del honor de Rhithos como del mío propio.

-A juzgar por los nombres de vuestras facciones, sois todos tan puros como el agua de un manantial. Aun así, por lo que aprendí de los hombres durante mi reinado...

Karadur puso una de sus oscuras y delgadas manos sobre la rodilla de Jorian.

-No tuviste más remedio que confiar en mí en lo referente a la salvación de tu cabeza, hijo. Confía también en esto.

-Oh, bueno, tú sabrás lo que haces -refunfuñó Jorian-. Santo padre, déjame darte las gracias por salvar mi insignificante vida.

-De nada; pero, como bien sabes, aún tendrás que ganarte esa cabeza.

Jorian sonrió ligeramente.

-¿Y si encontrase a un hechicero que pronunciase un contra-hechizo, anulando el que tú y tus compañeros me habéis aplicado sin ningún escrúpulo?

-No existe tal contra-hechizo. Te advierto que la combinación de nuestro encantamiento con el de un chapucero del exterior puede resultar fatal. El hechizo te fue aplicado por el jefe de nuestra facción, Vorko de Hendau, y sólo él puede deshacerlo.

-Ahora, no lo olvides: Dentro de un mes a partir de hoy, nos encontraremos en el... el... Dragón Plateado de Othomae; y desde allí partiremos hacia Trimandilam a buscar el Kist de Avlen; y finalmente iremos al cónclave de mis compañeros adeptos de la Torre Encantada de Metouro. No debemos retrasarnos, pues el cónclave se reúne en el mes del lucio.

-Eso nos da tiempo de sobra.

-No, porque a menudo sucesos imprevistos estropean los planes más prometedores. Pero primero, debemos llegar a Othomae.

-¿Por qué no puedo ir contigo, en lugar de vagar por el bosque?

-Porque los xylarios estarán vigilando las carreteras buscándote, y necesitas tiempo para que te crezcan las patillas. Rhithos está al corriente de tu llegada, así que puedes esperar allí unos cuantos días para descansar y reponer provisiones.

-Allí estaré, si no ocurre ninguna calamidad. Si me retraso, déjame recado con el tabernero, bajo un nombre ficticio.

Karadur:

-¿Un nombre falso? ¡Tsch, tsch! Eso no es ético, hijo.

-¿Entonces? Olvidas que antes de rey de Xylar, serví un año en la guardia del Gran Bastardo. Muchos me recordarán en Othomae si les damos facilidades.

-No temas. Tanto el Gran Duque como el Gran Bastardo se oponen a Xylar, porque la tierra que ellos gobiernan está situada entre tu antiguo reinado y la República de Vindium, que tiene una alianza con Xylar contra Othomae. Los señores de Othomae no te entregarán a los xylarios.

-Puede que no, pero quizá no fuesen capaces de impedir un secuestro por parte de Xylar. La justicia hará lo posible por llevar a término la maldita ceremonia. Además, ¿por qué iba a ser menos ético utilizar un nombre falso que obligarme a robarle al rey de Mulvan ese maldito baúl lleno de raídos pergaminos mágicos, como hacen vuestras Fuerzas del Progreso?

-Porque... eh... hay muchas diferencias...

-Dime una -dijo Jorian.

-Eso sería fácil... es decir... ¡Bah!, no estás lo suficientemente avanzado espiritualmente como para comprender. Es un problema de la honradez del propósito...

-Lo que sí entiendo es que, si me atrapan en algún lugar desde aquí a Trimandilam a causa de algún estúpido escrúpulo tuyo, de nada te servirán tus peroratas de hechicero. Un hombre sin cabeza no es un buen ladrón.

-Ah, bueno; tu teoría no deja de ser plausible, aunque si no estuviese tan fatigado podría sin duda pensar en un argumento en contra.

-¿Qué nombre adoptarás, si es que puedes rebajarte a realizar algo tan poco ético?

-Me llamaré... eh... Mabahandula.

-¡Por el vergajo de hierro de Imbal! Eso es larguísimo. Pero supongo que sería inútil ponerte un nombre que no fuese mulvani. -Jorian repitió el nombre varias veces para memorizarlo.

Karadur hizo una mueca de disgusto.

-Tsch, tsch. No deberías blasfemar con tanta ligereza, ni siquiera en nombre de tus diosecillos locales. ¿Cuál será tu nombre, si llegas tú antes?

-Hmm.. Nikko de Kortoli. Yo tenía un tío llamado Nikko.

-¿Por qué no te haces pasar por un zoloniano? La isla de Zolon está muy lejos y por tanto es más segura.

-Nunca he estado en Zolon y no puedo imitar su horrible dialecto. Pero me crié en Kortoli, y cuando hablo sin pensar me salen expresiones populares de Kortoli. Y ahora, viejo quisquilloso, ¿qué pegas hay?

-Está bien. Si no aparezco en el Dragón Plateado, pregunta en la ciudad por la hechicera Goania. Ella guarda los instrumentos que necesitaremos para quitar el Kist de Avlen al malvado individuo que ahora lo tiene indebidamente: el llamado Rey de Reyes.

-¿Has dicho Goania? Eso haré. Y tú, amigo mío, no olvides con tu despiste el nombre de la ciudad y te vayas a Govannian o a Vindium y te preguntes por qué no me reúno contigo.

-¡No te preocupes de mi despiste! -exclamó el hechicero-. Sigue simplemente mis instrucciones y deja el resto de mi parte. Y guarda esa lengua charlatana. En el patíbulo, pensé que tu alegre charla lo echaría todo a perder. No bebas nada más que agua, pues el vino y la cerveza te sueltan la lengua por los dos extremos.

-Y si voy por ahí bebiendo aguas extrañas acabaré con alguna diarrea o fiebres y seré tan inútil para vosotros como si me cortaran la cabeza.

-Bueno, al menos mide tus bebidas; el licor y la locuacidad son tus principales debilidades. Y ahora, reclinemos nuestras cabezas en oración a los dioses verdaderos: los dioses de Mulvan. -El sabio hombre rezó una oración a Vurno el Creador, a Kradha el Preservador y a Ashaka el Destructor. Después Jorian dijo una breve oración suya a Thio, el dios novario de los bosques. Estrechó la mano a Karadur, que le dijo:

-Sé precavido y discreto; reprime las tentaciones de la carne; busca la perfección moral y la iluminación espiritual. Que todos los dioses verdaderos estén contigo, hijo mío.

-Gracias, padre –dijo Jorian-. Seré tan discreto como un muerto y tan puro como un copo de nieve.

Se adentró en la progresiva penumbra del bosque. Karadur, viendo como se alejaba, comenzó a enroscarse la cuerda mágica alrededor de la cintura. El canto de los insectos nocturnos se oyó en la creciente oscuridad.

La Espada Del Gran Bastardo

A comienzos del mes del oso, Jorian llegó a casa de Rhithos el herrero. En las laderas de los Lograrns, todas las hojas de los árboles se habían vuelto de color marrón, escarlata y oro, mientras que en las pendientes más altas los árboles de hoja perenne conservaban su sombrío tono verde oscuro. Más allá de estas lomas que parecían negras bajo el cielo cubierto, las nubes escondían parcialmente las blancas cimas de la cadena central. Una lluvia de hojas rojas y amarillas, que caían oblicuamente a través del grisáceo aire de otoño, meciéndose y dando vueltas en su descenso como pequeños barcos en un mar tempestuoso, volaban hacia el claro del bosque donde se encontraba la casa de Rhithos el herrero.

La casa del herrero era más grande y sólida de lo que cabría esperar de la vivienda de un hombre solitario. Tenía una planta baja de piedra de argamasa y sobre ella una media planta hecha de troncos, con un tejado acabado en pico. Además de la casa principal, una extensión o cobertizo, formando un ángulo recto con el ala principal del edificio, contenía la herrería. De allí procedía el ruido del martillo sobre el yunque. En el extremo opuesto, junto a la pared de la casa, había una gran jaula de madera. Acurrucado en la jaula se hallaba un hombre-mono de las junglas de Komilakh, en el lejano suroeste. Al fondo del claro había un pozo con el brocal de piedra, del que una joven estaba sacando agua. Cuando llegó Jorian con su ballesta al hombro. ella acababa de sacar un cubo lleno con el torno y estaba depositando el cubo sobre el brocal dispuesta a vaciarlo en el cántaro. Al otro extremo del claro, enfrente del pozo, un asno comía heno atado con un ronzal.

Cuando Jorian comenzó a atravesar el claro, la chica hizo un brusco movimiento de asombro; parte del agua del cubo se derramó. Jorian gritó:

-¡Dios mío, deja que te eche una mano con eso, chiquilla!

-¿Quién eres? -dijo ella, todavía asustada

-Jorian, hijo de Evor. ¿Es ésta la casa de Rhithos el herrero?

-Sí. Sabíamos que vendrías. pero te esperábamos hace muchos días.

-Me perdí en esos condenados bosques -dijo Jorian-. Con esta niebla no podía volver a situarme. Coge el cántaro mientras yo vacío el cubo.

Mientras vertía el agua, Jorian miró a la chica. Era alta, un palmo menos que él, y tenía una melena de pelo negro. Sus rasgos eran algo toscos e irregulares para considerarse hermosos, pero aun así, era una mujer llamativa, de aspecto enérgico y bonitos ojos grises. Ella dijo con una voz más bien áspera y profunda:

-¡No me extraña que te perdieras! Rhithos ha hecho un encantamiento de camuflaje por toda la tierra que se ve desde aquí, para mantener alejados a los cazadores y a los hombres del bosque.

-¿Por qué?

-Por los silvanos. A cambio. ellos nos consiguen alimentos.

-Me ha parecido ver a un tipo pequeño con largas y velludas orejas -dijo Jorian llevando el cántaro hacia la casa en compañía de la muchacha. El hombre-mono se despertó y rugió a Jorian, pero una palabra de la chica tranquilizó a la criatura

-El encantamiento debía deshacerse para que tú pudieras pasar -continuó la joven-. Pero anular un hechizo no es tan fácil como apagar una vela de un soplo. Al menos tienes buenos modales, maese Jorian.

-No, no. Los antiguos reyes debemos mantener nuestra buena reputación. -Jorian hizo salir su acento popular kortolio-. Y puesto que ya no soy rey, no me vendría mal una cena.

La muchacha abrió la puerta y entraron a una habitación espaciosa. Manuscritos, crisoles e instrumentos mágicos estaban diseminados sobre mesas, sillas y bancos. La casa, decorada con muebles rústicos, resultaba confortable, como el pabellón de caza que Jorian había heredado de sus predecesores cuando era rey de Xylar. El suelo era de tablones de madera. De las paredes colgaban armas; el suelo estaba alfombrado con pieles de osos y de otras bestias, y cojines bordados cubrían los bancos.

La muchacha lo condujo por un largo pasillo hasta la cocina. Jorian se tambaleó al subir el cántaro al mostrador que había junto al fregadero.

-¿Qué te ocurre? -preguntó Vanora ásperamente-. ¡No me digas que el peso de ese cántaro ha acobardado a un robusto joven como tú!

-No, mi señora. Es sólo que no he comido nada durante tres dias.

-¡Gran Zevatas! Debemos remediar eso. -Buscó por la caja del pan, en el cajón de las manzanas y en otros lugares.

-¿Cómo puedo llamarte? -preguntó Jorian, dejando en el suelo su ballesta y su equipaje- No parece apropiado dirigirse a alguien que le ha salvado la vida a uno como "¡eh, tú!”

-Yo no te he salvado la vida.

-Lo harás, cuando me hayas dado algo de comer

-Mi nombre es Vanora. -Como Jorian no parecía satisfecho, añadió-: Vanora de Govannian, si lo prefieres.

-El acento me resultaba conocido. ¿Rhitos es tu padre o tu tío?

-¿El, un pariente? -Soltó una breve y burlona carcajada-. Es mi señor. Para que lo sepas, me compró en Govannian como chica-para-todo garantizada.

-¿Cómo así?

-Yo había apuñalado a mi amante, un despreciable vagabundo. No sé por qué, pero siempre me enamoro de borrachos que me maltratan. En fin, ese bruto murió y me iban a cortar la cabeza para que aprendiera a no volver a hacerlo. Pero en Govannian permiten a los extranjeros comprar a los criminales condenados para que sean empleados como esclavos, a condición de que se los lleven fuera del país. Si volviese allá, me cortarían la cabeza.

-¿Qué tal te trata Rhithos?

Ella colocó sobre el mostrador un plato con una pequeña barra de pan, un filete de carne ahumada, un trozo de queso, y una manzana. Quedándose de pie junto a él, dijo:

-El no... al menos, no lo que tú llamarías "tratar". Con tal de que obedezca, no me presta más atención que si fuese un mueble; ni siquiera a la hora de dormir, pues él dice que sus obras mágicas requieren el celibato. Ahora está en la herrería, jugueteando con la nueva espada de Daunas; no asomará la cabeza fuera del cobertizo hasta la hora de la cena.

Ella le miró de cerca con los labios entreabiertos y se inclinó, de tal manera que todo su pecho rozaba ligeramente su brazo. Podía oír el suave silbido de su respiración. Entonces él apartó los ojos hacia el plato lleno.

-Perdón, señora Vanora -dijo, alcanzando el plato que estaba tras ella-, lo que yo necesito ahora es comida, o de lo contrario moriré de hambre. ¿Dónde puedo comer esto?

-¡Comida! -dijo ella bruscamente-. Siéntate en aquella pequeña mesa. Aquí tienes un poco de sidra. No te la bebas de golpe; es más fuerte de lo que crees.

-Gracias, señora. -Jorian bebió varios tragos llenos, y luego se aclaró la garganta para preguntar- ¿Es que Rhithos está haciendo una espada mágica para el Gran Bastardo?

-No puedo entretenerme contando chismes, señor Jorian. Tengo trabajo que hacer. -Salió apresuradamente de la cocina haciendo ruido con sus tacones.

Jorian la vio marchar mientras una sonrisa atravesaba su nueva barba incipiente. ¿Y ahora por qué se enfada? ¿Será lo que yo sospecho? Comió con ganas, bebió en abundancia y volvió a

la desordenada sala de estar. Allí lo encontró Rhithos el herrero horas más tarde, hecho un ovillo en el suelo sobre una piel de oso y roncando.

El ligero sonido que hizo la puerta al abrirse despertó a Jorian. Mientras el herrero entraba en su casa, Jorian se levantó e hizo una reverencia.

-¡Saludos, maese Rhithos! -dijo-, vuestro servidor os agradece sinceramente esta hospitalidad.

El herrero era más bajo que Vanora, que entró tras él; pero tenía los hombros más anchos que Jorian había visto jamás. La enorme mano en que acababa su largo brazo estrechó la suya con tal fuerza que Jorian hizo una mueca de dolor. Su cara, bajo un desgreñado pelo gris, era oscura y arrugada, y de ella sobresalían un par de ojos grises, fríos y con párpados caídos, que miraban sin expresión.

-Bienvenido a mi casa -dijo Rhithos con voz cavernosa-, siento que tu llegada se haya retrasado por un insignificante fallo de uno de mis encantamientos de protección. Vanora me ha dicho que llegaste medio muerto de hambre.

-Cierto. Se me acabaron las provisiones que llevaba y quise matar algún gamo para reponerlas. No soy del todo incompetente con la ballesta; pero no vi ni siquiera una liebre.

-Los silvanos deben de haber apartado a las bestias de tu camino. Las protegen de los cazadores, no por amor a las criaturas, sino para cazarlas ellos mismos. Siéntate aquí, ámese Jorian. Por esta tarde puedes hacer lo que quieras, aunque mañana encontraré la manera de que te ganes la estancia mientras permaneces aquí. -Mientras Vanora servía vino, Rhithos continuó- Ahora dime cómo te has metido en este extraño lío.

-Empezó hace cinco años -dijo Jorian, contento de poder hablar tras el largo silencio del bosque-. Pero debo empezar antes. Mi padre era Evor el relojero, que pasó sus últimos años en Ardamai.

-¿Dónde está eso?

-Es un pueblo de Kortoli, cerca de la capital. Trató de instruirme en la fabricación de clepsidras. Pero mis manos, aunque fuertes para sujetar las bridas, la espada, el arado o la caña del timón, resultaron demasiado grandes y torpes para un trabajo tan delicado. Yo aprendía la teoría, pero la práctica se me escapaba. Finalmente, se dio por vencido, aunque no antes de que yo hubiera viajado con él a varias de las Doce Ciudades en las que tenía contratos para instalar relojes de agua.

A continuación me colocó como aprendiz con Fimbri el carpintero, en Ardami. Pero después de un mes Fimbri me mandó de vuelta a casa con una factura por todas la herramientas que yo, no habiendo aún aprendido a controlar mi fuerza, había destrozado.

Entonces mi padre me puso como aprendiz con Rubio, un mercader de Kortoli. Esto duró un año, hasta que un día cometí un grave error al hacer las cuentas de Rubio. Entonces Rubio era un hombre áspero e irreflexivo, y las cosas le habían ido mal últimamente. Quiso desahogar su furia conmigo, olvidando que durante aquel año que había estado con él, yo había dejado de ser un mozalbete para convertirme en un joven más alto que él. Me golpeó con su bastón, y yo lo cogí y se lo rompí en la cabeza. Sólo le dejó aturdido; pero yo, creyendo que lo había matado, volví apresuradamente a Ardamai.

Mi padre me escondió hasta que se supo que Rubio no estaba gravemente herido. Entonces me llevó a la casa de un campesino sin hijos, un tal Onnus. Me dijo que, si era listo, podría heredar la granja, puesto que el viudo Onnus no tenía ningún familiar conocido. Pero Onnus era un tacaño que trataría de vender el chillido de un cerdo en la matanza. Me hacía trabajar dieciséis horas al día y casi me mataba de hambre. Finalmente, cuando me cogió tratando de escaparme del trabajo a escondidas para cortejar a una muchacha del vecindario, me azotó con el látigo del caballo. Por supuesto, tuve que quitárselo...

-¿Y golpearle con él? -dijo Rhithos.

-No, señor, no hice eso. Todo lo que hice fue arrojarle de cabeza en su propio montón de estiércol, el que le salía a él por el otro lado, y marcharme a casa.

Reconfortado por el vino, Jorian empezó a alegrarse, hablando rápidamente y haciendo animosos gestos.

-Mi pobre padre trató desesperadamente de encontrarme un medio de vida. Mis hermanos mayores se habían convertido en buenos y competentes relojeros, y mis hermanas estaban casadas, pero ¿qué hacer conmigo? "Si tuvieses dos cabezas -me decía-, podríamos cobrar la entrada para que te vieran; pero no eres más que un jovenzuelo grande y torpe, que sólo sirve de destripaterrones . Así que nos acordamos de Syballa, la adivina local.

»La bruja puso hierbas en su marmita y polvos en el fuego, y se formó un montón de humo y de sombras oscilantes sin nada visible que las proyectara. Entró en trance, murmurando y hablando entre dientes. Finalmente dijo:

-Jorian, hijo, me parece que tú sólo estás hecho para ser rey o aventurero errante.

-¿Cómo es eso? -pregunté yo-. Todo lo que quiero es ser un respetable artesano, como mi querido padre, y ganarme la vida honradamente.

-Tu problema -continuó ella-, es que eres demasiado bueno en muchas cosas como para tirar de un arado o barrer las calles de la ciudad de Kortoli. Sin embargo, no es raro que seas tan bueno para una labor que claramente es la que los dioses te han encomendado. Para esa labor, si uno no nace rico y con rango, las únicas carreras posibles son las de aventurero y gobernante. Muchas veces una conduce a la otra.

-¿Y qué tal soldado? -pregunté yo.

-Eso está clasificado dentro de la aventura.

-Entonces, soldado seré -dije yo.

»Mi padre trató de disuadirme, diciendo que tenía demasiado cerebro para una carrera tan rutinaria, que tendría nueve partes de insufrible aburrimiento y una de absoluto terror. Pero yo le respondí que de poco me había servido hasta entonces mi cerebro. Kortoli rechazó mi solicitud; yo creo que Rubio debió de hablar en contra mía.

»De modo que fui andando a Othomae y me alisté en los piqueros del Gran Bastardo. Durante un año desfilé de un lado a otro por el campo de instrucción mientras oficiales gritaban: ¡Picas inclinadas! ¡Al frente, marchando! Tomamos parte en una batalla contra una compañía independiente que pretendía saquear Othomae. Pero el Gran Bastardo los derrotó con una

carga de sus modernos caballeros blindados montados en grandes caballos de labranza, de forma que ningún enemigo se puso a tiro de nosotros, la infantería. Al final de mi servicio militar estuve de acuerdo con mi padre en que la vida de mercenario no era para mí.

»Al terminar, me marché a Xylar. Llegué el día en el que iban a ejecutar al rey y a elegir a su sucesor. Supongo que yo habría oído hablar de esta curiosa costumbre a mi maestro de escuela, años antes; pero no había estado nunca en Xylar y por tanto lo había olvidado. Por eso, cuando una cosa redonda y oscura del tamaño de una pelota de fútbol vino rodando por el aire y me golpeó la cara, la cogí. Entonces, horrorizado, me di cuenta de que tenía en las manos una cabeza humana recién cortada que chorreaba sangre por mis brazos. ¡Ugh! Y me enteré de que era el nuevo rey de Xylar.

»Al principio, me sentí deslumbrado cuando me vistieron con lujosos ropajes, me agasajaron con deliciosas comidas y bebidas, y eligieron bellas esposas para mí. Pero no tardé mucho en comprender cuál era la trampa: que a los cinco años yo también perdería la cabeza.

»Bueno, uno siempre puede conseguir otras vestiduras, comidas, bebidas y mujeres; pero si un hombre pierde la cabeza no le va a crecer otra. Tras un año de ejercer como rey, tal como Grallon y Turonus me enseñaron, decidí escaparme de aquella trampa por las buenas o por las malas.

»El primer método que intenté fue simplemente marcharme furtivamente y correr. Pero los xylarios estaban acostumbrados a esto y me atraparon fácilmente; una compañía entera del ejército, la llamada Guardia Real, está formada por hombres expertos con la red y el lazo, y su tarea consiste en encargarse de que el rey no pueda escapar. Traté de obtener el apoyo de los confederados, pero me traicionaron. Traté de sobornar a mi guardia, pero se quedaron con mi dinero y me traicionaron.

»Al tercer año, intenté ser un rey tan bueno que los xylarios tendrían que ablandarse y cambiar sus costumbres. Hice muchas reformas. Estudié la ley y procuré que se impartiera justicia. Estudié finanzas y aprendí cómo bajar los impuestos sin debilitar al reino. Estudié las artes militares y derroté a los bandidos de los alrededores de Dol y a los piratas que habían estado atacando nuestras costas. No me importa admitir que las batallas me llenan de inquietud:

¿Quién disfruta caminando al paso galopante de un corcel?
¡Yo no!
¿Quién es feliz cabalgando con un puchero en la coronilla?
¡Yo no!
¿A quién le gusta llevar sobre su cuerpo el peso del hierro de la cota de malla
o del escudo, y enfrentarse a su sangriento destino?
¡A mí no!
¿Quién anhela clavar la espada y la lanza?
¡Yo no!
¿O colocarse la flecha con una pluma de ganso en la oreja?
¡Yo no!
¿Quién se atemoriza al oír el estruendo de la batalla prefiriendo una jarra de cerveza,
pero carece de astucia para sortear a la retaguardia?
¡Ese soy yo!

»Pero la idea del hacha me asustaba más aún, así que acabé por hacer que aquellos maleantes me temiesen más de lo que yo les temía a ellos.

-¿De quién es el poema que has recitado? -preguntó Rhithos.

-De cierto poetastro desconocido, llamado Jorian de Ardamai. Pero continúo: Al final de aquel año, todos estuvieron de acuerdo en que el rey Jorian, a pesar de su juventud, era el mejor gobernante que habían tenido en muchos reinados.

»Pero, ¿cambiarían los Xylarios su estúpida ley? Por nada del mundo. De hecho, pusieron más guardias para asegurarse de que no escapase. No podía montar a caballo para ir de caza o perseguir bandidos, o simplemente por placer, sin un escuadrón de hombres armados con lazo procedentes de las estepas de Shven que me rodeaban para que no intentara escaparme.

»Durante un tiempo me sentí desesperado. Me abandoné a los placeres de la carne, a la comida, a la bebida, a las mujeres y a las juergas nocturnas. En consecuencia, al final del cuarto año, yo era una ruina gorda y fláccida.

»Aquel invierno cogí un constipado, y éste se convirtió en unas fiebres que casi acaban conmigo. Mientras deliraba, apareció varias veces un hombre en mis visiones. Algunas veces parecía mi padre, que había muerto aquel año. Yo les había estado enviando grandes cantidades de dinero a mis padres para su bienestar, pero no me había atrevido a invitarles a venir a Xylar, por si acaso, yo veía una oportunidad de escapar, pero no me atreviese a aprovecharla por si retenían a mis padres como rehenes para hacerme volver.

»Otras veces el hombre de la visión parecía ser uno de los grandes dioses: Heryx, o Psaan, o incluso el viejo Zevatas en persona. Quienquiera que fuese, decía: “Jorian, hijo, estoy avergonzado de ti: con todos los dones de cuerpo y de mente que posees y te rindes ante una pequeña amenaza como la pérdida de tu cabeza. ¡Arriba y adelante, muchacho! Si lo intentas puede que escapes o que no escapes, pero ciertamente nada lograrás si no lo intentas. ¿Qué tienes que perder?"

»Cuando me repuse, me tomé muy en serio las palabras de la visión. Aparté de mí a todas las mujeres excepto a mis cuatro esposas legales, a quienes añadí una quinta de mi elección. Me entrené en el gimnasio y en la palestra hasta que estuve más en forma que nunca. También leí en la biblioteca real todo aquello que pudiera ayudarme a escapar. Pasé un año entrenándome y estudiando; y es más fácil para una anguila tocar la gaita que para un hombre entrenarse y estudiar al mismo tiempo. Cuando te entrenas, estás demasiado cansado para estudiar los hechos; y cuando estudias, te encuentras con que te falta el tiempo necesario para entrenarte. Yo hice lo que pude.

»Basándome en el razonamiento de que, si los dioses me habían condenado verdaderamente a la vida de aventurero errante, más valía ser uno bueno, estudié todo lo que pudiera resultarme útil para esa carrera. Aprendí a hablar mulvaní, feridí y shvénico. Practiqué no sólo con las armas convencionales sino también con los utensilios que emplean los hombres que están fuera de la ley: el saco de arena, la llave inglesa, la cuerda del estrangulador, el anillo con veneno, etcétera. Contraté a Merlois el actor para que me enseñase el arte del disfraz, la impersonalización y el discurso dialéctico.

»Durante el último año de mi reinado, reuní además a un equipo de los más infames granujas de las Doce Ciudades: un ratero, un estafador, un falsificador, un bandido, un fundador de sectas y sociedades secretas, un contrabandista, un chantajista y dos ladrones. Los mantuve con gran lujo mientras me enseñaban todos sus trucos. Ahora puedo escalar la fachada de un edificio, forzar una ventana, abrir un cerrojo o una caja fuerte, y... si me cogen en el

momento, convencer al propietario de que soy un espíritu bueno enviado por los dioses para informarles de su conducta.

»Como resultado de estos estudios, me he convertido en lo que podría llamarse "un segunda clase" en una serie de campos. Por tanto, no soy un espadachín tan peligroso como Tartonio, mi antiguo maestro de armas; ni un jinete tan diestro como Korkuin, mi maestro de equitación; ni un ladrón tan experto como el maestro ladrón Enas; ni tan conocedor de la ley como el juez Grallon; ni un administrador tan eficiente como el canciller Turonus; ni un linguista tan instruido como Stimber, mi librero. Pero puedo derrotar a todos ellos con la espada y el escudo, excepto a Tartonio, y hablar más lenguas que ninguno, excepto Stimber, etc.

»A través de mis lecturas, supe de la existencia de las Fuerzas del Progreso. Uno de mis predecesores había cerrado el Colegio de Artes Mágicas de Xylar y hecho desaparecer a todos los magos de Xylar, y sus sucesores habían mantenido esta prohibición...

-Lo sé -gruñó Rhithos-. ¿Por qué crees que vivo aquí en los bosques? Para escapar a todas las leyes y regulaciones que las ciudades establecen contra los estudiantes de la gran sabiduría. Es cierto que en ninguna de las otras Doce Ciudades es la ley tan estricta como en Xylar; pero en todas ellas hay normas, licencias e inspectores a quienes enfrentarse. ¡A los cuarenta y nueve infiernos mulvaníes con ellos! Continúa.

Jorian siguió:

-Por eso los únicos practicantes en Xylar son simples brujas y magos rurales, furtivos infractores de la ley, que a duras penas se ganan su triste vida con amuletos, pócimas y predicciones, la mitad de ellos impostores. Después de probar con varias hechiceras locales de ambos sexos, con resultados desagradables, me puse en contacto con el doctor Karadur, que había venido a Xylar como hombre santo, y como tal, estaba fuera del alcance de nuestra ley. Mi fuga del patíbulo fue obra suya.

-Karadur tiene sus cosas buenas -dijo Rhithos-. Si no fuese por sus absurdas teorías y sus ideales tan poco prácticos...

El sonido de un arañazo en la puerta interrumpió al herrero. Vanora la abrió, y entró un animal. Con un sobresalto, Jorian vio que se trataba de una ardilla del tamaño de un perro, que pesaría más de veinte libras. Una larga piel negra y lustrosa cubría su cuerpo. Chilló dirigiéndose a Rhithos, frotó la cabeza contra la pierna de éste, le dejó que le rascara detrás de las orejas y salió trotando de la cocina.

-Mi demonio familiar, Ixus -dijo Rhithos-. El cuerpo es el de una ardilla gigante de Yelizova; el espíritu, es un demonio menor de la Cuarta Esfera.

-¿Dónde está Yelizova?

-Es una tierra situada muy al sur, más allá de las junglas ecuatoriales del sur de Mulvan. Sólo en los últimos años han podido navegar hasta allí unos intrépidos marinos de Zolon, y han vuelto para contárnoslo. Ixus me costó mucho dinero, te lo aseguro. Algunos de mis colegas prefieren que sus demonios posean el cuerpo de bestias del tipo de los monos, debido a su habilidad. Yo, sin embargo, discrepo. En primer lugar, esos animales son delicados, y mueren fácilmente de frío; en segundo lugar, al ser parientes cercanos de los hombres, tienen mente

propia y a menudo tratan de escapar al control del espíritu. -El herrero hablaba en un tono frío y controlado, sin expresión alguna en la cara o en la entonación. Entonces se puso a cenar.

-¿Qué decías de Karadur? -dijo Jorian.

-Sólo que está lleno de ideales que, por muy conmovedores que sean, resultan poco prácticos en el mundo real. Lo mismo sucede con su facción.

-He oído que existe una diferencia de opinión. ¿Podrías explicarme vuestro punto de vista?

-Su facción, que se hace llamar los Altruistas...

-¡Ah!, la Facción Blanca, ¿no es eso?

-Ellos se denominan a sí mismos y a nosotros la Facción Blanca y la Negra, respectivamente; pero nosotros no admitimos tal distinción. Es un uso peyorativo que les favorece a ellos. En resumen: estos que se autodenominan Altruistas son partidarios de descubrir al pueblo los secretos de las artes arcanas, de difundirlos. De este modo, dicen, toda la humanidad se beneficiará de este conocimiento. Todo el mundo tendrá la espalda caliente y la tripa llena; disfrutarán de una apasionada juventud, una familia numerosa y una vejez sana.

»Ahora bien, si todos los hombres fuesen tan conscientes como nosotros los miembros de las Fuerzas del Progreso, que debemos estudiar muchos años y renunciar a algunos de los placeres más exquisitos de la vida para aprender nuestro arte, que somos rigurosamente examinados por los miembros más antiguos antes de ser admitidos en nuestra fraternidad, y que estamos obligados por terribles juramentos a emplear nuestra sabiduría en beneficio de la humanidad, si todo el resto de los hombres fuesen instruidos con tanta severidad y admitidos estrictamente en este secreto, entonces podría decirse algo en favor de los ideales de los Altruistas.

«Pero como tú has visto, maese Jorian, no todos los hombres están tan dispuestos. Algunos son estúpidos, otros perezosos y otros verdaderamente malvados. La mayoría de ellos anteponen su propio interés al de los demás; casi todos prefieren el placer del momento antes que aquello que a la larga es bueno para ellos y los suyos. ¿Poner este peligroso conocimiento a disposición de semejante chusma de estúpidos, bribones y haraganes? ¡Es como poner una cuchilla de afeitar en los dedos gordinflones de un niño que empieza a andar! Hay hombres que, si conocieran los más crueles encantamientos, no tendrían escrúpulos en hacer uso de ellos para acabar con una ciudad entera, si haciéndolo pudieran derrotar a uno solo de sus enemigos personales. Por eso, nosotros los Benefactores nos oponemos tajantemente a esta propuesta.

A pesar del énfasis de sus palabras, Rhithos no levantó la voz ni un sólo momento, hablando siempre en el mismo tono inexpresivo. Parecía haber algo mecánico en él que recordaba a Jorian la leyenda del sirviente mecánico que Vaisus, el herrero divino, había creado para los demás dioses, y los problemas que surgieron cuando el hombre artificial quería ser elevado también a la categoría de dios.

-¿Qué hay de tu trabajo presente? -le preguntó cuando terminaron de cenar.

-No importa que te lo diga, puesto que estará terminado dentro de tres días como mucho. Es la espada Randir, que estoy fraguando para el Gran Bastardo. Cuando los encantamientos que han de templarla estén acabados, cortará una armadura ordinaria como si fuese un queso. El

truco, diría yo, es aplicar los hechizos durante la fase de la templadura. Algunos los efectúan antes, durante el calentamiento inicial y la fragua. Pero la mayoría de tales hechizos no sirven de nada porque el calor y los golpes los anulan.

«Pero háblanos de tu escapada. ¿Qué precio te pidió Karadur exactamente? A pesar de su hipócrita beatería, sé que ese viejo brujo no realizaría una obra mágica tan agotadora y arriesgada sin un precio.

-Bueno, dijo que vuestras Fuerzas del Progreso ordenaban que yo fuese a la capital de Mulvan y allí buscase un antiguo cofre llamado el Kist de Avlen, que por lo visto está lleno de portentosas fórmulas mágicas de tiempos remotos. Karadur quiere que yo devuelva esta caja a la Torre Encantada de Metouro, donde, según tengo entendido, vuestra sociedad va a celebrar un gran cónclave.

-¡Ajá! Así que era eso. Si te ha dicho que toda la orden demanda tal cosa, ha mentido, o de lo contrario yo habría oído hablar de ello antes de ahora. Es su propia facción, los llamados Altruistas, quienes desean ese cofre con el fin de forzarnos a los Benefactores a acceder a sus disparatadas proposiciones. ¿Dé qué modo te obligan a cumplir este mandato?

-Por un hechizo que me produce un terrible dolor de cabeza y pesadillas si no me mantengo en dirección a Trimandilam. He probado este encantamiento y sé que funciona.

-Debería habérmelo imaginado. Pero continúa con la historia de tu fuga, muchacho.

Mientras le narraba su inacabada ejecución, Jorian, en su interior, se maldijo a sí mismo por su imprudencia. Había supuesto equivocadamente que Rhithos estaba de acuerdo con el robo del Kist de Avlen, o al menos que no haría ningún mal hablándole de ello. Ahora resultaba que Jorian se había implicado en una contienda entre las dos facciones de la fraternidad de los magos. Rhithos quizá intentara intervenir en el asunto. La lengua de Jorian le había traicionado aligerada por el vino, y no era ésta la primera vez.

Jorian trató de consolarse pensando que su indiscreción era también, en parte, culpa de Karadur. El viejo mago se las había arreglado para dar a Jorian la impresión, sin decirlo expresamente, de que toda su sociedad estaba detrás de esta maniobra, y no sólo los de su propia facción. Jorian suspiró y pensó que ni siquiera Karadur, a pesar de su elevado discurso sobre la pureza de la moralidad y la ética, estaba totalmente por encima de toda forma de maldad y engaño.

Rhithos escuchó inexpresivamente el resto de la narración de Jorian. Finalmente, dijo:

-Bien hecho, sí señor. Ahora vayámonos a dormir, pues mañana habrá muchas cosas que hacer.

Jorian pasó la mayor parte del día siguiente comiendo, descansando y tomando un baño. que buena falta le hacía, en el barreño de madera de Rhithos. Vio a Rhithos sosteniendo la espada Randir con la espiga envuelta en trapos, pues la empuñadura no había sido colocada aún. El herrero calentó repetidamente la hoja hasta que se puso de color rojo cereza. Entonces la depositó sobre el yunque y la golpeó, unas veces aquí y otras allá, para eliminar cualquier curvatura o irregularidad.

Un día después, Jorian se había recuperado por completo. Ayudó a Rhithos con la espada, sosteniendo con unas tenazas los extremos de los cables que estaban atados alrededor del

mango, sacando brillo a la hoja y al guardamano de latón plateado, o bien ayudando a dar los últimos toques a Randir. Dio vueltas a la manivela de la piedra de amolar mientras el herrero llevaba a cabo las tareas preliminares para afilarla.

El diablillo Ixus brincaba alrededor del herrero, llevando y trayendo cosas según las órdenes de Rhithos. Chillaba enfurecida a Jorian y mostraba sus afilados dientes de ardilla a sus pies hasta que una palabra severa del herrero hizo que se calmara.

-Está celosa -dijo Rhithos-. Es mejor que salgas fuera y ayudes a Vanora. Estoy a punto de realizar un pequeño encantamiento sobre la empuñadura y prefiero hacerlo solo.

Jorian pasó un rato cortando madera, sacando agua, amasando pasta y quitando hierbas del jardín sin obtener otra cosa que unas cuantas breves palabras de la muchacha. Probó con halagos e historias:

-¿Has oído hablar -le preguntó-, de la gran lucha entre el rey Fusas de Kortoli y su hermano gemelo Fusor? Pues este rey era un gran atleta, casi tan bueno como Kadvan el Fuerte en Xylar, con la ventaja adicional de que a él no le cortaron la cabeza después de cinco años. Nunca he oído hablar de un atleta sin cabeza que en una contienda valiera gran cosa.

«Pues bien, Fusas quería organizar una gran celebración para conmemorar el quinto centenario de la ciudad. Por supuesto, esto no era del todo cierto, ya que hubo un período en su bonita historia en el que durante varios años Ardyman el Terrible de Govannian unificó bajo su mandato a las Doce Ciudades; pero los kortolianos consideraban preferible ignorar este paréntesis, y ¿quién se lo reprocha?

«Como el rey Fusas era un hombre muy fuerte, pensó en complacer a su pueblo participando, en lo mejor de la celebración, en una competición deportiva entre él mismo y otro hombre. El deporte favorito del rey era la lucha. Pero había un problema, pues el rey consideró que era perjudicial para la dignidad real ser derrotado en una contienda pública como aquella. Por otro lado, si se le advertía de antemano al oponente que debía perder, esto podría llegar a saberse, o el otro hombre quizá se dejase ganar con demasiada facilidad. En el mejor de los casos, el resultado sería un espectáculo aburrido, y en el peor, el rey podría ser abucheado o, aún peor, perder la dignidad real.

«Otra posibilidad era que el rey se enfrentarse a un hombre bastante más pequeño que él y de este modo estaría seguro de ganarle. Pero de nuevo, la gente vería a su rey derrotar a un renacuajo como oponente y se burlaría de él.

«Así que el rey Fusas pidió consejo a un hombre sabio, el mago Thorynx. Y Thorynx record6 a Fusas que tenía un hermano gemelo, Fusor, quien llevaba una vida apacible en una pequeña casa de campo en las colinas del sur de Kortoli, o al menos una vida tan apacible como pueda llevar una persona que está rodeada de espías e informadores que buscan la oportunidad de acusarle de intento de arrebatarle el trono a su hermano. Afortunadamente para él, Fusor, el menor de los gemelos por un cuarto de hora, era tímido por naturaleza. Se preocupaba de pocas cosas aparte de la pesca, y por tanto nunca proporcion6 a los informadores ningún motivo de sospecha del que pudiesen informar.

«Bien, según Thorynx, Fusor y Fusas eran gemelos idénticos y por tanto rivales perfectos como luchadores, aunque Fusor pudiera estar en mejores condiciones físicas como resultado de la sencilla vida que llevaba al aire libre, sin tener que firmar papeles, ni pleitos que juzgar, ni banquetes que comer ni bailes que le mantuvieran despierto hasta muy tarde. Así que,

Librodot

debían llevarle a la ciudad de Kortoli y que allí luchase con Fusas en pleno apogeo del festival. Ambos vestirían de forma idéntica, de modo que los espectadores no pudiesen distinguirlos. Ganase quien ganase, se proclamaría vencedor al rey Fusas, y ¿quién lo negaría? Entonces Fusor podría ser enviado otra vez a su casa de campo con un buen regalo para mantenerlo callado.

«Y así se hizo. El príncipe Fusor fue trasladado a la ciudad de Kortoli y alojado en el palacio durante un mes antes del festival. Y en el momento culminante de la celebración se celebr6 una gran lucha, con el rey y su hermano dando vueltas y más vueltas sobre la colchoneta en un nudo de miembros y rugiendo como un par de verracos en el mismo pesebre. Y finalmente uno de los gemelos mantuvo sujeto al otro y fue proclamado vencedor. También se dijo que era el rey.

«Pero tan pronto como volvieron a palacio y estuvieron fuera del alcance de la vista de la multitud, entablaron una furiosa disputa apretando los puños y amenazándose. Los dos, tanto el ganador como el perdedor, decían ser el rey de Fusas y, puesto que tenían el mismo aspecto y estaban vestidos con idénticos taparrabos de color púrpura, no resultaba fácil distinguir quién de los dos decía la verdad.

«Primeramente, el canciller trató de interrogarlos por separado sobre los asuntos del reino. Pero ambos pretendientes respondieron sin vacilar a las preguntas. Resulta que Fusor, quienquiera que fuese de los dos gemelos, se había pasado la mayor parte de los dos meses que llevaba residiendo en el palacio familiarizándose con tales materias, mientras su hermano real había estado ocupado entrenándose en el gimnasio para el combate.

«Entonces el canciller pregunt6 a Thorynx si tenía alguna idea.

-"Sí", -respondió Thorynx-. “Yo puedo zanjar la cuesti6n. Dad a cada pretendiente una hoja de papel de carrizo y que hagan un informe sobre la última vez que el rey penetró a la reina Zeldé, con todos los detalles. Después, mostrad las dos versiones a la reina y que ella diga cuál de las dos es la del verdadero rey."

Pues, a diferencia de la zona sur de las Doce Ciudades, los kortolianos no permiten ni siquiera a los reyes tener más de una esposa legal. Debe de ser la influencia mulvaní la que os lleva a los sureños a permitir tal libertad.

«En fin, así se hizo. La reina ech6 un vistazo a los dos escritos y en consecuencia declaró que uno era verdadero y el otro falso. Por tanto, a aquel a quien ella había declarado auténtico rey le fue devuelta la corona, el trono y las dignidades, mientras que el otro, que continuaba reclamando la realeza muy indignado, fue decapitado por alta traición.

«Así había acabado la cosa. Pero muchos años después, cuando el rey ya había fallecido y la anciana reina Zeldé estaba en su lecho de muerte, confes6 que había elegido deliberadamente el escrito contrario, el que elabor6 el príncipe Fusor y no el del rey Fusas.

-"Pero abuela" -exclamaron las jóvenes princesas a quienes había hecho esta confesión-, “¿por qué hiciste una cosa tan malvada?"

-"Porque” -contestó la Reina Madre Zeldé- nunca me gustó ese cerdo de Fusas. Le olía mal el aliento y cuando me hacía el amor acababa siempre antes de que yo ni siquiera hubiera empezado a calentarme. Pensé que al cambiarlo por su hermano podría conseguir a alguien

que fuera más de mi agrado. ¡Pero, Dios mío! Fusor resultó ser idéntico a su hermano en este y en otros aspectos." Y así murió.

Vanora, sin embargo, seguía mostrándose despreciativa.

-Eres un grandísimo fanfarrón, Jorian -dijo ella finalmente-. Apuesto a que no eres capaz de hacer la mitad de las hazañas de las que presumes.

Jorian sonrió zalameramente.

-Bueno, cualquier hombre desearía caerle bien a una chica atractiva, ¿no es así?

Ella resopló.

-¿Con qué propósito? Tú ni siquiera eres un hombre que disfrute de los placeres de la galantería, a menos que antes te abastezcan con las provisiones suficientes como para enfrentarte a un león.

-Podría demostrarte...

-No importa, muchachuelo; no me atraes.

-¡Estoy herido de muerte, como si se tratara de una de las flechas envenenadas de los silvanos! -gritó Jorian, llevándose las manos al corazón y simulando un desmayo- . ¿Qué más te gustaría que te demostrara?

-Tu habilidad para abrir cerraduras, por ejemplo. ¿Ves la puerta de aquella jaula?

Jorian se aproximó a la jaula. El hombre-mono, un ejemplar excepcionalmente feo, cubierto de un pelo corto y entrecano, le lanzó un gruñido. Entonces, Vanora se acercó hasta los barrotes y extendió una mano a través de ellos. El hombre-mono tomó la mano entre las suyas y la besó.

-¡Un verdadero galán, este Komilakhian! -dijo Jorian, examinando la cerradura-. ¿Para qué lo guarda Rhithos? No hace trabajar a la criatura, como hace con la ardilla, y esta bestia humana debe ser alimentada. ¿Con qué fin?

Vanora había estado hablando al hombre-mono en la misma lengua de cloqueos y silbidos de este último. Ella dijo:

-Rhithos pretende emplear a Zor en la última fase de la fabricación de la espada Randir. El hechizo final requiere atravesar la espada candente a través de la pobre criatura y dejarla ahí hasta que se enfríe; entonces se prueba el filo cortando la cabeza de Zor. El hechizo debería llevarse a cabo con un cautivo humano, pero Rhithos asegura que funcionará también con Zor, que al menos está a mitad de camino del género humano y es menos probable que nos enrede con parientes vengativos que si fuese un hombre.

-¡Pobre mozalbete! Parece que le gustas.

-Más que eso; está enamorado de mí.

-¿Cómo lo sabes?

-¡Míralo, estúpido!

-¡Ah!, ya entiendo. -Jorian hurgó en una pequeña bolsa, sujeta al interior de sus calzones, y sacó un trozo no muy largo de alambre fuerte doblado-. Creo que esto se encargará de la cerradura de Zor. Sujeta la puerta de la jaula.

Insertó el alambre en la cerradura, lo movió a tientas por allí dentro y giró. El pestillo hizo un chasquido.

-¡Cuidado! -dijo Jorian-. Zor podría. . .

En lugar de ayudar a Jorian a mantener cerrada la puerta de la jaula, Vanora dio un paso atrás y pronunció una palabra en el idioma de Zor. Dando un rugido, el hombre-mono se lanzó contra la puerta. Era aún más pesado y fuerte que Jorian, y la fuerza del impacto fue irresistible. Tambaleándose hacia atrás, Jorian perdió el equilibrio y cayó sentado en el barro, mientras se abría la puerta y Zor salía precipitadamente.

-¡Detenlo! –gritó Jorian, tratando de ponerse en pie. Pero Vanora se quedó parada con las manos apoyadas en las caderas, viendo complacida cómo Zor se escapaba hacia el bosque y desaparecía.

-¡Lo has hecho a propósito! -gritó Jorian, levantándose-. ¡Por las barbas de bronce de Zevatas! ¿Por qué...?

-¿Qué es esto? -tronó la voz del herrero mientras Rhithos asomaba por la herrería-. ¡Gran Zevatas, has dejado escapar a Zor! ¿Acaso estás loco? ¿Por qué me haces esto?

-Estaba mostrándome su habilidad para abrir cerraduras -dijo Vanora.

-¡Ah, pedazo de idiota! -vociferó el herrero, amenazándole con el puño. Era la primera vez que Jorian había visto al viejo demostrar algún tipo de sentimiento.

-No me gusta tener que culpar a una mujer, señor -dijo Jorian-, pero esta joven sugirió...

-¡Yo no he hecho nada de eso! -gritó Vanora-, Ha sido tu propia presunción lo que te ha movido ha hacerlo, a pesar de mis protestas...

-¿Cómo? ¡Eres una mentirosa! ¡Que me hunda en el estiércol si yo no te dije...

-¡No harás nada de eso, jovenzuelo! -Rugió Rhithos-. ¡Mírame!

Jorian lo hizo, luego trató de apartar la mirada y se dio cuenta de que no podía. El herrero sostenía algo en la palma de la mano, quizá una piedra preciosa, un espejo o una luz mágica, Jorian no podía distinguirlo bien. Brillaba y centelleaba lanzando innumerables rayos. Parecía que le arrancaban el alma mientras lo contemplaba totalmente fascinado. Una parte de su mente seguía diciéndole que no mirase, que se resistiese, que derribara al herrero de un golpe y escapara; pero no podía.

El herrero se fue acercando cada vez más; los destellos de luz se hicieron cada vez más luminosos y confusos. El mundo que rodeaba a Jorian parecía borrarse y desaparecer, como si

se encontrara en un espacio vacío, bañado en luces parpadeantes que centelleaban y que mostraban todos los colores conocidos y algunos desconocidos.

-¡Quieto! -dijo el herrero, recuperando su voz monótona. Jorian se dio cuenta de que era incapaz de moverse. Notó la mano del herrero registrándole libremente la ropa. Le despojó de su daga, y también de su bolsa, y a continuación el herrero sacó el cinto del dinero y la bolsita donde llevaba las ganzúas.

-¡Ahora, atrás! -dijo el herrero-. ¡Atrás! ¡Un paso más! ¡Otro! -Y continuó hasta haber hecho entrar a Jorian de espaldas por la puerta de la jaula.

Vagamente, Jorian oyó el sonido metálico de la puerta y de la barra del cerrojo. El resplandor se apagó, y él se dio cuenta de que estaba en la jaula de Zor.

-Ahora -dijo Rhithos-, puesto que me has quitado a Zor, tú ocuparás su lugar.

-¿Hablas en serio, Rhithos? -preguntó Jorian.

-Tú mismo verás si hablo, o no, en serio. Mañana estaré preparado para pronunciar el hechizo final, y en ese hechizo tú jugarás un papel fundamental.

-¿Quieres decir que pretendes templar la espada atravesándome con ella, y probarla después con mi cabeza?

-Ciertamente. Los poetas cantarán durante siglos alabanzas sobre esta espada; así que, si te sirve de consuelo, considera que mueres por una causa noble.

-¡Por l.a pelotas de bronce de Imbal, eso no es razonable! Aunque en una pequeña parte yo soy culpable de la huida de Zor, ningún hombre civilizado consideraría mi falta una ofensa capital.

-¿Qué eres tú o ningún otro hombre para mí? Nada más que un insecto al que pisotear cuando se cruza en mi camino. Lo que importa es la perfección de mi arte.

-Amigo mío -dijo Jorian en su tono más seductor-, ¿no sería más conveniente enviarme a Komilakh para que te trajese otro hombre-mono? Puedes asegurarte de mi regreso con uno de tus hechizos, como el que los compañeros de Karadur me han impuesto. Además, ¿cómo voy a buscar el Kist de Avlen...

-Vuestra facción pretende hacer algún uso estúpido de ese Kist, así que es mejor que no vivas para llevar a cabo tu búsqueda. Además, las próximas veinticuatro horas son astrológicamente propicias, y una conjunción tan favorable no volverá a presentarse durante años.-El herrero se volvió hacia Verona-. Me parece, muchacha, que has estado hablando demasiado con nuestro invitado, o de lo contrario no habría sabido tanto acerca de la elaboración de Randir. Más tarde tendremos unas palabras. Mientras tanto, vuelve a tus quehaceres. Deja que este patán contemple los frutos de su estupidez, pues incluso este insignificante placer le durará poco.

-¡Señor Rhithos! –gritó Jorian desesperadamente-. Facción o no facción, matar al servidor de un compañero miembro de vuestra fraternidad te causará problemas. Karadur se vengará...

El herrero resopló, le volvió su ancha espalda, y se fue apresuradamente hacia la herrería. Vanora desapareció Sobre su cabeza, el espeso manto de nubes grises parecía presionar a

menor distancia que nunca, y el claro del bosque parecía más oscuro de lo que incluso la densa niebla podría explicar. Las ramas desnudas se alzaban como manos negras y resecas hacia el oscuro cielo.

Jorian sentía una tensión obsesiva, como la que sentía a veces antes de una fuerte tormenta. Caminó nerviosamente por la jaula, probando sus músculos en los barrotes y colgándose de las barras que formaban el techo. Hurgó en vano la cerradura con sus dedos gruesos y velludos.

Más tarde, cuando empezó a oscurecer, Vanora pasó por delante de la jaula con una jarra de agua.

-¡SeñoraVanora!-llamó Jorian-. ¿No voy a comer nada más?

-¿Para qué? Mañana no volverás a necesitar comida... al menos no en esta esfera de la existencia. Es mejor que pases el tiempo poniéndote en paz con tus dioses y que te olvides de esa barriga sin fondo.

Desapareció de su vista. Al momento, volvió e introdujo una barra de pan y un cántaro de agua a través de los barrotes.

-¡Silencio! -susurró-. Rhithos se enfurecería si supiese que desperdicio así sus vituallas, como diría él. Tal como están las cosas, probablemente me azotará la espalda con un látigo por haberte hablado del encantamiento de la espada. Nunca recuerda un favor ni olvida un ultraje.

-Un individuo antipático. ¿Puedes sacarme de aquí?

-Al anochecer, cuando esté absorto en sus hechizos.

-Creí que el hechizo final era mañana.

-Así es; éste es el penúltimo paso.

El herrero cenó temprano y volvió a su herrería, de donde pronto se oyó salir el sonido de un tambor y la voz de Rhithos que entonaba un cántico. Las sombras parecían cernerse sobre el cobertizo con más rapidez aún que en ningún otro sitio. Al caer la noche comenzaron a escucharse sonidos curiosos, graznidos que difícilmente podrían ser hechos por una voz humana, y otros ruidos distintos a todos los que Jorian había oído jamás. De vez en cuando se alzaba la voz del herrero gritando una orden. Extrañas luces de un brillo azulado y fantasmal se encendían y apagaban a través de las rendijas de los tablones del cobertizo. Jorian sentía tal escozor en la piel que le daban ganas de salir de ella. Estaba a punto de estallar de nervios.

Vanora, una sombra en la oscuridad, volvió a aparecer junto a los barrotes de la jaula.

-¡Toma esto! -susurró, tendiéndole una mano temblorosa-. Que no se te caiga, y mucho menos en el barro.

Era la ganzúa con la que Jorian había abierto antes la puerta de la jaula.

-Se te cayó cuando se escapó Zor -dijo ella-, y Rhithos no la vio cuando cogió el resto de tus cosas.

Librodot

Jorian buscó el agujero de la llave por el lado exterior de la placa de la cerradura y metió el alambre. Su mano temblaba tanto que le costó trabajo encontrar el agujero. Manipular el alambre desde el interior de la jaula resultó difícil, pero tras varios intentos el pestillo cedió. Retiró el alambre y abrió la puerta. Otra llamarada de luz azul iluminó la herrería.

-¡Toma! -dijo Vanora, metiendo algo frío dentro de su mano. Era la empuñadura de su sable-. Debes matar a Rhithos mientras esté sumido en sus encantamientos.

-¿No podríamos simplemente escapar a Othomae? Tu herrero no es un mago mediocre, y no deseo ser convertido en una araña.

-¡Cobarde! Tú no eres un caballero galante, dispuesto a luchar contra fuerzas superiores, sino un patán corriente y calculador, que sopesa los pros y los contras como un cambista pesa los granos de polvo de oro.

-Nunca he pretendido ser un caballero galante. Estas travesuras me asustan como a un tonto.

-¡Pues actúa como un hombre por una vez! Rhithos estará debilitado por el esfuerzo del hechizo.

-Sigue sin gustarme; no me gusta matar a la gente sin necesidad. ¿Por qué simplemente no nos escapamos por el bosque?

-Porque en el instante en que Rhithos se entere de nuestra huida, pronunciará un hechizo para hacernos volver, o enviará a sus demonios para que nos traigan hasta aquí como corderitos. Y nos obligarán a volver si estamos a menos de cinco leguas de esta casa. Y si eso falla, él está aliado con los silvanos que, a una orden suya, nos atravesarán con sus flechas envenenadas. Puesto que una huida sería fatal, no queda otro remedio que matarlo, y eso sin tardanza.

Jorian probó el peso de la corta y curvada hoja.

-Esto no es un utensilio adecuado para tal propósito, especialmente cuando él tendrá a mano la gran espada Randir. Con esta herramienta de carnicero, necesitaré alguna defensa para la mano izquierda. Dame tu capa.

-¿Pretendes que mi única prenda de vestir buena acabe toda acuchillada y rajada en la refriega? ¡De ning·n modo! ¡Ah, villano! -gritó cuando Jorian, con un repentino movimiento de su largo brazo, le arrancó la capa de los hombros. Se enroscó la prenda alrededor de su brazo izquierdo.

-¡Y ahora no hagas ruido! -susurró mientras se deslizaba hacia el cobertizo.

Rhithos había cerrado los postigos de las ventanas de la herrería. Las lumbreras de estos postigos también estaban cerradas, apoyadas horizontalmente una contra otra como las plumas del ala de un pájaro. Sin embargo, una de ellas estaba rota en un extremo y colgaba por su base sobre la siguiente. Jorian colocó su ojo en el estrecho triángulo de luz.

En el interior, el yunque había sido trasladado a un lado. En su lugar, cerca de la fragua, había tres estrellas de cinco puntas dibujadas con carbón: una grande flanqueada por dos pequeñas. Rhithos estaba de pie en una de las estrellas pequeñas, Ixus en la otra. Seis velas negras, colocadas en los vértices de los triángulos de la estrella principal, desprendían una luz

Librodot

intermitente, a la que poco ayudaba el débil resplandor rojizo procedente del fuego cubierto. La espada Randir yacía en el centro de la gran estrella central.

En aquel círculo había también algo más, aunque Jorian no sabía con seguridad de qué se trataba. Era algo oscuro y voluble, como una nube deforme, tan alta y ancha como un hombre pero sin ningún órgano o miembro definido. Un pálido resplandor, como el de un fuego mágico o fatuo, parpadeaba a través de él de vez en cuando.

Rhithos blandía una espada y cantaba. Ixus, situado frente a él al otro lado del círculo grande, marcaba el ritmo con una varita.

-Está de espaldas a la puerta -susurró Vanora-. Puedes abrirla de golpe y clavarle tu sable en la espalda de una sola vez.

-¿Y qué hay de ese espíritu de la estrella?

-Todavía no está materializado del todo; al interrumpir el cántico se desvanecerá. Vamos, un rápido gol...

-Eso no es lo que haría un caballero, pero... ¡Adelante! -Jorian se acercó a la puerta-. ¿Chirría?

-No. Rhithos detesta la herrumbre y mantiene siempre los goznes engrasados.

-Entonces agarra el pomo y abre poco a poco.

Ella hizo lo que le ordenaba. Al irse abriendo suavemente la puerta, Jorian dio un corto paso a la carrera. De un salto rápido hundiría el sable en la espalda de Rhithos, a la izquierda de la columna vertebral y bajo el omoplato...

Pero Jorian se había olvidado de Ixus, que se encontraba de cara a la puerta. Cuando Jorian emprendió el salto, el demonio dio un chillido señalándolo. Sin volver la cabeza, el herrero saltó a un lado. Al hacerlo, golpeó con el pie una de las seis velas. La palmatoria cayó rodando estrepitosamente; la vela golpeó a otra y se apagó. El objeto en forma de nube que había en la estrella grande se desvaneció.

El impulso de Jorian lo condujo al espacio donde antes estaba Rhithos y le hizo atravesar la estrella principal. Se tropezó con la espada Randir, se tambaleó y estuvo a punto de pisar a Ixus, quien se apartó a un lado y fue tras de Jorian mostrando sus afilados dientes.

Jorian golpeó aquel cuerpo negro y peludo que se precipitaba contra él justo antes de que sus dientes le alcanzaran la pierna. El ataque lanzó a la ardilla gigante contra la fragua, donde se quedó tumbada retorciéndose y sangrando. El golpe casi la había rajado por la mitad.

Rhithos se recuperó de su salto. Dio un paso atrás volviendo a la estrella principal y cogió del suelo la espada Randir. Para cuando Joiran se dio la vuelta tras asestar el golpe al demonio, el herrero estaba sobre él, blandiendo la espada a brazo partido dibujando ochos en el aire.

La arrugada cara de Rhithos estaba pálida a la luz de las velas y brillaba a causa de las gotas de sudor. Se movía pesadamente y le costaba respirar, pues la obra de brujería le había agotado las fuerzas. Sin embargo, su fuerza previa había sido tan inmensa que Jorian se encontró con que aquel hombre, incluso en condiciones tan fatigosas, era más que suficiente para él.

Como la espada del herrero era casi el doble de larga que su sable, Jorian estuvo tentado de retroceder antes del ataque. Pero sabía que, si lo hacía, el herrero enseguida lo arrinconaría. Por tanto, se quedó de pie, defendiéndose de las embestidas con el sable y con la capa enrollada alternativamente.

Al principio los golpes venían tan rápidamente y con tanta furia que Jorian no tenía tiempo para devolver el pinchazo o la estocada. El herrero parecía dispuesto a derrochar las fuerzas que le quedaban en un último intento por vencer la defensa de Jorian aprovechando el peso mismo de la espada y la furia en el ataque.

Pero pronto la edad y el cansancio debilitaron su ataque en forma de molino de viento. Mientras paraba un tajo con la capa, Jorian asestó una estocada directamente en el pecho de Rhithos. La punta del sable rasgó la túnica de Rhithos enrojeciendo la piel de debajo.

Jadeando, Rhithos retrocedió un paso. Ahora luchaba más astutamente, con un buen estilo de esgrima, adelantando el pie derecho y manteniendo el brazo izquierdo elevado hacia atrás. Como Jorian tenía que utilizar su mano izquierda, adoptó la postura ambidextra, mirando directamente hacia el frente con los pies separados y las rodillas ligeramente dobladas. Ambos estaban muy igualados. Mientras avanzaban, retrocedían, amagaban, se atacaban, golpeaban y defendían, daban vueltas alrededor de la estrella principal.

Jorian vio que ahora podía entablar una lucha ofensiva adecuada contra Rhithos, pero la longitud de la hoja del otro mantenía a éste fuera de su alcance. Cuando trató de acercarse, la larga hoja de Rhithos se lanzó hacia su brazo derecho que estaba al descubierto. La punta alcanzó la tela de la manga de Jorian, haciéndole un pequeño desgarrón. Durante un instante, Jorian sintió la fría superficie de la hoja sobres su piel.

Siguieron dando vueltas. Ambos jadeaban sin cesar, mirando a los ojos del contrario. Jorian, accidentalmente, dio una patada a otra vela, que se apagó también.

Ahora el herrero parecía haber recobrado el aliento, y era Jorian quien empezaba a cansarse. Una y otra vez el herrero lanzaba estocadas y golpes hacia el brazo derecho de Jorian. Jorian eludía estos ataques, pero cada vez con un margen más reducido.

Como seguían dando vueltas, el herrero se colocó una vez más de espaldas a la puerta. Vanora, que se había quedado al fondo, dio un paso adelante con la espada que Rhithos había empleado al principio del ataque y que había arrojado al suelo. No era un arma de lucha, sino un instrumento que utilizaba para la magia: una espada recta de unas treinta pulgadas, con poca punta y menos filo, hecha de hierro dulce bien pulido, con la empuñadura de marfil y un guardamano de cobre en forma de luna creciente. Desde un punto de vista práctico, no servía para nada, excepto para hechizos e invocaciones.

A pesar de todo, Vanora tomó el arma con las dos manos y clavó la desafilada punta en la espalda de Rhithos. El herrero se sobresaltó, gruñó y se volvió. Inmediatamente, Jorian se acercó a él. Lanzó el extremo hecho jirones de la capa de Vanora alrededor de la espada Randir, inmovilizándola por un instante, y hundió su sable en el pecho de Rhithos. Sacó la hoja, la clavó en el vientre del herrero, la retiró de nuevo y la hundió profundamente en el cuello de Rhithos.

Como un viejo roble, Rhithos se tambaleó y se derrumbó sobre el suelo. Jorian se quedó de pie tratando de recuperar el aliento. Cuando pudo respirar con normalidad, tomó un trapo del

montón que había junto a la fragua, limpió la hoja y la envainó. Arrojó al fuego cubierto de la fragua el trapo ensangrentado, donde éste levantó una nube de humo, ardió en llamas y se consumió rápidamente.

-¡Por el culo de bronce de Imbal, ha estado cerca! -dijo Jorian-. He tenido suerte de que él estuviese ya cansado a causa de sus hechizos; dudo mucho que pudiera haberle vencido en condiciones normales.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó Vanora.

-Sí. Es un alivio ver que dentro tenia sangre de verdad. Por su modo frío y mecánico de comportarse, me preguntaba estaría relleno de tuercas y poleas, como uno de los relojes de agua de mi padre. -Cogió a Randir del suelo, echó un vistazo a lo largo de la hoja y cortó el aire con ella. Era una bonita espada de un solo filo con una empuñadura en forma de cesta-. No tendrá propiedades mágicas, puesto que hemos roto el hechizo. Pero aun así, es una buena espada. ¿Crees que tendrá una vaina?

-El no hace sus propias vainas, sino que se las encarga a un armero de Othomae. Pero quizá sirva una de esas que hay en la sala de estar.

-Las probaré. Es importante que encaje bien; nada avergüenza más a un héroe que enfrentarse a un dragón o a un ogro y encontrarse con que su espada está fuertemente atascada en la funda. Supongo que aquí no debemos temer a la ley, ¿no es verdad?

-No; No hay más ley que la que cada uno se imponga. Tanto Xylar como Othomae reclaman la posesión de estas colinas, pero nunca envían oficiales hasta aquí para apoyar sus demandas o reforzar sus estatutos

Con la punta de la bota, Jorian agitó el cuerpo de la ardilla gigante.

-Siento haber matado a este animalito. No ha hecho sino defender a su amo.

-Has hecho bien, Jorian. De otro modo, Ixus hubiera avisado a los silvanos, y ellos nos hubiesen matado en venganza por la muerte de su aliado. Incluso así, pronto se enterarán del fallecimiento de Rhithos.

-¿Cómo?

-Por la anulación del encantamiento de camuflaje, por el que Rhithos ha mantenido alejados de este territorio a los hombres del bosque. Tan pronto como un cazador se adentre en esta propiedad... Y ahora es época de caza, vendrán corriendo a esta casa para averiguar qué le ocurre a su hechicero.

-Entonces debemos partir hacia Othomae de inmediato.

-Antes tenemos que coger unas cuantas cosas. Yo necesitaré una capa; vuestra pelea ha reducido la mía a harapos. Servirá una del herrero.

Después de coger tres de las velas que quedaban regresaron a la casa. Jorian dijo:

-No creo que sea conveniente empezar nuestro viaje con los estómagos vacíos. ¿Puedes cortar un filete mientras recojo mis cosas?

-¡Sólo piensas en comer! -exclamó Vanora-. Yo no podría tragar un bocado después de todo este nerviosismo. Pero tendrás lo que pides. No tardes mucho en comértelo, pues a pesar de la oscuridad debemos poner la mayor distancia posible entre nosotros y la casa antes del amanecer, cuando los silvanos empiecen a despertarse. -Se entretuvo con el fuego y los pucheros.

-¿Conoces los caminos de los alrededores? –preguntó Jorian mirándola-. Tengo un mapa, pero en una noche tan cerrada, de poco nos va a servir.

-Conozco el camino a Ethomae. Vamos allí todos los meses a vender las espadas de Rhithos y otras cosas de hierro, a conseguir nuevos encargos y reponer provisiones.

-¿Cómo llevas la carga?

-La lleva el asno. Aquí tienes tu comida, señor cómelotodo.

-¿Tú no vas a tomar nada?

-No. Ya te he dicho que no podría. Pero ahora que el tirano está muerto y bien muerto, no hace falta que bebamos sidra. -Sirvió una jarra de vino para Jorian y otra para ella y bebió abundantemente.

-Si odiabas tanto a Rhithos –dijo Jorian-, ¿por qué nunca te escapaste?

-Ya te lo he dicho. Poseía encantamientos para hacer volver a los fugitivos.

-Pero si te hubieses marchado una noche justo después de que el viejo brujo se durmiese, al amanecer habrías estado fuera del alcance de sus hechizos. Y dices que conoces los caminos.

-No podría atravesar estos bosques yo sola por la noche.

-¿Por qué no? El leopardo no ataca si pones cara de valiente.

-Podría encontrarme con una serpiente.

-¡Oh, vamos! Las serpientes de estas colinas no son ni venenosas, como las de las tierras bajas, ni muy grandes, como las de la jungla de Mulvan, sino pequeñas e inofensivas.

-Aun así, las serpientes me producen un miedo atroz. -Siguió tragando vino-. No sigas hablando de ese tema; el mero hecho de pensar en una serpiente me produce escalofríos.

-Pues, entonces, ¿enterramos al herrero? –preguntó Jorian.

-Eso debemos hacer, y ocultar su tumba, para que los silvanos no vean su cuerpo yaciente en la herrería.

-Entonces tenemos que hacerlo esta noche, aunque el canalla no se lo merece.

-No era un hombre del todo malvado, en el sentido de que hiciera cosas malas a conciencia -dijo ella soltando un hipo-. Aunque yo le odiase, tengo que hacerle justicia.

Librodot

-Pensaba asesinarme porque le convenía para hacer la espada, y si eso no es un villano, no acierto a pensar qué crímenes serían objeto de tu desaprobación.

-¡Oh!, las personas no significaban nada para él. Lo único que le importaba era su arte de fabricar espadas. No tenía afanes de lucro, poder, gloria o mujeres; la ambición que lo consumía era ser el fabricante de espadas más grande de todos los tiempos. Esta ambición era tal, que anulaba todo el resto de sentimientos humanos, excepto quizá cierto aprecio por el diablillo Ixus. -Volvió a dar un buen trago.

-¡Señora! Si bebe de ese modo con el estómago vacío, no podrá caminar por los bosques.

-¡Lo que yo bebo es cosa mía! -gritó Vanora-. Ocúpate de tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos.

Jorian se encogió de hombros y siguió comiendo. Se contentó con un asado recalentado, otro trozo de pan, media col, un puñado de cebollas y un pastel de manzana. Preguntó:

-¿Por qué dejaste libre a Zor?

-En primer lugar, porque la criatura me amaba, y no ha habido muchos desgraciados que lo hayan hecho. No me refiero a todos los jóvenes lascivos como tú, que parlotean sobre el amor pero sólo buscan satisfacer sus deseos carnales. Por eso no quería ver cómo Rhithos lo sacrificaba a causa de su desmesurada ambición.

«En segundo lugar, me... me agradó la idea de frustrar los planes de Rhithos, para alimentar mi desprecio. Y finalmente, porque yo quería escapar. Si Rhithos no hubiese muerto, yo hubiera pasado aquí el resto de mi vida. Rhithos era una compañía tan agradable como una roca de granito. La vida de un mago no dura lo mismo que la de los hombres corrientes, y quizá me hubiese sobrevivido, viejo y arrugado. No me atrevía a atacarle yo misma ni siquiera mientras dormía, porque el diablillo le habría avisado; no me atrevía a escapar, por la razón que ya te he dado. Por eso, pensé: provocaré una disputa entre estos dos, y, gane quien gane, huiré en medio de la confusión.

-¿No te hubiera importado que yo -un desconocido indefenso- hubiera perecido en la contienda?

-¡Oh! Yo esperaba que ganases, aunque sólo fuese porque... porque nada ganaba con tu muerte. Pero si hubieses perdido -dijo encogiéndose de hombros-, no me hubiera importado. ¿Qué ha hecho por mí el mundo de los hombres para que yo les dé ese amor universal e indiscriminado que predican los sacerdotes de Astis? -Bebió más vino.

-¡Por las tetas de marfil de Astis! Al menos, eres sincera -dijo, limpiándose la boca-. No creo que haga falta lavar estos platos, puesto que nos proponemos abandonar la casa. Si me dices dónde guarda Rhithos su pala, le enterraré a él y a su mascota.

-En. .. en un gancho que hay a la derecha de la puerta de la herrería, nada más entrar. -Empezaba a hablar de forma poco clara-. Era un hombre mu... muy peculiar: un gancho para cada herramienta, ¡y pobre del que la colocara en otro gancho que no fuese el que le correspondía!

-¡Bueno! recoge tus cosas mientras yo me encargo de esta tarea -dijo Jorian, y salió con una vela en la mano.

Al cabo de media hora volvió y encontró a Vanora tumbada desgarbadamente sobre el suelo, con la falda levantada hasta la mitad de su cuerpo y una jarra volcada junto a ella. El le habló, le dio codazos, la sacudió, le dió unas palmadas y echó agua fría sobre su cara. Sus únicas respuestas fueron unas palabras imprecisas entre dientes y un fuerte ronquido.

-¡Maldita estúpida! –gruñó Jorian. ¡Tanta prisa para escapar de los silvanos, y ahora te emborrachas! Se quedó pensando con el ceño fruncido. No podía marcharse sin ella, puesto que no conocía el camino. No podía llevarla...

Dándose por vencido, se tumbó en un banco y se tapó con una piel de oso. Lo siguiente que vio fue el tono gris de las ventanas al empezar a amanecer. Vanora le estaba despertando cubriéndole de besos húmedos y babosos, jadeando y manoseándolo.

Al alba salieron fuera, cerrando las puertas de la casa de Rhithos y de la herrería. Jorian llevaba la espada Randir en una vaina de las que había en la sala de estar de Rhithos. También cogió una daga de las que hacía Rhithos: un objeto mortífero, con una hoja ancha, de un codo de larga y un pestillo que evitaba que saliera de la vaina a menos que se apretase antes un botón. El pomo no era una alhaja llamativa, sino una simple bola de plomo. Cuando se la cogía envainada en su funda, el arma servía de maza, muy útil en el caso de que se desease simplemente dejar sin sentido al enemigo.

Jorian se llevó también su ballesta, y bajo la túnica se puso un buen chaleco de malla, procedente también de la casa de Rhithos Sintiéndose como si pudiera derribar a un elefante con el puño, respiró hondo y dijo:

-Tendremos que arriesgarnos con los silvanos. Puede que tarden en descubrir la desaparición de Rhithos. Pero no me importa. -Mientras cargaban las provisiones en el burro de Rhithos, comenzó a cantar una canción en el dialecto kortiliano.

-¿Qué estás cantando? -protestó Vanora-. Con ese vozarrón vas a despertar a todos los silvanos a leguas de distancia.

-Me siento feliz, eso es todo. Feliz de haber encontrado un amor verdadero.

-¡Amor! -dijo ella en tono despreciativo.

-¿No podrías quererme un poco? Estoy loco por ti, jovencita. Y tú te has entregado a mí, como se suele decir.

-¡Tonterías! El hecho de que necesitase una buena ración después de tan prolongada abstinencia, nada tiene que ver con el amor.

-Pero, querida...

-¡Nada de querida! Yo no soy la mujer que te conviene. Sólo soy una puerca borracha calentorra, y no lo olvides.

-Ah -dijo él, perdiendo su buen humor.

-Llévame a la ciudad y cómprame algo de ropa decente, y si entonces quieres hablarme de amor, no creo que pueda impedírtelo.

Librodot

Jorian suspiró poniéndose cabizbajo.

-No eres precisamente un inocente y dulce bollito de miel, lo sé. Soy más estúpido yo por amarte que el doctor Karadur por confiar en Rhithos. Pero así son las cosas, maldita sea. Recemos una oración a Thio y marchémonos.

El Dragón Plateado

La taberna de Rhuys, el Dragón Plateado, se hallaba justo al salir de la plaza mayor de la ciudad de Othomae, detrás del ayuntamiento. El recinto principal contaba con seis mesas, cada una de ellas flanqueada por un par de bancos, mientras que a un lado un par de alcobas encortinadas servían de habitaciones privadas para los clientes de categoría. Frente a la entrada estaba la barra de Rhuys: un mostrador con cuatro grandes agujeros en la encimera de mármol, todos ellos cerrados con tapas redondas de madera provistas de asa. Debajo de cada agujero había un barril con alguna bebida barata: cerveza de varios tipos, vino blanco y vino tinto, cada barril con su cazo. Las bebidas más selectas estaban embotelladas en fila en una estantería situada detrás del tabernero.

A la izquierda de la barra, al entrar, estaba la puerta de la cocina; Rhuys mandaba a su mujer preparar cenas para los clientes que las encargasen con antelación. A la derecha estaban las escaleras que conducían a los dormitorios, y había tres alcobas privadas que el tabernero alquilaba. Rhuys en persona ocupaba la cuarta. Varias lámparas de aceite iluminaban el recinto con una suave luz amarilla.

Aunque tenía el mismo nombre que un antiguo rey de Xylar, conocido como Rhuys el Feo, Rhuys el tabernero no era en realidad feo. Era un hombre pequeño y enjuto de aspecto desaseado, con el cabello cada vez más gris y menos abundante, y bolsas en los ojos. Apoyó

los codos sobre la barra y se quedó mirando a su escasos clientes. Sólo había cinco, pues al día siguiente había que trabajar y pocos othomaenses permanecían aquella noche fuera de casa hasta muy tarde. Además de ellos, un hombretón enorme de aspecto porcino estaba sentado desgarbadamente en una esquina.

La puerta se abrió, y por ella entraron Jorian y Vanora. Jorian, que parecía cansado de viajar durante quince días desde la casa de Rhithos, se acercó a la barra.

-Buenas noches -dijo-. Soy Nikko de Kortoli. ¿Ha dejado algún recado para mí el doctor Ma... Mabahandula?

-Pues sí, sí 1o ha hecho -respondió Rhuys-. Ha estado aquí hoy, y ha dicho que volvería inmediatamente después de la hora de cenar; pero no ha venido.

-Entonces esperaremos. Hemos dejado nuestro asno a cargo del muchacho que está en la parte de atrás.

-¿Qué vais a tomar?

-Yo cerveza.-Jorian miró interrogativamente a Vanora, que dijo:

-Yo vino tinto.

-¿Tenéis algo de comer? -preguntó Jorian-. Hemos andado un largo trecho.

-Pan, queso y manzanas en abundancia. El fuego ya está apagado, así que no puedo cocinaros nada caliente.

Jorian se volvió para conducir a Vanora a una de las mesas.

-¡Señor Nikko! -llamó Rhuys-. ¿Tenéis permiso para llevar ese puñal? -Señaló la espada de Jorian, cuyo puño estaba ahora sujeto a la vaina con un alambre. Los extremos del alambre estaban unidos por un pequeño sello de plomo con el águila con dos cabezas de Othomae.

-Me han dado uno a la entrada de la ciudad -dijo Jorian agitando en el aire un pliego de papel de carrizo-. Soy un viajante que se dirige a Vindium.

Dos de los otros clientes estaban bebiendo y discutiendo en voz baja. Jorian y Vanora comieron y bebieron placenteramente. Otros clientes entraban y salían, pero lo dos de la esquina seguían con su disputa.

Mucho después de que Jorian y Vanora hubiesen terminado de cenar, los otros dos continuaban con lo mismo. Uno de los hombres alzó la voz enojado. Luego se levantó, se inclinó por encima del banco, agitó el puño y gritó:

-Hijo de perra, quieres dejarme sin comisión, ¿no es eso? ¡Quien me trate de ese modo se arrepentirá de sus actos! ¡Te lo advierto por última vez! Ahora págame mi parte, o...

-Vete al infierno -dijo el hombre sentado.

Profiriendo un agudo grito, el que estaba de pie arrojó el contenido de su jarra sobre la cara del otro. Balbuceando, éste trató de levantarse ,y coger su daga, pero la capa se le había

enredado en el banco. Mientras trataba de liberarse y el hombre que estaba de pie gritaba amenazándole y acusándole, el enorme y corpulento hombretón que estaba en la esquina miró a Rhuys. Este asintió con la cabeza. El hombretón se levantó, avanzó tres pasos, agarró de la ropa al que estaba de pie, se dirigió con él hacia la puerta y arrojó al hombre a la calle. Frotándose las manos, volvió a su asiento sin decir media palabra.

Vanora se quedó mirando fijamente al hombre corpulento y dijo a Jorian:

-Espero que no hayan visto el nombre del Gran Bastardo en tu esp...

-¡Chsss! No hables de eso. En cuanto pueda, haré que lo borren.

Ella hizo una señal a Rhuys para que le rellenara el vaso, mientras preguntaba a Jorian:

-¿Qué es eso del Gran Bastardo? No suena como un verdadero título. He oído hablar del Gran Duque y del Gran Bastardo, pero nadie me lo ha explicado nunca. ¿Quién de los dos gobierna Othomae?

-Ambos gobiernan. Según la tradición de Othomae, el primogénito legítimo del último Gran Duque se convierte en nuevo Gran Duque y en gobernador heredero del reino en lo que se refiere a los asuntos civiles, mientras que el primogénito ilegítimo del último Gran Duque se convierte en el Gran Bastardo y en comandante en jefe del ejército. Como los otomaenses conceden una gran importancia a lo legítimo, el Gran Bastardo sabe que de nada le serviría hacerse con el poder civil, pues nadie le obedecería.

-¡Curiosa forma de regir un país!

-Los otomaenses establecieron esta costumbre hace mucho tiempo, para evitar que ningún gobernante se hiciese demasiado poderoso y oprimiese a sus súbditos. Pero, Vanora, espero que no pensarás emborracharte otra vez, ¿verdad?

-Beberé cuanto me plazca. ¿Cómo pretendes robar el Kist en Trimandilam?

-Eso lo decidiremos Karadur y yo cuando lleguemos allí. De momento, el plan es que yo llegue hasta la princesa serpiente.

-¿La princesa serpiente? ¿Qué es eso?

-Un ser inmortal, o al menos de larguísima vida, que durante el día es una voluptuosa princesa y por la noche una serpiente gigante. Karadur me ha dicho que tiene la desconcertante costumbre de cambiar de forma y devorar al infeliz que acaba de hacer el amor con ella, como tendré que hacer yo.

Ella golpeó la mesa con su jarra.

-¿Quieres decir que, después de tu dulce discurso sobre el amor durante todo el camino desde que salimos de la casa de Rhithos, sabías todo el tiempo que ibas a tratar de seducir a esa... mujer-serpiente?

-¡Por favor! No tengo elección en este asunto...

-¡No eres más que otro perro con polla mentiroso! No debería haberte escuchado. ¡Adiós! -comenzó a levantarse.

-Querida mía, en el nombre del caballo de Zevatas, ¿por qué razón te enojas tanto? No creo que tú seas un modelo de virtud...

Ella contestó furiosa

-No me importaría que fornicase con una dama humana; ¡pero con una serpiente! ¡Ugh! ¡Adiós! Aquel parece el tipo de hombre que yo entiendo.

Se tambaleó en dirección adonde estaba echado el hombre corpulento y se sentó junto a él. Este abrió sus ojillos de cerdo, y sus gruesos labios dejaron escapar una sonrisa que atravesó su barba incipiente. Jorian fue tras ella, diciendo:

-¡Te lo ruego, Vanora, sé razonable!

-¡Bah, cállate! Me aburres. -Se volvió hacia el expulsor-. ¿Cómo te llamas, gran hombre?

-¿Qué? ¿Mi nombre?

-Sí, guapo, tu nombre.

-Boso, hijo de Triis. ¿Te está molestando este tipo?

-No lo hará, si sabe lo que le conviene.

-Y tú, ¿quién eres? -preguntó gruñendo Boso a Jorian.

-Nikko de Kortoli, si quieres saberlo. Esta jovencita estaba conmigo, pero es dueña de sus actos. Si prefiere estar contigo, dudo de su buen gusto, pero no trataré de disuadirla.

-¡Oh! -gruño Boso, volviendo una vez más a su rincón. Pero Vanora gritó enfurecida:

-¡No es Nikko de Kortoli! Es Jorian el hijo de Evor...

-¡Un momento! -dijo Boso, abriendo sus ojos y tratando de incorporarse de nuevo-. Eso me recuerda algo. Veamos... -lo miró con los ojos entreabiertos. ¿No será Evor el relojero?

-Sí; él me ha contado muchas historias sobre sus...

Rugiendo, Boso se levantó pesadamente de su asiento, deteniéndose para coger a tientas la maza de dos pies de largo que tenía a sus pies.

-Así que tú eres el hijo del hombre que ha destrozado mi vida?

-¡Por los cuarenta y nueve infiernos mulvaníes!, ¿qué quieres decir? -preguntó Jorian, retrocediendo y echando mano al puño de su espada. Al tratar de sacarla, se dio cuenta de que no podía porque el trozo de cable sujetaba el seguro.

Boso vociferó:

Librodot

-¡Yo era el principal encargado de tocar el gong en Ethomae, y lo hacía muy bien! Mis avudantes y yo dábamos las horas en la torre del ayuntamiento y nunca se nos pasó un golpe hace veinte años -¿o fue hace diez?- No importa, tu malvado padre vendió un reloj de agua al concejo municipal, y ahí está en la torre, haciendo bong bong con sus tuercas y sus poleas. Desde entonces he tenido que vivir de trabajos ocasionales, y la vida ha sido un infierno. ¡No puedo aplastar a tu maldito padre. pero tú me servirás!

-¡Boso! -dijo Rhuys, en tono severo-. ¡Compórtate, estúpido, si quieres conservar este empleo!

-¡Váyase al infierno, jefe! -dijo Boso. y se dirigió hacia Jorian con su garrote.

Sin poder sacar la espada Randir, Jorian se sacó el tahalí por encima de la cabeza y después agarró el puño de la hoja enfundada con ambas manos. Cuando Boso se abalanzó hacia adelante como un hipopótamo furioso de las orillas del Bharma, Jorian hizo un amago de golpearle la cabeza. Cuando Boso alzó la maza para detener el golpe, Jorian le asestó un golpe en el diafragma con el regatón del extremo de la vaina.

-¡Ugh! -exclamó Boso, doblándose y dando un paso atrás.

Como Jorian y Boso eran con mucho los dos hombres más corpulentos de la habitación, los demás clientes se agruparon contra las paredes para quitarse de en medio. Cautelosamente, los dos combatientes avanzaban y retrocedían en el espacio sobrante entre las dos filas de mesas, que era demasiado estrecho para permitirles moverse en círculo. Cada vez que Boso trataba de acercarse para poder alcanzar al otro con su mazo, la amenaza de la hoja envainada le hacía retroceder.

Boso arremetió contra él: Jorian le golpeó encima de la oreja. La sacudida le empujó a un lado, pero se recuperó. Echando chispas por los ojos, avanzó un paso y asestó un terrible golpe directo. La maza silbó en el aire mientras Jorian retrocedía rápidamente; faltó el canto de una moneda para que el extremo del garrote le alcanzara en la cara. La fuerza del impulso hizo que Boso se diera media vuelta. Antes de que pudiera recuperarse, Jorian avanzó hacia la izquierda golpeando fuertemente con su rodilla la espalda de Boso, sobre el riñón izquierdo. Mientras Boso se tambaleaba, agarrándose a la mesa para no caerse, Jorian, a su espalda, deslizó el lazo del tahalí sobre la cabeza de Boso. Rodeó el cuello del expulsor con la correa retorciéndola con toda la fuerza de sus poderosas manos.

Boso abrió la boca, pero de ella apenas salió un leve jadeo. Con los ojos muy abiertos, daba zapatazos y patadas agitando los brazos, tratando de alcanzar al enemigo que tenía detrás. Pero sus brazos eran demasiado cortos y gruesos. Se movía y tambaleaba por el reducido espacio, arrastrando a Jorian con él, pero éste no aflojaba la correa.

Los esfuerzos de Boso se fueron debilitando mientras su cara adquiría un tono azulado. Se agarró al borde de la mesa y luego cayó al suelo.

De pronto se abrió la puerta y entraron un grupo de hombres. Uno de ellos era Karadur, con su larga y blanca barba y su abultado turbante. Con él venía una mujer alta de cabellos grises envuelta en una capa negra. Tras ellos, una brigada de vigilantes nocturnos: cuatro hombres armados con alabardas y un oficial. Este último dijo:

-¡Maese Rhuys! Nos han dicho que había un alboroto. ¿Quién ha sido? ¿Qué ha ocurrido?

-Este es Boso, mi expulsor, es decir, el que era mi expulsor. Ha entablado una pelea con ese cliente y ha recibido una paliza.

-¿Ha sido suya toda la culpa?

-Por 1o que yo he visto, sí.

El oficial se volvió hacia Jorian.

-¿Queréis poner una denuncia contra este hombre?

Vanora había levantado la cabeza de Boso hasta apoyarla sobre su regazo, y le estaba dando de beber un poco de vino. Boso jadeaba tratando de respirar mientras su cara recobraba su color normal. Como Jorian dudaba, Karadur dijo:

-No... eh... no envíes a este tipo a prisión, Jorian...

-Nikko.

-Claro; ¡qué estúpido soy! No envíes a este pobre tipo a prisión. Ya le has castigado bastante estrangulándolo hasta casi matarlo.

-¿Cómo sé que no volverá a golpearme con el garrote en cuanto recupere el aliento?

-Debes desarmarlo con tu amabilidad. Recuerda: la mejor manera de destruir a un enemigo es haciéndolo tu amigo.

-Muy bonito. Supongo que después querrás que le encuentre otro empleo.

-¡Una magnífica idea! -Karadur aplaudió con sus viejas manos. Dijo al oficial-: Creo señor, que podéis marcharos sin una protesta oficial. -Y luego dijo a Rhuys-: ¿Qué sabe hacer este hombre, aparte de ser un expulsor?

-¡Nada! Es demasiado estúpido -dijo el tabernero-. Si estuvieran construyendo algún edificio grande, podría llevar un capacho; pero en este momento no hay ninguno.

Entonces intervino la mujer de cabellos grises:

-Yo puedo emplear a alguien que tenga músculos fuertes y poco seso. Además de encargarse del jardín y de la casa, puede protegerme de los brutos que algunas veces me gritan: ¡Bruja!, sin tener en cuenta que yo soy una hechicera licenciada.

-No tengo el placer de conoceros, señora -dijo Jorian-. Yo soy Nikko de Kortoli.

-Y yo, Goania, hija de Aristor. -Se inclinó y sacudió a Boso por el hombro-. ¡Levántate, hombre!

Boso y Vanora se levantaron con dificultad, Goania dijo secamente:

-¿Lo entiendes, Boso? Has perdido tu empleo aquí.

-¿Qué? ¿Quieres decir que me he quedado sin trabajo? -preguntó Boso resollando.

-Exactamente. ¿Quieres trabajar para mí por lo mismo que te pagaba maese Rhuys: seis peniques al día y el alojamiento?

-¿Yo trabajar para ti?

-Sí. ¿Tengo que repetírtelo?

Boso se acarició la barbilla rascándose la incipiente barba.

-Bueno, creo que voy a aceptar. Pero antes aplastaré la calabaza de este relojero fornicador, que va por ahí dejando sin trabajo a los hombres honrados.

-¡No haras semejante cosa! Siéntate, y cálmate.

-Oíd, señora: yo no permito que una mujer me diga...

-Yo no soy una señora; soy una hechicera que puede convertirte en un sapo si no obedeces. Y he dicho que se acabó la discusión. A partir de ahora, todos somos amigos.

-¿El? ¿Amigo?

-Eso es. Podría haberte mandado a la cárcel, pero ha preferido no hacerlo, pensando que serías más útil fuera que dentro.

Boso, miró furiosamente aJorian, escupió en el suelo y dijo algo entre dientes. Pero dejó que Vanora lo condujese al otro extremo de la habitación, donde la muchacha le calmó y le consoló mientras él bebía cerveza y se frotaba su dolorido cuello.

Jorian, Karadur y Goania se sentaron en la esquina opuesta. Jorian preguntó a Karadur:

-¡Por los cuarenta y nueve infiernos mulvaníes!, ¿dónde te habías metido? Te hemos estado esperando durante horas.

-Conseguí permiso para entrar en la Gran Biblioteca Ducal -respondió Karadur-, y estaba tan... tan absorto leyendo que se me olvidó la hora que era. Pero, por tu aspecto, parece que lo has pasado mal, muchacho. Has perdido peso. Claro que tú podías permitirte el lujo de perder un poco...

-Lo he pasado muy mal; he tenido que matar a Rhithos.

Con bruscas exclamaciones, los otros dos se acercaron más.

-Habla más bajo, Nikko -dijo Goania-. Yo conozco tu verdadero nombre, pero no creo que sea prudente pronunciarlo aquí, a menos que desees que el tabernero ponga a los xilarios tras tu pista. Cuéntanos cómo ocurrió esa calamidad.

Jorian contó su historia.

-De modo que vinimos a Othomae por los caminos que conocía Vanora, y aquí estamos. El asno está en el establo de la parte de atrás.

-¿Y qué tal compañera de viaje ha resultado ser la muchacha? -preguntó Goania.

-Pésima -Jorian puso los ojos en blanco-. En cierta ocasión se llamó a sí misma "borracha calentorra" -con perdón, señora- y me temo que dijo la verdad. Como ella no se anda con rodeos en lo referente a su afición a la fornicación, no mancillo el nombre de una dama contándolo: durante el día, discutíamos y nos reconciliábamos; por la noche, quería que le metiera el rabo, y entonces se burlaba de mí alardeando de algún antiguo amante que, según ella, podía hacerlo tres veces en el tiempo que yo lo hacía una. Tampoco se preocupa de utilizar ningún anticonceptivo. En resumen... bueno, sé que soy el estúpido más grande del mundo por enamorarme de esa perdida, pero así es.

-Por lo que dices, no parece muy seductora -dijo Goania-. ¿Cómo es que tú, que has conocido lo mejor de un reino, te enamoras de una lagarta semejante?

Jorian se mesó su nueva barba.

-Es una especie de placer doloroso. Tiene algo... una franqueza, un vigor tan grande y una inteligencia que, si fuese más instruida, podría vérselas con sabios doctores... Cuando está de buen humor puede ser más graciosa que una jaula de monos. Y, ¿desde cuándo controlan el amor los cálculos racionales? Pero los últimos días casi me han curado. Hice un pequeño poema hablando de ello, que a ella no le gustó nada:

Oh bella dama
¿por qué has de ser
tan brusca conmigo.
cuando nada me importa
sino tú?

Yo me doy cuenta
de que regañándome
y enfureciéndome
sigues siendo
mi bella dama.

Si bien está
lo que bien acaba
(como dice el dicho).
deja de murmurar,
de picar y de zumbar

¡O de lo contrario cuidado!
Si como una pulga
me importunas
dejarás de ser
mi bella dama.

-¿Has dicho casi curado?

-Eso he dicho. Si ella viniese aquí ahora me implorase y halagase, prometiendo ser dulce y amable y no beber, y me rogase que la llevara conmigo en mi viaje, yo volvería a ser su dócil esclavo aunque supiera que sus promesas fuesen un ardid. Gracias a Zevatas, parece haberse juntado con alguien más de su agrado.

Goania miró hacia el rincón, donde Boso y Vanora habían caído en un sopor ebrio. La cabeza de la muchacha descansaba sobre el hombro de Boso.

-Oh, Karadur, es mejor que saques al muchacho de Othomae de inmediato, antes de que esta fulana cambie de idea. ¿Conoces a algún miembro de nuestra orden en Vindium?

-Estuve en casa de Porrex de camino a Xylar el año pasado. Un colega encantador, muy amable y considerado.

-También es muy falso; desconfía de él.

-Oh, estoy seguro de que puedo confiar en un hombre tan bueno, tanto como pueda confiar uno en cualquiera de este malvado mundo. Yo mismo tuve ocasión de comprobar su bondad y generosidad.

Jorian preguntó:

-¿Por qué no utilizáis vuestros poderes de adivinación para conocer los resultados de nuestra relación con maese Porrex?

Goania negó con la cabeza.

-La práctica de la magia introduce en la línea de la vida del que la practica demasiados factores de otras esferas y dimensiones. Yo puedo adivinar en cierto modo la suerte de un laico como tú. Niko, pero no la de los doctores Karadur o Porrex.

-Bueno, entonces -dijo Jorian con impaciencia-, dime lo que me espera a mí.

-Dame tu mano. ¿Cuándo y dónde naciste?

-En Ardamai, Kortoli, el día 15 del mes del león, en el duodécimo año del rey Fealin Segundo, hacia el amanecer.

Goania examinó la palma de la mano de Jorian, y se quedó pensando un momento. Entonces cogió su copa para ver el reflejo de una de las lámparas en la superficie del vino. Con la otra mano hacía pasadas sobre el recipiente. moviendo los dedos de extraña forma y susurrando suavemente. Finalmente dijo:

-Cuidado con la ventana de un dormitorio, un hombre que tintinea y un dios con cabeza de tigre.

-¿Eso es todo?

-Es todo lo que veo en este momento.

Familiarizado con las vaguedades y la ambigüedad de los oráculos, Jorian no presionó a la hechicera para que le proporcionase más detalles. Entonces habló Karadur:

-Y ahora, señora, antes de que se me olvide, ¿tiene lo que me prometiste?

Gonia tanteó su bolsa y sacó un pequeño paquete .

-El Polvo de la Discordia, polen de la hierba del fuego, recogido cuando el Planeta Rojo estaba en conjunción con el Blanco en el Lobo; si se sopla en medio de un grupo de hombres, hará que discutan y se peleen.

-¡Qué maravilla, señora Goania! Eso puede resultar muy útil en Trimandilam.

Jorian dijo:

-Con los xilarios tras de nosotros, yo no intentaría ir andando a Vindium. Podemos conseguir caballos, y llevar el asno con nuestro pequeño equipaje.

-¡Yo no quiero un caballo! -dijo Karadur-. Una caída desde un animal tan alto destrozaría mis viejos huesos como si fuesen jarrones de flores. A mí consígueme otro asno.

-Un asno nos retrasaría.

-No más que el que ya tienes.

-Pues así sea, entonces. ¿A qué hora abren el mercado de caballos mañana?

Las gentes de la ciudad de Vindium celebraban su festival de la cosecha, la Fiesta de los Espectros, vistiéndose de seres sobrenaturales y bailando por las calles. Como era día festivo, vindinos enmascarados empezaron a aparecer con sus disfraces mucho antes de la puesta de sol otoñal. Antes de la hora de la cena, paseaban por las calles, admirando los disfraces de los demás y tratando de adivinar qué personas destacadas se ocultaban tras vestiduras especialmente adornadas y costosas. Los acontecimientos más animados -el desfile, la danza y el canto, así como el concurso de disfraces -vendrían más tarde.

Como Jorian y Karadur llegaron a la Puerta Oeste cuando el sol era aún una bola roja a su espalda sobre los campos cultivados de Vindium, se detuvieron en la puerta para preguntar. A continuación entraron cabalgando en la ciudad, Jorian en el caballo negro y añoso que había comprado en Othomae, y Karadur montado en un asno y tirando del otro. La calle principal, la Avenida de la República, descendía suavemente desde la Puerta Oeste hasta el puerto. Pasaron delante de la Casa del Senado, la Magistratura y otros edificios públicos, en los que la sencillez y austeridad del estilo clásico novario se veía adulterada por un toque del florido y caprichoso estilo mulvaní.

La casa de Porrex, según Karadur, estaba cerca del puerto, así que hacia allí se abrieron paso entre un enjambre de dioses, demonios, fantasmas, espíritus, esqueletos, brujas, duendes, gnomos, hombres lobo y vampiros, y algunos vestidos de seres sobrenaturales de las leyendas mulvaníes. La influencia mulvaní se apreciaba en Vindium no sólo en la arquitectura y en el vestuario, sino también en la piel morena de gente. Cuando un juerguista, vestido como el dios de la guerra Herax, golpeó el caballo de Jorian con un palo terminado en una bola, a Jorian le costó trabajo mantener al animal bajo control.

Tomaron una habitación cerca del puerto, dejaron a los animales en los establos, y salieron en busca de la casa de Porrex el mago. Porrex vivía en una habitación alquilada, sobre una tienda de paños.

-¡Adelante, buenos amigos. adelante! -exclamó Porrex desde lo alto de la escalera. Era un hombre bajo, redondo y calvo, con ojos azules casi totalmente hundidos en la grasa-. ¡Querido y viejo Karadur! ¡Qué alegría volver a verte y a tu acompañante... no me lo digas, déjame que lo adivine... es Jorian hijo de Evor, el antiguo rey de Xylar! Pasad, pasad. Tomad asiento. Dejad que os sirva un trago de cerveza; es todo lo que tengo en este lugar.

La habitación era pequeña y estaba escasamente amueblada: una cama sin hacer, una silla coja, una mesa y una pequeña estantería con unos cuantos rollos de pergamino hechos jirones en los casilleros y unos cuantos códices en la parte de arriba. Un par de arcas pegadas a la pared y un cuadro con manchas de humedad, en el que se representaba al dios Psaan conduciendo su carro sobre las olas del mar, completaban el exiguo mobiliario. Una sola vela en el interior de un farol con las ventanas de cristal despedía una luz mortecina. Cuando se quedaron en silencio, se oyó corretear a los ratones.

-Mi nombre, señor -dijo Jorian-, es Nikko de Kortoli. ¿Quién os ha dicho otra cosa?

-Querido joven, ¿de qué me serviría ser un adivino si no pudiste acertar cosas tan simples? Pero, si tú prefieres hacerte llamar Nikko, entonces Nikko serás. -Porrex guiñó un ojo-. Siento no poder recibiros en un palacio, con festejos y bailarinas; pero mis negocios no han prosperado últimamente como acostumbran. Por eso, debo ahorrar. Esta condición, os lo aseguro, es sólo temporal; dentro de un mes tendré algunos nuevos clientes, que volverán a colocarme entre los ricos. Mientras tanto, vivo como puedo, no como me gustaría. Pero habladme de vuestro asunto. Supongo que maese Nikko desea poner una buena distancia entre él y Xylar.

-No exactamente -dijo Karadur, sentándose sobre la cama con las piernas cruzadas-. ¿Conoces el proyecto que nosotros los Altruistas hemos planeado durante varios años?

-¿Te refieres a robar el Kist de Avlen? ¡Ah, ahora comprendo! Vais de camino a Trimandilam, con la esperanza de llevar a cabo esta justa expropiación con la ayuda de este fornido muchacho. Bueno, os deseo tengáis fuerza en vuestros brazos y cautela en vuestros pies. No tendréis ningún compromiso para cenar, ¿verdad?

-No -respondió Karadur-. Esperábamos que nos concedieras el honor...

-¡Claro, claro que sí! Ojalá pudiera agasajaros con más elegancia, pero por el momento mi bolsa contiene exactamente un cuarto de penique. Cuando mis nuevos contratos estén firmados el mes que viene, os recompensaré con creces. Vayamos a Cheuro; allí no hay necesidad de encargar la cena con antelación. ¿Qué pensáis hacer con el dinero mulvani?

-¿Qué quieres decir? -preguntó Karadur.

-Oh, ¿no lo habéis oído? Desde que tú salistes de Mulvan, el Gran Rey ha promulgado nuevas leyes sobre el dinero. Sus súbditos sólo deben aceptar monedas mulvaníes. Todos los extranjeros que entren en el país están obligados a dejar su dinero extranjero y sus metales valiosos a cambio de moneda del reino. El tipo de cambio, sin embargo, es criminal: el viajero pierde la mitad del valor de sus monedas. Si no cambia todo su oro y plata, y luego le descubren, es ejecutado de diversas e ingeniosas maneras, una de las más sencillas es ser pisoteado por los elefantes del rey.

-Eso es un inconveniente -dijo Karadur-. Creíamos estar bien provistos, pero si el Rey de Reyes nos va a robar la mitad de nuestros fondos...

Porrex irguió la cabeza y guiñó un ojo.

-Quizá yo pueda ayudaros en este asunto. Naturalmente, hay personas para quienes una onza de oro es una onza de oro, y, ¿qué importa que lleve grabada la cabeza de Shaju o de Mulvan o de Jorian de Xylar? Estas personas introducen de contrabando dinero extranjero en el imperio y sacan monedas mulvaníes -jugándose la cabeza- para venderlo fuera a un precio más alto. O bien acuñan ellos mismos moneda mulvaní, no con metales falsos, sino con piezas de oro. Uno puede, si está bien relacionado, comprar monedas de éstas en cantidad suficiente, a un tipo de cambio más favorable, y salir así de apuros en la visita a la poderosa Mulvan.

-¿Y el pueblo del rey Shaju deja que la gente introduzca moneda mulvaní en el imperio con su valor nominal? -preguntó Jorian.

-Claro que sí, pues el propósito de su gobierno es hacer volver todas las monedas al imperio y mantenerlas allí. En realidad, si su política no hiciese tan rentable el contrabando, éste no se produciría. Pero el tesorero de Shaju está obsesionado con las teorías monetarias, que pretende llevar a efecto a toda costa, sin importarle si corta de cuajo la fibra de la naturaleza humana. Esperadme aquí y servíos cerveza mientras yo salgo a ver si encuentro al hombre que conozco.

Cuando Porrex se hubo marchado, Karadur dijo:

-¿Sigues teniendo los cien leones xilarios, hijo? Creo que deberíamos cambiarlos tal como propone Porrex.

-Todos menos dos o tres, que gasté de camino hacia aquí. Pero yo prefiero confirmar lo que dice el doctor Porrex antes de confiarle el dinero. Me refiero a lo referente a esa nueva ley mulvaní.

-Oh, seguro que un hombrecillo tan amable, y además miembro de mi virtuosa facción, es de fiar.

-Puede ser, pero prefiero preguntar. Espera aquí.

Joran salió también. Pronto volvió diciendo:

-Tu hechicero mantecoso tiene razón. He hablado con varias personas bien informadas -taberneros y ese tipo de gente- y todos ellos me han confirmado lo que dice.

-Ya te he dicho que podemos confiar en él. Aquí viene.

Porrex volvió a entrar en la habitación.

-Todo está arreglado, caballeros. Mi hombre está esperando ahora mismo. ¿Qué cantidad de oro y plata tenéis para cambiar? El cobre y el bronce no cuentan.

Joran tenía noventa y siete leones y algo de plata; Karadur mucho menos oro, pero más plata. Porrex hizo algunos cálculos con el ábaco.

-Por esa cantidad puedo conseguiros cuarenta y dos coronas y media mulvaníes -dijo-. Eso deduciendo sólo la sexta parte por la comisión del cambista, en lugar de la mitad que os deducirían en la frontera. Dejadme a mí bajar este dinero: mi hombre no quiere que le vean...

Karadur le entregó su bolsa sin dudarlo, pero Jorian se quedó con la suya.

-Puedes cambiar el dinero así -dijo Jorian-, pero antes quiero ver vuestro dinero mulvaní.

-Oh, claro; será como dices, querido muchacho. Espera. -Porrex volvió a salir. Esta vez tardó algo más en regresar.

Karadur dijo:

-Su especulador de dinero debe de tener tanto miedo de dejarse escapar el dinero de las manos como tú, Jorian.

-Más vale prevenir que curar.

Se oyó un ruido de pasos por la escalera, y Porrex entró de nuevo acompañado de otro hombre. Con una sonrisa radiante, Porrex exclamó:

-¡Esta noche estamos de suerte! Os voy a presentar a mi querido y viejo amigo Laziendo. Estos son el doctor Karadur ! maese Nikko de quienes ya te he hablado.

Laziendo era un hombre más bien bajo, algo mayor que Jorian, de piel oscura de color bronce, y con un amplio bigote. Hizo una reverencia formal a los viajeros mostrándoles una encantadora sonrisa.

-Maese Laziendo es sobrecargo de uno de los barcos de los Hijos de Benniver -continuó Porrex-. Zarpa mañana y estaba buscando a alguien con quien celebrar su última noche en tierra. Ahora no tendréis que pagarme la cena; el amigo Laziendo insiste en invitarnos a todos.

-El placer es mío, señores--murmuró Laziendo.

-Bueno -dijo Porrex-, aquí está tu oro, doctor; y aquí está el tuyo, Nikko. Cuéntalo. Si eres tan amable de darme el tuyo, Nikko... Laziendo, amigo, serías tan amable de salir y entregar esta bolsa a la persona que espera abajo entre las sombras? No me conviene subir las escaleras tantas veces. ¡Bien! Mientras está fuera, caballeros, debo encontrar unas máscaras para nosotros, no vaya a ser que nos molesten los juerguistas por no llevar disfraz.

Porrex hurgó en un arca y sacó cuatro máscaras de demonios de mirada fija, ceño fruncido y grandes colmillos. Jorian examinó varias piezas de oro cuadradas. con la cabeza coronada de Shaju o de su padre en una cara. y un elefante pisando a un tigre en la otra. Después cogió la máscara que le dio Porrex y se ajustó el cordón a la medida de su cabeza. Laziendo volvió diciendo:

-Ya está, señores. Permitid a vuestro servidor conduciros a Cheuro. No necesitaremos luces: la ciudad está iluminada con motivo del festival.

Situado en la Avenida de la República, Cheuro era un establecimiento mucho más grande que el Dragón Plateado de Othomae. En la puerta. un mendigo con una sola pierna les abordó a

los cuatro. Porrex buscó en su bolsa y entregó al hombre una pequeña moneda de cobre. Karadur dijo:

-Si ése era tu último cuarto de penique. Porrex, ¿con qué comerás cuando nosotros nos hayamos marchado?

Porrex se encogió de hombros.

-Supongo que empeñaré uno de los libros que me quedan, que pronto podré recuperar gracias a mis próximos contratos. Por aquí, caballeros.

El comedor principal tenía un espacio libre en el centro para los animadores. La cena fue excelente; el vino, bueno; y las bailarinas desnudas, complacientes. Mientras recogían la mesa, Laziendo dijo:

-Si matamos el tiempo durante otra hora, nuestros invitados extranjeros verán el desfile con sólo asomarse a la puerta principal. Pasa por delante de Cheuro. Quedaos, señores, y probad alguna otra bebida de Cheuro. Como Vindium es el puerto más comercial del Mar Interior, conseguimos las mejores cosechas de todo el mundo.

Porrex bostezó.

-Os ruego que me disculpéis, queridos amigos; los años han debilitado mi capacidad de trasnochar. Estoy seguro de que maese Laziendo podrá mostraros las delicias de nuestra ciudad. Buenas noches.

Cuando Porrex se hubo marchado, Jorian preguntó a Laziendo:

-Buscamos el camino a Trimandilam, y quizá tú puedas aconsejarnos la mejor manera de llegar hasta allí.

Laziendo se dio unos golpecitos en el bigote y sonrió.

-¡Vaya, esto sí que es una suerte! Yo zarpo mañana en el Talan, que lleva una carga de esclavas a Rennum Kezymar y mármol, cobre, lana y otras cosas a Janareth. La cubierta estará abarrotada de gente hasta que descarguemos a las muchachas en Rennum Kezymar. pero estoy seguro de que podremos encontraros un sitio. Desde Janareth podéis ascender a Bharma río arriba en barco hasta la capital.

Jorian preguntó el precio y dijo:

-¿Qué es eso de Rennum Kezymar, y por qué vas a llevar esclavas allí?

-El nombre significa Castillo del hacha en el dialecto de Janereth. Es una pequeña isla situada en la desembocadura del Ihukna. gobernada por Mulvan. Hace un par de siglos, el entonces Rey de Reyes la eligió como hogar para los verdugos retirados.

-¿Qué?

-Sí, y con muy buen juicio. Aunque un verdugo sea amable, gentil y virtuoso en su vida privada, la gente no quiere hacer amistad con él. Por eso, el Gran Rev se encontró con que tenía muchos verdugos. todos demasiado viejos para empuñar el hacha, anudar la cuerda o

hacer girar el torno del potro, que vivían en la miseria a pesar de sus pensiones porque nadie deseaba tener trato alguno con ellos. Con frecuencia, los establecimientos públicos no querían ni siquiera venderles comida, de manera que se morían de hambre. Rennum Kezymar no era entonces más que un islote árido, que sólo servía para que pastasen los rebaños de unos cuantos pastores durante el invierno. Conservaba las ruinas de un antiguo castillo, construido muchos siglos antes, durante la época de los Tres Reinos. El rey mandó reconstruir el castillo y reunió allí a sus verdugos, y allí han vivido desde entonces.

-Si son viejos y están retirados, ¿qué necesidad tienen de jóvenes esclavas? -preguntóJorian-. Es como atacar con un espárrago por lanza.

Laziendo se encogió de hombros.

-Quizá para hacer recados. Algunos tienen esposas, pero de su misma edad. En cualquier caso. mi deber no es otro que el de hacer de perro guardián de estas muchachas y entregarlas en el destino señalado en el manifiesto.

-¿Qué rutas hay por tierra desde Vidium a Trimandilam?

Laziendo levantó las manos.

-¡Señores míos! Aunque el mapa muestra un camino que conduce desde aquí a Janareth bordeando la costa. en la práctica es del todo imposible.

-¿Cómo así?

Porque una estribación del lado este de los Lograms sigue la costa durante casi cien leguas. El camino no es más que un sendero, que serpentea subiendo y bajando al borde de los precipicios, cruza caudalosos torrentes de montañas como el Ihukna por oscilantes puentes de cuerda, y de vez en cuando desaparece por completo cuando un desprendimiento de tierras lo ha destruido. Además de esto, la zona costera está repleta de bandoleros y tigres. No, sería más fácil tratar de robar el dios de esmeralda de Tarxia que probar esa ruta.

-¿No está dicha costa bajo el dominio del poderoso Rey de Reyes, que mantiene todos esos estupendos caminos y un rápido servicio postal?

-Sí, pero todas esas comodidades las encontraréis en el interior, a unas pocas veintenas de leguas de Trimandilam. El emperador mantiene en malas condiciones las zonas fronterizas, en mi opinión, para evitar que algún invasor pueda sacar ventaja de tales mejoras. En cualquier caso, es mejor que vayáis en mi barco. Este viaje se va a realizar al final de la temporada, pero su retraso, aunque aumenta el peligro de tormentas, disminuye el de la piratería.

-Gracias por advertirnos -dijo Jorian-. Podríamos visitar tu barco mañana temprano para reservar los billetes. Dinos cómo podemos encontrarlo.

Laziendo les dio indicaciones y añadió:

-Con su permiso, señores; todo este vino necesita una visita a las letrinas. Ahora vuelvo.

Jorian y Karadur continuaron sentados con sus jarras durante largo rato hasta que los ruidos de fuera y las reacciones de los otros clientes de Cheuro hicieron suponer que el desfile pronto daría comienzo. Finalmente, Jorian dijo:

-¿Es que este tipo quiere tomarnos el pelo? Espera aquí.

Pasó por la puerta de la cocina y allí se encontró con una cocinera gorda.

-Sí -dijo la cocinera-, he visto a un hombre como el que describes hace media hora. Pasó directamente por aquí en dirección a la parte de atrás, sin pararse en las letrinas. ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

-No, no pasa nada –dijo Jorian. Regresó a su mesa, murmurando-. Ese canalla nos ha engañado; se ha marchado sin decir nada para que paguemos nosotros la cuenta. Bueno gracias a Zevatas que tenemos medios.

-Por cierto -dijo Karadur-, nuestro mesonero tiene cara de disponerse a presentarnos la cuenta.

Jorian sacó su bolsa, en la que tenia unas cuantas coronas mulvaníes, pues el resto lo había guardado en su cinto del dinero. Al sacar una, ésta estuvo a punto de caérsele de las manos.

-¡Por todos los dioses! -susurró abriendo mucho los ojos-. ¡Mira esto, Karadur! No alces la voz.

Jorian le mostró el objeto, que no era una corona de oro mulvaní sino un cuadrado de plomo de aproximadamente el mismo tamaño. Temiendo lo peor, hundió la mano en la bolsa y sacó varias monedas más, todas las cuales resultaron ser monedas falsas de plomo.

Karadur se quedó mirándolas horrorizado, y luego agarró su bolsa frenéticamente. Su oro se había convertido igualmente en cuadrados de plomo. Se quedó boquiabierto.

-¡Ese es el bastardo en el que querías que confiásemos! -le recriminó Jorian enfurecido-. Gonia nos advirtió de que era muy falso; y ahora, ¡por las pelotas de bronce de Imbal, ya sabes lo que quería decir! ¡Yo podría haber vivido confortablemente con ese vil metal durante años!

Las lágrimas caían rodando por las arrugadas y oscuras mejillas de Karadur.

-Es verdad. Todo ha sido culpa mía, hijo. Yo también conocía ese hechizo del engaño. Soy un viejo chocho inútil. Nunca volveré a confiar en un desconocido, por muy bueno y correcto que parezca.

-Bueno, por los cuarenta y nueve infiernos mulvaníes, ¿cómo vamos a salir de aquí? Si tratamos de salir andando, habrá gresca, y la guardia nos llevará a la cárcel vindina, donde los xylarios no tardarán en descubrirme y solicitar la extradición. Y sería más fácil convertir piedras en pasteles que conseguir que nos fiase este Cheuro.

-Vete tú, hijo mío, y deja que cargue yo solo con las culpas.

-No digas tonterías. Yo no puedo asaltar el Imperio Mulvaní sin ayuda, así que debemos encontrar una salida juntos. ¡Oh, oh, aquí viene Cheuro! -Jorian retiró rápidamente el dinero falso.

Cheuro apoyó los puños sobre la mesa.

Librodot

-¿Han disfrutado de la comida y del espectáculo, caballeros?

-Claro, señor tabernero –contestó Jorian con una sonrisa jovial-. Lamento que nuestros acompañantes hayan tenido que marcharse pronto. ¿Cuánto os debemos?

-Dos marcos con seis. ¿Puedo invitaros a una ronda a cuenta de la casa?

-¡Encantados! Dejadme ver, deberíamos terminar la noche con algo especial. ¿Tenéis ese licor que elaboran en Paalua, llamado olikau? Lo tomamos a menudo en la costa oeste.

Cheuro frunció el ceño.

-Conozco la bebida a la que os referís, pero no sé si tengo una botella.

-Bien, haced el favor de comprobarlo mientras nosotros calculamos cuánto debemos cada uno y a quién.

Cuando Cheuro se hubo marchado a la barra, Jorian susurró:

-¿Qué truco de magia puedes utilizar ahora? He ganado algo de tiempo. ¿Qué tal un hechizo de invisibilidad?

-Eso requiere una larga preparación, con muchos más aparatos de los que tenemos a mano. Además, hace transparentes la carne y los huesos, pero no las ropas. Por eso, o bien uno debe ir desnudo, lo cual no resulta práctico con el frío de estos días, o bien se presenta a la vista como un conjunto de prendas que caminan por ahí sin nadie dentro. Más aún, para poder ver en estas condiciones, uno debe eximir del encantamiento a los globos oculares. Pero déjame pensar. ¡Ah, ya lo tengo!

Moviéndose con rapidez, el viejo mago sacó una cartera dividida en su interior en muchos compartimentos. De varios de estos bolsillos sacó varias pizcas de polvos, que arrojó a su jarra vacía. Removió los polvos con el dedo y colocó la jarra en el suelo, entre sus pies.

-Prepárate para gritar "fuego" -dijo.

-¡Aprisa! -dijo Joran-. Cheuro vuelve, y sin el licor de Paaluan.

Karadur se apresuró a pronunciar el encantamiento entre dientes, mientras los dedos de sus dos manos se movían velozmente sobre la superficie de la mesa haciendo dibujos, como las patas de un par de inquietas arañas marrones. Cuando Cheuro estaba a mitad de camino entre la barra y su mesa, se oyó un silbido procedente de la jarra. De ella surgió una tremenda nube de humo negro y denso elevándose hasta la cara inferior de la mesa, extendiéndose en todas direcciones, y escondiendo la mesa y a los dos viajeros en una cortina que no dejaba de crecer.

-¡Fuego! -gritó Jorian.

Hubo un estrépito de bancos que se volcaban y de pies que corrían, mientras los otros clientes se avalanzaban hacia la entrada. Jorian y Karadur se colocaron las máscaras y las capas y se unieron a la multitud. Como el humo llenaba ahora la habitación, esperaron hasta que el atasco de la puerta quedó libre y salieron sin ser aplastados ni estrujados.

Una vez fuera, se perdieron entre la muchedumbre, que se había alineado en la Avenida de la República para ver el desfile. Al alejarse de Cheuro, vieron pasar a una compañía de bomberos que corría en dirección contraria. En cabeza venía el carro de bomberos: una tina de madera con asideros en las esquinas y una gran bomba que sobresalía en el centro. Ocho hombres fornidos llevaban el carro por los asideros, y tras ellos venía corriendo el resto de la compañía, llevando cubos con los que llenar la tina en la fuente más cercana.

-Vayamos a la habitación de Porrex –dijo Jorian-. Si cojo a ese bribón, tú enfréntate a sus encantamientos mientras yo le registro de arriba a abajo.

La puerta de Porrex estaba abierta, y su habitación estaba oscura y silenciosa. Jorian sacó su pedernal y su eslabón, hizo salir chispas en la yesca y encendió una bujía. La luz mostró no sólo que no había nadie en la habitación, sino que ésta se hallaba vacía. La cama, la estantería, la silla, la mesa y las arcas habían desaparecido. Un ratón salió corriendo en busca de refugio.

-Esta es la mudanza más rápida que he visto nunca -dijo Jorian-. Ha dejado el sitio totalmente vacío.

-No del todo--dijo Karadur, gruñendo mientras se agachaba para coger el farolillo de paredes de cristal-. Se han olvidado esto. ¡Ay de mí! La vela parece haberse agotado por completo. Con una vela apropiada aún podría hacer algo.

-Espera que mire en el armario -dijo Jorian, pisando una cucaracha mientras cruzaba la habitación apresuradamente-. Aquí están: dos cabos de vela todavía utilizables. ¿Qué te propones, estimado doctor?

-Hay un encantamiento, me acuerdo, que hace que la luz de una vela o fuente similar traspase todos los disfraces. Ahora, déjame pensar, hijo.

Karadur tardó una eternidad, o al menos eso le pareció a Jorian, recordar este hechizo y luego pronunciarlo, con una estrella de cinco puntas, cánticos, pasadas con las manos y polvos ardiendo en un plato roto que sacaron del mismo armario. La llama de la vela del farolillo se retorcía y parpadeaba como si la soplasen unos labios invisibles, aunque no corría aire por la habitación. En el humo parecían dibujarse y desdibujarse caras. Karadur, agotado, tuvo que descansar durante un rato después de terminar el hechizo.

-Ahora -dijo Karadur cogiendo el farol- veremos lo que veremos.

Los vindinos seguían alineados a lo largo de la Avenida de la República esperando el desfile, pues esta procesión, como muchas otras, empezó tarde. Con las máscaras de demonios puestas, Jorian y Karadur caminaban lentamente bordeando a la multitud. Mientras Karadur sostenía el farol en alto, ambos observaban las caras de la gente. Allí donde caía la luz de la vela, a Jorian le parecía que los disfraces, máscaras y barbas blancas se hacían casi transparentes, meras sombras de humo a través de las cuales se veían claramente los rasgos de los vindinos.

Caminaron y caminaron, primero subiendo hacia el oeste a un lado de la Avenida de la República, y luego bajando hacia el puerto por la mano contraria. Jorian miró miles de rostros, pero no vio el de Porrex ni el de Laziendo. Cuando deambulaban en dirección al puerto, Jorian oyó una banda de música procedente del oeste que cada vez se oía más cerca.

-Ahí vienen -dijo.

Un grupo de hombres con el uniforme de la Guardia de la República, que llevaban unos relucientes petos plateados, y armados con alabardas, bajaban por la Avenida de la República, dando voces para que despejaran la calle. De vez en cuando empujaban a algún espectador remolón con el extremo trasero de sus armas para apremiarlo.

Cuando Karadur levantó el farol para echar otro vistazo a la multitud, los ojos de Jorian se detuvieron en un pequeño grupo de hombres que no llevaban máscaras ni disfraces, hombres con ropas oscuras y sencillas. con aspecto de sentirse fuertes y seguros de sí mismos. Uno de ellos vio a Jorian, se quedó mirándolo fijamente, dio un toque a uno de sus
compañeros y dijo algo por un lado de la boca. Reconociendo al hombre, Jorian dijo en voz baja y tensa:

-¡Karadur! ¿Ves a esos dos tipos de negro? Son mi Guardia Real. Su jefe es un capitán que me capturó dos veces cuando trataba de escapar de Xylar. ¡Cruza la calle, rápido!

Jorian se sumergió en la multitud. arrastrando con él a Karadur. Aparecieron en la Avenida de la República en medio de los guardias que estaban despejando la calle. La banda de música sonó más fuerte, y, sobre las cabezas de los guardias, Jorian vio a los primeros participantes del desfile, con banderas y armas plateadas.

Varios guardias gritaron enfurecidos cuando Jorian y Karadur zigzaguearon entre ellos y se adentraron en la densa masa de espectadores situada al otro lado. Jorian, que era lo bastante alto como para ver por encima de las cabezas de la mayoría de los vindinos, miró hacia atrás. El grupo de hombres vestidos de negro trataban de abrirse paso a empujones entre los espectadores al otro lado de la calle. Pero cuando desembocaron en la avenida, un grupo de guardias les cerró el paso. Se oyó una discusión que se perdió con el ruido creciente. Hubo amenazas y ademanes con las manos. Los guardias empujaron bruscamente a los hombres de negro hacia atrás hasta donde estaba el gentío y les amenazaron con sus alabardas. Entonces llegó el desfile.

Brillaban oropeles a la cálida luz de miles de lámparas, faroles, bujías y antorchas. Las bandas aturdían, los soldados desfilaban; bellas muchachas, subidas a carrozas decoradas, lanzaban besos a la multitud.

Jorian y Karadur no se detuvieron a disfrutar del espectáculo. Tras echar un breve vistazo atrás, salieron disparados calle abajo. Karadur murmuró:

-El desfile los detendrá durante un rato, al menos. Lo que no logro entender es esto: ¿Cómo es que aquellos hombres nos reconocieron con nuestras máscaras?

-Si tú no lo entiendes, yo sí -dijo Jorian-. Se nos olvidó que los rayos de este farolillo mágico tendrían el mismo efecto sobre nuestros disfraces que sobre los demás.

-¡Ah, pobre de mí, me estoy haciendo viejo! ¡ Cómo no habré pensado en eso! Pero, ¿hacia dónde nos dirigimos ahora? Estamos sin dinero en una ciudad desconocida, y nos persiguen tus guardianes.

-Vayamos en busca del barco de Laziendo y escondámonos en un almacén cercano. Si aparece Laziendo, yo sabré qué hacer. Si no viene, subiremos a la nave que lleva nuestro camino.

Varias horas más tarde, el desfile había finalizado. El concurso de disfraces se había celebrado, con premios para los más bonitos, los más elaborados, los más graciosos, etc. Los ciudadanos más sobrios habían regresado a sus hogares; los menos sobrios recorrían las calles de la ciudad de Vindium dando tumbos, gritando y cantando. Había mucho adulterio secreto y apresurado, pues hombres cuyas esposas se habían vuelto gordas y gruñonas, y mujeres cuyos maridos no se ocupaban de ellas lo suficiente a causa de su negocio o profesión, buscaban placer o consuelo con desconocidos. Al irse apagando una a una las luces de la ciudad, la tardía luna creciente producía una pálida iluminación en su lugar. Una niebla procedente del puerto ascendía suavemente por las calles.

Jorian y Karadur se acurrucaron en un almacén cerca del muelle del Talaris. El almacén debería estar vigilado, pero el vigilante había abandonado su puesto para unirse al jolgorio. Montañas de fardos y cajas apiladas formaban bultos en la oscuridad. Jorian susurró:

-Esto nos pasa por confiar en uno de tus compañeros charlatanes. Lo juro por las barbas de bronce de Zebatas: se supone que los viejos como tú son prudentes y astutos, mientras que los mozalbetes inquietos como yo son confiados y crédulos y se les engaña fácilmente. Pero aquí parece que ocurre lo contrario.

-¿No podríamos apelar al Senado vindino para que nos protegiese de tu Guardia Real? -preguntó Karadur-. Seguramente no desean que unos turistas indefensos sean raptados y sacados de su orgullosa ciudad.

-¡Ni hablar! Othomae quizá nos hubiese protegido, pero Vindium está aliada con Xylar contra Othomae, y se alegraría de descubrirnos. Las Doce Ciudades están continuamente estableciendo y rompiendo estas alianzas, de modo que el que ayer era un enemigo implacable, hoy es un fiel aliado, y viceversa Como uno de esos bailes de la corte, donde se cambia de pareja en cada compás.

-Vosotros los novarios necesitáis un emperador que gobierne a la turbulenta multitud, que evite que malgastéis vuestras energías cortándoos el pescuezo unos a otros. Nosotros tenemos un dicho: Pon juntos a tres hombres de las Doce Ciudades y formarán cuatro facciones y lucharán hasta matarse.

-Los conejos perseguirán a los lobos antes de que los novarios se sometan a un jefe supremo de ese tipo. Ardyman el Terrible lo intentó una vez, pero no aguantó mucho. Además, existen virtudes en un grupo de pequeñas ciudades-estado en continua disputa de las que carece un gran imperio monolítico como el tuyo.

-¿Qué ventajas tienen vuestras eternas guerras crueles y aniquiladoras?

-Bueno, cada una de las Doce Ciudades es lo bastante pequeña como para que un hombre sienta que lo que hace reviste cierta importancia. Por eso, nuestra gente se interesa vivamente en las actividades creativas y en sus gobiernos respectivos. En Mulvan, el estado es tan enorme y con una organización tan rígida que el individuo se siente perdido e indefenso. Así que dejáis qué Shaju y sus semejantes hagan cuanto les plazca, con tal de que no sean holgazanes, libertinos, idiotas o monstruos. En cambio, en las Doce Ciudades, tenemos gobiernos de todo tipo: reinados, ducados, repúblicas, teocracias etc.; y si alguien inventa una forma nueva y mejor, todos los demás están deseando ver cómo funciona y si debieran considerar la posibilidad de imitarle.

-Pero si al menos hubiese un gobernante supremo que impidiese vuestras luchas y dirigiese vuestras energías hacia intereses más constructivos...

-Entonces pronto estaríamos igual que los mulvaníes, con un gobernante supremo que dirigiría todas estas energías hacia un aumento de su poder y de su gloria.

-Pero al menos nosotros disfrutamos de una paz interna, que no es ninguna tontería.

-¿Y qué ha conseguido Mulvan con esa paz interna? Por lo que yo he oído, vuestras costumbres hábitos y creencias son exactamente las mismas de hace mil años. ¿Por qué crees que las Doce Ciudades derrotaron con tanta facilidad al vasto ejército que el padre de Shaju, el rey Sirvasha, envió a conquistarlas? Porque los mulvaníes siguen confiando en las armas y las tácticas de los días de Ghish el Grande. Por eso, nuestra caballería hizo picadillo a vuestros carros con guadañas, mientras que nuestros arqueros barrían del campo a vuestros lanzadores y flecheros. Compara la estancada Mulvan con Las Doce Ciudades; considera los avances que hemos logrado durante el último siglo en el terreno de las ciencias y de las artes, en literatura, en drama, en leyes y gobierno, y entenderás lo que quiero decir.

-Todo eso está muy bien, si uno concede importancia a tales cosas materiales -dijo Karadur refunfuñando-. Supongo que en parte es una cuestión de edad. Cuando yo era joven, también me atraían tales cambios y turbulencias; pero ahora encuentro más agradables la seguridad y la estabilidad. Recuerda mis palabras hijo: algún día una de las Doce Ciudades llamará a las hordas de Shven para que le ayude a luchar contra su vecino, y pronto os encontraréis con un jefe absoluto que gobierne toda Novara. Esas cosas ya han ocurrido antes.

-Pero al menos .. -Jorian se calló repentinamente, y escuchó Fuera sonaban pasos y un murmullo de alguien que hablaba Jorian tiró de Karadur y se escondieron detrás de una pila de fardos.

Dos personas entraron en el almacén. Por su tamaño, Jorian supuso que se trataba de un hombre y una mujer, aunque la escasa luz de antes de amanecer era demasiado débil para ver más. El hombre estaba diciendo:

-... aquí estamos bella dama. Vuestro servidor os encontrará una cómoda cama entre todos estos montones de cargamento, lo juro, pues no resulta muy romántico hacerlo de pie... Ah, aquí, amor mío: una pila de sacos nuevos, justo lo que necesitamos para... ¡Unh!

Esta exclamación fue seguida de un golpe del pomo de plomo de la daga de Jorian en la cabeza del hombre. Este cayó pesadamente al suelo de piedra. La mujer se estaba sacando el vestido por encima de la cabeza, de modo que no pudo ver lo que había ocurrido. Acabó de desvestirse y se quedó de pie y desnuda durante tres latidos de corazón, con el vestido en las manos. La luz era ahora lo bastante intensa para que Jorian se percatara de que era una atractiva jovencita. Una máscara, que acababa de dejar caer, yacía a sus pies.

Al ver a su amante tumbado sobre el pavimento y la enorme y oscura silueta de Jorian tras él, profirió un pequeño grito, salió corriendo hacia la puerta con el vestido entre las manos y se perdió en la niebla. Jorian dio la vuelta al cuerpo y le quitó la máscara.

-Me lo imaginaba -dijo, agachándose junto al cuerpo-. Es maese Laziendo, que los perros devoren sus órganos vitales. Lo he reconocido por la voz. Esperemos que la muchacha no avise a los vigilantes.

-¿Está... está muerto? -preguntó Karadur con un temblor de voz.

-No; su coronilla está sólo abollada, no rota; y su corazón late con fuerza. -Miró a Karadur-. Tengo una idea que puede salvarnos el pellejo. ¿Podrías vender un caballo y un par de asnos?

-Nunca he comerciado con caballos, pero supongo que podría.

-Entonces ve deprisa a nuestra habitación a coger el equipaje y al establo donde descansan nuestros animales. Dile al encargado de los establos que quieres venderlos. Es temprano, pero, con suerte, él sabrá de un par de compradores que estén dispuestos a llevarse una ganga. El caballo vale por lo menos dos coronas mulvaníes o el equivalente, y los asnos un cuarto o un tercio, como mucho, cada uno. Como se trata de una venta forzada, tendrás que aceptar menos, pero al menos no te conformes con la primera oferta.

-¿Y tú, hijo mío?

-Yo debo atar y amordazar a este tunante para mantenerlo fuera de circulación hasta que hayamos partido. Cuando haya mucho barullo a bordo del Talaris, subiré al barco y veré qué puede hacer mi charlatana lengua.

Dos horas más tarde, el sol naciente estaba quemando los últimos vestigios de niebla, y la calle del Agua empezaba a despertarse. Cargado con el equipaje y la ballesta de Jorian, Karadur avanzó por la calle del Agua arrastrando los pies hasta el muelle donde se encontraba el Talaris. El barco, de un sólo mástil y de tamaño moderado, hervía de estibadores que cargaban las cosas de última hora, marineros que manejaban cuerdas, y una docena de atractivas esclavas que parloteaban como una bandada de estorninos. Jorian se colocó junto a la barandilla apoyando los codos como si no tuviese nada mejor que hacer. Cuando Karadur subió a la escalera de toldilla, Jorian le ayudó a bajar, mumurando:

-¿Cuánto has conseguido?

-Una corona, dos marcos con seis, por todo.

-Yo podría haberlo hecho mejor, pero no podemos ser quisquillosos. Déjame que te presente. Capitán Strasso, este es mi amigo, el doctor Karadur de Trimandilam, de quien ya os he hablado. Doctor, paga al capitán diez marcos por tu pasaje y pensión a Janareth.

-Encantado de teneros a bordo, señor -masculló el capitán-. Recordad: prohibido escupir, vomitar o mear desde la barandilla de barlovento. Y nada de arrojar basura en la cubierta. Quiero mantener el barco limpio. Quitad a vuestras chicas de en medio maese Maltho; estamos a punto de desatracar.

Más tarde, cuando Vindium se veía pequeña en la distancia y el barco se escoraba por la presión que ejercía el viento sobre la rayada vela triangular, Karadur y Jorian desayunaron en el diminuto camarote que ocupaban en la camareta alta de popa. El camarote canturreaba con los golpes de las cortantes olas de proa, el murmullo del agua contra el casco, los crujidos de la cuaderna y el tamborileo de las jarcias agitadas por el viento. Karadur preguntó:

-En nombre del cielo de Vurnu, hijo, ¿cómo lo has hecho?

Jorian sonrió.

Librodot

-Encontré papel y tinta en el escritorio del encargado del almacén y convencí a maese Laziendo para que escribiese una nota al capitán Strasso, diciendo que se había roto un tobillo durante la Fiesta de los Espectros, y rogándole que embarcara a su amigo Maltho de Kortoli, un experto comerciante procedente del Océano Oeste, en su lugar.

-¿Cómo lograste convencerle de que hiciera eso?

-Hay métodos. -Jorian rió entre dientes-. También encontré en su bolsa nueve de los leones xylarios que perdimos y me quedé con ellos. Porrex debió de darle diez por su parte en la estafa, y él había gastado uno con su adorada dama. Por supuesto, él lo negaba todo, aunque no muy convincentemente. Lo que más le enfureció fue que cortase su bonita capa de terciopelo en tiras para atarle. No le ha faltado valor, pues me ha llamado todo tipo de groserías con mi daga en la garganta. Pero ha escrito la nota, que era lo principal.

Al capitán Strasso no le agradó la cosa, pero no deseaba perder un día de viaje para ir a tierra a sacar de la cama a los hijos de Benniver y demandar otro sobrecargo. Y cuando Belius, el tratante de esclavos, llegó con sus doce pequeños encantos, firmé sin vacilar. Ahora, no te olvides de mi nombre: Maltho de Kortoli. Pensé que Nikko y Jorian ya habían dejado de ser útiles. ¿Qué filósofo dijo: El mejor equipo para la vida es el descaro?

-¿Y no hubiera sido más prudente decir que procedías de algún país occidental, como Ir? Dices que has navegado por aquellas aguas.

-¡No con mi acento! Puedo imitar algunos otros con bastante habilidad si lo intento; pero éste, creo yo, requeriría demasiado descaro y pondría en peligro nuestra seguridad.

El Castillo Del Hacha

Un frío viento procedente de las estepas de Shven removía el Mar Interior y empujaba velozmente al Talaris en dirección sur. La costa era una delgada línea en el horizonte suroeste. La cresta de los Lograms debería verse sobre esta raya oscura, pero un manto de neblina invernal la escondía.

En el barco, Jorian permanecía en el tejado de la camareta alta, con el capitán y los dos timoneles, cada uno en uno de los timones de dirección. Karadur estaba confinado en su camarote y las chicas esclavas permanecían en su tienda a causa del mareo.

-Parece que tienes el estómago a prueba de soplos de viento -dijo el capitán Strasso.

-Lo he pasado peor en el Océano Oesee -contestó Jorian-. En cierta ocasión, cuando estaba persiguiendo piratas... eh... quiero decir, cuando los piratas perseguían mi barco... bueno, en fin, comparado con aquel mar, éste parece una represa de molino. Aquel mar nos salvó, pues hundió la galera pirata, mientras que a nosotros no nos causó más que algún desperfecto en la cubierta.

-Y supongo, poderoso maese Maltho, que tú no te mareaste -dijo Strasso.

Jorian se rió.

-Ahórrate tu sarcasmo, amigo. Al contrario. Me encontraba tan mal como un perro moribundo. Pero creo que el gran Psaan decidió que ya era bastante aflicción para una sola vida, porque nunca he vuelto a marearme desde entonces. ¿Cuánto más debemos navegar hacia el sur para que deje de hacer tanto frío?

-Janareth es más cálida -allí nunca nieva- pero no encontrarás un clima verdaderamente tropical hasta que cruces los Lograms. A este lado de aquellas cimas, los veranos son secos y los inviernos húmedos. Al otro lado, según dicen, es todo lo contrario... Ahí va una de vuestras pollitas, arrastrándose hasta la barandilla como si fuese el patíbulo.

-Debo bajar a ver cómo les va a las jovencitas.

Strasso le miró de reojo.

-¿Y quizá pasar una hora de ocio entre sus brazos?

-Un buen sobrecargo no manosea la mercancía más de lo que es necesario para asegurar la entrega en buenas condiciones. -Jorian bajó a cubierta y se dirigió a la muchacha. Era Mnevis, que debido a su fuerte personalidad se había convertido en portavoz de las doce. Tenía mal aspecto y parecía desconsolada, pues había perdido peso por no ser capaz de tragar la comida.

-Buen maese Maltho -dijo ella-, temo que nos espera un terrible destino.

-¡Oh, vamos! Cualquiera se sentiría así después de tanto mareo.

-No, no es el mar lo que temo, sino esos espantosos hombres a quienes nos han vendido. Verdugos... ¡Ugh! -Sintió un estremecimiento-. Veré caer sangre de sus manos cada vez que los mire.

-Los verdugos son igual que los demás hombres, excepto que su trabajo, sangriento pero necesario, causa prejuicios en mentes irreflexivas. Y estos hombres han abandonado su profesión por un retiro tranquilo.

-Aun así, el pensar en ellos me produce horror. ¿No podríamos persuadirte para que ideases nuestra fuga? O al menos, nuestra venta a hombres de inclinaciones más normales. No tenemos nada con lo que sobornarte, excepto nuestros pobres cuerpos; pero éstos han sido considerados atractivos...

-Lo siento, Mnevis; es imposible. He prometido entregaros a Khuravela, presidente de los verdugos retirados de Rennum Kezymar, y seréis entregadas.

Más tarde, Jorian dijo a Karadur:

-¿Sabes, doctor? Nunca había pensado antes en el problema al que se enfrentan los verdugos en la vida cotidiana; y, sin embargo, esas personas son necesarias, como lo son los cobradores de impuestos y los basureros, otras dos clases muy calumniadas:

¡Oh, soy verdugo; la gente palidece al oír mi nombre;
yo corto y cuelgo, estiro y mutilo;
pero que me rehuyan es una lástima,
pues en el fondo soy un buen hombre!

Mis herramientas son el hacha, la cuerda y el potro;
ejecuto a granujas con un saco cubriendo mi rostro;
cumplo con mi trabajo y nunca he sido vago;
es un arte muy complicado.

En casa, soy bueno con mi esposa y mis hijos;
pago todos mis impuestos y no me meto en líos;
¡el hombre más gentil que nunca hayáis visto!
¿Oh, por que .somos marginados?

A la mañana siguiente de que el Talaris zarpara de Vindium, el cielo y la costa se cubrieron de nubes grises. El capitán Strasso, girando su piedra solar en distintas direcciones para captar el reflejo que marcaba la dirección del sol, dijo a Jorian:

-Si el tiempo empeora, puede que tengamos que quedarnos en Janareth durante el invierno, en lugar de volver a nuestro puerto. ¡Y entonces los Hijos de Benniver me echarán una bronca! Eso hacen los propietarios de barcos. Te arriesgas, y te regañan por poner en peligro su valiosa propiedad; no te arriesgas, y te regañan por hacerles perder su preciso tiempo y su dinero.

-¡Isla a la vista!, -gritó el vigía.

El capitán Strasso pareció satisfecho.

-Después de navegar toda la noche a merced del viento y de las olas, no es una mala arribada, ¿verdad? -dirigiéndose al timonel, dijo-: Un pelo a estribor... sigue en esa dirección. -Volviéndose a Jorian-: No hay un puerto apropiado, sino dos ancladeros en la parte norte y sur de la isla. En esta temporada, los barcos utilizan el ancladero sur.

Era después de mediodía cuando el Talaris echó anclas en la pequeña bahía en la zona sur de Rennum Kezymar. Bajaron el bote para trasladar a las esclavas a tierra. Con dos marineros a los remos, Jorian, Karadur y dos de las muchachas fueron primero. Cuando subieron al desvencijado embarcadero y el bote regresó al barco, un grupo de hombres se acercaron hasta allí desde la costa. Tenían la piel morena, llevaban turbantes e iban envueltos en muchas capas de lana y algodón, que colgaban y formaban pliegues de varias maneras, dejando los extremos sueltos flotando al viento.

El hombre que venía al frente era tan alto como Jorian y mucho más corpulento: una montaña de músculos, ahora algo arrugados y fláccidos por la edad, con una buena barriga que se marcaba bajo sus ropajes. Un largo pelo blanco colgaba bajo su turbante, y una enorme barba blanca cubría su pecho cuando el viento no la apartaba a un lado.

-¿Sois vos el presidente Khuravela, señor? -preguntó Jorian en mulvaní.

-Sí -contestó más con un gruñido que con una palabra.

-Maltho de Kortoli, sobrecargo de Hijos de Benniver. He venido para entregar a las doce muchachas esclavas que encargasteis al tratante Belius en Vindium.

Otro gruñido.

-Este es el segundo cargamento que desembarca. Otro viaje más y la tarea estará completa.

Gruñido.

-Mi amigo, el eminente doctor Karadur.

Gruñido.

Esto, pensó Jorian, se está poniendo difícil. Continuó allí tratando de entablar conversación. Pero, con su limitada fluidez en el idioma y la absoluta falta de respuesta del gigante, no logró gran cosa. Los otros verdugos, hombres grandes y fornidos como su jefe, permanecían callados, moviendo los pies nerviosamente.

Jorian miraba de un lado a otro, desde la arena de la playa, donde matas de juncias se balanceaban al viento, hasta la zona más alta del interior. La isla no tenia árboles, sólo hierba alta, ahora muerta y seca, y oscuras matas de encina y acebo. Rodeando el castillo situado en el punto más alto de la isla, parcelas sembradas de col añadían un toque de color a un paisaje por lo demás triste, apagado y descolorido. El castillo se veía gris contra el gris aún más oscuro del cielo encapotado.

Finalmente, llegó el bote en su tercer viaje a tierra. El resto de las esclavas subieron al embarcadero.

-Eso es todo -dijo Jorian.

El presidente Khuravela hizo una indicación con la cabeza.

-Vamos.

Librodot

Subieron la rampa del castillo. Unos cuantos antiguos verdugos estaban trabajando en las huertas de coles. Rodeaba el castillo un foso seco, medio lleno de basura y atravesado por un puente levadizo que estaba bajado.

La comitiva cruzó el puente, pasó bajo el rastrillo situado en un arco abovedado con orificios mortales, atravesaron un pequeño vestíbulo en el que habían construido una casa para el guarda, y entraron en el recinto principal. Aquí, ninguna luz artificial aliviaba la penumbra. Aunque las torres y paredes tenían ventanas en lugar de aberturas para disparar las flechas -el edificio no estaba ahora pensado con propósitos defensivos-, dichas ventanas permanecían cerradas por marcos corredizos revestidos de papel aceitado, y el oscuro día no aportaba mucha luz al interior. Un par de verdugos estaban sentados jugando a las damas, e ignoraron a los recién llegados Al otro lado del salón, un enorme gong de bronce colgaba de un marco. Largas mesas descansaban contra las paredes.

Cuando todos estuvieron dentro, Khuravela les condujo a una gran mesa con un enorme sillón de roble en un extremo. Se sentó pesadamente y dijo:

-Colócalas en fila.

Jorian así lo hizo. Khuravela las contó. meneando su grueso dedo índice y moviendo los labios en silencio. Finalmente, dijo:

-Servirán. Aquí está tu dinero. A doscientos cuarenta marcos de plata cada una, el lote vale noventa y seis coronas mulvaníes al precio actual.

Khuravela dejó caer sobre la mesa un montón de monedas de una corona, de dos, de cinco y de diez coronas, y contó la suma. Jorian comprobó la suma y recogió el montón de monedas de oro cuadradas y las guardó en su bolsa. Después entregó un recibo al presidente, diciendo:

-Firmad aquí, por favor.

-¡Oh, mierda! Traed una pluma. Vosotros dos debéis ser testigos de la firma. -Khuravela firmó, y Jorian y Karadur fueron testigos. Khuravela dijo-: Hay una gran fiesta esta noche. Tú y el doctor estáis invitados: también vuestro capitán. Hermano Chambra. avisa a Strasso. Hemano Tilakia, retira a las esclavas. -Se volvió hacia Jorian-. Es hora de nuestra siesta. Mehru puede mostraros el castillo. Os veré dentro de tres horas.

Khuravela se levantó pesadamente de su asiento y se marchó adentrándose en los sombríos corredores. Los otros hermanos se dispersaron hasta que Jorian y Karadur se quedaron con un solo hermano. Karadur murmuró en novario:

-Jorian, yo preferiría no quedarme a esta fiesta. Permíteme volver al barco.

-¿Qué te ocurre? ¿No quieres una comida de verdad para variar?

-No es eso. Noto un aura de maldad en este lugar.

-¡Tonterías! Verdaderamente esto es una vieja mole tenebrosa, pero las viviendas de ahí fuera parecen bastante normales.

-No, yo tengo un sexto sentido para estas cosas.

-De todos modos, quédate un rato. ¡No puedes dejarme solo con estos tipos!

El verdugo que quedaba, Mehru, era un hombre de estatura y constitución medianas. A diferencia de casi todos los demás, llevaba la cabeza descubierta y estaba bien afeitado. Aunque por la parte superior de la cabeza le asomaba un mechón de pelo gris, parecía más joven que la mayoría de sus colegas retirados. Con una amplia sonrisa dijo:

-Si venís conmigo, caballeros, os mostraré el Castillo del Hacha. Veréis cosas que no olvidaréis fácilmente, recuerdos de momentos históricos de gran importancia que nuestro poderoso rey -que ojalá reine para siempre- nos ha permitido amablemente traer a nuestro retiro.

-Yo creo que prefiero no hacerlo, gracias -dijo Karadur-. Estoy agotado. ¿Hay algún lugar donde podría tumbarme?

-Claro: este aposento de aquí. Poneos cómodo, doctor, mientras yo muestro los alrededores a maese Maltho.

Al contrario que Khuravela, Mehru resultó ser un anfitrión locuaz.

-Si miras atentamente -dijo-, podrás apreciar la diferencia de color entre las hiladas inferiores de esta pared y las superiores. Las hiladas interiores son las del castillo original; las superiores pertenecen a la reconstrucción que mandó hacer Cholanki lll... Esta es nuestra cocina; esas son las esposas de los hermanos casados, que están preparando el banquete de esta noche...

-¿Alguna de ellas es la vuestra? -preguntó Jorian, observando a una docena de robustas mujeres de mediana edad.

-¿Mía? ¡Ja! Las mujeres no significan nada para mí. Yo estaba casado con mi arte.

-¿Por qué lo dejaste tan joven?

-Me empezó a doler la articulación del hombro derecho, así que mi mano dejó de ser tan fuerte como antes. Todavía me molesta al amanecer cuando el tiempo es húmedo. Soy bastante bueno con la cuerda, la cuerda de arco y el hacha, pero no con la espada para dos manos. Esa palanca corrompida es el justo castigo de todo verdugo de edad avanzada.

-¿Cómo así?

-Has de saber que entre los Elegidos de los Dioses, cada clase tiene su forma apropiada de ejecución, y la espada es considerada como el único instrumento honorable para la realeza y la nobleza. Para los nobles la espada, para los guerreros el hacha, para los oficiales la cuerda de arco, para los mercaderes la soga, para los artesanos la hoguera, etc., aunque los crímenes especiales requieren a veces castigos especiales, como por ejemplo ser pisoteado por un elefante.

-Bueno, una de las esposas del rey Shaju -que ojalá reine para siempre- había cometido adulterio con un noble, y se decretó que ambos debían morir por mi mano. La cabeza de este lord Valshaka salió estupendamente. Pero cuando intenté dar el golpe a la mujer, una punzada en este maldito hombro derecho hizo que la pesada espada se desviara hacia abajo, dando en los omoplatos. Como comprenderás, todo lo que hice fue abrir una gran tajo en su

Librodot

espalda y arrojarla de bruces contra el suelo. Mis ayudantes la levantaron, mientras gritaba y sangraba, y la colocaron otra vez de rodillas sujetándola mientras yo le asestaba un segundo golpe. Esta vez todo fue bien. La cabeza que presenté a Su Majestad -que ojalá reine para siempre- era la más perfecta que yo había visto nunca, sin un sesgo en el corte, sin un saliente en el borde de la piel. Perfecta. Pero Shaju decretó que, en vista de mi metedura de pata, yo estaba acabado.

Habían salido al tejado de uno de los torreones de las esquinas. Mehru señaló:

-Allá está el estuario del Jhukna, un nido de piratas. En verano vemos sus galeones saliendo en manadas tan numerosas como las de los insectos marinos cuando pasa un flota entre Vindium y Janareth. Por esa razón, ahora Vindium escolta dichas flotas con sus galeras de guerra.

-¿Por qué no construye una flota el rey Shaju y ayuda a derrotar a los ladrones de los mares? ¿Por qué han de soportar toda la carga las naciones novarias?

Mehru le miró fijamente.

-¡Buen hombre! ¿Salir a la mar un mulvaní religioso? ¿No sabes que eso supone una afrenta religiosa que se ha de expiar mediante complicadas y suntuosas ceremonias de purificación?

-Tenéis que cruzar el mar para llegar hasta aquí.

-Ah, pero eso ha sido sólo una vez, y la responsabilidad fue ligera. Si el mar fuese mi medio de vida, tendría que pasar todo el tiempo que estuviese en tierra purificándome. Para vosotros los bárbaros es distinto.

-Al doctor Karadur no parece importarle.

-Eso es asunto suyo. Quizá él sea heterodoxo, o puede que sus hechizos neutralicen los efectos corrosivos del viaje por mar. Pero bajemos de aquí, o me voy a congelar de frío.

-Vosotros los mulvaníes sois tan sensibles al frío como las flores tropicales –dijo Jorian, siguiendo a Mehru por la escalera de caracol- . La más ligera corriente, y tembláis y os marchitáis. Para mí, ese viento no era más que un fresco agradable.

-Entonces haces buena pareja con uno de los Elegidos de los Dioses en las húmedas junglas del sur de Mulvan, donde el calor es tal que ningún ser viviente, excepto los insectos, sale al exterior durante el día. Y ahora, ¿dónde está esa maldita llave? ¡Ah, aquí! En esta habitación se encuentra la máquina que hace funcionar nuestro puente levadizo.

Se asomaron a una habitación que contenía el mecanismo de un gran reloj de agua. El agua caía desde un caño a uno de los cubos colocados en círculo y sujetos al borde de una rueda. Jorian comprendió de inmediato cómo funcionaba el mecanismo: cuando el cubo se llenaba, el peso hacía que la rueda girase unos cuantos grados hasta que lo detenía un escape. Entonces se llenaba el cubo siguiente, y así todos.

-El agua utilizada corre hasta un tonel que cuelga del mecanismo del puente levadizo -dijo Mehru-. Al amanecer, el peso del tonel, liberado, hace bajar el puente levadizo... lo cual con el contrapeso no es muy difícil. Cuando este tonel ha descendido, se vacía, y el agua fluye

hasta meterse en otro que eleva el puente. Un maestro relojero, llamado Evor de Ardamai, vino por aquí hace algunos años. según dicen...

-¡Vaya! -le interrumpió Jorian-, Ese era mi pp...-se contuvo-. Quiero decir, era un amigo de mi padre. Pero continúa.

Mehru miró secamente a Jorian.

-Eso es todo. Ese hombre colocó el mecanismo, y desde entonces ha estado subiendo y bajando el puente. Nosotros no tenemos que mover un dedo, excepto para bombear el agua hasta el depósito situado en la habitación de arriba. Esto lo hacemos mediante una rueda de pedales que hay en el sótano.

-¿Puede el puente funcionar con independencia del reloj de agua, en caso de emergencia?

-Sí. El torno que hay en la caseta del guardia puede emplearse en lugar del reloj. Pero eso ocurre rara vez, pues tenemos pocos visitantes en Rennum Kezymar. -Descendieron otro tramo de escalera. Mehru abrió otra puerta, diciendo:- Esta cámara, maese Maltho es nuestra sala de armas; pero no una sala de armas en el sentido habitual. Guarda nuestros objetos más preciados. ¡Mira!

-¡Dioses benévolos!--Exclamó Jorian al ver lo que había dentro.

Los objetos preciados eran una colección de aquellos instrumentos con los cuales los verdugos llevaiban a cabo sus deberes. Había hachas y tajos, espadas, sogas de ahorcar, cuerdas para estrangular y cuchillos de cortar gargantas con la hoja en forma de gancho. Había dos potros completos y un caldero para hervir aceite. Había también grilletes y correas de cuero; garrotes, látigos y hierros de marcar. Además, había instrumentos especiales cuyo propósito no estaba claro a simple vista.

A un lado, un hermano bigotudo de avanzada edad estaba sentado en un taburete, afilando amorosamente una de las hachas muy ensimismado.

-¿Qué tal va eso, hermano Dhaong? -preguntó Mehru-. ¿Crees que el filo tendrá la agudeza que requiere el concurso de esta noche?

El anciano sonrió vagamente y continuó frotando la piedra de amolar hacia atrás y hacia adelante: ffsss, ffsss

-¿Qué concurso? -preguntó sintiéndose incómodo.

-Ya lo verás -sonrió Mehru-. Mira aquí, el mismo tajo en el que la cabeza de Genera Vijjayan fue decapitada, después de que fracasara su revolución contra el rey Sirvasha. Déjame enseñarte algunos de nuestros instrumentos más especializados. Este es un juego de arrancador de ojos que pertenece al hermano Parhbai. Esta bota de hierro es muy persuasiva cuando se coloca al fuego con la pierna del sospechoso dentro. Es un ingenioso artefacto para hacer trizas la pierna de un sospechoso. El rey Laditya la empleó con un hermano suyo de quien sospechaba que tramaba algo en su contra. Desde entonces nuestros reyes se han hecho más prácticos: hacen matar a todos sus hermanos en la línea de sucesión al trono.

-Eso parece duro para los hermanos.

-Cierto, pero a nosotros nos da trabajo. Y ésta es la rueda del hermano Ghos, con el martillo para machacar a los prisioneros. Estas son unas bonitas empulgueras; observa las incrustaciones de plata y oro en el acero... El hermano Dhaong ha sido uno de los afortunados del sorteo; y yo también. Por eso tendremos la oportunidad de... pero no debo estropearte la diversión contándotelo ahora.

-Ya he visto bastante, gracias -dijo Jorian-. Como el doctor Karadur, deseo descansar.

-¡Oh, claro! -dijo Mehru-. En ese caso, volvamos a la sala principal, donde se ha reservado un aposento para vosotros.

Jorian permaneció en silencio mientras regresaban a la sala principal. Mehru, que seguía charlando alegremente, le acompañó al aposento al que se había retirado Karadur. En su interior había dos camas, en una de las cuales yacía de espaldas el viejo hechicero, roncando.

Jorian cerró la puerta y se tumbó en la otra cama. Sin embargo, vio que no podía dormirse. Después de un rato se levantó, salió y exploró algo más por su cuenta. El castillo permanecía en silencio exceptuando los ruidos de cacharros procedentes de la cocina y los ronquidos que se oían detrás de algunas puertas.

Junto a las escaleras que subían desde la sala principal, había otra que bajaba. Siguiéndola, Jorian encontró al final un largo corredor, iluminado por una sola vela situada en una repisa de la pared, con muchas habitaciones que daban a él. Algunas de ellas, a juzgar por los enormes candados de las puertas, debían de ser almacenes de cosas valiosas. Un par de ellas eran celdas con barrotes, y de una salió un vocerío familiar. La celda contenía a las doce esclavas.

-¡Oh, Maltho! ¡Maese Maltho! ¡Querido, gentil Maltho! -gritaron-. ¿Por qué nos han encerrado aquí? ¿Qué van a hacer con nosotras? ¿No puedes sacarnos de aquí?

-Decidme qué ha pasado -dijo él. Todas hablaron a un tiempo, pero lo esencial era que habían sido llevadas directamente a la celda desde la sala principal, les habían dado comida y bebida y las habían dejado en el silencio y la soledad.

-No sé lo que se proponen estos hombres -dijo-, pero trataré de averiguarlo, y, si es algo malo, intentaré frustrar sus planes. ¡Sed buenas chicas!

Jorian volvió a subir las escaleras de la habitación de la torre que albergaba el mecanismo de relojería. La puerta, cerrada con llave, pronto cedió a una de sus ganzúas. Dando gracias a sus dioses de estar familiarizado con los mecanismos de su padre, sacó una de las llaves que ponían en funcionamiento la elevación del puente levadizo y la insertó en otro agujero. Después volvió al aposento donde dormía Karadur y sacudió al hechicero.

-¡Despierta! -dijo-. Creo que tenías razón en lo del aura.

-¿Cómo? -preguntó Karadur, bostezando y frotándose los ojos.

-O mucho me equivoco, o estos verdugos planean celebrar un concurso en el banquete de esta noche para exhibir sus especialidades en la práctica de su profesión.

-¿Te refieres a que harán movimientos con las hachas y cosas semejantes para demostrar que siguen estando en forma?

-Más que eso. Creo que planean demostrar sus habilidades con las doce esclavas que hemos traído.

-¿Quieres decir decapitarlas y estrangularlas? ¡Kradha nos ampare! ¡No me quedaré aquí un solo instante más para presenciar tal atrocidad! -Karadur comenzó a enroscarse el turbante, pero estaba tan nervioso que éste se le cayó repetidamente formando anillos sobre el cuello- ¿Y eras tú el que decía que los verdugos son tan humanos como cualquier otro hombre?

-¿Y adónde vas ahora tan deprisa? -preguntó Jorian-. Si quiero rescatar a las chicas, necesitaré tu ayuda.

-¿Rescatarlas? ¿Estás loco, hijo? ¿Cómo puede un hombre solo rescatarlas en un castillo repleto de esos brutos colosales?

-Todavía no lo sé, pero algo se me ocurrirá. Al menos lo intentaré. Yo traje aquí a las muchachas.

-¡Pero... pero... no malgastes tu vida! -Karadur agarró las enormes manos de Jorian, y las lágrimas caían por sus oscuras y arrugadas mejillas hasta su blanca y sedosa barba. ¡De nada les servirá a tus jovencitas y echarás a perder nuestras oportunidades de conseguir el Kist de Avlen!

-Si muero, me importa un comino lo que le ocurra al Kist de Avlen. Si consigo lo que me propongo, seguiré estando disponible para llevar a cabo vuestro selecto robo.

-¡Pero en realidad tú no tienes ninguna obligación moral! ¿Qué son para ti esas mujerzuelas? ¿Por qué arriesgarse por ellas?

-¡Qué vergüenza! ¡Hablas como uno de esos materialistas egoístas a los que siempre estás criticando!

-Olvídate de mí. Dime una buena razón por la que te propongas intentarlo.

-Digamos que me pone furioso ver cómo causan dolor y matan a esas pobres jovencitas indefensas por frívolas razones. Nunca toleré ese tipo de cosas cuando era rey, y no voy a empezar a hacerlo ahora.

-Pero esas mujeres pertenecen legalmente a la hermandad, y el mero hecho de quitárselas constituye un robo y un pecado.

-Pues entonces soy un pecador. Además, para empezar, ellas son novarias, y por tanto, según el filósofo Achaemo, no deberían haber sido sometidas a la esclavitud por otros novarios. Ahora cálmate y ayúdame a trazar un plan.

-¡No lo haré! ¡No puedo! -gritó Karadur, saliendo precipitadamente en dirección a la puerta. Jorian, que era más rápido, llegó primero y se colocó de espaldas contra la puerta.

-¡Cobarde! -rugió-. ¡Tanta verborrea sobre el altruismo, el auto-sacrificio y la pureza de la moralidad, y pones los pies en polvorosa a la primera oportunidad de llevar tus sermones a la práctica!

Librodot

-¡No, no, querido hijo! -gimió Karadur-. Yo no soy un guerrero, acostumbrado a sangrientos y mortales peligros; no soy más que un pacifico filósofo y un estudiante de las ciencias ocultas, que ya no tiene edad de combatir.

-¡Tonterías! Tampoco yo soy un guerrero, sino un simple artesano disfrazado de tal. Estas aventuras me aterrorizan. Si yo puedo hacerlo, seguro que tú también puedes. Demostraste valor suficiente el día de mi ejecución en Xylar.

Pero Karadur balbuceó:

-¡No! ¡No! ¡He dicho que me dejes salir! Si está mal que tú te arriesgues innecesariamente, estaría doblemente mal que me implicaras a mí en tu suicidio.

Karadur, pensó Jorian, no le serviría de mucho en aquel estado de pánico. Le dijo:

-Haremos un pacto. Déjame ver los objetos mágicos que llevas contigo, y dime lo que hace cada uno.

-Bueno -dijo Karadur, dejándose caer en la cama y buscando entre su ropa-, este frasco contiene la esencia de la codicia; una gota en la sopa de aquel a quien deseas vender algo, y tienes la partida prácticamente ganada. No precisa hechizo alguno y tiene mucho éxito entre los vendedores de caballos. Además, tengo aquí un anillo con un berilo en el que está encerrado el demonio Gorax. Cuando amenaza algún espíritu malévolo, tales como los demonios del pantano de Moru, no tiene uno más que pronunciar el hechizo adecuado, y Gorax vendrá y pondrá en fuga a estos seres. Después, otro encantamiento lo obligará a volver al anillo. Sin embargo, las palabras mágicas son largas y difíciles, y las órdenes a Gorax deben pronunciarse con la máxima precisión, puesto que él, aun siendo un demonio, es estúpido, y puede hacer estragos si no comprende bien. Y esto...

Finalmente, Karadur sacó un paquete de polvos.

-Este es el Polvo de la Discordia, que me dio Goania en Othomae. Pero... eh... es mejor que no te lo dé, porque lo necesitaremos en Trimandilam.

-Eso es justo lo que necesito –dijo Jorian-. Los otros no creo que me sirvan de nada en mi situación. Pero el Polvo de la Discordia, creo yo, me vendría muy bien aquí.

-¡No, no! Ya te he dicho por qué no puedo...

-Si no hay polvos, no sales. Te retendré aquí hasta la hora de la cena. Entonces el puente levadizo estará levantado, y ya no podrás marcharte.

-Pero... si pretendes permanecer aquí hasta después de esa hora, ¿cómo vas a escapar tú?

-Eso déjamelo a mí. Tú podrás marcharte cuando me entregues los polvos, no antes. ¿Qué es eso?

Una explosión de algo metálico y hueco resonó por todo el edificio. Karadur gritó:

-¡Ese es el gong que convoca a los hermanos a cenar! ¡Déjame marchar inmediatamente!

Jorian extendió la mano. Murmurando algo que -de no ser porque Jorian conocía la severa opinión de Karadur con respecto a las blasfemias- le hubiera hecho sospechar que era una maldición mulvaní, el hechicero puso el paquete en la mano de Jorian, diciendo:

-Dile a Strasso que envie su bote enseguida a la costa para esperarme. -Jorian abrió la puerta.

Las lámparas de la sala principal habían sido encendidas, y en la chimenea crepitaba el fuego. Algunos de los hermanos, bostezando y estirándose, fueron entrando en la sala, donde las mesas habían sido apartadas de las paredes. Entre ellos destacaba el enorme presidente.

Cuando Jorian y Karadur salieron de su aposento, Jorian esperó a que Khuravela le mirara y le hizo una seña.

-El doctor Karadur no se encuentra bien -dijo Jorian suavemente-. Pide permiso para regresar al barco, donde están sus medicinas.

Khuravela gruñó.

-Si quiere, que se vaya. También vuestro capitán envió recado diciendo que no podía asistir. Hmm. Hay gente que se cree superior.

Mientras Karadur salía huyendo, Jorian aceptó una jarra de vino condimentado y contestó a diversas preguntas referentes a las novedades de las Doce Ciudades de Novaria. Estuvo tentado de ofrecer un emocionante relato de la huida del rey de Xylar pero reprimió su impulso.

Cuando el presidente se sentó, el resto de los hermanos se sentaron también. Parecían seres taciturnos, comunicándose mediante gruñidos. Jorian, sin embargo, se encontraba sentado junto a un hombre alto, delgado y de rostro cadavérico aficionado al chismorreo. Este último le susurró:

-Mira como Mehru se esfuerza por atraerse la atención del presidente, y cómo Khuravela lo ignora. Mehru está deseando convertirse en presidente en su lugar. Siempre está cuchicheándonos al oído, diciendo que Khuravela es un viejo roble muerto, de aspecto impresionante, pero sin savia en la corteza. Y, en realidad, nadie sabe si pasa algún pensamiento por la noble frente de nuestro presidente, pues se pasa días sin decir una sola palabra. Por otro lado, ¿ves al hermano Ghos, el del turbante morado? El encabeza la tercera facción...

La narración de las interminables disputas e intrigas de este pequeño y restringido mundo acabó por aburrirle. Jorian terminó su sencilla pero abundante cena en un silencio poco habitual en él.

Cuando las mujeres hubieron retirado los platos, limpiado las mesas y servido jarras des cerveza fresca, se levantó un murmullo de voces. El presidente Khuravela, sentado en su sillón, hizo una señal. Varios hermanos se levantaron y abandonaron la sala. Poco después, volvieron dos, uno de ellos balanceando sobre su musculoso hombro un tajo de verdugo pintado de rojo, mientras que el otro llevaba un hacha. Otro hombre regresó con un rollo de cuerda, con un nudo corredizo en el extremo, colgado del brazo. Se subió a una mesa y lanzó el extremo de la cuerda que tenía el nudo por encima de una viga. Jorian dijo a su vecino:

-Dime, amigo: ¿Se disponen ahora los hermanos a demostrar sus habilidades?

-¡Pues claro! -respondió el hombre de rostro cadavérico-. Creía que ya lo sabias.

-¿Utilizando a esas chicas esclavas como víctimas?

-¡Ciertamente! No podemos practicar con hombres libres como tú, eso sería un crimen. ¿Crees que somos unos asesinos?

-¿Es esto un concurso?

-Sí; los demás hermanos juzgarán la habilidad y destreza que se demuestre en cada ejecución. Gracias a los verdaderos dioses de Mulvan, podemos romper la exasperante monotonía por primera vez en muchos meses.

-¿Por qué no participa todo el mundo por turno?

-La hermandad se niega a entregar dinero para un mayor número de esclavas; es un asunto de política interna. Khuravela encargó el mayor número posible que podían cubrir los fondos, y luego hicimos un sorteo para ver quién de nosotros debía ser elegido para tomar parte en el concurso.

Dos hombres entraron tambaleándose en la sala, trayendo uno de los potros de la sala de armas. Jorian se levantó y miró a Khuravela. Cuando éste miró en su dirección, Jorian llamó su atención y le gritó:

-Señor presidente, ¿puedo hablar?

-¡Habla! -gruñó Khuravela-. Silencio, cerdos.

-Caballeros -dijo Jorian-. Permimitidme agradeceros desde el fondo de mi corazón esta suntuosa cena y las deliciosas bebidas que me habéis servido. De hecho, estoy tan lleno que apenas puedo mantenerme en pie. Aunque viva tantos años como el más viejo entre vosotros, siempre recordaré esta noche como uno de los mejores momentos de mi vida...

-Si tiene algo que decir, que lo diga -murmuró un hermano a su vecino. Jorian le oyó pero continuó diciendo:

-Y por eso, aunque sea un exiguo e impropio pago a vuestra exquisita hospitalidad, me gustaría contaros una historia.

Los hermanos se enderezaron. El aburrimiento desapareció de sus caras, y sus ojos brillaron con un nuevo interés. Jorian salió a un espacio libre que quedaba en el centro de las mesas.

-Esta historia -dijo-, se llama "El cuento de los dientes de Gimmor". Hace muchos siglos, dicen que reinó en Kortoli un rey pequeño pero muy vivo y despierto llamado Fusinian también llamado Fusinian el Zorro. Hijo de Filoman el Bienintencionado, ascendió al trono siendo bastante joven y se casó con la hija del Gran Almirante de Zolon. Por si no lo sabéis, Zolon es una isla del Océano Oeste, cerca de las costas de Novaria, y forma parte de las Doce Ciudades. Como es una isla, es una potencia marítima; y al ser una potencia marítima, está gobernada por un Almirante. Por tanto, su hija era un partido digno del rey de Kortoly.

Librodot

«Esta doncella, que se llamaba Thanuda, era alta y famosa por su belleza. El rey Fusinian se enamoró de ella al ver su retrato, y envió a su chambelán a pedir su mano. Ella no hizo ninguna objeción, a pesar de que era más alta que él. Se casaron con la pompa habitual y se dispusieron a ser todo lo felices que pueden ser los miembros de la realeza que se casan por razones de estado.

«Poco después estalló la guerra entre Kortoli y su vecino del norte, Aussar. Se trataba de una disputa sin importancia en relación a un trozo de territorio, y, como era habitual entre ellos, los dos combatientes pronto gastaron sangre y dinero por valor cien veces superior al de la tierra. Y en estas luchas, Aussar, que empezó las hostilidades, fue el vencedor. Primero los ausarianos expulsaron a los kortolianos de la zona de disputa. Después, cuando Fusinian contraatacó, le derrotaron en dos grandes batallas. El padre de Fusinian, Filoman el Bienintencionado, había tenido muchas ideas humanitarias sobre reducir el ejército y gastar el dinero así ahorrado en beneficiar al pueblo, de modo que Kortoli se había quedado por detrás de las Doce Ciudades en materia de guerra.

«Si Fusinian hubiese sido más viejo y astuto, podría haberse rendido a Aussar al principio, y haber empleado el tiempo ganado en fortalecer su ejército, para finalmente recuperar el territorio. Pero, como era joven y ardiente, y estaba lleno de ideas románticas sobre el honor, se lanzó a una guerra en la que las fuerzas no estaban igualadas. Por ello, fue derrotado tres veces seguidas. Y entonces llegaron noticias de que los aussarianos se proponían invadir Kortoli por completo, deshacerse de Fusinian y colocar a algún títere en el trono.

«En su desesperación, Fusinian, acompañado de una pequeña escolta, fue a ver a una bruja llamada Gloé, que vivía en las escarpadas colinas que separan a Kortoli de su vecina del sur, Vindium. La bruja escuchó su petición de socorro y dijo:

"Como kortoliana patriótica, ayudaré, por supuesto, a Vuestra Majesead cuanto pueda Sin embargo, hay un asunto en lo que se refiere a mi licencia".

"¿Eh? ¿Qué es esto?", -dijo el rey-. "¿Mi reinado se encuentra al borde de la ruina, y tú me hablas de licencias?"

"No se trata de un asunto sin importancia, señor", -contestó Gloé-. "Sabed que, no por gusto mío, practico la magia ilegalmente. Tres veces he enviado una solicitud a vuestro Departamento de Comercio y Licencias, y las tres veces me ha sido denegada. Exigen un diploma del Liceo de Metouro o de otra institución de educación superior, o que apruebe un examen, o que haga un cursillo de perfeccionamiento, o alguna otra tontería por el estilo, cuando llevo sesenta años curando enfermos, invocando espíritus, encontrando objetos perdidos y adivinando el futuro."

"¿Pero qué tiene todo eso que ver con el peligro que acecha a Kortoli?", -preguntó el rey.

"Pues que la eficacia de la magia depende del estado de ánimo del mago. Si yo supiese que vos estaríais dispuesto a ordenar a vuestros remilgados escribanos a que expediesen una licencia para mí de inmediato, el alivio que esto me produciría aumentaría las probabilidades de éxito."

«El rey frunció el ceño.

-"No me gusta intervenir en los metódicos procesos de la administración, y mucho menos recomendar a alguien a mis oficiales", -dijo-. "Pero como se trata de un caso extremo,

supongo que debo tragarme mis escrúpulos. Muy bien, si tu hechizo funciona, tendrás tu licencia, aunque no conoces un solo signo del zodíaco. Prosigue, te lo ruego."

«Así que la bruja entró en trance, y se retorcía, murmuraba y hablaba en extrañas lenguas; y se proyectaban sombras por la cueva sin que ningún objeto material las produjese; y aparecían en el aire extrañas caras que se disolvían; y el rey sentía un frío helador, no se sabe si a causa del que provenía de fuera, o por simple miedo. Cuando el rey dejó de temblar, y las sombras hubieron desaparecido, la bruja dijo:

"Sabed, majestad, que debéis matar al dragón Grimnor, que duerme dentro de una montaña a nueve leguas de aquí. Después debéis arrancarle todos sus dientes de dragón. En una noche de luna llena, habréis de sembrar estos dientes en un campo arado, y allí brotará de estos dientes aquello que os permitirá vencer a Aussar."

«Y así, el rey Fusinian viajó hacia el oeste, siguiendo las indicaciones de Gloé, hasta llegar a la montaña. El dragón roncaba tumbado en una cueva, que asomaba a un barranco al pie de una montaña. Fusinian temió que ni sus flechas ni su lanza ni su espada atravesarían las escamas del dragón, que como todo el mundo sabe, son tan duras que sirven para hacer excelentes cotas de malla, siempre que uno consiga una piel de dragón, claro está, especialmente cuando Fusinian medía tan solo cinco pies y tres dedos más. Finalmente, Fusinian y sus hombres encontraron una roca del tamaño adecuado a la que colocaron una punta de hierro. A esta punta amarraron una larga cuerda. Después colgaron la roca precariamente sobre la boca de la cueva de Grimnor.

«Entonces Fusinian se dirigió a la boca de la cueva y gritó a Grimnor desafiante. El dragón se despertó y salió de la cueva desconcertado y protestando. Fusinian salió corriendo delante de él, y cuando vio que la cabeza y parte del cuello estaban fuera de la cueva, tiró de la cuerda. La roca cayó y el golpe hizo sonar los huesos del cráneo del dragón. La bestia se agitaba y retorcía de una forma atroz; hizo temblar la montaña y provocó un pequeño desprendimiento de tierra. Pero finalmente Grimnor se quedó inmóvil y muerto.

«Fusinian descubrió que el dragón tenia cuarenta y siete dientes a cada lado de cada quijada, sumando un total de ciento ochenta y ocho. Había tenido la buena idea de llevar consigo al dentista real, que extrajo los dientes. Fusinian metió los dientes en una bolsa y, en la siguiente noche de luna llena, plantó los dientes en un campo arado. Sembró y sembró una y otra vez.

Jorian daba grandes zancadas por la sala, haciendo gestos como si estuviese sembrando. En realidad estaba lanzando al aire, sobre las cabezas de los comensales, pellizcos de Polvo de la Discordia, escondiendo el paquete en la mano izquierda. Continuó diciendo:

«Tal como había predicho Gloé, enseguida empezaron a distinguirse puntas de lanzas, que brotaban de la tierra y brillaban a la luz de la luna. Y entonces salieron penachos de yelmos, y al poco tiempo había allí ciento ochenta y ocho gigantes de ocho pies de altura y armados hasta los dientes.

"Nosotros somos los Dientes de Grimnor", -dijo el más alto de los gigantes con una voz atronadora-. "¿Qué quieres de nosotros, pequeño hombre?"

«Apretando las mandíbulas para evitar que le castañearan los dientes, Fusinian dijo: "Vuestra tarea, Dientes, es derrotar a los ejércitos de Aussar, que están invadiendo mi honrado reino".

"Escuchar y obedecer", -bramó el gigante que había hablado. Y marcharon hacia la frontera aussariana tan velozmente que pronto dejaron atrás al rey Fusinian y a su escolta. Fusinian volvió a la ciudad de Kortoli para ver cómo iban allí las cosas. Y cuando llegó, se encontró con que los Dientes ya estaban allí: habían derrotado a los aussarianos tan fulminantemente que los que lograron escapar a la matanza volvieron corriendo a la ciudad de Aussar sin tan siquiera detenerse a recobrar el aliento. Pues sucedió que los Dientes tenían la piel tan resistente que ni las estocadas de las espadas ni las embestidas de las lanzas les causaban a ellos mayor daño que el que a nosotros nos producen los arañazos de un gatito.

«Pues bien, un par de gigantes apostados en la Puerta Oeste admitieron al rey Fusinian y a su escolta. Pero cuando Fusinian llegó al palacio se encontró, asombrado, con que el mayor de los Dientes estaba sentado en su trono, o más bien, en un tablero apoyado en los brazos del trono, pues éste era en sí mismo demasiado pequeño para acomodar a tan monstruoso trasero.

"Por todos los cielos y los infiernos, ¿qué estás haciendo en mi asiento?", preguntó.

"No estoy en él, estoy sobre él", -respondió el Diente-. "Y en cuanto a lo que estoy haciendo, hemos decidido gobernar tu reino nosotros mismos. Es natural, puesto que somos mucho más fuertes que tú, y sería ridículo que nosotros acatáramos tus órdenes. Además, sólo así podemos asegurarnos el alimento suficiente, pues nuestro apetito, al lado del vuestro, es como el de los tigres comparado con el de los pajarillos. He tomado a la reina como concubina, y tú serás mi esclavo personal."

«Pero Fusinian, con la agilidad mental que tan buen servicio le había hecho siempre, salió corriendo de la sala del trono, esquivó a un gigante o dos que trataron de atraparlo, montó en su caballo y salió disparado hacia la puerta de la ciudad. Antes de que los Dientes pudiesen disponerse a detenerlo, estaba ya fuera. Salieron en su persecución; pero aunque ellos podían correr a pie tanto como lo que podía galopar el caballo de Fusinian, él conocía el país mejor que ellos. Zigzagueando como un zorro que huye de los perros, consiguió pasar la frontera de Govannian.

«Fusinian había mantenido buenas relaciones con el Usurpador Heredero de Govannian hasta que este último se negó a ayudarle en su lucha contra Aussar, tal como había prometido. Sin embargo, la noticia de Fusinian fue lo bastante inquietante como para solucionar la disputa. Astutamente, el Usurpador Heredero organizó un ejército para luchar contra los Dientes antes de que éstos decidieran anexionar su reino con el de Kortoli.

«Mientras tanto Fusinian fue de una a otra de las Doce Ciudades contando su historia. En la mayoría de ellas consiguió contingentes para el ejército de liberación, aunque los Syndicos de Ir pusieron objeciones basándose en que el coste sería excesivo, y en el Senado de Vindium hicieron un interminable debate sin llegar a ninguna conclusión, y el Tirano de Boaktis declaró que todo era una treta de Fusinian para derrocar a su gobierno ilustrado y progresista y restaurar a los explotadores reaccionarios.

«Finalmente, un ejército, con contingentes de todas las otras ciudades, incluso de Aussar, se reunió en la frontera de Govannian y marchó a Kortoli. ¡Pero, dioses! El ejército se detuvo espantado cuando vio aproximarse a las fuerzas de los Dientes. Algunos de los Dientes venían montados en mamuts que habían comprado al kan de los gendings, en Shven. Las bestias habían sido transportadas en balsas por la costa. Otros Dientes luchaban a pie como oficiales de los pelotones de kortolianos, quienes, por terror, se veían obligados a obedecer la más mínima orden.

«A Fusinian no le cogió del todo desprevenido esta recepción. Conociendo el poder de los gigantes, había construido la mayor batería de catapultas con ruedas fabricada hasta esas fechas. Las catapultas avanzaban con gran estruendo, lanzando bolas de piedra de sesenta libras de peso. Algunas fallaron, y otras fueron a caer sobre los desventurados kortolianos, pero una golpeó de pleno a uno de los Dientes. Este la agarró tranquilamente, como quien atrapa una pelota, y la arrojó con tanta exactitud como le había sido disparada pero con mayor fuerza. Esta golpeó al Usurpador Heredero de Govannian, que cabalgaba en medio de sus huestes, y se llevó por delante su yelmo con la cabeza dentro.

«Después de eso, no hubo mucha lucha. Los mamuts de las alas se fueron cerrando, y el poderoso ejército en orden de batalla de Fusinian se disolvió formando una masa de fugitivos que gritaban, mientras los Dientes se divertían dando zancadas, cabalgando y aplastando gente con sus garrotes de diez pies de largo como si fueran insectos.

«Durante algunos meses, poco se oyó de Fusinian, excepto rumores de que se le veía aparecer y desaparecer como un fantasma a lo largo de las fronteras de Kortoli. Finalmente, acudió a la cueva de la hechicera Gloé.

"Y bien, majestad", -dijo ella removiendo su caldero-. "¿Qué hay de mi licencia?"

"¡Maldita licencia!", -exclamó él-. "El remedio que me diste fue peor que la enfermedad."

"Eso fue culpa tuya, muchacho", -dijo ella-. "Cuando diste las órdenes a los Dientes, se te olvidó decirles que desapareciesen o que volviesen a convertirse en dientes de dragón después de derrotar a los aussarianos. Como no lo hiciste, se vieron libres de toda obligación en cuanto llevaron a cabo todo lo que les mandaste."

"¡Por los cuarenta y nueve infiernos mulvanies! ¿Cómo iba yo a saber eso?", -gritó-. "¡Tú no me lo dijiste!"

"¿Por qué habría de hacerlo?", -dijo ella-. "Sabiendo que eras un rey, y listo además, supuse que tendrías el suficiente sentido común como para hacerlo sin que yo te lo dijera." -Y ambos empezaron a gritar y a amenazarse con los puños de la forma más indigna hasta que se quedaron sin aliento.

"Bueno, olvidemos lo dicho y seamos prácticos", -dijo Gloé-. "Quieres más ayuda, ¿no es asi?"

«Fusinian murmuró algo acerca de las malditas mujeres que nunca dan las indicaciones precisas, pero en voz alta contestó:

"Sí, ¡pero Zevatas nos ayude si nos sirve de lo mismo que la última vez! Esas criaturas están devorando mi reino, por no hablar de las mujeres de los dirigentes a quienes están denigrando, incluida la mía."

"Su voracidad se explica por su origen dragoniano", -dijo Gloé-. "Bien, conozco un hechizo para convocar al ejército de los demonios aéreos de la Sexta Esfera. Es un hechizo extremadamente difícil y peligroso. También requiere un sacrificio humano. ¿De quién estarías dispuesto a prescindir."

«El rey miró a su escolta, y cada uno de los miembros de ésta parecía desear volverse invisible. Pero, finalmente, uno de los hombres habló, diciendo: "Tomadme a mí, majestad.

De todos modos, el médico me ha asegurado que, con mi debilitado corazón, no viviré mucho tiempo."

"¡Muy noble de tu parte!", -exclamó Fusinian-. "Erigiré un monumento en tu honor cuando haya reconquistado mi reino". -Y de hecho, este monumento fue construido y sigue estando en la Ciudad de Kortoli hoy en día. "Y bien, señora."

"Un momento, señor", -dijo Gloé-. "También necesito algo para mí, para que me proporcione el ánimo adecuado para pronunciar un hechizo efectivo."

"Ya estamos otra vez", -dijo el rey-. "¿Y ahora qué quieres?"

"No sólo quiero una licencia de hechicera en toda regla, sino que además, deseo convertirme en la maga de la corte."

«Discutieron, pero finalmente Fusinian cedió, pues no tenía otra elección. Y se efectuó el hechizo. La luna se convirtió en sangre, y la tierra tembló, los bosques se llenaron de gemidos sobrenaturales, y del cielo bajaron una horda de demonios en forma de hombres-lagarto con alas de murciélago para atacar a los Dientes.

«Pero cuando un demonio o algún otro espíritu se materializa, queda sometido a las leyes de la materia. Los Dientes no hicieron otra cosa que reírse y atrapar a los demonios al vuelo y despedazarlos igual que un niño malo desmiembra a una mariposa. Y los demonios sobrevivientes volvieron volando a la Sexta Esfera y desde entonces hasta hoy se han negado a ser invocados.

«Furioso con Gloé y sus hechizos, Fusinian volvió a desaparecer. De vez en cuando se le veía, con ropas viejas y remendadas, por alguna de las Doce Ciudades, pues tenía amigos y seguidores en todos lados. Un día, pasando el rato por el mercado de Metouro, vio a una pandilla de muchachos que asaltaban el puesto del frutero, agarrando fruta y escapando antes de que el desdichado mercader pudiese pedir ayuda. Lo que le llamó la atención de este suceso fue el hecho de que el frutero fuese tan enormemente gordo que ni siquiera pudiese salir de su puesto a tiempo para pedir ayuda.

«Eso hizo pensar a Fusinian, y se acordó de las historias que había oído sobre el monstruoso apetito de los Dientes. Poco después, los Cinco sin Rostro, que gobernaban Metouro, llamaron a Fusinian para pedirle consejo sobre una demanda de tributo que habían recibido de los Dientes de Kortoli. Fusinian miró a sus cinco máscaras negras y dijo:

"Enviadles no sólo lo que piden, sino el doble."

"¡Estás loco!", -gritó uno de los Cinco-. "¡Eso nos arruinaría!"

"¿Habéis tenido una buena cosecha?" -preguntó Fusinian.

"Sí; ¿y qué?"

"Entonces pagadles lo que os digo en productos agrícolas. Dejadme explicaros..."

«Y durante una temporada Fusinian fue de ciudad en ciudad, exponiendo su plan. De ese modo, llegaron a Kortoli enormes cargamentos de alimentos en carretas de bueyes. Esto continuó durante seis meses enteros. Cuando una de las Doce Ciudades se quedaba sin

productos agrícolas, pedía dinero prestado para importar más cantidad de otra de las Doce, o incluso de Shven y Mulvan.

«Y finalmente llegó el día en que el rey Fusinian entró a caballo en Kortoli a la cabeza de su ejército, mientras los Dientes, que ahora estaban tan gordos que apenas podían moverse, miraban indefensos y proferían amenazas en vano. Y aunque la piel de los Dientes seguía siendo demasiado gruesa para que las armas normales les produjeran algo más que arañazos, los kortolianos rodearon a los gigantes con cadenas muy grandes que ataron a enormes bloques de granito othomaense, los trasladaron en balsas mar adentro, y volcaron las balsas. Y ese fue el fin de la historia.

«O casi lo fue. Fusinian tuvo un afectuoso reencuentro con su reina, la encantadora Thanuda. Pero algunas veces, después de hacerle el amor, se daba cuenta de que ella lo miraba con una extraña expresión, algo desilusionada, o como si le estuviese comparando desfavorablemente con otra persona. Y una vez, durante una disputa, ella le llamó "renacuajo". De modo que durante su vida posterior le perturbó la idea de que, a pesar de los defectos que pudiese haber tenido el Diente que le quitó a su esposa, aquel gigante debió de tener ciertas capacidades de las que él, Fusinian, carecía. Pero, como era un filósofo, se consoló como pudo. Y la moraleja es la siguiente: La mejor manera de matar a un gato quizá no sea ahogarlo en manteca, pero algunas veces es la única que funciona.

Poco después, Jorian abrió la cerradura de la puerta de la celda donde estaban las esclavas. Ellas se arrojaron a su cuello, Mnevis lo abrazó y lo cubrió de besos.

-No, no, todo ha sido fácil, chicas -dijo él-. Os sacaré de aquí, pero tenéis que guardar un silencio absoluto. ¡Nada de hablar, ni de susurrar, carcajearse, reír, chillar ni hacer algún otro ruido! Y ahora, vamos. Manteneos detrás de mí y estad atentas a mis señales. Despacio.

Condujo a las doce de puntillas por el corredor. Cuando llegó a la primera de las puertas cerradas, se detuvo, abrió el candado y entró. Echando una rápida ojeada vio que la habitación estaba llena de aperos de labranza. El segundo almacén resultó estar lleno de ropa gruesa de invierno: botas de fieltro, capas de lana y abrigos de piel de oveja.

El tercer almacén tenía estanterías en las que había objetos alineados que brillaban en la penumbra, mientras que en el suelo una fila de cofres rodeaba de la pared.

-Esto -dijo Jorian-, es lo que buscaba. Que una de vosotras traiga la vela de ahí fuera. Con cuidado no se vaya apagar. ¡Ah!

Las muchachas hicieron eco a la exclamación de Jorian, pues aquel era el tesoro de la hermandad. Los objetos de las estanterías eran copas de oro y plata, cuadros con marcos enjoyados, candelabros y lámparas de oro y otros objetos valiosos similares. Los cofres, como descubrió Jorian enseguida abriendo la cerradura de uno, contenían dinero y joyas. Algunos de los hermanos debían de haber ahorrado grandes fortunas, probablemente, sospechó Jorian, aceptando sobornos de los prisioneros para que no les causaran gran dolor.

Jorian sacó su cinto del dinero y lo atiborró de monedas de oro mulvanies; sin perder tiempo para contarlas, calculó que sumarían bastante más de cien coronas. Entregó puñados de ellas a cada una de las esclavas, con instrucciones de que las guardaran de la forma más segura posible. De las estanterías y de las cajas de joyas eligió varios hermosos dijes, incluyendo una copa de oro y piedras preciosas, un colgante enjoyado y varios anillos y pulseras. Esto también se lo dio a las chicas para que lo llevaran.

-Ahora, vámonos -dijo él--. Vamos a subir la escalera, pero no hasta arriba. Apagad la vela.

A la cabeza de esta pequeña comitiva, Jorian subió sigilosamente las escaleras que conducían a la sala principal, hasta que, asomándose, pudo ver la sala. Manteniéndose apartado de la luz, observó en silencio el desarrollo de los acontecimientos.

El sonido de la charla había crecido hasta convertirse en un estruendo. Por todos lados los hermanos estaban enzarzados en ardientes disputas, aporreando mesas, golpeando las palmas de las manos con los puños y agitando los dedos índices bajo las narices de los demás. Algunos otros instrumentos de ejecución habían sido traídos a la sala. Mientras Jorian miraba, entraron dos hombres con una pequeña fragua portátil y un juego de herramientas de hierro. Colocaron la fragua en el suelo, y uno de ellos se dispuso a encender fuego en ella con trozos de carbón y leña. El otro se unió a una de las violentas discusiones.

Un grito más alto llamó la atención de Jorian. Un hermano acababa de arrojar su cerveza a la cara de otro. Gritando de rabia, la víctima arrojó su jarra a la cabeza del primero y sacó su daga. El otro retrocedió hasta situarse en el espacio central de las mesas, que ahora estaba ocupado por los instrumentos. Arrancó del tajo un hacha para decapitar y, cuando el otro se abalanzó hacia él con la daga en alto, asestó un hachazo a su agresor en la cabeza abriéndole el cráneo hasta los dientes.

En la sala estalló la violencia. Los hombres, enloquecidos, arremetían unos contra otros por doquier con cualquier arma que encontraban a mano. Agarraron rápidamente todos los utensilios que pudieran servir para tal uso: hachas, espadas, cuchillos y el mazo empleado para golpear a los prisioneros en el torno. Las mesas y el suelo estaban salpicados de sangre y cerebros; por todas partes caían cuerpos. Los hombres luchaban cuerpo a cuerpo, rodando por el suelo sin parar, asestando puñaladas y rasgando con uñas y dientes. El ruido se hizo ensordecedor.

Jorian hizo una seña a las muchachas. Espada en mano, las condujo hasta el final de la escalera. Bordeando las paredes de las sala, se mantuvo en la sombra dentro de lo posible. Recorrió la mitad del camino hasta el vestíbulo que conducía al exterior. Allí se detuvo para que pasaran las chicas.

Al hacerlo, una figura se apartó del sangriento caos de la sala y se precipitó contra él. Era Mehru, el que había sido su guía, que blandía su espada para dos manos. La sangre le corría por la cara a causa de un corte, y sus ojos brillaban salvajemente.

-Bajad hasta el embarcadero y haced una señal al bote -dijo Jorian a las esclavas-. Enseguida estaré con vosotras.

Luego se enfrentó al hermano parlanchín.

-¡Esto lo has hecho tú con alguna brujería! -gritó Mehru, tratando de alcanzar a Jorian en la cabeza.

Jorian paró el ataque una y otra vez. Las estocadas llegaban con tal rapidez que no tenía tiempo de contraatacar. Aunque Mehru era más bajo que él, manejaba su pesada arma como si fuese un listón, y la longitud de su hoja mantenía a Jorian fuera del alcance de este último. Jorian trataba de recibir los golpes de forma inclinada, para que la hoja del verdugo rebotara en la suya, pero la fuerza de aquellos paralizaba su brazo.

Paso a paso, Jorian fue retrocediendo hasta el vestíbulo y luego hasta la arco que sostenía el rastrillo. Miraba a derecha e izquierda, midiendo las distancias entre un lado y otro del arco. Ya había salido a los tablones del puente levadizo, que en contra de la costumbre de los hermanos estaba bajado a pesar de la oscuridad.

Allí dejó de retroceder. Mehru, que seguía atacando, se movía cada vez más despacio y jadeaba pesadamente. Jorian dejó salir una sonrisa, gritando:

-¿Por qué no luchas, hermana-preñada? -Era el peor insulto mulvaní. Profiriendo un grito desgarrador, Mehru se lanzó hacia Jorian con intención de abrirle en dos hasta la cintura.

Sin embargo, el arco era demasiado estrecho para tales tácticas. Como resultado, la punta de la larga hoja golpeó la obra de albañilería, haciendo salir chispas. La piedra detuvo el golpe; Jorian dio un salto y lanzó a Randir de golpe contra el cuello del verdugo con todas sus fuerzas. La cabeza de Mehru saltó de su cuello con un chorro de sangre. El cuerpo cayó al suelo; la cabeza dio un bote y salió rodando.

Jorian limpió y envainó su espada. Dio una zancada hasta el torno que hacía funcionar manualmente el puente y lo hizo girar. Después de un par de vueltas, algo crujió, y la rueda empezó a girar por sí sola a causa del peso del tonel de agua oculto. Jorian subió a toda prisa la rampa cada vez más empinada del puente, saltó al camino del otro lado y corrió hacia el embarcadero.

-¡Diez mil demonios! -gruñó el capitán Strasso-. ¿Qué significa esto, Maltho?

-Ya te lo he dicho, capitán: rehusaron el cargamento. Creo que tuvieron algún problema con sus esposas. Discutimos durante horas. Yo insistí en que un negocio es un negocio, y ellos decían que de ningún modo pagarían una mercancía que no iban a utilizar. Finalmente, se dieron por vencidos y pagaron la cantidad acordada. Aquí están las noventa y seis coronas de Belius; te ruego que se las entregues cuando vuelvas a Vindium, ya que el doctor Karadur y yo pensamos quedarnos en Janareth. Como los hermanos aseguraron que las muchachas no les servirían para nada, me encargaron que las llevara a vender a Janareth, me quedase con una cuarta parte del dinero así ganado como comisión, y devolviera el resto con usted.

-Hmmm. ¿Ya has acabado tus asuntos en el Castillo del Hacha?

-Sí. Podemos zarpar en cuanto lo desees.

-Entonces levaré anclas y nos iremos. Mis muchachos tienen miedo de los fantasmas que, según ellos, frecuentan estas islas. Además, es menos probable encontrarse con piratas en estas aguas por la noche. Con esta luna, podemos mantener bien el rumbo.

Más tarde, en el camarote, Karadur dijo:

-¡Ah, debo hacer sacrificios para reparar mi cobarde conducta de hoy en tierra.

-Debes perdonarte, doctor -dijo Jorian-. Tal como salieron las cosas, tú no hubieras hecho más que estorbar cuando comenzó la carnicería.

-¿Qué ocurrió, hijo?

Jorian, sentándose en su litera y afilando pacientemente la hoja de Randir allí donde los golpes de la espada de Mehru la habían mellado o embotado, le contó la historia.

Karadur le preguntó:

-¿Y por qué, después de engañar de ese modo al capitán Strasso en relación a lo ocurrido, le devolviste el dinero de Belius? ¿Por qué no enviar a las muchachas de vuelta a Vindium y quedarnos con el oro, que, dadas las circunstancias, no puede decirse que haya sido robado?

-Tengo otros planes para ellas. Además, somos ricos otra vez. He conseguido más de lo que valen las chicas con lo que saqué de los cofres de los hermanos; aquí está tu parte. Y necesito a las chicas más que al dinero.

-¿Cómo lograste escapar del castillo, con el puente subido?

-No estaba subido. Moví una de las llaves del mecanismo que lo controla, para hacer que subiera después de la medianoche en lugar de al atardecer. Y ahora, a dormir; ha sido un día agotador.

Karadur miró con afecto a su joven amigo.

-¿Te acuerdas, Jorian, cuando me contaste que la hechicera te aconsejó que fueses o rey o aventurero errante?

-Sí. ¿Y qué? Ya he tratado de ser rey, y una vez ha sido suficiente.

-Me temo que tampoco estás hecho para ser aventurero.

-¿Por qué no?

-No eres lo suficientemente cruel ni egoísta como para tener éxito. Un auténtico aventurero -y yo he conocido varios de casta- se hubieran apropiado del dinero de Belius y nunca hubiesen intentado rescatar a esas muchachas, al menos no si corrían ellos algún peligro. Y esto nos lleva al gran problema moral que durante miles de años ha desconcertado las mentes más prodigiosas entre los filósofos de Mulvan: ¿Qué es la virtud? Algunos afir...

Pero Jorian estaba ya roncando.

Librodot

El Trono De La Mariposa

Sumergida en su espumosa bahía esmeralda, en la boca del magnífico río Bharma, Janareth relucía al sol, con sus casa blancas de tejados rojos que ascendían por la ladera formando gradas entre palmeras color verde jade y oscuros cipreses, bajo un cielo azul y blanco. Un barco del práctico, con la bandera de la sirena azul de Janareth ondeando en el mástil, iba abriendo paso para guiar al Talaris al malecón del puerto interior.

Barcos de muchos países estaban anclados en este puerto o amarrados en los muelles. Había elegantes barcos de Vindium, Kortoli, Aussar y Tarxia. Había embarcaciones sin cubierta procedentes del norte, de las costas shvénicas, con una sola vela cuadrada y acabados en punta, como grandes canoas. Había varias galeras de guerra de Janareth con el casco negro, largas, bajas y mortiferas. Había también un enorme barco de palos, con los laterales muy elevados, los extremos en ángulo recto y velas al tercio de rayas amarillas, que venía de las islas Salimor, en el lejano Océano Este.

Apoyado en la barandilla y mirando melancólicamente el navío el primer día del mes del lobo, Jorian exhaló un fuerte suspiro.

-¡Por fin volvemos a un clima civilizado! -dijo Karadur-, que estaba junto a él. ¿Por qué suspiras?

-Echo de menos a mis esposas. No, retiro lo dicho. Echo de menos a una de ellas: Estrildis, la pequeña de pelo rubio. Las otras son buenas chicas y divertidas en la cama, pero a ella la elegí yo mismo.

-¿Cómo ocurrió eso?

-Ella era la muchacha a la que yo cortejaba en Kortoli cuando el granjero Onnus cometió el error de tratar de azotarme todo el día. Cuando llevaba tres años siendo rey, supe que todavía no se había casado y le envié un mensaje. No podía cabalgar hasta Kortoli para reclamarla, como hubiera hecho un héroe de leyenda, porque la Guardia Real no me permitía cruzar las fronteras de Xylar. Pero nos las arreglamos. Algún día volveré a Xylar y la secuestraré.

-Si los xylarios no han anulado tu matrimonio y ella no se ha casado con otro.

-Puede que la raptase de todos modos, si ella quisiera. Siempre fue mi favorita. Para preservar la armonía doméstica, trataba de ocultar este hecho a las demás, pero me temo que no lo conseguí del todo. Has de saber, doctor, que muchos hombres han deseado tener un harén como el mio, pero te diré cómo funciona en la práctica: Cuando las damas se pelean -cosa que hacen de vez en cuando-, el marido debe actuar como juez y conciliador para acabar con las disputas. Cuando se llevan bien -lo cual sucede con frecuencia-, obtienen todo lo que desean del pobre hombre intentando persuadirle una por una. Y él debe tener mucho cuidado con lo que hace, a fin de que ninguna de ellas pueda pensar que no ha sido tratada igual que alguna otra. Si esto ocurre, entonces, ¡pobre de él! Reproches, lágrimas, lamentos y viejos rencores reprimidos... No, si alguna vez logro hacer realidad mi modesta ambición de ser un artesano respetable que se gane la vida honradamente, con una mujer tendré bastante. Pero ahora mismo podría utilizar por lo menos una.

-¿No te has... eh... divertido con las doncellas de Belius?

-No, aunque no sé cuánto durará este estado indeseado de virtud. No he conocido mujer desde que me separé de esa muchacha salvaje, Vanora, en Othomae.

-Tu continencia te confiere un gran valor espiritual, hijo.

-¡Oh, a la mierda mi valor espiritual! Me he mantenido apartado de esas pobres criaturas porque me parecía indigno aprovecharme de su condición servil. Como, por decirlo de algún modo, las he heredado de la Hermandad de Rennum Kezymar, ellas no podrían haberme rechazado.

-¿Cuál es ese misterioso plan que tienes reservado para ellas?

Jorian pestañeó.

-Durante cuatro días enteros me he mordido mi charlatana lengua, aunque estoy entusiasmado con mi maravilloso plan. Me ha dado miedo de que Strasso o alguno de sus hombres pudiera oírme si hablaba. Cuando nuestro buen capitán haya zarpado para regresar a Vindium, estaré encantado de contarte mi plan, Santo Padre.

Los marineros aferraban la vela, cuya verga había estado arriada, en sus candeleros. El capitán Strasso y el patrón de un remolcador intercambiaban gritos mientras el remolcador, propulsado por diez remeros bronceados, empujaba un lateral del Talaris con un amortiguador hecho de maroma que recubría la roda, impulsando así el barco a uno de los muelles del malecón.

El Talaris avanzaba poco a poco a lo largo del muelle empujado por los parachoques de maroma, y, mientras lo estaban amarrando, un par de oficiales saltaron a bordo. Uno interrogó al capitán Strasso, comprobando las listas de carga, mientras el otro iba de un lado a otro a toda prisa, hacía preguntas a Jorian y a Karadur, desaparecía en la bodega y volvía a aparecer consultando a su colega en voz baja. Para cuando hubo terminado el interrogatorio y los oficiales se hubieron marchado, un enjambre de pregoneros, alcahuetes, buhoneros, mendigos, mozos de cuerda, burreros y supuestos guías se habían arremolinado alrededor del extremo del tablazón de cubierta que miraba a tierra, gritando:

"Venid, señores, a la taberna que tiene los licores más fuertes, la música más alta y las bailarinas más desnudas de Janareth..." "Mi gentil y limpia hermana..." “a... a ver la tumba recientemente descubierta del semidiós Pteroun, las ruinas del Templo de los Dioses de las

Librodot

Serpientes y otras fascinantes maravillas de la antigüedad...” "¡Socorred al hijo de la desgracia!" "Comprad mis amuletos: aseguraos la protección contra la sífilis, la malaria y los maleficios..." "El mesón de Simha es tan limpio que no se ha visto allí una chinche desde la época de Ghish el Grande..."

Con una expresión de majestuosa arrogancia en la cara -como la que había empleado cuando era rey de Xylar para deshacerse de los pesados-, Jorian descendió del tablazón de cubierta y se dirigió al pregonero del Mesón de Simha:

-Buen hombre, tengo conmigo a doce damas de alcurnia, que viajan de incógnito a Trimandilam. Van a permanecer en Janareth unos quince días. ¿Puede tu mesón alojarlas con el decoro que requiere su condición?

-¡Oh, mi señor! ¡Pues claro. señor! -El pregonero hacía reverencias sin cesar con las palmas de las manos unidas, como si 1o manejaran con hilos-. Hacedme el honor de visitar nuestro digno establecimiento...

-Espero que tu actuación iguale a tus promesas -dijo Jorian mirando fríamente al hombre-. Consígueme a unos cuantos mozos de cuerda que tengan la espalda fuerte y la mente simple, con cuatro bastarán. ¿Cuál es la tarifa actual de carga?...

El puerto de Janareth bullía de gente multicolor que hablaba distintas lenguas. Había novarios con sus cortas túnicas y ajustados calzones: mulvaníes con turbantes que llevaban faldones o pantalones holgados de seda de vivos colores; camelleros del desierto de Fedirun con mantos marrones y ropajes blancos en la cabeza: altos marineros de Shven, con pelo lacio bicolor y prendas de piel de oveja; hombres de la lejana Salimor de cara plana y ojos oblicuos. Había también esclavos semi-humanos procedentes de las junglas de Komilakh, guiados por correas. Incluso había hombres de razas más exóticas aún, a quienes Jorian no pudo identificar.

Aunque Janareth rendía tributo al rey de Mulvan, mantenía su auto-gobierno y seguía considerándose una ciudad libre. Los terribles conflictos entre facciones que surgían de vez en cuando proporcionaban al Gran Rey las excusas necesarias para entrometerse, pero el rey Shaju se había contenido hasta el momento. Los motivos eran, en primer lugar, que las facciones se unirían instantáneamente y se opondrían ferozmente a cualquier intento de ese tipo. En segundo lugar, que los mulvaníes conservadores consideraban el gran comercio portuario como un mal necesario, una conveniencia económica, pero repulsiva, debido a su diversa población de despreciables extranjeros. Se alegraban de su existencia, pero también de que no formara parte de su vasto imperio, organizado de forma muy minuciosa y metódica.

El pregonero se dio la vuelta y gritó:

-¡Cuidado! ¡Arrimaos a la pared!

Jorian y sus acompañantes se agruparon a un lado mientras un grupo de hombres a caballo pasaba a medio galope. En cabeza iba un mulvaní vestido de escarlata y plata, con un tocado de plumas y piedras preciosas en la parte delantera de su turbante. Tras él cascabeleaba un pelotón de caballería con cascos de acero plateado acabados en punta, armados con lanzas ligeras y pequeños escudos redondos.

-Uno de nuestros señores locales -dijo el pregonero después de que pasaran los jinetes-. Estos terratenientes siempre están tratando de introducirse en nuestro consejo de gobierno y de

hacerse oír para llegar a gobernar la ciudad con el tiempo, aunque ellos viven en las colinas y vienen a la ciudad sólo de compras y de putas. -El hombre escupió.

Al día siguiente, Jorian estaba tomando su almuerzo en el refectorio del mesón de Simha cuando entró el capitán Strasso.

-¡Amigo Maltho! -dijo el capitán-. El oráculo promete buen tiempo durante los próximos cinco días, y yo he tenido la suerte de encontrar un buen cargamento para Vindium, listo para cargar; así que el Talaris comenzará mañana su último viaje de la temporada.

-Bien -dijo Jorian.

-Pero queda el asunto del pago a los hermanos. ¿Has vendido ya a la chicas, para que yo pueda llevar el dinero?

-No; ni tengo prisa por hacerlo.

Strasso frunció el ceño.

-¿Cómo es eso?

-Naturalmente, quiero pedir por ellas el precio más alto; pues cuanto más alto sea el precio, más alta será mi comisión. Por tanto, he contratado a un hombre que sabe de estos asuntos para que haga de las chicas unas doncellas bien instruidas. Esto puede llevar un mes.

-Entonces, ¿Cómo voy a llevar el dinero?

-¿Conoces a algún banquero honrado en Janareth?

-Oh, sí. Yo trato aquí con Ujjai e Hijos. Ujjai parece de fiar aunque sea mulvaní.

-Entonces preséntamelo. Cuando haga la venta, depositaré el dinero en su banco, y tú podrás recogerlo en tu primer viaje de la próxima primavera.

Strasso dio a Jorian unas palmaditas en la espalda.

-¡Muy bien pensado! Pero, ¿no se enfadarán los hermanos por el retraso?

-A juzgar por su actitud cuando los vi por última vez, creo que no. Cuando termine esta naranja, iré al puesto de Ujjai.

Jorian conoció al banquero Ujjai, se despidió del capitán Strasso, y volvió al Mesón de Simha. Esta vez subió a la habitación que había sido preparada para las doce esclavas.

Aqui, un hombre estaba enseñando a las chicas a representar los papeles que habían sido inventados para ellas. Aunque ligeramente encorvado por la edad, era más alto aún que Jorian. Tenía rasgos grandes y hermosos, y un pelo blanco y flotante. Sus penetrantes ojos grises y sus modales corteses y señoriales llamaban inmediatamente la atención de cualquiera que se encontrase en la misma habitación que él. Hablaba a Mnevis con una voz rica y oscilante, y ella caminaba hacia atrás y hacia adelante en el centro de la habitación, mientras las otras once estaban sentadas por ahí, comparando sus hermosas ropas nuevas.

-¡Recuerda! -decía-, eres una reina. En todo momento eres consciente de que tu rango y tu valía están muy por encima de aquellos con quienes te relacionas. Al mismo tiempo, deseas su bienestar y por nada del mundo lastimarías sus sentimientos, a menos que ellos se atreviesen a comportarse con una indebida familiaridad. Lograr la combinación exacta de firmeza y gracia requiere un verdadero triunfo de la habilidad del actor. Recuerdo que cuando interpreté al rey Magonius, con la gran actriz Janoria como reina, en La corona de oropel, en Physos, ella le dio justo el tono necesario. -Suspiró y negó con la cabeza-. Nunca volverá a haber otra Janoria, aunque fuera del escenario arrojaba objetos a sus colegas. Saludos, maese Jorian. Como veis, me esfuerzo en cumplir vuestras órdenes. Ahora, venid, señora Mnevis, Reina Mnevis, debería decir, y tratad de caminar una vez más.

Jorian estaba observando su trabajo cuando Karadur llamó y entró, diciendo:

-Te estaba buscando, hijo. Me encontraba en la biblioteca del Templo de Narzes y... eh... en mi absorción se me olvidó comer. Entonces me encontré por casualidad con Strasso, y me dijo que habías vuelto a este lugar. ¿Qué está ocurriendo aquí?

Jorian contestó:

-Doctor Karadur, permíteme presentarte a maese Pselles de Aussar, gran honra del escenario novario, que ahora está pasando por ciertos... eh... apuros pasajeros. Le he encargado que instruya a mis chicas.

-No me parece que las esté preparando para ser doncellas, como me dijo Strasso.

Jorian parpadeó.

-No, no; este es el plan que prometí revelarte. Has de saber que éstas no son doncellas, sino la Reina Mnevis de Algarth y sus once nobles damas de honor.

-¡Pero... pero en Xylar me dijiste que Algarth no era más que un nido de piratas! ¿Cómo puede tener reina?

-Mnevis, di al doctor quién eres y lo que te propones hacer.

-Mi buen sabio -dijo Mnevis con voz majestuosa-, sabed que yo, Mnevis, viuda de Serli, soy la legítima reina de Algarth, que es un archipiélago de la costa oeste de Shven, al norte de las lejanas Doce Ciudades. Hace algunos años, esos piratas de los que habláis se apoderaron de nuestras islas para sus crueles propósitos, asesinaron a mi esposo el rey, y me
tuvieron cautiva como una marioneta, para que hiciese su voluntad. Finalmente, con la ayuda de subditos leales -a quienes esos sangrientos corsarios han convertido en esclavos-escapé de Algarth con estas damas. Al oír que el monarca más poderoso y justo del mundo entero era el Gran Rey de Mulvan, hemos venido hasta aquí a fin de implorar a Su Majestad
que nos conceda su ayuda para reconquistar mi legítimo trono.

Jorian aplaudió.

-¡Espléndido! Deberías haber sido actriz! -Se volvió hacia Karadur-. ¿Se te ocurre una manera mejor de congraciarnos con la arrogante corte de Trimandilam, para quien los vulgares extranjeros son poco menos que basura?

Karadur movió la cabeza tristemente.

-No sé... no sé. Cuando se te ocurren estas ideas extravagantes, hijo... ¿Y no descubrirán rápidamente la farsa?

-No lo creo. En Mulvan ni siquiera han oído hablar nunca de Algarth.

-Pero, ¿y tú?

-Ahora soy Jorian de Kortoli, su factótum. Como las chicas no hablan mulvani, necesitarán una constante ayuda por mi parte.

-¿Y si el rey Shaju te dice: "Muy bien, tendrás la ayuda que pides". ¿Entonces, qué?

-Haremos que las demandas de la reina sean tan exorbitantes que no corramos ese peligro. ¿Cómo podría Shaju enviar una flota y un ejército a Algarth, cuando Mulvan no tiene puertos en el Océano Oeste? Tendrían que cruzar el desierto de Fedirum o las Doce Ciudades o las estepas de Shven para llegar a ese mar, y entonces, ¿cómo podrían hacer llegar los barcos a Algarth? Eso es totalmente absurdo. Y una ligera y hábil exageración de los rigores del clima septentrional algarthiano disuadirá a cualquier mulvani que se sienta tentado a apoyar a las damas por motivos de caballería errante.

Karadur volvió a negar con la cabeza.

-Me parece que menosprecié tu talento de aventurero, hijo. Pero, ¿será prudente volver a utilizar tu nombre tan pronto?

-Creo que sí. Estaremos lo suficientemente lejos de Xylar como para que no circulen por ahí noticias de lo ocurrido. Y estoy cansado de que se dirijan a mí con otros nombres y de que yo no conteste, de tal manera que la gente cree que estoy sordo. Además, como mi nombre es muy corriente, "Jorian de Kortoli" podría ser cualquier otra persona. “Jorian de Ardamai" me delataría, porque Ardamai es sólo un pueblo.

-Bueno, que los dioses de Novaria y de Mulvan te ayuden.

El Bharma serpenteaba por el desfiladero de Pushkana al lado este de los Lograms, que aquí se habían quedado reducidos a una simple cadena de colinas cubiertas de bosque. Remontando con dificultad el río con las velas alzadas, el barco fluvial Jhimu era remolcado por grandes búfalos negros que le hacían girar por las sinuosas curvas del río al atravesar el desfiladero, ya que la corriente por esta parte era demasiado fuerte para que la vela pudiera por sí sola impulsar a la nave en sentido contrario. Las escarpadas laderas de color verde oscuro se elevaban hacia el cielo a cada lado, sin que hubiese señal alguna de vida animal excepto un hilo de humo azul procedente de un claro del bosque donde vivía algún leñador, o un buitre que flotaba en el cielo como una mota negra. Por la noche, en cambio, los pasajeros del Jhimu podían oír algunas veces el rugido de un tigre o el sonido de trompa de un elefante salvaje.

Pasados los meandros, el río fluía con más lentitud y, en comparación, ahora serpenteaba menos entre las pendientes escalonadas situadas al este y al oeste de las arboladas mesetas. Algunas veces se ensanchaba formando zonas pantanosas donde los hipopótamos flotaban a flor de agua, asomando tan sólo sus orejas, ojos y narices. Por las noches estos animales

salían a tierra en manada resoplando y gruñendo para pastar o asaltar las plantaciones de los campesinos mulvaníes.

De vez en cuando los caminos seguían al río. En estos caminos, había siempre viajeros mulvaníes, ya fuesen caminantes solitarios, o grupos de cincuenta a cien personas. Había santos, peregrinos religiosos, mercaderes cargados de animales, granjeros con cargamentos de productos, destacamentos de soldados tintineantes y viajeros de diversos tipos y clases sociales. Había gente que viajaba a pie, en asnos, en carruajes, en carretas de bueyes, a caballo, en camellos y en elefantes.

A cada legua aproximadamente, el Jhimu pasaba delante de un templo dedicado a uno de los múltiples dioses mulvanies. La estructura principal podía tener forma de cúpula, cilindro, cono, cubo, pirámide o de aguja acabada en punta; cada dios tenía su estilo arquitectónico predilecto. Todos ellos estaban adornados con tallas muy minuciosas. El estatuario erótico que recubría un templo de Laxara, diosa del amor y del odio, produjo tal vergüenza a Karadur cuando se acercaron a verlo durante una parada, que el viejo miraba siempre hacia otro lado. Jorian observó las tallas con las manos apoyadas en las caderas y sonriendo a través de su barba.

-¡Por las pelotas de bronce de Imbal! -gritó-. ¡No sabía que eso pudiera hacerse en tantas posturas!

Algunos templos estaban derruidos; otros seguían en activo. Por la noche, alrededor de estos templos, palpitaban las luces amarillas de los faroles, y hasta los viajeros llegaba el sonido de la música y de las canciones, algunas veces lentas y solemnes, otras rápidas y frenéticas.

A bordo del Jhimu, Karadur estudiaba un pergamino mágico que había conseguido en Janareth, mientras Jorian ayudaba a las muchachas a ensayar sus papeles. Al sexto día después de salir de Janareth, e lJhimu se acercó a la confluencia del Bharma y el Penerath. En la bifurcación se alzaba la enorme ciudad de Trimandilam sobre sus nueve colinas. La inmensa muralla era de basalto negro. Desde lo alto los viajeros pudieron ver las colinas, en cuyas cimas brillaban palacios y templos de mármol y alabastro, con tejas doradas que relucían al sol. Debajo de estos edificios se extendían miles de casas de adobe de color parduzco en las que vivía la gente corriente.

Cuando amarraron el barco, las chicas, riéndose excitadas, querían saltar a tierra. Pero Jorian les ordenó retroceder secamente.

-Las reinas y sus damas no se lanzan a una ciudad desconocida sin escolta -les dijo-. Esperaréis aquí hasta que consiga una escolta digna de vuestra posición.

Salió fuera, dejando al capitán del Jhimu discutiendo con un oficial de la ciudad y a las chicas mirando a la multitud de piel oscura que había en el puerto. A diferencia de Janareth,
la población de Trimandilam era bastante homogénea. La estatura de la gente era inferior a la de los novarios, y su piel más oscura, con el cabello negro ondulado o liso. La mayoría de ellos iban descalzos. El atuendo más común para ambos sexos era un faldón largo que la mayoría de los hombres recogían entre las piernas formando un holgado taparrabo. Tanto hombres como mujeres llevaban la parte superior del cuerpo totalmente descubierta. Quitando a los más pobres, todos se adornaban con enormes cantidades de joyas: collares de abalorios y perlas. pulseras, ajorcas en los tobillos, cintas, pendientes, anillos en los dedos, en la nariz y en los dedos de los pies.

Una hora después, Jorian regresó en un semental alto y huesudo de color marrón rojizo, a la cabeza de una escolta de lanceros con cascos acabados en punta y tintineante cota de malla. Tras ellos venían tres inmensos elefantes con las cabezas pintadas de vivos colores y sillas en el lomo. Sus jinetes iban envueltos en telas ribeteadas de oro.

Jorian bajó de un salto al suelo e hizo una reverencia delante de Mnevis. Cuando el oficial de la tropa desmontó más lentamente, Jorian dijo:

-Si place a Vuestra Majestad, os presentaré al valeroso capitán Yaushka, veterano de muchas batallas atroces. -Repitió la frase en mulvaní.

Durante un instante, el capitán y la reina se miraron mutuamente, enfrentando un arrogante recelo de un lado, y una autoconfianza real de otro. Ganó la autoconfianza real: el capitán se arrodilló sobre los bloques de granito del muelle y se agachó hasta que su frente tocó el pavimento. Mnevis se permitió mostrar una ligera sonrisa e hizo un leve movimiento de cabeza.

-Decid al valeroso capitán -dijo a Jorian- que si su valentía iguala su cortesía, el imperio nada tiene que temer.

Sonriendo, el capitán Yaushka se levantó y señaló a los cornacas. Estos, a su vez, golpearon a los elefantes en la cabeza con sus aguijadas. Los golpes sonaron a hueco, como cuando se golpea un tambor hecho con el tronco de un árbol. Los tres elefantes se arrodillaron y luego bajaron sus vientres y codos hasta al suelo. Un cornaca sacó una pequeña escalera, que apoyó uno de los costados del primer elefante. El capitán Yaushka ayudó a la reina a subir por la escalera hasta la silla. Las once damas de honor dejaron escapar unas cuantas risitas y gritos ante la pespectiva de montar en aquellas bestias, pero Jorian las regañó con tanta severidad que rápidamente se callaron.

Cuando cada elefante estuvo cargado con cuatro mujeres, los conductores hicieron una seña a las bestias para que se levantaran. El repentino tintinear de las sillas suscitó nuevos gritos. Jorian volvió a subir a su caballo de un salto, mientras un soldado ayudaba a Karadur a subir a un asno grande de color blanco. El capitán Yaushka hizo sonar una trompeta y la cabalgata partió.

Avanzaron tintineando por las interminables calles, estrechas y tortuosas, en las que extraños olores flotaban en el aire, los adornos de los elefantes raspaban las paredes de las casas cuando doblaban las esquinas y la gente se apresuraba a meterse en los portales y en las arcadas para dejarlos pasar. Pasaron por delante de mansiones y tugurios, templos y tiendas, mesones y emporios, chozas y casas de vecindad, tabernas y burdeles, todos ellos mezclados.

Finalmente, llegaron al pie de la colina en la que se alzaba el palacio real. Un muro rodeaba la parte inferior de la colina, y en él una inmensa puerta fortificada daba acceso al interior. A un lado de la puerta había un recinto en el que un molinillo hacía funcionar una bomba enorme. Un par de elefantes, situados a ambos lados de un palo de carga que giraba sobre un eje central, hacían girar el palo sin cesar, mientras los soportes chirriaban y la bomba crujía en su bastidor.

En la puerta, Jorian y su grupo fueron examinados e interrogados.

Luego les dejaron pasar mientras los centinelas tocaban el suelo con la frente en señal de saludo a la reina Mnevis. Los caballos, el asno y los elefantes avanzaron ruidosamente por

una larga y empinada avenida de quince pies de ancho, que había sido excavada en un acantilado que formaba ese lado de la colina. El acantilado había sido cavado hasta formar una rampa ascendente de piedra y luego se había quebrado su superficie mediante surcos transversales colocados a un dedo de distancia unos de otros, para proporcionar tracción a los pies de los hombres o a las pezuñas de los animales.

Al subir la avenida, la sólida piedra daba paso a una estructura construida de bloques de piedra bien encajados. La carretera llegaba hasta la muralla interior principal, hecha de piedra rojiza, que se elevaba en lo alto del acantilado a mano derecha según uno ascendía la rampa. A lo largo del lado exterior de la avenida, donde el acantilado desaparecía, una tubería de bronce, verdosa a causa del cardenillo y tan gruesa como la pierna de un hombre, pasaba por agujeros excavados en los bloques de piedra transportarldo el agua bombeada por el molinillo de elefantes hasta el palacio, y servia también de pasamanos.

La comitiva llegó a la puerta de la muralla, y de nuevo le dieron paso. En el interior, se encontraron con otra puerta. Así como la puerta exterior era una construcción militar enorme, con torres dotadas de aberturas para disparar las flechas, rastrillo, agujeros ocultos y otros elementos defensivos, la puerta interior era una edificación ornamental de piedra multicolor, con un enorme arco central flanqueado por dos pórticos más pequeños. Bajo el arco, a la izquierda, una plataforma elevada permitía a los jinetes montar y desmontar con facilidad. A la derecha, una plataforma más alta servia para que los jinetes de los elefantes bajaran y subieran de sus monturas sin utilizar una escalera.

Mientras el grupo se reunía a pie bajo el arco principal, un hombre de piel arrugada y marrón se acercó haciendo reverencias con las palmas de las manos unidas.

-¿Querría Vuestra Alteza dignarse a seguir a su humilde esclavo? -preguntó-. Soy Harichumbra, vuestro indigno consejero.

Siguieron a Harichumbra por una serie de salas y patios, hasta que Jorian se encontró irremediablemente desorientado. Siglos antes, un rey de Mulvan había ordenado que toda la cima de la colina se dedicase a la construcción de este palacio, que era por sí mismo tan grande como una ciudad. Se habían ido añadiendo salas y más salas hasta que toda la cima que quedaba dentro de la muralla superior había quedado dividida en patios cuadrados y rectangulares, cuyo tamaño oscilaba entre el de las salas de baile hasta el de las estancias que servían de plazas de armas.

Las salas que dividían estos patios eran edificios largos y estrechos, la mayoría de tres pisos de altura. Eran maravillas de la arquitectura mulvaní. En la mayor parte de los patios se habían esforzado por dotar de una unidad artística a los cuatro lados de la construcción de piedra. Por ello, algunos patios tenían las paredes de piedra blanca y roja; otros, blanca y negra; otros, blanca y azul; otros, blanca y verde; y otros, distintas combinaciones. Había arcos por doquier: sencillos arcos de medio punto ojivales, rebajados, apainelados, conopiales, de herradura y apuntados, combinados de todas la formas posibles. Estos coronaban portones monumentales y puertas y ventanas corrientes. Aquí y allá asomaban pequeños balcones de los pisos altos de las salas. Grandes aleros sobresalían de los tejados planos para porporcionar espacios sombreados a los patios y protegerlos así del abrasador sol tropical. En los tejados se elevaban cúpulas, chapiteles y belvederes.

Por todos lados la piedra aparecía enriquecida con esculturas de nácar y piedras de tonos contrastados, formando dibujos de flores, animales, héroes y dioses. Había frases, atribuidas a

antiguos reyes y hombres santos, esculpidas en hileras de piedra o incrustadas en metales brillantes y piedras semipreciosas. escritas con caracteres de la lengua mulvaní.

-Estos son vuestros aposentos -dijo Harichumbra, indicando una sala cuya tercera planta tenía la pared hecha de tabiques de mármol delicadamente labrado, de tal modo que quedaha abierta a la brisa pero oculta a los ojos de quienes estuvieran fuera.- Su Majestad ocupará la cámara principal que está al final de esta sala. Sus damas, estas habitaciones; los señores esta cámara... -Les mostró las comodidades del palacio-. Esta sala se llama el Cachorro de Tigre, por si os perdéis y tenéis dificultades para encontrar el camino de vuelta hasta aquí. Cuando hayáis descansado y os hayáis refrescado, volveré. Digamos, ¿dentro de una hora? ¿O dos? Será como deseéis. Ahora ordenaré a los criados que atiendan vuestros deseos.

Dio unas palmadas, y un grupo de mujeres y varios hombres aparecieron por la puerta del fondo de la sala. Harichumbra se fue haciendo una reverencia.

Pronto, Jorian y Karadur se encontraron sentados frente a frente en los extremos opuestos de un enorme barreño, mientras bonitas muchachas mulvaníes de piel oscura les enjabonaban la espalda. Karadur dijo en lengua novaria:

-Hasta ahora todo va bien, hijo. Has manejado muy bien a la escolta.

Jorian gruñó.

-Excepto que ese maldito caballo no tenía estribos, sólo un par de agarraderas en la parte delantera de la silla. Como no he montado a pelo desde que era un mozalbete en la granja de Connu, casi me caigo dos veces. Me dijeron amablemente que podría utilizar al animal durante mi estancia aquí, pero tengo que hacer que añadan estribos a la silla. Pero es un animal grande y fuerte. Creo que le llamaré "Oser", como mi maestro de escuela de Ardamai. Esas nudosas articulaciones y las pezuñas como platos me recuerdan al viejo. Camina toscamente, pero al menos tiene buena disposición. Dime: ¿Por qué los mulvaníes no utilizan estribos? En las Doce Ciudades hace siglos que los conocen.

-Los mulvaníes presumen de conservar las antiguas costumbres y de ignorar los utensilios con los que sueñan los bárbaros. ¿Te has fijado en el molinillo de elefantes que hay fuera del palacio?

-Claro que sí, y me ha parecido un aparato admirable.

-Bueno, pues lo instaló el abuelo del rey Shaju, el rey Sivroka, y ha sido motivo de controversia desde entonces. Siempre que surge el descontento contra el monarca reinante, aquellos que buscan sacar partido de esa situación claman: ¡Destruid ese infernal artefacto extranjero que priva a los porteadores de agua de su modo de ganarse la vida! Cuando el molinillo se estropee, no creo que sea reparado o reconstruido.

-Y luego los mulvaníes se extrañan de que su historia sea un desfile de invasiones y conquistas por parte de bárbaros sedientos de botín -dijo Jorian entre dientes-. Cuando yo era rey de Xylar, trataba de estar al día de las nuevas invenciones.

-¿Y de qué te sirvió, hijo? -preguntó suavemente Karadur. Jorian resopló. Karadur continuó-: Te aconsejo que te quites esa barba.

-¡Por Zevatas, ahora que empezaba a gustarme!

-Pero en Mulvan es el distintivo de todo santo asceta, anciano retirado o trabajador de clase baja, y tú no deseas hacerte pasar por ninguno de ellos.

Dos horas después, volvió el consejero. Jorian, bañado, afeitado y desprendiendo una dulce fragancia de unguentos y perfumes, escuchó a Harichumbra, que le dijo:

-Ahora, señor, mi primera tarea es instruiros en las normas que rigen las relaciones de la corte del Rey de Reyes. ¿A qué clase pertenecéis en vuestra tierra natal?

-A la baja nobleza. ¿Y bien?

-El modo en que uno saluda y conversa con los demás depende de su propio rango y el de su interlocutor. Dicho de otro modo: se debe utilizar una determinada forma de saludo con un igual, otra con un inferior, etc. Lo mismo asucede con la forma de hablar. La corte mulvaní tiene ocho grados de cortesía, dependiendo del estado relativo de los hablantes. Hay que conocerlos para no incurrir en una ofensa involuntaria, o al menos para no parecer un patán ignorante indigno de la clase a la que uno pertenece.

-Esto afecta muy especialmente a vuestra señoría, ya que las damas no parecen hablar ninguna de nuestras lenguas. Vos debéis, por tanto, actuar de intérprete, utilizando las formas de expresión que utilizarían ellas al dirigirse a los mulvaníes de distintas clases, desde el Rey de Reyes hasta los miembros de las clases más bajas que limpian nuestras letrinas.

-Como miembro de la baja nobleza de vuestro país, vuestra posición estará por debajo de nuestra nobleza pero por encima de la clase de los oficiales. Como es natural, debéis ser consciente de la importancia de las distinciones sociales en esta tierra bien organizada. El contacto corporal entre personas de clases muy distintas se permite sólo en el desempeño de un deber, como por ejemplo cuando un barbero le corta el pelo a un noble. De otro modo, la persona perteneciente a la clase más alta se contamina religiosamente y debe efectuar un ritual de purificación. La fraternización también está limitada, y el matrimonio mixto es totalmente detestable. Ahora, permitid que os dé las instrucciones pertinentes: Primero, cuando os acerquéis al Gran Rey -¡que ojalá reine para siempre!- la disparidad de vuestros rangos requiere que vos os mantengáis a una distancia de él de al menos nueve pasos, y que toquéis el suelo con la frente tres veces. A propósito, ese sombrero que llevábais al llegar resultaría inapropiado a causa del ala.

-Entonces iré sin sombrero. De todos modos, este clima es demasiado caluroso para sombreros.

-¡Oh, señor! -Harichumbra le miró asombrado-. ¡Eso sí que sería un acto indecoroso! El respeto al rey requiere que los hombres mantengan la cabeza cubierta en su presencia. ¿Y si os consiguiese un turbante?

-Yo no sé cómo enroscar esas malditas cosas, y me daría demasiado calor. ¿No hay algún pequeño gorro sin ala que pueda llevar?

Harichumbra reflexionó.

-¡Ah, ya lo tengo! Os conseguiré un gorro como el que llevan lo miembros de los Santos Danzantes, una secta religiosa extática. Eso satisfará vuestros requisitos.

-Y ahora la gramática. Cuando os dirijáis a Su Majestad, emplearéis, como es natural, la fórmula más cortés. Las frases en las que Su Majestad sea el sujeto o el objeto se expresan en la tercera persona del singular del modo subjuntivo... Cuando os aproximéis a un miembro de la familia directa del rey, o a un miembro del clero en calidad oficial, debéis deteneros a seis pasos de la persona y tocar el suelo con la frente una vez. Al dirigiros a estas personas, emplearéis la tercera persona del singular del modo indicativo con el tratamiento de "vos"... Cuando os acerquéis a un miembro de la nobleza mulvaní, debéis deteneros a tres pasos de la persona y hacer una reverencia de modo que vuestro cuerpo quede paralelo al suelo. Para hablar con tales personas, se emplea la tercera persona del singular del modo indicativo sin el tratamiento honorífico. El noble debe devolveros la reverencia, pero inclinando el cuerpo sólo la mitad de un ángulo recto hasta el suelo...

Antes de marcharse, Harichumbra informó a Jorian de que la reina Mnevis sería presentada al rey en una audiencia pública dos días después de su llegada; le dijo que para el día siguiente se estaba concertando una audiencia privada con el rey y sus consejeros, y que el décimo día estaban todos invitados a un baile en la corte.

-Los bárbaros -dijo Harichumbra-, algunas veces esperan que les inviten a festines, sin saber que entre nosotros los Elegidos de los Dioses, el comer se considera un acto indecoroso que ha de llevarse a cabo en privado, o, a lo más, con la familia cercana. Sin embargo, sí celebramos bailes, aunque nuestra danza es mucho más decorosa y decente que las de algunos países. Con este baile se celebra el cumpleaños número setecientos quince de la Princesa Serpiente.

-¿Asistirá la princesa?

-Creo que sí; es la única ocasión durante el año en que abandona sus habitaciones. Por cierto, ¿sois adicto a los licores fermentados?

Jorian lo miró:

-Me gusta el vino y la cerveza, pero de ningún modo diría que soy un adicto. Puedo pasarme sin ellos si es necesario. ¿Por qué?

-Los bárbaros tienen a menudo pasión por esas bebidas, que a los mulvaníes nos están prohibidas, salvo a los de la clase más baja, a quienes se permite alegrar la triste vida que llevan como castigo por algún pecado cometido en alguna reencarnación anterior. Si vos tenéis necesidad de esos venenos -Harichumbra se encogió ligeramente de hombros- y redactáis una petición al efecto diciendo que sois adicto a ellos y que si se os privase de los mismos podríais enloquecer y ser peligroso para la comunidad, puedo ordenar que os sirvan una ración regularmente.

-Pensaré en ello -dijo Jorian. Cuando Harichumbra se hubo marchado, preguntó a Karadur-: ¿Qué clase de hombre es este rey Shaju, como hombre, no como rey?

-Tu pregunta, hijo, no tiene mucho sentido, pues en Mulvan el papel de rey es tan absorbente que el hombre, como entidad diferenciada, tiene pocas oportunidades de emerger. Está ocupado desde la mañana hasta la noche, cuando no por los asuntos de estado y las audiencias, por las ceremonias religiosas, pues él debe complacer tanto a los millones de mulvaníes bajo su dominio como, al mismo tiempo, a los cientos de dioses que están allá arriba en el cielo, una tarea que desalienta al más duro.

Librodot

-¿Y qué tal es con las personas allegadas a él?

-No hay personas allegadas a él, no tiene amigos, como diríais vosotros. La formalidad de las costumbres de la corte rige todos los aspectos de su vida y le impide mantener amistades íntimas. Cuando hace acudir a su cama a alguna de sus esposas, ella debe realizar las mismas prosternaciones que hacemos el resto de nosotros en la sala del trono. Puede que, después de haber sembrado la semilla real y antes de dormirse, converse con la mujer rnás informalmente, pero eso ¿quién puede saberlo?

-En Xylar hacíamos mejor las cosas; al rey se le permitía ser medio humano. ¿Qué clase de hombre sería entonces Shaju si no fuese rey?

Karadur se encogió de hombros.

-¿Quién sabe? El oficio hace al hombre tanto como el hombre al oficio, y más aún si el oficio es tan abrumador como el del Gran Rey. Pero por lo que yo conozco del rey Shaju, sospecho que sería una persona mediocre, bienintencionada y no del todo inútil; uno de esos tipos que, si fuera tu vecino, describirías como "un buen tipo pero insulso". Por supuesto, también puede ser cruel y violento cuando las circunstancias lo requieren, y no tuvo reparos para matar a una veintena de hermanos en la línea de sucesión al trono. Si no lo hubiese hecho, es probable que alguno de ellos le hubiese asesinado, así que no estaría aquí para que nosotros le criticásemos. Pero tú ya sabes de eso.

La audiencia pública fue un interesante ejemplo de las costumbres cortesanas mulvaníes. Cada palabra y gesto había sido indicado de antemano por Harichumbra y ensayado por Jorian y sus mujeres. Las respuestas y gestos del Gran Rey eran igual de artificiales.

Shaju estaba sentado en un trono dorado al final de la larga sala, en la que el aire tenía un color azulado debido a los quemadores de incienso. Detrás de un biombo, los músicos tocaban diversos instrumentos de cuerda y viento.

Reprimiendo su deseo de toser a causa del fragante humo, Jorian y sus muchachas siguieron al ujier a lo largo de la sala. A la distancia convenida, Jorian y las once damas de honor se postraron, mientras la reina Mnevis, por su condición de soberana, simplemente hizo una reverencia. Mientras estaban en esta posición, se oyó un chirrido. Cuando Jorian, aún agachado levantó la vista, vio que el trono del rey Shaju se había elevado sobre un pilar hasta una braza por encima de su altura normal. Con un chirrido de ruedas dentadas, el trono volvió a descender a su altura anterior.

Este trono mostraba un aspecto sorprendente. El respaldo tenía la forma de una mariposa gigantesca, tan alta como un hombre. Las alas del insecto, hechas de una especie de malla de oro, resplandecían de joyas que formaban un dibujo parecido al de una mariposa monarca.

El rey Shaju era más alto que la mayoría de los mulvaníes, aunque Jorian le sacaba casi una cabeza. Era un hombre de mediana edad y algo gordo, con la barbilla afeitada y un largo y lacio bigote negro. Los cosméticos no lograba esconder cierta expresión de cansancio y agotamiento. Con una voz aguda e inexpresiva dijo:

-El Gran Rey accede graciosamente a recibir el homenaje que le rinde la encantadora reina de Algarth. Complace al Rey de Reyes comprobar que otros monarcas del mundo reconocen su primacía. Mi Majestad acepta el presente de Vuestra Majestad con agradecimiento y hace saber a Vuestra Majestad que no saldréis perdiendo con vuestra generosidad. -El rey dio la

vuelta al regalo (la mejor dc Ias copas de oro que había en la habitación del tesoro de Rennum Kezymar) y dijo-: Esto parece una obra mulvaní. -Lanzó una mirada interrogativa a Jorian, quien respondió:

-Por si complace a Vuestra Majestad saberlo, probablemente lo es. El comercio ha transportado productos inigualables de los artesanos mulvaníes hasta tierras muy remotas, incluso hasta la lejana Algarth.

-Ya veo. Bueno, en cuanto a la discusión de materias de estado, el Gran Rey recibirá a la encantadora reina en la habitación de audiencias privadas a la hora que fijen nuestros servidores. ¡Que los dioses de Mulvan y los de Algarth sonrían a la graciosa reina!

-¡Ahora retrocedamos! -le susurró Harichumbra.

La audiencia privada resultó más interesante. Además de los omnipresentes guardias, hubo sólo cinco personas: el rey Shaju, su ministro Ishvarnam, la reina Mnevis, Jorian y Harichumbra. Ishvarnam empezó a hablar, diciendo:

-Lord Jorian, uno ha oído rumores sobre un rey con vuestro mismo nombre, que reinaba en una de las ciudades novarias más lejanas. Se llama Zy... no. Xylar. ¿Tiene su señoría por casualidad alguna relación con ese monarca, que según dicen ha muerto, o ha sido asesinado, o ha huido del reino, o algo por el estilo? Las versiones se contradicen, y no tenemos fuentes seguras de información.

Mientras el corazón le latía con fuerza, Jorian contestó fríamente:

-Uno sospecha que son primos lejanos, excelencia. Uno nació en la ciudad de Kortoli, y cree en cambio que ese otro Jorian procedía del pueblo llamado Ardamai, a varias leguas de distancia de la capital. Uno de los antepasados de mi persona se trasladó desde Ardamai a Kortoli hace dos generaciones; pero si existe alguna relación llevaría tiempo determinarla.

-Uno agradece a su señoría esta información -dijo Ishvarnam-. Ahora vayamos al asunto...

Traduciendo las palabras de Mnevis, Jorian expuso su petición de que les fuera concedido un enorme ejército armado para reconquistar el Archipiélago de Algarth de manos de los filibusteros. En realidad, los piratas habían estado allí desde que hicieron su aparición en la historia novaria. Las Doce Ciudades no tenían noticias de que hubiese en aquellas islas una línea de soberanos legítimos. Sin embargo, tal como Jorian esperaba, los mulvaníes nunca habían oído hablar de Algarth, de modo que no estaban en disposición de contradecirle.

Cuando acabó de hablar, Ishvarnam y el rey intercambiaron susurros. Entonces el ministro dijo:

-Mi querido lordJorian, aunque a Su Majestad le gustaría mucho devolver a Su encantadora Majestad su legítimo trono, lo que ella propone está fuera del alcance de las posibilidades incluso de un reino tan poderoso como Mulvan. Con los piratas del Mar Interior, los ataques de los jinetes del desierto de Fedirun y las incursiones de los salvajes de las junglas ecuatoriales de Beraoti, nos cuesta ya bastante trabajo mantener el orden en nuestro reino. Uno teme que Su Majestad pide algo imposible.

Jorian y Mnevis pusieron en su cara una apropiada expresión de abatimiento. Ishvarnam dijo:

-El Gran Rey se encargará, sin embargo, de que Su Majestad no se vaya de aquí con las manos vacías. Además le proveerá de una escolta digna de su rango cuando regrese a Janareth. Desde allí puede dirigirse a otros lugares en los que las condiciones sean más favorables para prestaros auxilio. Por ejemplo, hemos oído que en Las Doce Ciudades hay muchos granujas, siempre dispuestos a tales aventuras.

-¿Cómo llegarán a Vindium, ahora que la navegación por el Mar Interior está suspendida durante el invierno? -preguntó Jorian.

-La escolta acompañará a Su Majestad y a sus servidores a Vindium por la ruta terrestre.

-Uno ha oído -sin duda de fuentes mal informadas- que esa ruta es peligrosa.

-La escolta será lo bastante grande como para superar tales contingencias cuando surjan.

-Ya ve uno. Sería prudente, en la modesta opinión de uno, que partieran de inmedato para atravesar los Logrames antes de que avance más el invierno.

-Podemos hacer que estén preparados para partir mañana, si ése es el deseo de Su encantadora Majestad -dijo Ishvarnam.

-Eso sería excelente. A uno le gustaría, sin embargo, implorar la indulgencia de Su Majestad el Rey para que le permitiera a uno prolongar su estancia en Trimandilam durante unos días después de la marcha de Su Majestad la Reina. A mi persona le gustaría ver algo más de la mundialmente famosa ciudad de Su Majestad y asistir al baile al que tan gentilmente le ha invitado. Como las damas de alta cuna y delicada educación no podrán viajar muy rápidamente, uno las alcanzará con facilidad.

Más susurros; después Ishvarnam dijo:

-Su Majestad el Rey accede graciosamente al ruego del noble lord Jorian, con la esperanza de que, al observar las costumbres y tradiciones de un reino verdaderamente civilizado, se verá movido a adoptar estos hábitos como suyos y a extender la sabiduría mulvaní entre las atrasadas gentes que habitan más allá de nuestros confines. Tenéis el permiso de Su graciosa Majestad para retiraros.

Las chicas partieron dos días después en literas tiradas por caballos, custodiadas por la reluciente caballería al mando del capitán Yaushka, el mismo que las había escoltado hasta el palacio a su llegada. Jorian había advertido a Mnevis sobre los peligros a los que tendría que enfrentrse:

-No desconfío del rey Shaju ni del capitán Yaushka, al menos en este asunto. El peligro llegará cuando entréis en Vindium. No podrás seguir con la farsa de que eres una reina, pero no debes descubrirlo demasiado repentinamente, no sea que Yaushka se entere y haga enviar la noticia a Trimandilam. Tendréis que contratar a hombres que se encarguen de vuestros efectos, guíen a los animales y os protejan de camino a vuestras casas. A menos que seáis hábiles y afortunadas al mismo tiempo, vuestros servidores pueden volverse contra vosotras, violaros, cortaros el pescuezo y marcharse con vuestro dinero. Antes de que contratéis a nadie, pedid referencias a patronos anteriores y guiaros por ellas. Por si acaso un antiguo propietario trata de capturaros, he hecho documentos de manumisión para las doce. Alguno podría preguntarse si yo he sido alguna vez vuestro legítimo propietario, pero a menos que vaya a Rennum Kezymar a interrogar a la gente de allí, no hay modo de invalidar estos

documentos. Si estás pensando seriamente en dedicarte al teatro, busca a mi amigo Merlois, hijo de Gaus, en Govannian. El me enseñó los trucos de actor que conozco. Aquí está el regalo del Rey Shaju a Su encantadora Majestad, y algo más de mi propio bolsillo. Divídelo en doce partes iguales, una para cada chica, y entrega a cada una su documento. No dejes que ninguna de ellas vaya enseñando este dinero por ahí, no sea que su brillo atraiga a los maleantes.

-Estaríamos mucho más seguras contigo -dijo Mnevis.

-Sin duda, y yo me sentiría mucho más tranquilo también. Pero es imposible, así que debéis hacer lo que podáis y confiar en los dioses. Ahora, ¡maldita sea, Mnevis, no llores! Ya te he contado por qué no puedo llevar conmigo a una esposa, ni a una concubina ni a una esclava.

-Pe-pero la p-pasada noche...

-No, no, la pasada noche no tuvo importancia. La diversión es la diversión, pero tengo a la vista asuntos muy peligrosos. Y ahora, vete, niña.

Cuando la muchacha se hubo marchado llorando, Karadur le preguntó:

-¿La pasada noche, hijo? Creía que caminabas con paso firme por el sendero de la virtud.

Jorian suspiró y se encogió de hombros.

-Me resistí tanto como pude; pero, ¿qué va a hacer un joven sano de mi edad cuando una hermosa criatura como ésa se desiiza en su cama sin que se lo pidan? Puede que yo no sea el peor de los hombres, pero tampoco soy un santo, un bailarin o algo por el estilo.

Mientras el día del baile se aproximaba, Jorian y Karadur planeaban el modo de acceder a la habitación de la Princesa Serpiente. Habían hecho discretas investigaciones aquí y allá, unas veces preguntando a Harichumbra, y otras a distintos miembros de la corte.

Averiguaron que la Princesa Serpiente, Yargali, vivía en una habitación situada justo encima del salón de baile, en una sala llamada la Serpiente Verde. Llevaba muchos siglos viviendo en la corte, y permanecía en su apartamento año tras año, salvo en ocasiones muy excepcionales como su próxima fiesta de cumpleaños. Su misión era custodiar el Kist de Avlen, que había sido traído a Trimandilam desde Vindium por el rey hechicero Avlen IV, en la época de la invasión shvénica. Los invasores de las estepas del norte habían derrotado
a los Tres Reinos de la Antigua Novaria siendo causa de la época sombría que precedió al nacimiento de las Doce Ciudades.

Huyendo de los invasores, el rey Avlen había traído consigo un cofre que contenía sus manuscritos mágicos más valiosos, con los que pensaba negociar con Ghish el Grande de Mulvan para que le ayudase a recuperar su reino. Ghish, un nómada de los desiertos de Fedirun, acababa de unir mediante conquista los estados sucesores que habían surgido de las ruinas del antiguo reinado de Tirao. Con su sentido práctico bárbaro, Ghish estranguló a Avlen con sus propias manos y puso el Kist a buen recaudo, para poder utilizarlo él cuando fuera necesario. No se permitió leer su contenido a nadie excepto al hechicero jefe de Mulvan. Unos cuantos siglos después, cuando Yargali llegó a la corte de Trimandilam, el rey Venu le encargó a ella la custodia del Kist.

Librodot

Dicen que varios nobles mulvaníes, empezando por el rey, visitaron a Yargali por la noche, con la supuesta intención de obtener de sus labios la sabiduría sobrenatural, aunque según algunos rumores ella les obsequiaba con favores más tangibles. No hay evidencias recientes de que se convierta en una serpiente y devore a sus visitantes, tal como cuentan hoy las historias de las Doce Ciudades.

De este modo, Jorian y Karadur maquinaban y hacían planes sin resultado. Jorian arrojó al suelo su gorro bordado de los Santos Danzantes con un grito de frustración, diciendo:

-¡Que la maldición de Zevatas, de Franda, de Heryx y de todos los demás dioses de las Doce Ciudades caigan sobre ti y tus compañeros brujos! Estoy dispuesto a salir y marcharme aVindium a pesar de todos los daños, dolores y pesadillas que puedas inflingirme. Si tu maldita princesa no se convierte en serpiente y me traga, la guardia de Shaju me llenará de flechas hasta que parezca un erizo. Sería de más utilidad si me dedicara a proteger a esas pobres chicas hasta que vuelvan a sus casas. ¿Por qué no podéis vosotros, estúpidos progresistas, componer vuestros propios encantamientos en lugar de copiar los de un antiguo hechicero, cuya magia evidentemente no fue tan poderosa como para mantener a los bárbaros apartados de su reino?

-Paz, hijo, paz. Sabes bien que no puedes abandonar la búsqueda, excepto a costa de tu vida. Yo te hubiese ayudado a escapar de Xylar sin exigir un precio a cambio, pero mis compañeros los Altruistas insistieron. Has de saber que en la época de la conquista de la Antigua Novaria se perdió gran parte de la sabiduría mágica, y esperamos recuperar parte de ella. Quizá algunos de los encantamientos de Avlen hayan sido redescubiertos en los siglos que siguieron a la caída de la Antigua Vindium; pero no lo sabremos hasta que comparemos los documentos originales con los de tiempos posteriores. -Suspiró-. Pero así están las cosas. Puede que ocurra algo durante el baile.

-¿Vas a asistir tú al baile?

-No pensaba hacerlo. Estoy leyendo manuscritos antiguos en la biblioteca real y pensaba pasar la noche ocupado en esto.

-Pero, ¿podrías asistir al baile?

-Claro; como miembro de la clase del clero puedo ir donde me plazca. Estoy por encima de cualquier laico de Mulvan, a excepción del rey.

-Entonces ven a esta fiesta. Pude que te necesite para que distraigas la atención del rey mientras yo entablo amistad con la princesa.

La Princesa Serpiente

Jorian, ataviado con una bonita capa nueva de raso rojo y con botones de piedras preciosas, siguió a Harichumbra por el laberinto de patios y salas hasta la Sala de la Serpiente Verde. Karadur le seguía con dificultad. Como Jorian era una persona noble y de mundo, se le permitió llevar su espada en Trimandilam, pero tuvo que depositarla en la entrada del salón de baile. Los mulvaníes no utilizaban cordones de seguridad. Jorian echó un vistazo a Randir, apoyada en la esquina del guardarropa. Era la única espada entre un montón de cimitarras. Llamaba aún más la atención por su sencillo guardamano de latón plateado entre las empuñaduras enjoyadas de los mulvaníes.

El salón de baile ocupaba casi toda la planta baja de la Sala de la Serpiente Verde. Tenía un suelo de mármol marrón pulido y ventanas alargadas, formadas por pequeños cristales emplomados de muchas formas, que se abrían a una terraza. La mayoría de las ventanas permanecían abiertas para que entrara el suave aire de la tarde, dejando pasar a montones de insectos que revoloteaban dando vueltas suicidas alrededor de las llamas de las numerosas lámparas yvelas. Una pareja de mulvaníes de clase baja se ocupaban de barrer con una escoba y un recogedor los cadáveres chamuscados que yacían en el mármol.

La terraza asomaba a un gran patio con forma de jardín hundido, donde las siluetas de los setos y los arbustos se perfilaban en la suave luz crepuscular y el agua de las fuentes repicaba. En la parte del salón que quedaba apartada del balcón había una alfombra enrollada.

Varios grupos de nobles mulvanies y sus mujeres se encontraban ya en el salón de baile, charlando, bebiendo zumos de fruta y mordisqueando dulces situados en una larga mesa situada a un lado. Los hombres estaban espléndidos envueltos en sedas y rasos, plumas y joyas. Los que procedían del este y del sur preferían los faldones, mientras que los del oeste y el norte cubrían sus piernas con amplios pantalones ajustados en los tobillos. Sus damas se mezclaban entre ellos haciendo tintinear sus brazaletes musicalmente cuando se movian. Las más jóvenes llevaban flores, estrellas, ojos y otras figuras pintadas en sus desnudos pechos.

Harichumbra presentó a Jorian a varios nobles, ante los cuales hizo grandes reverencias hasta sentirse mareado. Bebió zumo de frutas, deseando que hubiese algo más reconfortador, e intercambió algunas palabras con un joven mulvaní tan grande como él mismo. Este hombre, lord Chavero de Kolkai, llevaba unos pantalones de color azafrán vivo y un tocado de plumas de pavo en el turbante. Jorian dijo:

-El tiempo es delicioso en esta época del año en Trimandilam, creo yo, señor.

Chavero bostezó.

-No está mal, aunque vosotros los extranjeros siempre os quejáis del calor en verano. ¿Sóis de Novaria o de algún otro lugar bárbaro?

-Sí, aunque no nos consideramos tan bárbaros.

-Puede que no, pero, ¿cómo ibais a saberlo sin haber visitado Mulvan para establecer un modelo de comparación?

-Buena pregunta, pero yo podría preguntaros lo mismo.

El hombre se tiró de su largo bigote.

-Es evidente que, puesto que Mulvan es el centro y la fuente de la civilización, todos los demás lugares han de ser inferiores a ella en cultura. Pero vos, como bárbaro, no podéis entender esta lógica.

Jorian trató de contener sus ganas de responder con la misma moneda, pero la tentación fue más fuerte que él.

-Es interesante oíros hablar de ese modo, señor, pues en Kortoli tenemos un dicho según el cual el hombre más ignorante es aquel que cree saberlo todo.

Chavero se quedó desconcertado durante unos instantes. Luego su expresión de perplejidad se convirtió en furia mientras contestaba:

-Y nosotros tenemos otro dicho, buen hombre, según el cual al perro que ladra no le debe importar que lo apaleen. Esperemos que no sea necesario...

Sonó una trompeta que interrumpió sus palabras. Un eunuco golpeó fuertemente el enlosado con su baston y grito:

-¡El Gran Rey!

Shaju, resplandeciente de joyas, apareció en la puerta. Todos los mulvaníes, y también Jorian, se arrodillaron y tocaron el suelo con la frente tres veces. El rey dijo:

-Levantaos, amigos. Por lo que resta de velada, considerad cumplidas vuestras reverencias a Mi Majestad.

Karadur, que estaha destrás de Jorian, le susurró:

-Eso significa que podemos hablarle sin tener que prostrarnos antes. -El hechicero le tiró de la manga-. ¡Apártate de ese Kolkaian rápidamente, antes de que te enzarce en una pelea! Es un hombre peligroso. Está deseando ser el próximo amante de Yargali, y si supiese nuestras intenciones...

-Algunos también me consideran a mí un hombre peligroso -dijo Jorian entre dientes, pero se dejó llevar por Karadur entre la multitud. Preguntó al hechicero-: ¿No asisten las esposas de Su Majestad a estas celebraciones?

-Antes solían hacerlo, pero desde el inquietante asunto de lady Radmini y lord Valshaka, las mantiene encerradas, igual que estaban antes de la época del rey Sivroka. Las reinas están observando el espectáculo ocultas detrás de ese balcón. -Karadur señaló con la cabeza hacia una cobertura de mármol que había en la parte alta al final de la sala-. Y sin duda estarán deseando bajar y mezclarse con el resto de nosotros. Cuando...

Le interrumpió otra trompeta. Por el extremo contrario de la sala por el que había entrado el rey, un eunuco golpeó el mármol y gritó:

-¡Su Alteza Sobrenatural, la Princesa Serpiente Yargali!

Todo el mundo hizo una reverencia. En la puerta permanecía una mujer tan alta como el mismo Jorian -bastante más de 1,80 metros- y de un peso, le pareció a él, bastante superior. Su piel, descubierta hasta más abajo de la cintura según la costumbre mulvani, era casi negra, como la de los campesinos mulvaníes. Sus enormes joyas lanzaban destellos en su diadema y en sus pendientes; un collar de tres vueltas formado por perlas que iban aumentando hasta alcanzar el tamaño de manzanas silvestres colgaba entre sus enormes pechos.

Jorian nunca había visto un cuerpo tan voluptuoso; apenas podía creer lo que veían sus ojos. Aquellos pechos eran los más sorprendentes que había visto nunca. Eran más grandes que melones -de hecho tan grandes y redondos como las ubres de una vaca lechera- y sobresalían de su inmenso cuerpo sin aflojarse por ningún lado. Debajo de ellos, el cuerpo se curvaba marcando la cintura, la cual, aunque sería de un tamaño normal para una mujer pequeña, parecía increíblemente delgada para esta criatura. Luego el cuerpo se ensanchaba en unas amplias y pesadas caderas y un vientre ligeramente abultado. Una falda bordada de oro colgaba de sus caderas, justo encima de la ingle, hasta los tobillos, y en las hebillas de sus babuchas brillaban otras gemas. La cara que había debajo de la diadema era redonda y rellenita, como la de Estrildis, la esposa de Jorian, pero no gorda; de hecho, si uno pudiese ignorar su tamaño y apartar la mirada de su extraordinario desarrollo corporal, era una mujer muy guapa.

-¡Por la verga de hierro de Imbal! -resopló Jorian-. Con una pelvis como esa podría resistir a gigantes y héroes.

-¡Shsss! -dijo Karadur-. El baile está a punto de empezar. ¿Vas a participar?

-Parece que las damas tienen ya pareja, así que no sé cómo conseguir una. De todos modos, no estoy seguro de saber bien los pasos, a pesar de todas las enseñanzas de Harichumbra.

La orquesta empezó a tocar, y las parejas se alinearon para la gran marcha. El rey y la Princesa Serpiente encabezaban la marcha, el rey extendiendo un brazo de forma que las puntas de los dedos tocaban los de la princesa. La danza mulvaní no permitía ningún contacto corporal salvo el de las puntas de los dedos. Jorian se quedó junto a la mesa de los zumos con otras personas que tampoco bailaban. Karadur dijo:

-Te presentaré a lord Hirayaxa. Ha traído a sus dos esposas, y estoy seguro de que te permitirá bailar con una...

-No, no, no importa -dijo Jorian con repentina timidez-. Prefiero mirar.

La gran marcha finalizó, y un eunuco gritó:

-¡Tomad posiciones para el nnga!

Los varones se alinearon a un lado del salón de baile, y las mujeres a otro. Los músicos empezaron a tocar; el eunuco iba marcando las figuras. Todo el mundo avanzó tres pasos. Los hombres y mujeres se hicieron una reverencia mutuamente; retrocedieron dos pasos e hicieron otra; avanzaron tres, y otra. Formaron cuadrados y todos hicieron reverencias a todos.

Durante media hora continuó este baile al mismo paso lento y majestuoso, avanzando, retrocediendo y haciendo reverencias cuando el eunuco lo ordenaba. Comparado con las alegres danzas novarias, a Jorian le pareció un aburrido pasatiempo.

Cuando acabó la música y la danza terminó en un frenesí de reverencias, una asombrosa figura apareció por uno de los largos ventanales que daban al balcón. Era un hombre delgado y de piel oscura, completamente desnudo, y llevaba su enjuto cuerpo cubierto de ceniza. Su pelo descendía por la espalda en una maraña, la sucia barba caía en forma de cascada sobre su pecho, y los blancos globos de sus ojos daban vueltas sin cesar. Prorrumpió en una perorata en un dialecto que Jorian sólo pudo entender a medias.

Para sorpresa de Jorian, nadie se movió para acallar o retirar al hombre. Todo el mundo, empezando por el rey, parecía escuchar respetuosamente esta explosión de furia. El hombre desnudo gritaba, echaba espumarajos por la boca y apretaba los puños. Acusó a todos de ser unos viles pecadores por no respetar las costumbres de sus antepasados. Denunció la práctica pagana del baile; anatematizó el molino de elefantes y demandó su destrucción. Ordenó que todas las mujeres, y no sólo las del rey, fuesen encerradas en sus casas como lo estaban en los días que precedieron a las malvadas innovaciones del maldito rey Sivroka. Invocó a los verdaderos dioses para que su ira cayese sobre aquella congregación de pecadores de los sentidos. Luego desapareció adentrándose en la noche.

Jorian se volvió a Harichumbra. a quien acababa de ver, y le rogó:

-Explicadme, os lo ruego, maese Harichumbra: ¿cómo permite el rey semejante afrenta a su dignidad real?

-Oh, ése es un hombre santo. Puede hacer lo que le plazca. Pero venid, señor. La Princesa Yargali ha expresado su deseo de conoceros.

Jorian miró a Karadur y sacudió la cabeza ligeramente. Encontro al super-voluptuoso ser sobrenatural junto a la mesa de zumos con el rey a su lado.

-¡Majestad! –dijo Jorian con una reverencia-. ¡Su Alteza radiante! Esto es un placer inesperado.

-El placer también es mío -dijo Yargali, hablando mulvaní con un acento que siglos de estancia en Trimandilam no habían logrado borrar-. ¿Sois mulvaní, ¿no?

Karadur se materializó como uno de sus espiritus y entablo con el rey una discusión en voz baja sobre el estado de la magia organizada en el imperio mientras Jorian contestaba a la princesa:

-Sí, Alteza. Soy súbdito del rey de Kortoli, para ser exactos.

-¿Conocéis alguna de esas danzas novarias? Encuentro que las de tipo mulvaní son demasiado majestuosas para una persona activa como yo.

-Dejadme pensar. Uno solía bailar bastante bien nuestra danza campesina local, la volka.

-¡Oh, esa la conozco! Esa es la que se hace,: uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis-vuelta, ¿no?

-¿Así? –dijo Jorian, moviendo los dedos de su mano derecha sobre la palma de la izquierda.

-¡Oh, sí! En el reinado del rey Sirvasha, hubo aquí un embajador de Kortoli que me lo enseñó. ¿Querríais sacarme a bailar esta volka con vos, lord Jorian?

-Uno se pregunta si los músicos conocerán una música apropiada.

-Oh, podemos bailarla con cualquier melodía que sea rápida y suene alto, marcando el uno-dos, ¿no? Venga, vamos a decírselo.

Yargali atravesó el suelo de mármol en dirección a la orquesta. Jorian fue tras ella protestando sin mucho énfasis:

-¡Pero, Alteza! Uno está seguro de que los demás invitados del rey no sabrán...

-¡Oh, que se vayan a la próxima reencarnación! Esto será sólo para vos y para mí. Les demostraremos que los bárbaros bailan mejor que ellos. Los vamos a dejar en ridículo, ¿no?

Pronto, Jorian se encontró él solo en la pista de baile con la princesa, pues los demás invitados se habían apartado a los lados. Cada uno colocó su mano en el hombro del otro, y empezaron a bailar golpeando el suelo con los pies y dando vueltas marcando los pasos del volka. Y siguieron dando vueltas y más vueltas sin parar. Jorian, que había notado que las composiciones musicales mulvaníes podían durar muchos minutos, y hasta horas, temió que tendría que seguir bailando hasta el día siguiente.

Sin embargo, tras sólo un cuarto de hora, la orquesta dejó de tocar. Tanto Jorian como su pareja jadeaban y sudaban en abundancia. Los nobles y las damas chasquearon los dedos a modo de aplauso, mientras la pareja hacía reverencias en todas direcciones y Chavero fruncía el entrecejo y se tiraba de su largo bigote.

-Uno sugiere -dijoJorian-, que podríamos tomar un poco de ese ponche de frutas.

-Una idea excelente, lord Jorian. Y no es necesario que empleéis esa forma de hablar tan pomposa y afectada conmigo. Está muy bien para todos estos mulvaníes; pero mi gente, que ya era sabia cuando vuestros antepasados estaban sentados en una rama rascándose, no se preocupa de tales refinamientos. La vida ya es bastante complicada para que nosotros nos molestemos en complicarla más, ¿no?

Un grupo de dieciséis bailarinas profesionales, que no llevaban mas que un montón de collares y de brazaletes, habían salido a la pista y bailaban dando pequeños pasos lentamente y agitando rítmicamente los brazos y la cabeza. Jorian preguntó:

-Alteza: ¿Os gustaría salir a la terraza a tomar un poco el fresco?

-Encantada.

Cuando estuvieron fuera bajo las estrellas, Jorian dijo:

-El arranque de cólera del hombre santo no parece haber deslucido la fiesta.

-¡Oh, estos mulvaníes! Siempre están hablando de su pureza moral. Nada de vino, nada de carne, nada de fornicación, etc. Pero cuando uno los conoce bien, se da cuenta de que, a su manera, son tan pecadores como todo el mundo. Ahora volverán a sus casas sintiéndose muy virtuosos porque han dejado que el hombre santo les sermonease sin ofenderse, y seguirán haciendo exactamente las mismas cosas que han hecho siempre.

-En Kortoli tuvimos una vez un santo mulvaní como ése -dijo Jorian-. No hizo más que arruinar al reino antes de que se deshiciesen de él.

-¡Cuéntame más cosas sobre ese hombre santo!

-Con mucho gusto. Esto ocurrió hace tiempo, en el reinado del rey Filoman el Bienintencionado, padre de Fusinian, que fue un rey más famoso.

-El rey Filoman tenía sin duda los sentimientos más nobles y las mejores intenciones de todos los reyes que han gobernado Novaria. Tampoco era estúpido, pero, ¡dioses! No tenía una pizca de sentido común. Según una versión de la leyenda, esto era debido a la peculiaridad que tuvo lugar en el momento de su nacimiento. Según otra, durante la ceremonia de su nombramiento, el hada que debía darle el don del sentido común se enfureció al ver que otra hada llevaba un manto igual que el suyo, y se marchó enojada sin concederle el don. Por eso, Filoman creció con todas las virtudes -coraje, honestidad, diligencia, bondad, etc.- excepto el sentido común.

«Después de que el reino se arruinara como resultado del plan de pensiones ideado por el fantasma que Filoman había mantenido como ministro, fue cuando este hombre santo, Ajimbalin, llegó a Kortoli. El nuevo ministro de Filoman, Oinax, acababa de ser ascendido desde su simple puesto de secretario del Tesoro, y temía demasiado al rey para decirle algo que Filoman no deseara escuchar. De ese modo, Ajimbalin pronto se instaló cómodamente en el palacio, y continuamente daba consejos a Filoman por lo bajo.

«Y Filoman prestaba oídos de buena gana, pues se sentía culpable por el fracaso del plan de pensiones y por los problemas que esto había ocasionado, y más culpable aún por no conseguir que los kortolianos se hiciesen tan puros, rectos y virtuosos como él mismo.

"No es de extrañar", le dijo Ajimbalin, "con la cantidad de hábitos viles y pecaminosos que tenéis vos y vuestra gente".

"Yo creía que llevaba una vida razonablemente virtuosa", dijo Filoman. "Pero santo padre, quizás tú puedas convencerme de lo contrario."

"Para lograr vuestra salvación y la de vuestro pueblo", dijo el asceta, "debéis seguir el camino de la perfección moral por el que yo os guiaré. Dando buen ejemplo puede que todos vuestros súbditos os imiten. Y si el ejemplo y el precepto no sirven de nada, quizá tengamos que tomar

otras medidas más severas. En primer lugar debéis dejar de beber bebidas fermentadas, vuestro... ¡ugh!.. vino y... ¡ugh!... cerveza."

"Si te refieres a beber en exceso". dijo Filoman, "no creo ser culpable de eso. Nunca en mi vida me he emborrachado".

"No", respondió Ajimbalin, "me refiero a que tenéis que abandonarlas del todo".

-Así que pronto sometió a toda la corte a régimen de zumo de frutas, como el ponche que hemos estado bebiendo. ¿Puedo traeros otro?

-No; por favor, continuad vuestra historia.

«Ajimbalin quiso entonces extender esta prohibición a todos los kortolianos, pero Oinax se opuso argumentando que el reino necesitaba ingresar impuestos después de los recientes desastres, así que la prohibición general del vino y la cerveza se aplazó para más adelante.

«Entonces Ajimbalin dijo al rey:

"Debéis abandonar esa repugnante costumbre de comer la carne de animales asesinados. Muestra una falta de respeto por la vida. ¿Cómo sabéis si la vaca o el cerdo que os traen vuestros sirvientes a la mesa no son una encarnación de alguno de vuestros antepasados?"

Así que el rey y su corte se pusieron a dieta de cereales y verduras, igual a la que yo he estado sometido durante mi estancia aquí.

«Entonces el hombre santo dijo:

"Ahora hijo, debéis abandonar ese vil placer sensual de penetrar en vuestra esposa. Puesto que el deseo es la fuente de todas las desdichas, podréis alcanzar la felicidad y escapar de la tristeza simplemente extinguiendo el deseo y renunciando a todas las ataduras que os unen a las personas y a las cosas terrenales."

"¡Pero no es mi propia felicidad lo que más me preocupa, sino el bienestar de mis súbditos!", protestó Filoman.

"Pues con más razón", dijo Ajimbalin. “Si seguís mis normas de vida, no sólo lograréis un estado de dicha indescriptible, sino que conseguiréis tal fuerza y sabiduría que resolveréis fácilmente los problemas del reino. Seréis capaz de derribar las murallas de una ciudad o de levantar a un elefante. Conoceréis los secretos de los cuarenta y nueve cielos de los dioses mulvaníes y de los cuarenta y nueve infiernos de los demonios. No volveréis a necesitar un ejército, pues seréis capaz de derrotar a cualquier enemigo con una sola mano. Pero no podéis tener estas cosas y al mismo tiempo mezclar vuestra vil carne con la de una mujer.”

"Pero", replicó Filoman, "si todos mis súbditos dejan de tener relaciones conyugales, pronto no habrá absolutamente nadie en Kortoli".

"Tanto mejor", respondió el sabio. "Si dejase de nacer gente en esta esfera, entonces todas las almas, por fuerza, serían promocionadas a la siguiente, en lugar de volver una y otra vez a este valle de sufrimiento y desdichas. Por eso, vos y la reina, a fin de dar ejemplo, debéis vivir como hermano y hermana a partir de ahora".

«Filoman accedió. Pero la reina, no aceptó este plan de buen grado. Antes de un año se había escapado con un capitán de Salimor, que llegó a ser un pirata famoso. Dejó en el palacio a su hijo pequeño, que más tarde sería el célebre rey Fusinian.

«Luego, Ajimbalin hizo que Filoman dejase de llevar sus bellas ropas y se pusiera un trozo de tela de saco prendido con alfileres alrededor de su cuerpo, tal como el mismo Ajimbalin acostumbraba a hacer. Le obligó a dormir sobre el suelo en el patio del palacio y pasar todas la horas de vigilia memorizando los preceptos morales de Ajimbalin. La idea que Filoman había tenido de la diversión desenfrenada era quedarse hasta medianoche en compañía de algún amigote con un tablero de damas y una jarra de cerveza. Pero incluso estos sencillos placeres le fueron negados.

«Por extraño que parezca, este régimen no produjo en el rey Filoman el estado de dicha perfecta que Ajimbalin le había prometido. Sólo le hizo más desdichado que nunca. Echaba de menos a su esposa -a pesar de todo lo que ella le había molestado- y añoraba a su hijo, a quien había enviado a la corte del Gran Duque de Othomae para que fuese paje. Echaba en falta a sus amigotes, y la caza y la pesca, y el baile, y la buena comida y bebida de las que disfrutaba antes. En lugar de la fuerza y la sabiduría prometidas, se encontraba débil de cuerpo y descocertado de espíritu. Con lágrimas en los ojos, le dijo a Ajimbalin que debía de ser un pecador irremediable, porque la vida de la virtud perfecta no le había dado la felicidad, sino todo lo contrario.

"Entonces, hijo", dijo el hombre santo, "veo que ahora ya estás preparado para el último y más drástico paso. Primero firmaréis un documento de abdicación, nombrándome a mí rey en vuestro lugar".

«Esto sorprendió a Filoman, y lo discutió. Pero Ajimbalin pronto le hizo cambiar de opinión, pues el hombre santo había conseguido dominar a Filoman hasta tal punto que el rey ya no tenía voluntad propia. Y Filoman redactó el documento.

"Ahora", dijo Ajimbalin, "rezaréis una oración al verdadero dios de Mulvan y os quitaréis la vida. Sólo así lograréis el bienestar de vuestra gente y terminaréis con vuestra aflicción pues carecéis de temple para imponer a Kortoli las reformas que requiere su salvación. Por eso, los dioses me han elegido a mí como su humilde instrumento para efectuar estas mejoras. Aquí tenéis una daga de vuestra sala de armas; una rápida puñalada, y se acabó todo".

«Filoman tomó la daga, la miró indeciso, y palpó la punta con su pulgar. Entonces se pinchó un poco el pecho y dijo "¡Ahh!” y arrojó el arma al suelo, pues no tuvo suficiente coraje como para clavárselo del todo. Ni tampoco tuvo valor para beberse el veneno que Ajimbalin le ofreció astutamente. Prorrumpió en sollozos y en lágrimas; y en verdad daba lástima verlo, demacrado por el hambre, vestido con harapos y cubierto de llagas y de suciedad debido a la vida ascética que había llevado guiado por los consejos espirituales de Ajimbalin.

"Traeré a Oinax para que me mate", dijo. Y llamaron al ministro, y sacaron de la sala de armas una espada que el rey Filoman había llevado años antes.

«Filoman explicó el plan a Oinax, quien se postró de rodillas y suplicó al rey que reconsiderase su decisión. Pero Filoman, quien ahora veía en la muerte un alivio a su miseria, se mantuvo firme.

"Me arrodillaré aquí", dijo y cuando diga: " ¡ahora!" me cortarás la cabeza. Será tu último acto de obediencia como súbdito leal, y lo único que te pido es que el golpe sea raudo y certero. A partir de entonces trasladarás tu lealtad al futuro rey, el santo padre Ajimbalin".

El rey Filoman se arrodilló y agachó la cabeza, y Oinax, temblando de miedo y horror, tomó la espada. Como era un hombre pequeño, tuvo que agarrarla con las dos manos. Se preparó, hizo una prueba cortando el aire y miró a Ajimbalin. El hombre santo estaba en cuclillas cerca de ellos, mirando al rey con un extraño brillo en sus ojos mientras un hilo de saliva le caía de la boca. Si esto era debido a alguna forma de éxtasis sagrado, o si se debía simplemente al deseo mundano de poder que ahora veía casi en su puño, nunca se supo, pues Oinax giró repentinamente sobre sus talones y asestó una estocada con todas sus fuerzas sobre el cuello de Ajimbalin, cuya cabeza salió rodando y dando botes por el suelo como una pelota de fútbol.

«Horrorizado, Filomán trató de arrebatar la espada a Oinax, pero se encontraba tan débil a causa de su austeridad que el ministro lo evitó fácilmente. Entonces el rey comenzó a llorar como un loco. Y cuando terminó pareció volver en sí.

"¿Cómo van las cosas en el reino, maese Oinax?", le preguntó. "Hace meses que no sé nada de esto".

"En algunos aspectos, bien; en otros, no tan bien", contestó el ministro. "Los leopardos, por no haber sido cazados, se han vuelto tan intrépidos que atrapan a los niños por las calles de los pueblos. Tenemos que subir los impuestos a las importaciones de lujo procedentes de Mulvan, y necesitamos un nuevo embalse en el río Phodon. He hecho cuanto he podido, pero hay muchas cosas que han tenido que esperar necesariamente a que Vuestra Majestad volviese de su... eh... búsqueda de perfección espiritual. Y ruego a Vuestra Majestad que haga volver a su hijo de Othomae, donde, según he oído, se mezcla con multitud de jóvenes salvajes y es probable que adquiera costumbres disolutas.

«De ese modo, enterraron a Ajimbalin y trataron de fingir que nunca había existido. Y Filoman volvió a su antiguo modo de vida, y Kortoli, a su estado normal.

-Consiguió el rey Filoman que volviera su esposa?

-No. Ella prefirió ser la amante de un rey pirata. Decía que Filoman, aunque era buena persona a su manera, la aburría, y que para variar quería emociones.

-¿Aprendió el rey a tener sentido común después de sus tribulaciones?

-Oh, no. Eso no lo aprendió nunca. Afortunadamente para Kortoli, pocos años después se cayó de su caballo durante una cacería y se rompió el cuello. Le sucedió Fusinian, que resultó ser muy distinto a él.

Yargalí dijo a Jorian:

-Contáis unas historias fascinantes, lord Jorian. ¿Sabéis alguna más?

-Muchas más. Pero... -Jorian miró a través de las alargadas ventanas hacia el interior del salón de baile-. Temo que sería desconsiderado con nuestro anfitrión el rey si os retuviese aquí el resto del baile. Quizá pudiera veros mas tarde.

Yargali señaló a las ventanas del piso superior de la Sala de la Serpiente Verde, donde la luz de las lámparas brillaba a través de los cristales en forma de rombo.

-Aquella es mi habitación, y sería un placer recibiros allí. Pero temo que eso es imposible.

-¿Por qué razón?

-¿Cómo podríais llegar hasta allí? Todas las puertas y ventanas que conducen a esta sala se cerrarán después del baile, y se apostarán guardias armados en las puertas.

-Suponed que yo pudiese volar y apareciera ante vuestra ventana después del baile. ¿Me admitiríais?

-Si vinieseis con más historias como esa, sí. Pero no creo que pudierais hacerlo. No tenéis alas, y la pared no tiene ningún saliente por el que trepar. Tendríais que subir por una piedra lisa como si fueseis una mosca, ¿no?

-Dejádmelo a mí, Alteza. Ahora quizá sea mejor...

-Un momento, maese Jorian -dijo una voz al tiempo que Jorian notaba que alguien le agarraba del brazo sin mucha delicadeza. Era lord Chavero, el desagradable Mulvaní-. Tengo que algo que discutir con vos.

Jorian retiró su brazo.

-Creo que quienes me tratan con cortesía me llaman lord Jorian.

-Esa es una de las cosas de las que quiero hablaros. Pero éste no es el lugar apropiado. ¿Nos excusáis, princesa? ¿Tenéis la bondad de bajar esta escalera hasta el jardín, maese Jorian?

Bajaron los escalones de mármol que había al final de la terraza y llegaron al jardín, que estaba a unos seis codos por debajo del nivel de la terraza. Entonces lord Chavero miró a Jorian. Aunque no había luna -pues estaban a finales del mes del lobo- salía suficiente luz del salón de baile como para que ambos se viesen claramente.

-¿Y bien? -dijo Jorian.

-Maese Jorian -comenzó Chavero-. Este baile debía celebrarse para los miembros de la verdadera nobleza, es decir, la nobleza de Mulvan, no los supuestos "nobles" de los advenedizos reinos bárbaros, que para nosotros los de genuino linaje no son más que basura. Estuvimos dispuestos a aguantaros mientras os necesitamos como intérprete de la reina Mnevis. Pero ahora la situación ha cambiado. Puesto que vuestra presencia aquí es una ofensa para los que somos de sangre superior, se os pide que abandonéis el edificio de inmediato.

-Un buen discurso -dijo Jorian-. Pero como ha sido Su Majestad en persona quien me ha invitado, y puesto que Su Majestad -que ojalá reine para siempre- no retiró su invitación tras la marcha de la reina, no tengo intención de satisfacer vuestro deseo. ¿Qué pensáis hacer al respecto?

-Por última vez, perro, ¡fuera!

-¡Sacadme!

-¡Lo haré! -Chavero se agachó y buscó algo a tientas detrás de un arbusto. Se levantó con una cimitarra desenvainada en la mano. Avanzó hacia Jorian amenazante y con el sable preparado para atacarle.

Como Jorian no tenía ni espada, ni capa, ni daga con la que defenderse, retrocedió. Cuando Chavero se avalanzó contra él, Jorian dio la vuelta a una fuente. Durante unos cuantos minutos estuvieron avanzando y retrocediendo con la fuente en medio, dando vueltas unas veces en el sentido de las manecillas de reloj, y otras en el sentido contrario. Aunque el mulvaní era un hombre grande y fuerte, tenía las piernas más cortas y la tripa más grande que Jorian, de modo que este último conseguía mantener la fuente entre él y su enemigo.

Entonces oyó que alguien le llamaba en voz baja desde el balcón:

-¡Lord Jorian, tomad!

Echando una rápida mirada vio que Yargali, apoyada sobre la barandilla de mármol, le tendía su espada. Se apartó de la fuente, corrió al pie de la terraza y atrapó a Randir por el puño cuando ella la dejó caer.

Se dio la vuelta para enfrentarse a Chavero que arremetía contra él. Hicieron chocar el acero de sus hojas. Estas chascaban y desprendían chispas. Jorian consiguió rechazar fácilmente el continuo y feroz ataque del mulvaní hasta que la falta de aliento obligó al otro a disminuir la velocidad. Entonces asestó un revés, le dio la vuelta y dirigió un tajo diagonalmente hacia abajo y a la izquierda, de modo que la punta de su hoja le rajó el fajín que sostenían sus pantalones de color azafran.

Luego Jorian dio un salto atrás. Chavero comenzó a avanzar rápidamente; pero ocurrió lo que Jorian esperaba: desprovistos de su sostén, los pantalones de Chavero cayeron por su propio peso, y este se dio de bruces contra el césped justo a los pies de Jorian.

Jorian pisó con el pie la espada de Chavero.

-Ahora, señor -dijo suavemente-, creo que voy a grabar mi nombre en vuestro bello culito marrón que lleváis al aire...

-¡Cerdo! -gritó Chavero, soltando la espada y tratando de levantarse. Se agarró los pantalones que estaban a la altura de sus tobillos y al mismo tiempo trató de retroceder para
colocarse fuera del alcance de la espada de.Jorian. Pero se tropezó y cayó en la fuente. Salió del agua, resoplando y tosiendo, y se situó al lado opuesto de Jorian.

Jorian rodeó rápidamente la fuente y alcanzó a Chavero mientras este último, ahora sin pantalones, echaba a correr. Jorian asestó un golpe con la superficie de la hoja en las nalgas mulvaníes. Gritando maldiciones y pidiendo ayuda a voces, Chavero siguió corriendo por los senderos del jardín con Jorian detrás dándole otro golpe de vez en cuando.

Jorian se estaba divirtiendo tanto que no se dio cuenta de que el ruido había atraído la atención de otras personas. De pronto vio luz y movimiento en la terraza. Entonces oyó la voz del rey que vociferaba furioso:

-¡Alto inmediatamente!

Jorian y Chavero se detuvieron uno al lado del otro y miraron hacia la terraza. Desde allí los contemplaba el rey, rodeado de toda la emplumada y enjoyada nobleza del reino. Chavero tiraba de la parte inferior de su camisa para taparse sus verguenzas. Shaju señaló a Chavero y gruñó:

-¡Explicaos!

-¡Este bárbaro b--bestia... (tosió)... ha mancillado seriamente mi honor, señor, y ha tratado de m-m-m...

Chavero rompió a toser violentamente, tartamudeando y graznando de forma incoherente. Entre su furia y el agua que se le había metido en los pulmones, no podía hablar con claridad. Un murmullo de indignación ante el bárbaro extranjero recorrió la zona de los nobles.

Mientras Chavero seguía balbuceando, el rey señaló a Jorian.

-¡Habla tú, entonces!

Jorian hizo la mejor de sus reverencias.

-Majestad: puesto que todo lo que uno diga podría interpretarse como algo dicho en interés propio, os ruego que preguntéis a la Princesa Yargali cómo ha sucedido este desdichado suceso. Ella ha sido testigo de todo el incidente y podrá of recer a Su Majestad una versión objetiva de los hechos.

-¿Y bien? -dijo el rey, volviéndose a Yargali. que contó lo que había sucedido realmente. Explicó que, cuando vio que Chavero amenazaba a Jorian con una cimitarra. que evidentemente había escondido con anterioridad entre los arbustos, se dio cuenta de que no le daría tiempo explicarle al rey ni a los oficiales lo que estaba ocurriendo si quería salvar el cuello de Jorian, así que había ido directamente al guardarropa y allí había cogido la espada de Jorian.

El rey torció el gesto, y luego comenzó a reírse a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás y meciéndose sobre sus taIones. Por una vez parecía casi humano. Todos los nobles se rieron más todavía, pues sabían que un chiste del rey era siempre diez veces más gracioso que el mismo chiste contado por otra persona. El rey Shaju dijo algo al ministro Ishvarnam, se dio la vuelta y volvió a entrar en la sala de baile. Ishvarnam se apoyó sobre la balustrada de mármol y dijo:

-¡Lord Chavero! Su Majestad me manda deciros que habéis incurrido en su augusto desagrado por vuestra desconsiderada conducta. Volveréis de inmediato a vuestra hacienda de Kolkai y permaneceréis allí hasta nueva orden. Lord Jorian, tenéis el perdón de Su Majestad por cualquier incumplimiento de la etiqueta que hayáis podido cometer al defenderos contra lord Chavero, y Su Majestad ordena que permanezcáis en el baile todo el tiempo que deseéis y que olvidéis el incidente de esta noche.

Chavero lanzó una última mirada de desprecio a Jorian. Dijo entre dientes:

-¡Os arrepentiréis de esta insolencia, perro! -y se marchó majestuosamente por el oscuro jardín.

Jorian se unió a Karadur en la terraza. Este dijo en novario.

-Menos mal, hijo, que no has matado a ese bellaco. Si lo hubieras hecho, ni siquiera la historia de Yargali te hubiera librado del castigo.

-Eso mismo pensé mientras él me estaba persiguiendo alrededor de la fuente. Por eso, en cuanto tuve una oportunidad de ponerlo en ridículo sin matarlo, aproveché lo que los dioses me of recían. ¡Pero, por las barbas de bronce de Zevatas, qué miedo he pasado!

-¡Hijo mío! -dijo Karadur con un tono suave de reprobación-. Si uno representa el papel de un noble, no debe ir por ahí contando a todo el mundo lo asustado que ha estado en tal o cual circunstancia. Yo sé que tienes más valor en uno de tus dedos que la mayoría de esos petimetres en todo su cuerpo, pero estropeas la impresión que produces con esa cantinela de tu timidez. ¡Déjalo ya!

-Es simplemente la verdad, ¿y no decís que los hombres tienen que decir simplemente la verdad?

-Puede ser, pero en este caso debemos hacer una excepción. He conocido a hombres de muchas clases, y creo que los nobles tienen tanto miedo como los demás. La diferencia estriba en que su sentido del honor les prohíbe admitir su miedo.

-Pero yo no soy un noble, sólo soy...

-¡Chsss! Mientras representas ese papel, debes seguir sus costumbres, por muy tontas que te parezcan. Pero ahora debemos tener cuidado de la venganza de lord Chavero. Los demás nobles puede que estén a tu favor, pues ese Chavero estaba mal considerado debido a su naturaleza pendenciera y autoritaria. Pero todavia puede contratar a un envenenador para que eche en tu sopa algo que no es precisamente el elixir de la vida.

-Espero que podamos marcharnos antes del amanecer. ¿Tienes la cuerda mágica?

-Sí, en nuestras habitaciones.

-Bien, tráela aquí a medianoche. ¿Podrías entrar a este jardín sin pasar por delante de los centinelas que vigilan la Sala de la Serpiente Verde?

-Eso sería fácil; la puerta de la sala de enfrente no está vigilada.

-Pues debes estar aquí con la cuerda. Cuando yo haya entrado en la guarida de Yargali, ve rápidamente a los establos y saca nuestras monturas. ¿Estarán todavia abiertas las puertas de la ciudad?

-Por suerte, sí, pues hoy es un día de fiesta.

-Bien, saca a los animales fuera de la muralla de la ciudad y átalos en algíin lugar seguro.

-¿Por qué puerta?

-Déjame pensar... la Este.

-¿Por qué no la Norte o la Oeste? Vamos a volver a Vindium, espero.

-¡Tonto! -explotó Jorian-. Esa es la primera dirección por la que nos buscarán. Vamos a subir a Pennerath hasta el primer vado o puente, y luego iremos hacia el este en dirección a Komilakh. Después al norte atravesando los Colmillos de Halgir hasta Shven, y otra vez hacia el oeste hasta las Doce Ciudades.

-¿Quieres decir que viajaremos rodeando el Mar Interior? ¡Un viaje espantoso! No llegaremos a Metouro a tiempo para la reunión.

-Con suerte, llegaremos; he estudiado los mapas. Si nos atrapan los elefantes del rey Shaju, no llegaremos allí nunca.

-Pero Shaju tiene elefantes que han sido entrenados como perseguidores, igual que en otras tierras emplean perros de caza. De todas las bestias, el elefante es la que tiene el sentido del olfato más desarrollado.

-Bueno, tendremos que arriesgarnos. Cuando los animales estén seguros, recoge nuestras cosas y espérame en la Puerta Interior del palacio.

-¿Y por qué no fuera de la ciudad? Debemos evitar un largo interrogatorio en las puertas.

-No conozco esta maldita y monstruosa ciudad y me perdería si no te llevo a ti de guía.

-Entonces reunámonos fuera de la puerta exterior del palacio, y así evitamos por lo menos dos inspecciones. Utiliza la cuerda para pasar por encima de las murallas.

-Muy bien, si te paran, diles que estamos en misión secreta por encargo de Ishvarnam, o cualquier otra cosa que te parezca que se puedan creer. Ahora voy a fraternizar con lo más bello y caballeroso de Mulvan.

Al entrar, Jorian comprobó que la predicción de Karadur era acertada. Los nobles se arremolinaron a su alrededor, le of recieron copas de jugo de frutas, y le dijeron que para ser un bárbaro era verdaderamente un hombre de talento. Uno le dijo que Jorian le había hecho a Chavero lo que muchos otros miembros de la corte habían deseado hacer desde hacía mucho tiempo.

Mientras bebía sorbos de ponche de frutas.Jorian pensaba que en un baile novario probablemente hubiera bebido hasta marearse para celebrar su triunfo y por tanto no estaría en condiciones de lanzarse a la desesperada aventura que tenía por delante. Incluso el ascetismo mulvaní, concluyó, tenía sus ventajas.

A medianoche la princesa Yargali oyó un gopecito en el cristal de la ventana de su dormitorio. Abrió la ventana y vio a Jorian colgado con una mano de una cuerda vertical que tenía enrollada entre las piernas, mientras que con la otra llamaba a la ventana. Mientras le ayudaba a subir al alféizar y le conducía a la sala de estar que había al lado, le preguntó:
-Y bien, señor, ¿dónde habéis sujetado el extremo superior de la cuerda, que tan firmemente os sostenia?

-Está sujeta en el otro mundo, Alteza. Yo mismo no entiendo muy bien cómo, aunque un mago podría sin duda explicároslo. ¿Qué tenéis aquí? -Cogió un cántaro y lo olió-. ¡No me digáis que esto es vino de verdad, en este desierto de austeridad!

-Así es. -Retiró la tapa de un par de platos dorados, descubriendo unos filetes-. Y esto es carne de verdad.

-¡Por todos los dioses y demonios de Mulvan! ¿Cómo lo habéis conseguido?

Ella encogió sus enormes hombros, haciendo templar sus grandes globos.

-Es parte del acuerdo entre el Gran Rey y yo. Yo custodio su maldito Kist, y ellos me proporcionan toda la carne y bebida que deseo. Yo no tardaría en consumirme con esta dieta mulvani, que puede que esté bien para los conejos, pero no para mí. Ahora sentaos y devorarla antes de que se enfríe.

Jorian así lo hizo. Entre hambrientos mordiscos le preguntó:

-¿Cómo llegasteis a ese acuerdo, princesa?

-Sabed que mi gente son una antigua raza que habita en las lejanas junglas de Beraoti. Pero, aunque viven más que vuestro pueblo, tienen menos descendencia. Por eso su número ha disminuido durante los últimos diez mil años, hasta quedar reducidos a un puñado. Como resultado de una batalla -en cuya naturleza no voy a entrar- yo fui expulsada de su grupo, y llegué a Trimandilam fatigada y con los pies doloridos durante el reinado del rey Venu, o Venu el Aprensivo como le llamaban. El rey Venu me brindó su hospitalidad, pero después de un tiempo comenzó a preocuparle el hecho de que yo comiese tres veces más que él y que sus súbditos mejor alimentados, y más aún le preocupaba lo de la carne prohibida. Tal como indica su apodo, era una de esas pesonas que no están contentas a menos que algún peligro se cierna sobre ellos y les haga desgraciados. Me entendéis, ¿no? Siempre estaba procupado. También le preocupaba el Kist de Avlen, puesto que se habían producido dos intentos de robo, uno a hurtadillas, y otro sobornando a los que lo vigilaban. El último intento hubiera tenido éxito de no ser porque a uno de los sobornados le dio cargo de conciencia y traicionó la conspiración. Por ello, a él lo ascendieron a capitán mientras que los otros fueron aplastados por los elefantes del rey, probabilidad que su conciencia tan sensible sin duda había ya previsto. Entonces al rey Venu se le ocurrió la idea de matar dos pájaros de un tiro, nombrándome a mí guardiana oficial del Kist, a cambio de lo cual me proporcionó estas habitaciones, comida, bebida y sirvientes para que pudiese vivir cómodamente. Y ese acuerdo lleva funcionando más de quinientos años.

-Me pregunto -dijo Jorian-, si Vuestra Alteza Sobrenatural no encuentra agobiante permanecer en estas únicas habitaciones día tras día.

-No me importa, pues no tengo el dolor de pies que sienten los viajeros, como vosotros los hombres sentís muy a menudo. Ya he visto Trimandilam, y no necesito volver a verla. Y no me gusta la forma en que los mulvanís de las clases bajas me miran como si fuese una especie de monstruo. Mis sirvientes me traen las noticias del mundo exterior, y estoy satisfecha con este lugar, que yo he redecorado cada siglo a mi gusto. Ahora sentaos junto a mi en este diván y contadme algún cuento de los que me prometisteis. -Volvió a llenar las copas-. Por ejemplo, la historia de la desgracia que vuestro rey Filoman hizo recaer sobre Kortoli, cuando tenía a un fantasma como ministro. Nunca había oído que colocaran a un fantasma en un puesto semejante.

Jorian tragó un buen sorbo.

Librodot

-Eso ocurrió al comienzo de su reinado, cuando tuvo ocasión de nombrar a un nuevo ministro para sustituir al que había muerto. Llevaba reinando varios años y había mantenido un relativo estado de justicia, orden y prosperidad, pero le entristecía el hecho de que algunos kortolianos todavía llevasen vidas de vicio y crimen, a pesar de todo lo que había hecho para mejorar las cosas mediante preceptos y buen ejemplo. A fin de poner remedio a este asunto, decidió contratar a su servicio al hombre más sabio de las Doce Ciudades.

«Tras llevar a cabo una investigación, supo que el hombre que tenía fama de poseer tal sabiduría era un filósofo de Govannian, llamado Tsaidar, que, según decían, era el hombre más culto de toda Novaria.

«Pero cuando Filoman envió a un mensajero a Govannian para of recer un empleo honorable a este tal Tsaidar, el mensajero descubrió que el sabio doctor había muerto recientemente. Cuando el rey Filoman se enteró de esto, lloró de impotencia. Pero su chambelán le dijo que no se había perdido toda esperanza. En las colinas del sur de Kortoli vivia una hechicera llamada Gloé, que era una maga muy hábil y una persona de buena reputación, a pesar de que nunca había logrado obtener una licencia como hechicera legal durante el gobiemo de Filoman. Como Tsaidar había muerto recientemente, quizá su espíritu no hubiese pasado aún a su siguiente reencarnación, ya fuese en esta esfera o en la siguiente, y que por tanto quizá Gloé pudiera invocarlo para que aconsejase al rey.

«De modo que Filomán mandó llamar a Gloé a la ciudad de Kortoli, prometiéndole inmunidad por su práctica ilícita de la magia. Y Gloé hizo arder sus polvos y removio su caldero; y salieron sombras sin que ningún objeto material las proyectase; y las llamas de las velas oscilaban a pesar de que no había brisa alguna que las agitase; y en el humo aparecían rostros horribles que se desvanecían para formar otros; y el palacio tembló, y el rey sintió de pronto un frío helador.

«Y allí en la estrella de cinco puntas apareció el fantasma de Tsaidar el filósofo.

"¿Por qué me molestas?", dijo el fantasma con esa voz fina y chillona que tienen los fantasmas. "Estaba estudiando un tratado de 1ógica que he encontrado en los manuscritos descuidados que hay en la biblioteca del Gran Bastardo de Othomae, y acababa de descubrir una nueva exposición de la ley del tercio excluso cuando me has hecho venir hasta aquí."

«Pues bien, Gloé le explicó las intenciones del rey Filoman. El fantasma dijo:

"Así que ministro, ¿eh? Bueno, eso es otra cosa. Durante toda mi vida traté de encontrar un gobernante que aceptase mis consejos y dirigiese a su reino mediante la 1ógica, pero nunca encontré ninguno. Acepto vuestra oferta de buen grado, señor. ¿Cuál es el primer problema que puedo resolver?"

"Me gustaría poner fin al crimen y al vicio entre los kortolianos", dijo el rey, y pasó a describirle el estado en que se hallaba el reino y el fracaso de sus intentos anteriores.

“Bueno, ejem, ejem. Yo tengo una teoría sobre el crimen", dijo el fantasma. "Para mí está claro que los criminales se ven obligados a robar por necesidad. Los hombres roban para no morir de hambre. Violan porque son demasiado pobres para mantener a mujeres legalmente, o incluso para pagar los modestos precios de las prostitutas. Eliminad la causa -es decir, la necesidad- y acabaréis instantáneamente con los crímenes. Me extraña que nadie más haya pensado en una solución tan fácil".

"¿Pero cómo voy a paliar sus necesidades?", preguntó el rey.

“Es muy simple; entregad a cada criminal convicto una modesta pero adecuada pensión y soltadlo. Es lógico, ¿no es así?”

«El rey no vio ningún fallo en el razonamiento de Tsaidar y por eso permitió que Gloé lo hiciera desaparecer. Y ordenó que todos lo criminales, en lugar de ser castigados, recibieran una pensión. Y así se hizo.

«Sin embargo, este plan de pensiones tuvo unos resultados inesperados. Es cierto que unos cuantos pensionistas se reformaron, y algunos incluso hicieron honor al estado, como Glous, nuestro mejor poeta, o Soser, el magnate de los barcos. Un mayor número de ellos no hicieron nada, ni bueno ni malo. Se dedicaron a holgazanear y a divertirse de forma más
o menos inofensiva. Pero lo que sorprendió realmente al buen rey Filoman fue que muchos continuaron cometiendo crímenes cuando, recibiendo una pensión, ya no tenían necesidad de hacer tal cosa.

«Más aún; la cantidad de crímenes aumentó en realidad cuando los súbditos de Filoman descubrieron que ser un convicto era la mejor manera de obtener un estipendio regular por parte del tesoro. La gente robaba, violaba y asaltaba por todas partes y no hacían intento alguno por evitar su captura. Por ejemplo, dos comerciantes se acusaron mutuamente de ladrones; el sombrerero dijo que el vendedor de antiguedades le había robado una docena de sombreros, mientras que el vendedor de antiguedades acusaba al sombrerero de haber arramblado con una valiosa vasija. Y lo más extraño era que cada uno tenía su botín a plena vista en su propia tienda. Estaba claro para todo el mundo, excepto para Filoman el Bienintencionado y su ministro fantasma, que ambos habían tramado este plan entre ellos, para entrar en la lista de las pensiones.

«Cuando durante una sesión con Gloé, Filoman se quejó de estos insó1itos sucesos, el fantasma de Tsaidar no admitió que hubiese ningún error en su 1ógica.

"Debe de ser", dijo, "que las cantidades que pagáis a vuestros criminales no son suficientes para satisfacer sus necesidades. Doblad las pensiones inmediatamente, y veréis."

«Entonces las peticiones al tesoro se hicieron tan grandes que Filomán se vio forzado a pedir dinero prestado al extranjero y luego a devaluar la moneda para pagar los estipendios prometidos. Pronto, el dinero kortoliano contenía tal cantidad de plomo y estaño mezclados con la plata, y de cobre con el oro, que ninguna persona astuta quería aceptarlo. El dinero bueno de antaño fue escondido, mientras que todos los kortilianos trataban de deshacerse de las falsificaciones de Filoman, como lo llamaban. Pronto todo el comercio se detuvo, pues nadie quería aceptar el dinero nuevo y nadie quería desprenderse del viejo. Hubo disturbios a causa del pan en la ciudad de Kortoli y otros sucesos angustiosos.

«Finalmente, el rey Filoman decidió pedir consejo a los vivos para averiguar qué era lo que fallaba. Preguntó a muchos de los arrestados por crímenes por qué se comportaban de aquella manera. Algunos respondieron con grandes mentiras. Otros admitieron que ellos también querían pensiones. Pero un viejo granuja asustado a quien le faltaba una oreja, y que había asesinado y robado a un mercader en la carretera, reveló finalmente al rey lo que en realidad tenían en la mente muchos de sus semejantes.

"Veréis, majestad", dijo el ladrón, "no se trata sólo del dinero. Pasarse la vida en casa y vivir de la pensión sería demasiado aburrido. Me volvería loco de aburrimiento."

"Pero”, replicó el rey, "hay muchas ocupaciones dignas, tales como la de soldado o cazador o mensajero, que te proporcionarían una sana actividad y te darian ocasión de hacer el bien al mismo tiempo."

"No lo entendéis, señor. Yo no deseo hacer el bien, deseo hacer el mal. Quiero robar y herir y matar a las personas."

"Dioses piadosos, ¿por qué quieres hacer eso?", preguntó el rey. "Bueno, señor, uno de los deseos más profundos del hombre es situarse por encima de los demás hombres; obligarles a admitir su superioridad, ¿no es asi?"

"Podría decirse que sí", contestó el rey prudentemente. "Pero yo procuro alcanzar la superioridad mediante la virtud."

"Vos sí, pero no yo. Vamos a ver: un hombre vivo es, en general, superior a uno muerto, ¿verdad?"

"Sí, parece razonable admitir eso."

"Entonces, si yo mato a un hombre, yo vivo y en cambio él muere, obviamente soy superior a él por el mero hecho de estar vivo, ¿no es así?"

"Nunca había pellsado en eso", dijo el rey, muy preocupado.

"Lo mismo", dijo el sinverguenza, "ocurre con el asalto, el robo y otros actos con los yo que me deleito. Si doy algo a un hombre, o acepto un regalo de él por nada, o intercambio con él cosas de igual valor, eso no demuestra nada en lo que se refiere a quién es el mejor. Pero si le quito lo que es suyo, en contra de su deseo, he demostrado que mi poder es superior al suyo. Cada vez que hago desgraciada a otra persona, sin que ella sea capaz de vengarse, demuestro mi superioridad."

"¡Debes de estar loco!", gritó el rey. "¡Nunca había oído una filosofia tan monstruosa!

"No, señor, os aseguro que no soy más que un ser humano normal como vos mismo."

"Si eres normal, entonces yo no lo soy, y viceversa", dijo el rey, "pues nuestras opiniones son tan distintas como la noche y el día."

"¡Ah, pero majestad, yo no he dicho que seamos iguales! Hay tantos tipos distintos de gente que no se puede decir que uno sea el normal y todos lo demás sean seres lunáticos y extraños. Y la mayoría de las personas tienen necesidades diferentes, que les empujan ahora en una dirección y luego en otra. En vos, la necesidad de hacer el bien es tan superior a la de hacer el mal que esta última puede dejarse de lado, mientras que a mí y a otros muchos como yo nos ocurre lo contrario. Pero, en general, encontraréis que estos impulsos están más equitativamente repartidos, de modo que la gente unas veces hace el bien y otras el mal. Y cuando uno de vuestros súbditos se ha hecho adulto con una determinada proporción de estas necesidades, no creo que podáis cambiar esta porporción más adelante, por mucho que lo intentéis."

«El rey se desplomó en su trono, horrorizado. Finalmente, preguntó:

"¿Y dónde, mi buen asesino, has aprendido a razonar tan filosóficamente?"

"Cuando era pequeño, iba a la escuela de Metouro a cargo de vuestro estimado ministro, Tsaidar de Govannian, que entonces no era un espíritu privado de su cuerpo. sino un joven maestro de escuela. Y ahora señor, si quisierais llamar a vuestro tesorero para que me incluya en la lista de los pensionistas...”

"No puedo hacerlo", dijo el rey "porque tú me has convencido de lo inadecuado que es todo el plan. No puedo hacer venir al verdugo para que te haga picadillo. como te mereces, porque me has hecho un favor haciéndome ver cómo son los hombres. Por otro lado. no puedo permitir que continúes tus villanías en Kortoli. así que te darán un caballo, una pequeña bolsa de dinero y veinticuatro horas para que abandones el país bajo pena de muerte si alguna vez vuelves.”

«Y así se hizo, no sin cierto cargo de conciencia por parte de Filoman, que se sentía culpable de dejar suelto a este tunante por uno de los estados vecinos. Despidió al fantasma de Tsaidar y saldó la cuenta con Gloé, quien gritó:

"¡Señor! ¡Esto es una estafa! ¡Estas son esas inútiles monedas adulteradas que habéis estado acuñando últimamente!"

"Bueno, el consejo de tu fantasma resultó igualmente inútil, de modo que estamos en paz", dijo Filoman. "Ahora vuelve a tu cueva y no vuelvas a molestarme."

«Y Gloé se marchó, maldiciendo por 1o bajo, aunque no se sabe si estas maldiciones tuvieron algo que ver con la muerte del rey a causa de un accidente que tuvo varios años después mientras montaba a caballo. Y Filoman nombró a Oinax nuevo ministro, y durante un tiempo Kortoli volvio a ser la misma de antes. Pero entonces el rey Filoman cayó bajo el poder del llamado hombre santo, Ajimbalin, con los resultados de los que ya os he hablado.

Jorian se había ido acercando poco a poco a la princesa, y ahora tenía un brazo alrededor de su enorme y desnudo torso. Ella levantó la cara para que la besase, y entonces lo agarró con la fuerza de una serpiente pitón.

-Muy agradecida por la historia, hombre -murmuró-. Y ahora veamos si eres más hombre que todos esos pigmeos mulvaníes, que tienen el miembro como un mondadientes, ¿no? ¡Vamos!

Tres horas después, la princesa Yargali yacía a su lado, de cara a la ventana por la que había entrado Jorian repirando profunda y pausadamente. Jorian salió en silencio de la enorme cama. Se puso la ropa rápidamente, excepto las botas, que se metió en el fajín.

Entonces buscó el Kist de Avlen por la habitación. La vela de la habitación se había agotado y apagado, pero por la puerta entraba suficiente luz de la sala de estar, donde un par
de lámparas de aceite todavia ardían con este propósito. Se dio cuenta de que ninguno de los cofres alineados alrededor de las paredes era el que buscaba. Ni tampoco parecía haber ningún compartimento secreto en las paredes. Un registro en el cuarto de baño de la princesa resultó igualmente infructuoso.

Finalmente, Jorian descubrió el Kist en el lugar más obvio: bajo la cama de Yargali. Era un pequeño cofre abollado, de aproximadamente un codo y medio de largo, un codo de alto y de profundidad, con una tira de cuero enrollada a su alrededor para reforzar sus cierres de latón. Se encontraba en el lado de la cama alejado de la ventana. Jorian había estado tumbado en ese

lado después de hacer el amor con Yargali. Evidentemente, tendría que sacar el cofre de debajo de la cama por ese lado, rodear la cama de puntillas hasta llegar a la ventana y marcharse.

Moviéndose como si pisara cuchillas de afeitar, Jorian se arrodilló junto a la cama. Lentamente tiró del Kist hacia él por una de las agarraderas de latón. No parecía muy pesado. Poco a poco, casi sin respirar, sacó el cofre de debajo de la cama. Finalmente, lo tuvo ante él. Agarrándolo par las dos asas, se levantó y dio un paso atrás.

Entonces, para su desgracia, la princesa Yargali murmuró algo entre sueños y se dio la vuelta. Sus ojos se abrieron. Apartó la colcha a un lado dejando al descubierto su enorme cuerpo marrón con sus exageradas curvas.

-¡Sssss! -dijo ella.

Durante un instante, Jorian -que aún estaba algo bebido a causa del vino de Yargali- se quedó petrificado. En un momento, Yargali sufrió una transformación. Su cuerpo se alargó; sus muslos se encogieron. La piel marrón oscura se convirtió en una epidermis de escamas de color verde oliva, con un dibujo reticulado de franjas rojizas y amarillas. Su cara se estiró hasta formar un hocico largo cubierto de escamas. Un oIor a almizcle llenó la habitación.

Era una serpiente, pero de un tamaño del que Jorian no había oído hablar nunca excepto en los mitos y leyendas. La cabeza, tan grande como la de un caballo, se erguía sobre un montón de anilos. Una lengua bífida asomaba de sus quijadas. Por la parte central, el cuerpo de la serpiente era tan grande como la cintura de Jorian.

Despejándose bruscamente y recuperándose de su momentánea parálisis, Jorian pensó con la rapidez del rayo. Si trataba de rodear la cama corriendo para llegar a la ventana, se pondría al alcance de una embestida de la cabeza. Si al menos hubiese encargado a Karadur que le enviase la cuerda por una de las ventanas de la sala de estar, podría haber escapado por ahí; pero ahora la retirada estaba cortada. Ahora que era demasiado tarde, se acordó de la advertencia de Goania contra las ventanas de los dormitorios. Si trataba de salir por las ventanas de la sala de estar, probablemente caería sobre el mármol de la terraza desde una altura de quince codos y se rompería una pierna o la cabeza. La piedra del exterior era resbaladiza, y no había hiedra a la que agarrarse ni árbol desde cuyas ramas poder saltar.

Cuando la serpiente salió arrastrándose de la cama chirriante y fue hacia Jorian, éste corrió a la sala de estar. Esta habitación tenía dos salidas: una puerta por la que, supuso él, se saldría a la tercera planta de la sala adyacente; probablemente habría un guardia al otro lado. La otra, cuya puerta permanecía entreabierta, mostraba un tramo de escaleras descencentes, por las cuales había bajado Yargali anteriormente desde sus habitaciones al salón de baile.

Jorian atravesó velozmente la sala de estar y la puerta que daba a la escalera. Bajó corriendo; y tras él, silbando como la tetera de un gigante, reptaba Yargali, con sus cuarenta codos de longitud. De pronto a Jorian se le ocurrió que, al adquirir la forma de una serpiente, la princesa habría perdido al menos su capacidad de gritar para pedir ayuda.

El salón de baile estaba a oscuras excepto por una pequeña lámpara de aceite, que ardía en un soporte. La servidumbre del rey había desenrollado la enorme alfombra que cubría el mármol cuando el suelo no se utilizaba para bailes.

Librodot

Jorian se avalanzó en dirección a la ventana alargada más cercana que daba a la terraza. Pero la ventana no solo había sido cerrada, sino también atrancada. La débil luz le mostró el agujero de la cerradura. La cabeza de la serpiente Yargali asomaba por la puerta al pie de las escaleras.

Si dispusiera de unos cuantos minutos, Jorian estaba segu- ro de que podría abrir cualquiera de las cerraduras de las ventanas alargadas. Si tuviese tiempo y nada que se lo impidiese, podría romper los cristales de la ventana y salir fuera. Pero los vidrios eran pequeños y el emplomado que los separaba era fuerte y muy tupido, de modo que esta operación hubiese requerido muchos golpes con algún objeto pesado, como por ejemplo una silla, y el ruido hubiera atraído a los guardias que estaban apostados al otro lado de las grandes puertas situadas al fondo del salón de baile.

Si trataba de sacar una de sus ganzúas y abrir una cerradura, Yargali lo atraparía por detrás, lo rodearía con sus anillos, lo asfixiaría con su abrazo de serpiente y se lo tragaría poco a poco, empezando por la cabeza, como si fuese una rana. Ahora entendía Jorian por qué durante quinientos años nadie había conseguido robar el Kist que permanecía bajo la custodia de ella casi por casualidad.

Mientras la cabeza de Yargali se acercaba hacia él agitando su lengua bífida, Jorian depositó en el suelo el Kist de Avlen. Agarrando la esquina de la alfombra, caminó con gran esfuerzo por un lateral del salón de baile, y pasó por delante de las ventanas arrastrando la alfombra consigo. Esta se doblaba formando plieges y resultaba terriblemente pesada de mover, puesto que su peso total era varias veces superior al de Jorian. Un hombre más pequeño o menos fuerte que Jorian no hubiese podido moverla de su sitio. Pero tirando, sudando y destrozándose los músculos a causa del esfuerzo, Jorian consiguió arrastrar toda la alfombra hasta el otro extremo del salón de baile, donde la dejó formando una montaña arrugada.

Entonces cogió el Kist, que había arrastrado junto con la alfombra, y volvió a una de las ventanas alargadas. Yargali había bajado deslizándose por las escaleras y estaba ya en el desnudo suelo marrón de mármol. Pero aquí, al no tener ninguna rugosidad ni objeto só1ido sobre el que ejercer una fuerza horizontal, se encontró con que no podía seguir avanzando. Su inmenso cuerpo de serpiente se onduló. Desde su cabeza en forma de cuña hasta su afilada cola corrían olas y más olas, pero sin resultado. Como una bandera ondeando al viento, se movía pero no avanzaba. Silbando de impotencia, dobló la velocidad y la violencia de sus retorcimientos, pero sus escamas resbalaban inútilmente hacia atrás y hacia delante sobre el suelo de mármol pulido.

Mientras tanto, Jorian abrió el cerrojo de la ventana que estaba al otro extremo de la habitación, salió fuera con el Kist, y cerró la ventana tras él. Corrió hacia donde estaba la cuerda, que seguía erguida hacia arriba en el pavimento, y pronunció la sencilla fórmula mágica que servía para deshacer el hechizo y la recogió formando anillos.

Un cuarto de hora más tarde, Jorian se reunió con Karadur en la parte exterior de la puerta principal, junto al molino de elefantes fuera del alcance de la vista de los centinelas. Susurró:

-¿Tienes todas nuestras cosas? ¿Mi espada? Gracias... ¡Maldita sea, se te ha olvidado mi sombrero! Se lo darán a sus elefantes de caza para que lo huelan. Oh, bueno, no importa; tengo este estúpido gorro. ¿Podemos hacer una eslinga con tu cuerda mágica, para que yo pueda llevar este endemoniado cofre sobre la espalda?

Karadur palpó la cuerda.

Librodot

-Sí, es posible. Los poderes mágicos de la cuerda se han agotado, y hasta que no sea encantada de nuevo no es más que una cuerda normal.

Una hora después cabalgaban hacia el sur por la carretera situada a la orilla izquierda del Pennerath. Jorian contó a Karadur lo más esencial de su aventura. El hechicero le preguntó:

-¿Cómo se te ocurrió la oportuna idea de inmovilizar a Yargali, hijo?

-Recuerdo que cuando era un niño, una vez cogi una pequeña culebra inofensiva y la guardé durante unos cuantos días. Entonces fui con mi padre a la casa de un terrateniente de Ardamai, donde mi padre estaba instalando un reloj de agua. Y mientras estaba allí ayudando a mi padre, la culebra se escapó de mi bolsillo y cayó sobre el suelo de madera pulida. La esposa del terrateniente empezó a gritar como una loca hasta que yo retiré a la pobre culebrita. y aquella noche me mandaron a la cama sin cenar. Pero recuerdo que, en aquel suelo, la serpiente no había podido moverse de aquí para allá por falta de tracción, y por eso la atrapé fácilmente. Y pensé que podría ocurrir lo mismo con esa fulana negra.

-¿Qué tal tu... eh... tu aventura sensual?

-Agitada. Ha sido algo así como montar a una elefanta enloquecida de pasión. Allí también me hubieran venido bien unos estribos; casi me tira al suelo de cabeza.

Karadur sintió un escalofrío.

-¿Se quedó satisfecha?

-Me pareció que sí, aunque creo que hubiera estado dispuesta a recibir más asaltos de los que yo estaba preparado para emprender. Yo no era más que un simple mortal y bastante asustado, por cierto.

-¡Jorian! Te he dicho que no ha...

-Oh, muy bien. Pero de ahora en adelante voy a limitar mis deleites sexuales a las mujeres humanas. Si tan sólo pudiera volver a tener a mi pequeña Estrildis... -Se limpió una lágrima, y luego se volvió hacia el hechicero con cara de susto-. ¡Dioses! se me acaba de ocurrir una cosa: ¿Y si la semilla echa raíz?

-No temas, hijo. Un híbrido entre un hombre y un miembro de la gente serpiente sería imposible, cosa que probablemente sea lo mejor. ¡Tiemblo al pensar en un ser que reuniese el poder que tiene ella de convertirse en serpiente y tu astuta y osada manera de andar por la vida!

Las Ruinas De La Jungla

En la jungla de Komilakh, que se extendía a lo largo de más de cien leguas desde los confines de Mulvan hasta el Océano Este, enormes árboles de distintas especies se alzaban más de cien codos hacia el cielo. En las ramas superiores, las ardillas y los monos trepaban y chillaban; pájaros llamativos aleteaban revoloteando y piando. A un nivel inferior, por debajo de las permanentes olas de aquel mar verde de hojas, enredaderas tan gruesas como la pierna de un hombre colgaban formando bucles, trenzas y nudos. A lo largo de estas lianas trepaban en busca de presa arañas peludas tan grandes como cangrejos, con ojos que parecían pequeños diamantes. Plantas parasitarias con flores de colores fantasmales brotaban de los troncos y ramas de los árboles.

Más abajo aún, en la incesante penumbra que había al nivel del suelo, una superficie ondulada de mantillo marrón se extendía entre los troncos de los árboles. Aquí y allá rompían esta superficie árboles jóvenes -la mayoría muertos- o matas de helechos. Desde el suelo sólo se podía ver de vez en cuando una mancha de cielo azul a través del frondoso techo verde; pero algunas veces un destello dorado allá arriba, entre los árboles, indicaba la dirección del sol de la mañana. Los hombres rara vez veían a los habitantes más grandes de
este nivel -el elefante, el búfalo, el tigre, el rinoceronte, el ciervo, el antílope, el tapir y el jabalí- porque las bestias oían al hombre desde muy lejos y se asustaban.

Jorian y Karadur cabalgaban a través de este mundo silencioso y sombrío, serpenteando entre los troncos de los árboles y las matas de helechos, inclinándose y agachándose para sortear las ramas de los árboles jóvenes y los bucles colgantes de las lianas. Jorian montaba al caballo ruano alto, Oser; Karadur, al asno blanco. Las cabalgaduras llevaban la cabeza gacha de

Librodot

fatiga, y sus jinetes tenían que atizarles con los pies y golpearlos para evitar que se detuviesen a cada paso para arrancar un bocado de hierba.

Habían estado cabalgando desde bastante antes del amanecer. Cuando la maleza era lo suficientemente escasa como para permitirlo, forzaban a los animales al trote. También volvían la cabeza hacia atrás continuamente para mirar y escuchar.

Llevaban varios días huyendo de sus perseguidores, que consistían en dos elefantes de rastreo y diez soldados montados bien armados. Al principio, los fugitivos ganaron una ventaja de varias horas, porque el primer grupo de persecución se había enviado a la dirección más obvia, hacia abajo del Bharma. Pero el rey Shaju había corregido rápidamente su error enviando otra partida hacia el Pennerath, río arriba.

Aunque la velocidad de los perseguidores se veia limitada a causa de los elefantes, que no podían recorrer largas distancias a mayor velocidad que el trote de un caballo, sin embargo, la familiaridad de sus cazadores con la zona, y el hecho de que llevaran caballos de repuesto les permitía ir estrechando distancias. Cuando las tierras de labrantío del este de Mulvan se convirtieron en claros aislados y luego dieron paso a una jungla sin caminos, les llevaban sólo media hora de ventaja.

Desde entonces. Ios fugitivos habían huido casi sin parar, durmiendo a ratos, algunas veces a lomos de sus animales. Ambos tenían aspecto de sentirse agotados y desmoralizados. Las bonitas ropas con las queJorian había comenzado la huida estaban ahora sucias, polvorientas y manchadas de lluvia y de sudor. Esta era la llamada estación seca de Komilakh, cuando la lluvia caía sólo cada dos o tres días en lugar de hacerlo continuamente como ocurría en verano.

Jorian iba desnudo, exceptuando los calzones y las botas, a causa del calor húmedo. Llevaba su brazo izquierdo en un tosco cabestrillo, y manejaba las riendas con la mano derecha. Dos días antes, al acampar, se había caido en un agujero, alargó la mano para sostenerse, y agarró la rama de un pequeño árbol cubierto de unas espinas largas y tan afiladas como agujas. Pocas horas después, su mano izquierda se había hinchado hasta adquirir un tamaño doble de lo normal y se había puesto al rojo vivo. De momento, aún le dolía demasiado para utilizarlo. Cualquier sacudida repentina le producía pinchazos por todo el brazo, de modo que el trote de su caballo era una larga agonía. Pero la idea de que los elefantes del rey Shaju lo atraparan le hacía seguir adelante.

De vez en cuando se detenia en su montura, para dar respiro a los animales y escuchar si se acercaban sus perseguidores. La noche anterior, el ronroneo sordo de los elefantes le había avisado de su proximidad. Afortunadamente, esto había ocurrido en una zona de la jungla tan densa que ninguna de las partidas había divisado a la otra. Galopando sin parar y dirigiendo a los animales a lo largo del cauce de un arroyo durante varios estadios, Jorian pensó que habrían despistado a sus cazadores; pero prefería no correr riesgos.

Ahora, al detenerse y dejar que su caballo mascara helechos, alzó una mano. Karadur se quedó helado. Hasta sus oídos llegó, desde lejos pero sin lugar a dudas, el grito de un elefante y el tintineo de los arneses.

-Doctor -dijo Jorian-, otra carrera sin que nuestras bestias hayan descansado y comido las mataría. Ha llegado el momento de tu encantamiento de camuflaje.

-Será la última vez -masculló Karadur-, pues sólo me queda material para un único encantamiento. Ayúdame a bajar de este asno y haré lo que pueda.

Pronto el viejo hechicero había encendido un diminuto fuego.

-¡Hojas secas, hojas secas! -dijo entre dientes-. Que no estén húmedas, pues queremos que se forme la menor cantidad de humo posible. Ahora, déjame ver, ¿dónde he puesto los polvos del Camuflaje Número Tres? -Hurgó entre sus ropas y finalmente sacó una de sus bolsas divididas en compartimentos. Pero al abrirla, exclamó horrorizado:- ¡Oh, no! ¡No tengo polvo amarillo del hongo de Hroth! -Buscó frenéticamente-. Se me debió de olvidar cuando preparé esta serie de polvos. ¡Estamos perdidos!

-¿No puedes utilizar cualquier viejo hongo? ¿Cómo, por ejemplo, éste?

-No sé cómo funcionaría. Pero vamos a intentarlo; difícilmente puede colocarnos en una situación peor.

Karadur desmenuzó el hongo en el interior del diminuto caldero, añadió otras sustancias y dio vueltas. Las hojas susurraron sin brisa aparente, y el techo verde que había sobre sus cabezas parecía presionarles, más oscuro y cercano...

Finalmente, Karadur apoyó su espalda contra el tronco de un árbol.

-¡Agua! -gruñó con una voz fantasmal-. Estoy agotado.

Jorian le pasó la botella de cuero donde llevaban el agua. Mientras Kasradur bebía, Jorian olfateó el aire.

-En el nombre de Zevatas, ¿qué es ese mal olor? -dijo Jorian. Volvió a olfatear-. ¿Eres tú? No, ¡somos los dos! Tu hechizo debe de haber salido mal. Apestamos como un gimnasio, un matadero y un estercolero juntos. Quieran los dioses que el viento no lleve este olor a nuestros cazadores... ¡Oh, no! ¡Allá va!

Se había levantado una ráfaga de viento, haciendo susurrar las hojas de la inmensidad verde de arriba y doblando las ramas más pequeñas. Al nivel del suelo sólo pudo sentirse una ligera brisa, pero al parecer, provenía del este y soplaba hacia los hombres del rey Shaju.

-¡Monta! ¡Date prisa! -le apremió Jorian.

-No puedo, estoy rendido.

-¡Maldito viejo estúpido, sube a ese asno o te subiré yo arrastrándote de la barba! ¡Ya vienen!

Por el bosque llegó hasta ellos el grito fuerte y estridente de un elefante. A éste le hicieron eco el toque de una trompeta y el sonido de voces y de movimiento. Jorian cogió a Karadur por debajo de los brazos y lo sentó en el asno. Luego montó él.

-¡Agárrate fuerte! -le dijo-. Están galopando. Probablemente se desplegarán pensando cogernos en una rápida carrera. ¡Vamos!

El breve descanso había devuelto algo de fuerza a los animales. Jorian iba delante a medio galope, girando para evitar los obstáculos, inclinándose y agachándose, mientras el asno

Librodot

trotaba detrás. Quejándose, Karadur votaba con el asno, agarrándose a la silla. Tenía poco control sobre el animal; pero el asno, acostumbrado a seguir al caballo, lo hacía sin necesidad de que lo guiasen.

El sonido del galope disminuyó cuando los perseguidores se desplegaron. Se oyó una trompeta, pero más lejana, ya que en la persecución los elefantes se quedaban atrás. Cuando Jorian llevaba un rato en silencio a medio galope, levantó un brazo y aminoró la marcha. Se dirigió hacia el otro lado de un enorme árbol, cuyo tronco medía por su base más de veinte codos de diámetro.

-Sólo se nos está acercando un hombre -dijo-. El resto se han desperdigado demasiado y han perdido contacto unos con otros. Tendrán que volver a reunirse con los elefantes para encontrar nuestra pista otra vez. ¡Toma, coge tu maldito Kist!

-¿Qué pretendes hacer?

-Esperar a nuestro seguidor detrás de este árbol, mientras tú sigues adelante. No puedo disparar, con esta mano envenenada, pero puedo manejar la espada. Pero no con esto en la espalda. ¡Sigue! -gruñó cuando Karadur comenzó a protestar.

El asno se marchó trotando, con Karadur dando botes sobre la silla y el Kist colgado de su hombro con la eslinga de cuerda, dando golpes contra la espalda del hechicero. Como no podía agarrar las riendas muy firmemente con la mano hinchada, Jorian las ató alrededor de su antebrazo izquierdo y cogió la espada Randir. Entonces esperó.

El galopar del caballo se oía cada vez más cerca. Cuando parecía que Jorian no podía soportar ese suspense por más tiempo, apareció el jinete: un soldado mulvaní con pantalones de seda color escarlata, cota de mallas plateada y casco terminado en punta.

Colgada a su espalda llevaba una aljaba con lanzas ligeras, y en su mano derecha empuñaba uno de estos dardos.

Jorian golpeó con los pies los flancos de su caballo. El roano empezó a andar, pero no tan rápidamente como pretendía Jorian, porque su jinete no llevaba espuelas. El retraso hizo que al soldado le diese tiempo a girar sobre su silla y lanzar su jabalina.

Jorian, botando en la silla mientras Oser irrumpía en un tosco galope, se agachó detrás de la cabeza de su caballo. El misil pasó silbando junto a él, fallando por un dedo.

El soldado trató de sacar otra lanza de su aljaba, pero cambió de idea y buscó la cimitarra que llevaba en la cadera. Pero su caballo, al ver que Oser se acercaba a él, se sobresaltó ligeramente. Al no tener estribos, el soldado dio un salto en su asiento. No pudo agarrar el puño del sable, y se vio obligado a asirse a una de las agarraderas de la silla para no caerse. Todavia estaba buscando su espada cuando la punta de la de Jorian alcanzó su garganta. Cayó sobre el mantillo mientras su caballo se alejaba resoplando.

Cuando Jorian alcanzó a Karadur, el hechicero le miró bajo su turbante manchado de sudor.

-¿Y bien?

-Muerto –dijo Jorian-, gracias a que yo llevaba estribos y él no. De la forma en que este rocín le hace botar a uno, es un milagro que mi estocada alcanzara a ese tipo. Ahora te libra

ré de ese cofre si quieres. Maldita sea, me duele otra vez la mano.

-¿Has pensado en los aspectos morales de matar a ese soldado? -preguntó Karadur-. Sin duda era una persona tan buena y religiosa como tú mismo...

-¡Pero bueno! -gritó Jorian-. ¡Salvo tu maldito cuello y tu caja de inútiles encantamientos, y me echas un asqueroso sermón! Que me hunda en el estiércol, pero si no estás de acuerdo conmigo en que se trataba de él o nosotros, puedes darte la vuelta y rendirte.

-No, no, hijo, no te enojes conmigo por mi tendencia a especular. La cuestión de qué hacer cuando uno se enfrenta a un hombre que no es peor que uno mismo, y a quien uno debe matar para lograr una meta tan importante como la suya, hace tiempo que me ronda por la cabeza. De ella dependen cuestiones tan fundamentales como la guerra y la paz.

-Bueno -dijo Jorian-, yo no deseo matar a los soldados del rey Shaju; pero cuando es una cuestión de él o yo, primero golpeo y luego discuto sobre ética. Si no fuese así, no estaría aquí para hablar del asunto. A mi me parece que cuando uno trabaja para el rey como soldado acepta el riesgo de que, tarde o temprano, uno puede perder su vida repentinamente. Nadie obligó a ese desgraciado lancero montado a perseguirme y dispararme. Al hacerlo así, no tiene derecho a quejarse, suponiendo que a su espíritu se le otorgue una oportunidad de protestar en uno de vuestros tantos mundos mulvaníes del más allá.

-El oficial del soldado le ordenó perseguirte y atacarte, así que no actuaba por su voluntad.

-Pero él se puso al mando de las órdenes del oficial voluntariamente cuando se alistó en el ejército.

-No es tan sencillo, hijo. En Mulvan, todos deben seguir la ocupación de sus padres. Por eso, ese hombre, hijo de un soldado, no tenía otra opción que ser también soldado.

-Entonces la culpa no es mía, sino de vuestra inadecuada costumbre de heredar las profesiones.

-Pero eso, a su vez, tiene muchas ventajas. Proporciona un orden social estable, disminuye la crudeza de la competición para promocionarse, y dota a cada hombre de una posición segura en la escala social.

-Todo eso está muy bien, doctor, cuando las inclinaciones naturales de los hijos coinciden con las de sus padres. Pero, ¿qué pasa cuando esto no es así? Yo lo sé por experiencia propia. Puesto que considero a mi padre como un hombre bueno y honrado, yo me hubiese contentado con seguir su oficio de relojero; pero aunque mi mente comprendía la teoría, mis manos resultaron torpes para la práctica. En Mulvan, yo hubiese tenido que seguir atado a esa profesión para siempre, y por tanto me hubiese muerto de hambre.

Karadur respondió:

-Pero incluso cuando uno puede elegir su modo de ganarse la vida, como sucede en las Doce Ciudades, se sigue presentando el mismo dilema, cuando reclutan a la leva para ir a la guerra. Entonces os encontráis unos frente a otros, todos convencidos de que su causa es justa, y de que no hay otro medio de solucionar la cuestión excepto la lanza y la espada.

Librodot

-Bueno, cuando un luchador muere, deja de tener causa alguna, justa o injusta. Así que la justicia reside ipsofacto en el vencedor.

-¡Una respuesta frívola, Jorian, indigna de alguien que ha gobernado un estado! Sabes bien que, a pesar de todas las oraciones a vuestros distintos dioses, el ganador viene determinado por la fuerza o la habilidad con las armas, o por la suerte, y esto nada tiene que ver con la justicia.

-Santo Padre -dijo Jorian-, cuando convenzas a todos mis pendencieros compatriotas novarios a que sometan sus disputas a un tribunal formado por las mentes más sabias e instruidas y a que acepten sin reparos las decisiones de esta corte, me inclinaré con gusto ante tales opiniones. Pero antes de que ocurra eso volarán los hipopótamos, y mientras tanto yo debo defenderme lo mejor que pueda. Pero, ¡espera! Ahí, al otro lado de nuestro camino, hay un valle arbolado atravesado por un arroyo. Vadearé el riachuelo durante unos cuantos estadios, para ver si consigo que vuelvan a perder nuestra pista otra vez. Puedes seguirme, si quieres.

Giró su caballo y comenzó una rápida ambladura río abajo, salpicando agua alrededor de los menudillos del ruano. Karadur le siguió.

El arroyo iba creciendo al seguir su camino, y alrededor de mediodía se unió a otro. Al confluir, el cauce resultante formaba un pequeño río, de aproximadamente una braza de ancho, lo bastante pequeño como para vadearlo fácilmente, pero demasiado grande como para utilizarlo de camino. Debido a la densidad de la vegetación de las orillas, Jorian y Karadur seguían el curso del río a cierta distancia, divisando el agua entre los árboles.

-Creo que éste es un afluente del Shrindola -dijo Karadur-. El Shrindola fluye hasta el Mar Interior, según dicen, aunque por lo que yo sé, ningún hombre ha seguido su curso hasta su desembocadura para cerciorarse.

-Entonces, debe de girar hacia el norte por algún lado, en cuyo caso vamos por buen camino para llegar a Halgir –dijo Jorian-. Detente y guarda silencio un momento mientras yo escucho.

No se oía nada excepto el zumbido de los insectos y los chillidos de los monos y de los pájaros. Siguieron cabalgando. Entonces Jorian notó algo peculiar: piedras o pequeñas rocas aparecían diseminadas por el suelo del bosque. Pronto, cuado estos objetos se fueron haciendo más frecuentes. Se dio cuenta de que su forma y colocación eran demasiado regulares para ser producto de la naturaleza. Aunque a menudo estaban medio enterradas y cubiertas con manchas de moho, algas y líquenes, dejaban ver superficies lisas que formaban ángulos rectos, y eso era evidentemente obra del cincel de un cantero. Más aún, estaban dispuestas en líneas, líneas intermitentes y desperfectas, pero líneas al fin y al cabo.

Ahora este antiguo trabajo de albañilería se hizo más denso y mejor conservado. Mirando en la oscura y silvestre lejanía, Jorian vio trozos de paredes megalíticas y bases de torres derruidas. Aquí una edificación había sido invadida por las raíces de un árbol que crecía por encima de ella, buscando sitio entre las piedras individuales y separándolas, como si fuesen los tentáculos de un pulpo vegetal, hasta que el árbol mantenía los restos de la edificación más que ésta al árbol. Allá se elevaba una pared megalítica, profusamente adornada con relieves esculpidos. Torres hechas de bloques de arenisca talladas con complicadas figuras se elevaban por el bosque, y sus cimas se perdían en la inmensidad verde de las alturas. En una monumental escalinata crecían árboles, cuyas raíces habían levantado y derribado sus piedras.

Siniestros rostros con el entrecejo fruncido atisbaban desde detrás de las hojas de las palmeras y helechos. Una inmensa estatua, caída y despedazada, yacía entre las ruinas de las paredes y los altos troncos de los árboles, con sus minuciosos detalles casi totalmente escondidos por manchas de moho. Durante un momento, los animales siguieron andando por una carretera elevada pavimentada con losas cuadradas de pizarra y sostenida a cada lado por paredes ciclópeas hechas de bloques que pesaban cientos de toneladas.

A cada lado se abrían interminables galerías que lindaban con enormes patios cubiertos. Las entradas a estas galerías eran pórticos de piedra que carecían de verdaderos arcos. En su lugar, las aberturas estaban coronadas por arcos voladizos, cada hilada de piedra sobresaliendo por encima de la anterior hasta que se encontraban en la parte de arriba, formando altos triángulos isósceles. Entre las esculturas que decoraban las paredes de estas galerias, Jorian vio escenas de ejércitos desfilando, demonios y dioses luchando en combates sobrenaturales, bailarinas entreteniendo a reyes y trabajadores desempeñando sus labores cotidianas.

Una bandada de pequeños loros verdes se alzaron por encima de las ruinas y se marcharon aleteando y gritando. Sobre los ruinosos tejados correteaban los monos. Pequeñas lagartijas, algunas verdes con la garganta morada, otras amarillas y otras de distintos colores, se escabullían por las piedras. Mariposas enormes iban a posarse sobre las piedras derruidas, agitando el aire con sus alas doradas y púrpura antes de volver a emprender el vuelo.

-¿Qué ruinas son éstas? -preguntó Jorian.

-Culbagarh -dijo el hechicero con voz quejumbrosa-. ¿Podemos detenernos aquí? De lo contrario, pronto estaré muerto.

-Creo que hemos ganado unas pocas horas de ventaja -dijo Jorian, desmontando al pie de una estatua sin cabeza. La cabeza que pertenecía a la estatua estaba en el suelo, cerca de ella, pero tan cubierta de moho y de mantillo que no se podía precisar su naturaleza. Mientras ayudaba a Karadur, que no dejaba de quejarse, a bajar del asno, Jorian dijo-: Cuéntame algo de Culbagarh.

Mientras Jorian llevaba a los animales adonde crecía hierba alta en un patio derruido y preparaba un comida frugal, Karadur le contó la historia:

-Esta ciudad se remonta al reinado de Tirao, que precedió al imperio de Mulvan. Cuando el último rey de Tirao, Vrujja el Malvado, llegó al trono, su primera preocupación fue hacer matar a todos sus hermanos, para evitar que alguno de ellos aspirase a usurpar su puesto. Esta masacre se convirtió posteriormente en un procedimiento habitual en Mulvan y ahora es una costumbre santificada por el tiempo. Pero en los tiempos de Vrujja -hace más de mil años- dio mucho que hablar.

«AI enterarse del destino que le esperaba, uno de estos hermanos, Naharju, reunió a sus seguidores y se escapó hacia el este adentrándose en las selvas de Komilakh. Caminaron en dirección este durante muchas leguas, hasta que llegaron a unas cuantas ruinas diseminadas en este mismo lugar. Aquellas ruinas eran, sin embargo, mucho menos extensas que éstas que nos rodean y peor conservadas, porque esta antigua ciudad había permanecido abandonada durante mucho más tiempo que los simples mil años que han pasado desde la caída de Culbagarh.

«Nadie de cuantos acompañaban al príncipe Naharju sabían a qué ciudad pertenecían aquellas piedras diseminadas, aunque algunos opinaban que aquella ciudad había sido de la gente

Librodot

serpiente antes de que emigrasen a las junglas más densas de Beraoti. Entre esas escasas ruinas había un altar desgastado y cubierto de moho, y más allá del altar los restos de una estatua, tan deteriorada que nadie podía asegurar qué clase de criatura había representado. Algunos pensaban que era la figura de un hombre-mono, semejante a los hombres-mono que son los habitantes nativos de Komilakh, y a quienes el grupo había visto alguna vez. Otros opinaban que la estatua no representaba a ningún animal superior, sino a
alguien más cercano a una araña o a una jibia.

«Naharju había llevado con él a un sacerdote de Kradha el Protector para que atendiera las necesidades espirituales de su gente. A Naharju le pareció que la tarea más urgente que tenían por delante los refugiados era la de preservar sus vidas y que, por tanto, Kradha era el dios más adecuado a quien adorar. Un teó1ogo moderno podría arguir que Vurnu, Kradha y Ashaka son meramente aspectos o manifestaciones de la misma divinidad; pero en aquellos días los pensadores no habían alcanzado aún tales cotas de sutileza metafísica.

«Durante la primera noche que pasaron en las ruinas el sacerdote cuyo nombre era Ayonar, tuvo un sueño. En este sueño según dijo, se le apareció el dios al que habían representado las ruinas de la estatua. La gente pidió con insistencia a Avonar que les diese una descripción de ese dios: si tenia forma de hombre de simio, de tigre, de cangrejo o de qué; pero cuando Ayonar trató de responder a sus preguntas, se puso pálido y empezó a tartamudear, de modo que no dijo nada inteligible. Y cuando vieron que el mero hecho de pensar en la aparición de este dios perturbaba tanto a su santo sacerdote, dejaron de preguntarle acerca de él y preguntaron en cambio qué era lo que este dios quería de ellos.

Así que Ayonar dijo a la gente que el dios se llamaba Murugong, y que había sido en realidad el dios del pueblo que habitaba en la ciudad antes de que ésta se convirtiese en ruinas, y que él era el dios jefe de Komilakh por mucho que se empeñasen los sacerdotes de Tirao en que su sagrada trinidad gobernaba el mundo. Komilakh era suya; otros dioses, a pesar de sus pretensiones ecuménicas, sabían que no debían pelearse con él. Por tanto, los colonos de Naharju debían adorarle a él y olvidarse de los demás dioses.

«Resultó que a Murugong se le adoraba con sacrificios excesivamente crueles y sangrientos, en los que una víctima elegida era desollada viva en sus altares. Murugong había explicado a Ayonar que, como no había probado el dolor de este sacrifico durante miles de años, estaba a punto de morirse de hambre, y debían encontrar una víctima a la que desollar rápidamente.

«Naharju y sus hombres se sintieron muy preocupados, pues hacía tiempo que tales costumbres se habían abandonado en Tirao, y no deseaban volver a practicarlas, y mucho menos desollar a uno de los suyos de aquella cruel manera. Así que 1o consultaron y mientras descutían, el sacerdote Ayonar dijo:

"Con vuestro permiso, alteza, he pensado un modo de honrar al poderoso Murugong y conservar nuestra piel intacta. Vayamos al bosque. cacemos a un hombre-mono, y sacrifiquémoslo de la manera en que se nos ha ordenado. Pues, aunque no es tan inteligente como un auténtico hombre, el hombre-mono está en una posición muy alta en la escala de la vida de modo que sufrirá tanto como un ser humano. Y, puesto que Murugong se alimenta del dolor de sus víctimas estará igual de satisfecho que si uno de nosotros hubiese perecido de ese modo."

«Los hombres de la facció de Naharju estuvieron de acuerdo en que el sacerdote había hablado con buen juicio, y se organizó una partida de caza inmediatamente. Después de que

el hombre-mono hubiera sido ofrecido al dios, Murugong se apareció a Ayonar en un sueño y le dijo que estaba muy satisfecho con el sacrificio y que adoptaría a los refugiados tiraonianos como su pueblo elegido siempre y cuando ellos continuasen con los sacrificios. Y así siguieron durante, muchos años. Bajo Naharju y su hijo, que llevaba el mismo nombre, la gente aumentó de número y construyó la ciudad de Culbagarh sobre las ruinas de la otra, la ciudad sin nombre.

«Mientras tanto los gobernantes de Tirao, desesperados a causa de las atrocidades que cometía Vrujja el Malvado, buscaban un príncipe para que encabezara una rebelión contra su soberano. Esto era difícil, pues Vrujja se había deshecho de todos sus parientes, ejecutando hasta los primos terceros y cuartos, y enviando hombres para que asesinaran a quienes habían huido a Novaria y a otras tierras bárbaras.

«Pero, finalmente, los rebeldes descubrieron a un jefe de los habitantes del desierto de Fedirum, llamado Waqith, por cuyas venas corría una trigésimo segunda parte de sangre real tiraoniana. Y le invitaron a invadir Tirao y a convertirse en rey en lugar de Vrujja. La invasión fue muy rápida, pues la mayor parte de los hombres de Vrujja desertaron. Pronto Vrujja fue asesinado de un modo interesante, del que prefiero no hablar, y Waqith fue coronado rey.

«Pero Waqith no resultó mucho mejor que Vrujja, como esperaban sus seguidores. Su primera actuación oficial consistió en arrestar a los principales nobles de Tirao y formar una pirámide con sus cabezas en la plaza pública. Tras haber aterrorizado a todos los demás, como él pensaba, hasta convertirlos en dóciles súbditos, ordenó luego que amontonaran en el suelo de la sala del trono todo el contenido del tesoro. Y la contemplación de tanta riqueza hizo que Waqith, que durante toda su vida había sido un pelagatos ladrón del desierto para quien un marco de plata era una fortuna, perdiera el juicio por completo. Se lo encontraron sentado sobre un montón de monedas, arrojando joyas al aire y riendo y balbuceando como si fuese un bebé sin destetar.

«Así que mataron a Waqith y buscaron a otra persona para sustituirlo. Pero ahora la historia de los problemas de Tirao se había extendido más allá de los desiertos de Fedirum, y otras bandas de nómadas irrumpieron en las fértiles llanuras de Tirao, donde los nobles supervivientes luchaban entre ellos para ver quién debía gobernar la tierra. Y pronto por todo el reino se extendió la sangre y el fuego, y en las ruinas de sus palacios y fortalezas de otros tiempos anidaron lechuzas, murciélagos y serpientes. Y así siguieron las cosas hasta la llegada de Ghish el Grande.

«Mientras tanto, Culbagarh crecía y crecía, ya que muchos fugitivos buscaron refugio aquí tras la caída de Tirao. Pero bajo el reinado del nieto de Naharju, Darganj, se hizo aún más difícil capturar suficientes hombres-mono para los sacrificios de Murugong, pues éstos se hicieron recelosos de Culbagarh y procuraban alejarse de allí, de modo que los culbagarheños se vieron obligados a emplear a hombres que estuvieran constantemente a la caza de estos seres. E incluso se habló de elegir a víctimas por sorteo entre los recién llegados a Culbagarh, por si acaso se agotaba el suministro de hombres-mono.

«Entre los refugiados de Tirao había un hombre llamado Jainini, que predicaba la existencia de un nuevo dios, llamado Yish. Este nuevo dios, según Jainini, se le había aparecido en sueños para hablarle de una religión basada en el amor en lugar de en la sangre y el terror. Si todo el mundo, decía Jainini, amase a todo el mundo, todos los problemas se acabarían. Más aún, Ylsh, que era un dios superior a Murugong, los protegería con más eficacia que Murugong lo había hecho nunca.

Librodot

«Los sacerdotes de Murugong, que se habían vuelto ricos, corruptos y poderosos, quisieron sacrificar a Jainini en el altar de Murugong por ser un peligroso hereje. Pero Jainini tenía muchos seguidores, especialmente entre los nuevos inmigrantes, a quienes no les había parecido bien la intención de los sacerdotes de ofrecerles a ellos como sacrifico a Murugong. Y parecía que las dos facciones tendrían que luchar para resolver esto.

«Pero entonces el rey Darganj se puso del lado de Yish y de su profeta Jainini. Algunos dijeron que lo que le interesaba a Darganj no era la religión del amor, sino meter mano a los tesoros del templo de Murugong.

«Fuera como fuese, Yish se convirtió en el dios principal de Culbagarh, y Murugong fue abandonado. Y durante un tiempo la ciudad disfrutó de los beneficios de la religión del amor. Se empleó al ejército para desempeñar tareas civiles tales como limpiar las calles de la ciudad. A los malhechores, en lugar de que el verdugo les cortara una mano o la cabeza, se les enseñaban las virtudes del amor y se les soltaba con la advertencia de que no volvieran a pecar, aunque dicen que pocos de ellos siguieron este consejo; los demás continuaron sus carreras de ladrones, violadores y asesinos con más placer que nunca.

«Entonces, sin previo aviso, una horda de hombres-mono invadieron y saquearon la ciudad y mataron a sus habitantes. Los continuos ataques de los culbagarheños durante tres generaciones habían llenado de odio a estas criaturas, y finalmente esta persecución había llevado a muchos pequeños clanes de hombres-mono a unirse contra sus cazadores. El hecho de que las cacerías de víctimas sagradas se hubiesen suspendido no cambiaba nada; tendrían que pasar siglos antes de que los hombres-mono perdieran su sed de venganza.

«Los invasores estaban armados sólo con toscas lanzas de madera, palos y piedras afiladas, pero eran muy numerosos, y los culbagarheños, bajo la influencia de Jainini, habían destruido sus armas fundiéndolas y convirtiéndolas en herramientas de agricultura. Unos cuantos, incluido el rey Darganj y Jainini, escaparon a la masacre y huyeron hacia el oeste. Y al día siguiente, el profeta dijo al rey que el dios abandonado, Murugong, se le había aparecido mientras dormía. Jainini no pudo describir a este dios mejor que lo había hecho Ayonar; pero de todos modos, tenía algo que decír de su parte.

"Dice" -explicó Jainini- “que nos está bien empleado por abandonarle".

""Nos tomaría otra vez bajo su protección si volvemos a adorarle?" preguntó el rey Darganj.

""Se lo he preguntado", dijo Jainini, "y me ha dicho que no; hemos demostrado ser unos bribones tan inconstantes y desleales, que ya no quiere tratos con nosotros. En cambio, los hombres-mono le agradarían como adoradores, ya que tienen una mente demasiado simple como para cuestionar su autoridad con teorías teológicas.”

"¿Y qué hay de tu poderoso dios Yish, quien se suponía que debía protegernos?"

"Murugong ha derrotado a Yish y lo ha expulsado de Komilakh. Yo me lamenté diciendo que Yish me había asegurado ser el más poderoso de los dos, cuando, al parecer, eso no era cierto. Pero, ¿cómo podía mentir un dios? 'Es sencillo', dijo Murugong, 'tan fácilmente como cualquier mortal'. 'Pero', dije yo, 'siempre he creído que los dioses no mentían nunca'. '¿Quién te ha dicho eso?,' preguntó Murugong. 'Los mismos dioses', le respondí. 'Pero', dijo Murugong, 'si un dios es un mentiroso, ¿qué le impide mentir también sobre otros asuntos?' Entonces me horroricé al pensar que vivía en un universo donde no sólo los hombres mentían, sino también los dioses. 'Eso es injusto', protesté. 'Muy injusto', dijo Murugong, 'pero también

Librodot

la existencia es injusta'". "Entonces me puse a maldecir a los dioses y desafié a Murugong a que me matara, pero él sólo se rió y desapareció de mis sueños. Así que así están las cosas, señor. Y os ruego que me desolléis enseguida como sacrificio a Murugong, para que al menos parte de su ira se aleje de lo poco que queda de tu gente, a quienes mi locura ha colocado en esta situación; y sobre todo para que yo me vaya de este horrible mundo, donde ni siquiera se puede confiar en los dioses."

«Pero Dargaj dijo a Jainini que no dijera tonterías y que escapara con los demás hacia el oeste, con la esperanza de encontrar algún rincón del antiguo reinado de Tirao donde pudieran establecerse sin atraer la atención de los bárbaros que luchaban ahora unos contra otros en las ruinas de aquella tierra. Y acababan de emprender la marcha otra vez cuando una horda de hombres-mono aparecieron por detrás. Mientras el resto se los tiraonianos huyeron despavoridos, Jainini caminó valientemente hasta situarse en medio de sus perseguidores.

«Este hecho sorprendió tanto a los salvajes que los otros fugitivos tuvieron tiempo de escapar antes de que las criaturas reaccionasen. Lo último que se supo de Jainini, es que los hombres-mono lo atraparon. No se sabe qué hicieron con él, pero parece improbable que les convirtiera a la religión de Yish. Y la ciudad de Culbagarh ha estado abandonada desde entonces.

-La moraleja sería -dijo Jorian-: "No confíes en nadie, ni siquiera en los dioses".

-No, eso no es del todo exacto, hijo. La moraleja es más bien: "Elige bien en todos los terrenos, tanto en el de los dioses como en el de los hombres, y confía sólo en aquellos que son dignos de confianza."

-Eso estaría muybien, siempre que uno pudiese descubrir quién es de confianza. ¡Vaya! ¿Qué es esto?

La bota de Jorian golpeó una piedra medioenterrada. Algo en ella le hizo agacharse y examinarla. Le dio patadas y tiró de ella hasta que pudo sacarla con la mano. Era la estatuilla de un pequeño y corpulento dios, calvo y sonriente, que estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una peana. El objeto medía en su todalidad menos de medio pie de alto y pesaba aproximadamente una libra. Al estar hecho de una piedra verde translúcida y extremadamente dura, se conservaba en buen estado, y sus rasgos aparecían sólo ligeramente suavizados por el tiempo. Jorian observó la desgastada inscripción de la peana.

-¿Qué es esto? -preguntó mostrándole la estatua a Karadur-. No reconozco la escritura; las letras son del mulvaní moderno.

Karadur, tratando de ver con sus gafas de lectura, también se quedó desconcertado.

-Esto -dijo finalmente-, es tiraoniano, de los últimos tiempos de aquel reinado. El mulvaní moderno se deriva del tiraoniano, con una mezcla de palabras del fediruní. Evidentemente, una persona del pueblo de Culbagarh dejó caer esta estatua aquí antes de que la ciudad cayese en manos de los hombres-mono.

-¿Qué dice?

Karadur palpó las letras con sus dedos.

-Dice: "Tvasha", que según creo es el nombre de un dios muy menor del panteón tiraoniano. Hubo tantos que es dificil recordar quién fue quién.

Librodot

-Bueno, quizá deberíamos adorar a este Tvasha y pedirle ayuda y guía. Después de permanecer aquí en la tierra durante mil años, se alegrará de tener uno o dos adoradores, y dudo de que los dioses de mi tierra novaria tengan jurisdicción tan lejos de sus propiedades.

-Si es que no ha muerto de abandono.

-¿Cómo lo hacemos? ¿Cogemos una de esas pequeñas lagartijas verdes y le cortamos la garganta?

-No hasta que no sepamos sus deseos. A algunos dioses les ofenden mucho los sacrificios sangrientos. Reza para que se te aparezca y te ofrezca su consejo.

-Sería mejor que nos consiguiese algo que comer. Este es el último pastel de nuestro viaje. Mañana no nos quedará más remedio que cazar lagartijas y serpientes para la cena.

Jorian creía encontrarse sobre un pavimento de mármol negro en una especie de sala, aunque no podía ver las paredes ni el suelo. Delante de él, en la oscuridad, brillaba la forma verde clara de Tvasha, sentado en su peana en la misma actitud que tenía en la pequeña estatua. La cabeza del dios parecía estar a la misma altura que la de Jorian, pero, aunque trataba de enfocar la imagen con los ojos, no podía estar seguro de si el dios tenia su mismo tamaño a una distancia de diez o quince pasos, o si era mucho más pequeño y estaba a la distancia de un brazo, o si era mucho más grande y se encontraba a varios estadios de allí. Los labios del dios se movieron y una voz habló en la mente de Jorian:

-¡Saludos, Jorian, hijo de Evor! ¡No sabes cuánto me agrada volver a tener un adorador! Antes de la caída de Culbagarh, yo tenía un orador como tú; déjame pensar, ¿cómo se llamaba? No lo recuerdo, pero era tipo grande y apuesto, siempre metido en algún lío fantástico, del que esperaba que yo le sacase. Recuerdo una vez...

-¡Perdón, señor! –interrumpió Jorian, no sin turbación, a la parlanchina divinidad-. Nos persiguen de cerca unos hombres que desean perjudicarnos. ¿Podrías salvarnos?

-Déjame ver... -el dios desapareció de su peana, dejando a Jorian solo en aquel espacio oscuro y brumoso. Tras unos cuantos latidos de su corazón, Tvasha regresó- No temas hijo. Aunque quienes desean perjudicaros se encuentran a un tiro de flecha de aquí, no os causarán ningún daño...

-¡A un tiro de flecha! -gritó Jorian-. ¡Tengo que despertarme inmediatamente para escapar! ¡Déjame ir, oh, dios!

-No tengas tanta prisa, queridoJorian -dijo Tvasha con una amplia sonrisa-. Hace tanto tiempo que no tengo un mortal con quien conversar, que deseo continuar nuestra charla. Yo me encargaré de los mulvaníes y de sus elefantes entrenados. Dime: ¿Cómo le van las cosas al imperio de Mulvan hoy en día?

-Primero, señor, dime cómo deseas ser adorado.

-Una ofrenda ocasional en forma de flor y una oración por las noches es suficiente para mí. Dime lo poderoso que soy. En realidad -entre tú y yo-, no soy más que un débil diosecillo; pero como, al igual que el resto de los dioses, soy extremadamente vanidoso, trago lisonjas igual que tú tragas vino. Ahora que...

La sala oscura y brumosa se desvaneció, yJorian se despertó mientras Karadur sacudía su hombro. A través de las enormes hojas de arriba, la cara plateada de la luna llena lanzó unos cuandos destellos fantasmales.

-¡Despierta, hijo! -susurró el hechicero-. Oigo elefantes; y si mis débiles y viejos oídos pueden detectarlos, deben de estar cerca...

Jorian se levantó con esfuerzo

-¿No podrían ser elefantes salvajes? Hemos visto numerosas señales de ellos en este bosque... No, oigo el tintineo de los arreos de los caballos. Son los mulvaníes.

Se dirigía va hacia el patio en el que estaban atados los animales, cuando se detuvo. Los chillidos de los elefantes, el crujir y el tintinear de los arneses, el sonido sordo de los cascos de los caballos sobre el suelo del bosque, y los fragmentos de conversación en voz baja disminuyeron. Pronto estos sonidos eran tan débiles que apenas podía oírlos. Entonces se apagaron del todo. Jorian se volvió hacia el hechicero.

-Es obra suya -dijo.

-¿De quién?

-De Tvasha. Me dijo que se encargaría de los mulvaníes. Yo tenía mis dudas, puesto que parecía un viejo charlatán, y no muy listo. Pero sea lo que sea lo que haya hecho, parece que ha funcionado. Podríamos volver a dormirnos, pues si vamos a ciegas por la jungla en medio de la oscuridad, podríamos darnos de bruces contra nuestros perseguidores por pura casualidad.

El aire había refrescado, así que Jorian se puso sus prendas superiores, se envolvió en su capa y volvió a tumbarse en el suelo. Sin embargo, durante un largo rato no pudo conciliar el sueño. Sentía punzadas en la mano herida, y pensaba en el problema de llevarse bien con un dios privado. Todavía estaba inventándose conversaciones imaginarias con la divinidad cuando volvió a encontrarse en la misma sala oscura y brumosa ante Tvasha que estaba sobre su pedestal.

-¿Cómo lo has hecho, señor? -preguntó Jorian.

-Muy fácil, hijo. He creado una ilusión para los elefantes rastreadores, de forma que viesen y oliesen una bella elefanta en celo, haciéndoles señales con la trompa para que se acercasen. Han echado a correr para aprovecharse de esta proposición; y los mulvaníes, creyendo que las bestias estaban siguiendo la pista que conducia hasta ti y hasta tu compañero, se lo han permitido. Ahora se encuentran a leguas de distancia. -El dios sonrió con aire satisfecho-. Y ahora, mi querido Jorian, volvamos a la conversación que sosteníamos cuando el santo Karadur te hizo volver a tu propia esfera de existencia. ¿Cómo le va al imperio de Mulvan? Pues la estatuilla que encontraste en las ruinas es la única que queda de mí en condiciones lo bastante aceptables como para poder emplearla de punto de intersección entre mi mundo y el tuyo. Por eso, en mis visitas a tu esfera, estoy limitado a una corta distancia de las ruinas de Culbagarh. Y ahora, dime.

Librodot

Jorian informó al dios brevemente sobre el estado y la reciente historia de Mulvan, dentro de lo que él sabía. Cuando le habló de la muerte del padre de Shaju, el rey Sirvasha, Tvasha se rió.

-Eso me recuerda -dijo el rey- a uno de los últimos reyes de Tirao, el bisabuelo de Vrujja, pero no puedo recordar su nombre. Pobre de mí, ¿cómo se llamaba? No importa. En fin, te contaré una divertida historia acerca de este rey, cuyo nombre... dioses, ¿cuál era su nombre? Lo tengo en la punta de la lengua... En fin, este rey...

Tvasha le contó una historia incoherente que no parecía tener ni pies ni cabeza. Ni tampoco le pareció divertida a Jorian. Un cuarto de hora más tarde, por lo menos, Jorian se movía nerviosamente de aburrimiento e impaciencia mientras Tvasha seguía divagando.

Entonces el dios lanzó una mirada por encima de su hombro y gritó:

-¡Oh, pobre de mí! ¡He estado tan absorto contándote la historia que no me he dado cuenta del espantoso peligro que cieme sobre vosotros! Y, ¡ay!, esta vez no puedo salvaros, pues aquellos que os amenazan están bajo la protección del poderoso Murugong, mientras que yo no soy más que un débil dios...

Jorian trató frenéticamente de despertarse. Era como tirar de unas ataduras físicas. Y entonces una sacudida lo despertó de inmediato. Unas manos peludas le agarraban los brazos y las piernas; gritó cuando uno le apretó su todavía débil mano izquierda. A unos pocos pasos de distancia, un grupo de hombres-mono de Komilakh había inmovilizado igualmente a Karadur. Allá hacia el este, un brillo de rubí entre la jungla anunciaba la salida del sol.

Los hombres-mono medían unos cinco pies de alto, pero eran muy robustos y musculosos. Sus cuellos sobresalían hacia adelante y sus frentes retrocedían; y sus amplios y gruesos labios se entreabrían para mostrar filas de grandes dientes amarillos. Iban desnudos, eran casi tan peludos como los animales de la selva y apestaban.

Forzando los músculos, Jorian hizo un supremo esfuerzo por liberarse. Pero, aunque su fuerza era grande en comparación con la de la mayoría de los hombres, la de cada uno de sus apresadores era igual a la suya. Las manos peludas con uñas negras y rotas le agarraron con más fuerza aún, y un par de hombres-mono le golpearon con los puños hasta que dejó de moverse. Mientras permanecía sujeto por las garras de los hombres-mono, se quedó mirando la cabeza medio enterrada de la estatua sin cabeza que estaba allí cerca. De pronto se dio cuenta de que la cara de la piedra no era la de un hombre, sino la de un tigre. La advertencia de Goania...

-¡No te resistas! -le dijo Karadur-. Eso sólo sirve para enloquecerlos más.

-¿Qué van a hacer con nosotros? -preguntó Jorian.

-¿Cómo podría saberlo? ¿Tú entiendes algo de su lengua?

-No. ¿Y tú?

-No, aunque yo hablo cinco o seis lenguas, además del mulvaní.

-¿No puedes hechizarlos?

-No mientras me tengan sujeto, pues ningún encantamiento digno de llamarse así puede efectuarse simplemante balbuceando las palabras mágicas.

Jorian dijo:

-Tvasha me dijo que están bajo la protección de Murugong.

-¡Ah! Así que lo que Janini le dijo al rey Darganj hace miles de años sigue siendo cierto. Temo lo peor.

-¿Te refieres a que nos despe...?

Un movimiento entre los hombres-mono interrumpió a Jorian. En respuesta a una orden expresada por un gruñido de uno del grupo, forzaron a Jorian a levantarse y le condujeron medio a rastras, por los caminos cubiertos de hierba de Culhagarh. Otros llevaron a Karadur. Zigzaguearon entre las ruinas hasta que Jorian se desorientó.

Se detuvieron delante de unas piedras grandes. La más cercana y de menos tamaño de ellas era un simple bloque, de dos codos de alto y el doble de ancho, erosionado hasta que sus antiguos bordes y esquinas se habían redondeado, de forma que casi podía confundirse por una roca natural.

Detrás de la roca se alzaba un pedestal o peana grande y achaparrado encima del cual había algo que una vez fue una escultura, pero que ahora estaba tan desgastada que no podía decirse con certeza a quíen había representado. Su forma general era la de un hombre sentado, pero no se distinguía claramente ningún miembro o parte humana. Era bajo, rechoncho y redondeado, con algún resto de talla aquí y allá. Una serpiente enrollada de color rojo y negro, que yacía en la base de la estatua, se escapó reptando y desapareció por un agujero.

-Esta debe de ser la estatua de Murugong de la que tú me hablaste -dijo Jorian.

-¡Ah, pobre de mí! Creo que tienes razón. Me siento culpable por haberte conducido a este funesto final. ¡Adiós, hijo!

Apareció un hombre-mono empuñando un cuchillo de hierro oxidado. Esta era la única herramienta o arma de metal a la vista, pues todas las demás eran de madera, piedra o hueso. El aborigen afiló el cuchillo en el bloque del altar, al tiempo que sonaba: fsss--fsss

-No te culpes, doctor –dijo Jorian-. Todos tenemos que correr riesgos. Si al menos nos ataran y se marcharan un momento dejándonos aquí, quizá pudiera hacer algo...

Fsss-fsss, seguía haciendo el cuchillo. Los hombres-mono no tenían ninguna intención de atar a sus cautivos. En lugar de eso, seguían a su alrededor de pie o en cuclillas, agarrando firmemente sus brazos y piernas con una paciencia inquietante.

Finalmente, el hombre-mono que tenía el cuchillo terminó de afilarlo, tocó el filo con el dedo pulgar y se levantó. Obedeciendo a un gruñido, los hombres-mono que sujetaban a Jorian le arrastraron hasta el altar y le tumbaron en él boca abajo, sin dejar de sujetarle fuertemente. El del cuchillo, de pie ante la estatua, levantó los brazos y pronunció un discurso del cual Jorian entendió la palabra “Murugong".

Entonces el hombre-mono se volvió hacia Jorian y se inclinó sobre la víctima. Alzó el cuchillo e hizo deliberadamente un corte a lo largo del esternón, desde la garganta hasta la cintura, apretando con fuerza. Jorian se puso tenso para soportar el dolor valientemente.

El cuchillo cortó fácilmente la túnica de Jorian, pero lo detuvo la estupenda camisa de cota de malla que llevaba debajo. Con una exclamación gutural, el encargado del sacrificio se inclinó, apartando a un lado los trozos cortados de la túnica de Jorian para examinar esta prenda. Los hombres que sujetaban a Jorian dijeron algo, y un par de ellos comenzaron a tirar de la camisa de cota de malla para sacársela por la cabeza. Mientras luchaban, discutían y se ponían unos en frente de otros, se formó un altercado a la vista de Jorian. Al poco tiempo todos los hombres-mono se gritaban unos a otros de forma ininteligible.

Poco a poco el ruido fue disminuyendo. Los hombres-mono que agarraban a Jorian le hicieron incorporarse hasta quedar sentado en el altar. Ante él había un hombre-mono de mediana edad y especialmente feo, que le señaló con su gordo y peludo dedo índice.

-¿Tú Jorian? -preguntó en un novario apenas comprensible.

-Sí. ¿Quién eres tú?

-Yo Zor. ¿Tú recordar? Tú salvar mi vida.

-¡Por las pelotas de bronce de Imbal! -gritóJorian-. Claro que me acuerdo, Zor. ¡No me digas que después de escapar de la jaula, viniste a pie todo el camino desde el oeste de los Lograns hasta Komilakh!

-Yo fuerte. Yo caminar.

-¡Bien hecho! ¿Qué tal te ha ido?

-Yo bien. Yo jefe.

-Y ahora, ¿Qué nos va a pasar?

-Tú ayudar a mí, yo ayudar a ti. ¿Dónde ir tú?

-Nos gustaria llegar a Halgir, para cruzar el estrecho.

-Tú ir.

Zor apartó a un lado a los hombres que sujetaban a Jorian y rodeó los hombros de Jorian con su peludo y grueso brazo. Jorian hizo una mueca de dolor a causa de las contusiones que había recibido de los puños de sus captores. Gesticulando con el otro brazo, Zor dijo unas breves pero efusivas palabras a los otros hombres-mono. Aunque no podía entender nada, Jorian pensó que el discurso quería decir que Jorian era amigo de Zor, y que nadie debía herirlo ni hacerle daño, o de lo contrario Zor se enojaría.

-¿Y qué hay de mi amigo? -preguntó Jorian.

-Tú ir, él quedar. El no ayudar nosotros. Nosotros matarle.

-O nos vamos los dos, o ninguno.

Zor miró amenazadoramente a Jorian.

-¿Para qué decir eso?

-El es mi amigo. Tú harías lo mismo por un amigo tuyo, ¿no es cierto?

Zor se rascó la cabeza.

-Tú hablar bien. De acuerdo, él ir también.

Al día siguiente, tras dejar las orillas del Shrindola, trotaron campo a través hacia el noroeste en medio de una tormenta, con un escuadrón de hombres-mono que les acompañaba para mostrarles el camino y conseguirles alimento. Karadur dijo:

-Si alguna vez te he criticado, hijo, ahora te pido humildemente perdón.

-¿Qué? -gritó Jorian para hacerse oír por encima de un trueno. Karadur se lo repitió.

-¿Por qué, doctor? -dijo Jorian.

-Has estado a punto de ser sacrificado -de una forma especialmente dolorosa- por no querer abandonarme, cuando tenías una excelente oportunidad de escapar tú solo. Me postro humildemente a tus pies.

-¡Oh, tonterías! Simplemente, me salió así. Si me hubiera parado a pensar, probablemente me hubiese faltado valor. Pero estaba tan aterrorizado por ese cuchillo de despellejar... Oh, muy bien, muy bien, no hablaré en voz alta de mis temores.

-¿Llevas contigo a tu nuevo dios?

-Está con el equipaje, auque es un misterio cúanto bien nos traerá Tvasha. Creo que deberíamos inventar una nueva religión: la adoración al dios del absurdo. Si alguna fuerza rige el universo, seguramente es un absurdo. Reflexiona: Tú efectúas un encantamiento de camuflaje que sale mal y atrae al enemigo.

-Eso no fue fallo del hechizo. Nos faltaban los ingredientes apropiados.

-Luego me tropiezo con la estatua de Tvasha. El dios nos salva de los mulvaníes, sólo para hacernos caer en las garras de los hombres-mono porque está muy ocupado contándome una larga y aburrida historia sobre un rey de la antigüedad, y no se da cuenta de que están allí. Cuando por fin los ve, teme demasiado al rey Murugong como para intervenir. Entonces Zor, que por casualidad está allí, y que además me reconoce, nos salva de una muerte dolorosa, cuando yo no le hubiese reconocido a él; a mí, estos aborígenes me parecen todos iguales. Zor cree que yo lo saqué deliberadamente de la jaula de las casa de Rhithos. A decir verdad, aquello fue un simple accidente como consecuencia de mi estupidez, y por el que Rhithos me hubiese matado si la chica no me hubiese ayudado a salir. Y eso no es todo. Si esta historia la hubiese inventado algún trovador, Vanora y yo hubiésemos sido una pareja predestinada de amantes felices, mientras que, después de utilizarme como semental, ella descubre que no puede soportarme y se marcha con ese imbécil de Boso, el cual se encontraría a sus anchas entre esta escolta que nos acompaña. ¡Y ahora dime que el universo tiene sentido!

Librodot

-Estoy seguro de que tiene un sentido pleno, pero nuestras insignificantes mentes mortales no tienen suficiente fuerza como para captarlo por completo.

-¡Ja! Pero, sea como sea, otra cena a base de raíces y hongos en salsa de bichos machacados, y puede que les diga a nuestros amigos que me vuelvan a llevar a Culbagarh y me sacrifiquen. ¡Con esta dieta, la muerte sería un gran alivio!

El Mar De Hierba

Durante el mes del carnero, un frío viento rugía por la estepa de Shven. La llanura, suavemente ondulada, se extendía hacia el norte hasta un horizonte plano no alterado tan siquiera por un árbol, casa o colina. La elevada hierba era de un pálido gris amarillento, pues la nueva cosecha de primavera todavía no había comenzado a brotar. Allí donde escaseaba la hierba podía verse la tierra negra y húmeda debajo. De vez en cuando, el cauce de un río formaba una pequeña cañada que serpenteaba a través de la planicie; a lo largo del arroyo crecían pequeños sauces y alisos. A la sombra de estos árboles aún sobrevivían manchas de nieve.

Cabalgando sobre los mismos animales con los que habían salido de Trimandilam más de tres meses antes, Jorian y Karadur trotaban ligeros a través de la estepa. Iban cubiertos de barro hasta la cintura, pues los cascos de sus animales hacían brotar a cada paso una fuente negra de lodo líquido.

Al lleg.lr a Halgir, al estrecho que separaba el Mar Interior del otro mar más pequeño llamado Sikhon, se habían visto obligados a esperar un mes hasta que el tiempo se calmara lo suficiente como para cruzar ese espacio de agua. Sin embargo, agradecieron ese forzado descanso, pues Karadur estuvo a punto de morir de agotamiento. Incluso Jorian, cuya fuerza estaba por encima de la de la mayoría de los hombres, se había fatigado en extremo, no sólo por el esfuerzo físico, sino también por la dieta alimenticia de los hombres-mono.

Durante esta pausa, a Jorian se le curó su mano herida, y se equiparon para el viaje alrededor de la costa norte del Mar Interior. Las botas de Jorian. que a causa de la humedad de Komilakh se caían en pedazos, fueron reparadas. Karadur consiguió un par de botas de fieltro para usarlas en lugar de sus sandalias. Ambos se procuraron abrigos de piel de oveja que llegaban hasta la rodilla y gorros de piel.

Al abandobar Gilgir, tras cruzar el estrecho de Halgir, siguieron la costa, excepto cuando podían acortar distancias siguiendo en línea recta o pasando a través de un cabo o península. Se consideraban muy afortunados de no haber visto a casi ningún otro ser humano durante cerca de un mes.

Una vez pasaron por las ruinas quemadas de un pueblo situado en un pequeño valle. Uno de los campesinos que había habitado allí vivió lo suficiente como para contar la historia: El pueblo había estado supuestamente bajo la protección de Hnidmar, el kan de los eilings. Pero habían prosperado demasiado, así que Hnidmar ordenó destruirlos para evitar que su éxito atrajese a más colonos a la estepa, en cuyo caso ésta se llenaría de cercas y de cultivos y ya no serviría como tierra de pastoreo.

Dormían cerca de los arroyos, donde podían cortar maleza suficiente para hacer lechos, que al menos les aislaban del barro. En dos ocasiones Jorian, como complemento de la comida que llevaban, había cazado un antilope de la estepa disparando su ballesta. Una vez vieron a una pequeña manada de mamuts, que empezaban su migración de primavera hacia el norte en dirección a los lejanos bosques de Hroth, pero, por prudencia, no les molestaron. También evitaban al unicornio, una enorme bestia peluda, con las patas cortas y el cuerpo en forma de tonel, no muy distinta del rinoceronte de los trópicos, sólo que su único cuerno salía en mitad del cráneo, encima de los ojos.

Había pocas ciudades a lo largo de la costa norte del Mar Interior. Estaba Gilgir, al final de una península larga y en forma de pico -uno de los "Colmillos de Halgir"-, enfrente de Halgir y al otro lado del estrecho que llevaba el mismo nombre. Gilgir y Halgir eran poblaciones fangosas.dedicadas a la pesca y a la navegación, entre cuya gente predominaban los de cara plana y ojos rasgados que había en Ijo y Salimor. Por estas colonias pasaba una pequeña ruta comercial, y los barcos que hacían el trayecto entre Salimor y los puertos del Mar Interior solían detenerse allí. Pero el comercio de Halgir con el interior era escaso, ya que los hombres-mono de Komilakh difícilmente podían ser buenos clientes.

El puerto más grande de la costa norte del Mar Interior era Istheun, en el extremo de la bahía de Norli. Era la única ciudad shvénica que se vanagloriaba de poseer una muralla y cierto grado de autogobierno. Esto era posible gracias a la protección del kan de los gendings, la más poderosa de las hordas shvénicas. Jorian y Karadur cabalgaron a lo largo de la costa en dirección a Istheun con la esperanza de encontrar allí un barco hacia Tarxia.

Atravesaban una depresión de la estepa, cuando Jorian comentó:

-Este maldito galopar de jamelgo es bastante suave por las patas izquierdas, pero muy brusco por las derechas. En éstas, cada vez que sube la silla tengo la impresión de que me va a lanzar al cielo. Estoy intentando enseñar a este idiota a correr sólo con las izquierdas...

El viento gemía y agitaba la hierba seca. Jorian dijo:

-No hay nada como viajar para que uno aprecie las maravillas de su propia tierra.

¡Oh! el calor húmedo de la jungla
donde se arrastran las serpientes y el sol no brilla,
y el sudor humedece tu frente y tus ropas se pudren;
Yo prefiero un lugar más templado:
Novaria, dulce Novaria.

Hay quien suspira por la infinita y verde llanura,
por donde ruedan los ruidosos carros de los nómadas,
y galopan los jinetes contra el viento y la lluvia;
A mí me gusta la tierra de la fruta y el grano:
Novaria, dulce Novaria.

Y hay mares con sus rugientes tempestades,
y olas montañosas, y revoltosas ballenas;
Yo me quedo con las acogedoras colinas y valles
de Novaria, mi Novaria.

-Has omitido las montañas y los desiertos -dijo Karadur.

-Si alguna vez subo a los altos Lograms o viajo a Fedirum añadiré unos versos...-Jorian se detuvo, refrenó y levantó una mano-. Hay un hombre ahí delante -dijo en voz baja-. Sujeta un momento a Oser.

Después de desmontar, Jorian entregó las riendas a Karadur. Se quitó su gorro y corrió hasta la siguiente elevación agachándose para que su cabeza no se viera en el horizonte Pronto estuvo de vuelta.

-Son sólo un par de pastores que cuidan caballos. Debemos estar acercándonos a una de las hordas. Es mejor que retrocedarnos hasta el último arroyo y acampemos, mientras yo pregunto a Tvasha si debemos cabalgar abiertamente o rodear sus flancos furtivamente. ¡Que me hunda en el estiércol, pero, según mis cálculos, deberíamos haber llegado a Istheun hace rato!

-Como dijo el filósofo Cidam: "Un viaje y una enfermedad siempre duran más de lo esperado; el dinero y el vino, menos" -dijo Karadur-. A este paso. todavía podemos llegar a Metouro a tiempo para el cónclave. Tendremos que parar en Tarxia para tomarnos un respiro. Uno de mi facción vive allí.

-¿Quién es él?

-Un viejo mago llamado Valdonius.

-¿Es de fiar?

-Ciertamente, Valdonius es conocido como un hombre de rigurosa integridad.

-Bueno, esperemos que sea más virtuoso que Rhithos y Porrex, en quienes tú también confiabas.

Karadur permaneció en silencio durante un momento. Luego dijo:

-Oye, Jorian.

-¿Sí?

-¿Te agradaría la profesión de mago? Necesito un aprendiz, ya que el último que tuve murió hace años.

-¿De qué murió?

-El pobre mentecato dejó un hueco en la estrella de cinco puntas cuando invocaba a un demonio hostil. Estoy seguro de que tú lo harías mejor. ¿Qué dices?

-¡Por los cuernos de Thio! ¿Yo, un mago? No sé. He querido ser relojero, mercader, granjero, soldado y poeta; pero nunca invocador de espíritus.

-Bueno, tendrás ocasión de juzgar a mis colegas en el cónclave.

Con aspecto menos alegre del que sería de desear, el dios verde Tvasha preguntó a Jorian:

-¿Dónde están mis flores?

-¡Oh, señor! –respondió Jorian-, ¿Cómo pretendes que encuentre flores en esta época y en esta fría pradera? Si no te importa esperar quince días, te daré suficientes flores para compensar los atrasos.

-Sigo queriendo mis ramilletes -dijo el dios de mal humor-. En Tirao no había nunca problemas para of recer flores durante todo el año.

-Esto no es Tirao -dijo Jorian, tratando de reprimir su impaciencia con esta divinidad tan infantil-. Aquí las flores brotan solamente en determinadas épocas del año.

-¡Entonces odio este lugar! Llévame otra vez a mi querida y conocida jungla!

-Mira, dios -dijo Jorian-, te desenterré del estiércol de Culbagarh, y te he rezado fielmente todos los días desde entonces. Si no te comportas como un dios adulto, te diré lo que voy a hacer: la próxima vez que nos acerquemos al Mar Interior, te lanzaré al agua lo más lejos que pueda. Puede que los esturiones y los arenques te sean unos adoradores más de tu gusto.

-¡Oh, está bien, está bien!-refunfuñó Tvasha-. Puedes dejarme a deber las flores. ¿Qué deseas de mí esta vez?

-Desearía saber algo de la horda con la que nos vamos a encontrar: quiénes son ellos y quién es su kan.

Tvasha desapareció de su peana, dejando a Jorian solo en la oscura y brumosa sala. Entonces volvió a aparecer.

-Es la horda de los gendings, que están acampados alrededor de la ciudad de Istheun, y su kan es Vilimir.

-¡Vaya! ¿Es el mismo hombre que estaba en la corte de Xylar como refugiado el año pasado?

-Eso no lo sé, aunque es fácil de averiguar. ¿Era ese Vilmir un hombre delgado, de mediana altura, con el rostro afeitado, pelo largo y mechas rubias y grises, y con cicatrices en la cara y en la mano derecha?

-Ese era él. El viejo kan debía morir o ser expulsado. ¿Puedes aconsejarme si, habiendo ayudado una vez a ese hombre cuando lo necesitaba, debo ponerme ahora en sus manos?

-¡Oh, yo creo que estarás bastante seguro, mi querido Jorian. Al menos, no he detectado ningún pensamiento malvado que cruzara por su mente ahora cuando lo he visto. Me ha dado la impresión de que es un individuo astuto y práctico.

-Esa era la impresión que me dio a mí cuando visitó Xylar. ¡Adiós!

Cuando Jorian se despertó, le contó a Karadur su última entrevista con Tvasha.

-Sigo sin estar muy seguro de que seamos bien recibidos -dijo-. Vilimir me pareció una persona realista con la sangre demasiado fría para dejarse llevar por la gratitud. ¿Cuál es tu consejo?

-¡Oh, Jorian, confiemos en él sin dudarlo! Sólo así podremos encontrar un barco hacia Tarxia, y mis pobres huesos no soportarán mucho más traqueteando y dando botes por esta llanura interminable. Además, si tratásemos de rodear su formación, perderíamos varios días y nos veríamos obligados a seguir el viaje por tierra. Esto quizá nos haría llegar tarde al cónclave.

-Muy bien –dijo Jorian, y se montó en su silla. A mediodía habían llegado al campamento principal de los gendings, en una ligera elevación al norte del puerto de Istheun. Detrás de Istheun se podía ver el brillo acerado del sol en las aguas de la bahía de Norli, donde varios de los pequeños barcos con forma de canoa sin cubierta de esta región zarpaban en su primer viaje de la temporada bajo sus solitarias velas marrones y cuadradas. La misma Istheun era una ciudad en forma de media luna que abrazaba el extremo de la bahía. Rodeaba la ciudad una muralla de piedra tosca, sobre la cual giraban alegremente una veintena de molinillos de viento con la fresca brisa de la estepa.

Las negras tiendas de campaña de los gendings cubrían una enorme área. Fuera de este espacio se ejercitaban las tropas de los soldados nómadas. Practicaban ataques, simulacros de retrocesos y disparos desde la silla de montar a pleno galope. El grueso del ejército de los gendings estaba compuesto por arqueros a caballo con armas ligeras, pero los más ricos de los súbditos del kan Vilimir formaban escuadrones de lanceros con armas pesadas, cubiertos de los pies a la cabeza con cotas de malla en forma de escamas, que montaban grandes caballos también parcialmente acorazados. Los altos mandos observaban los ejercicios a lomos de mamuts domados.

Nadie prestó especial atención a los dos jinetes inclasificables, cubiertos de polvo y lodo seco, que pasaron sin prisa en dirección al enorme pabellón rojo y negro del centro de la formación. Jorian y Karadur ataron a los animales en un poste, y Jorian dijo a uno de los centinelas en svénico:

-El rey Jorian de Xylar desea presentar sus respetos al Gran Kan de los Gendings. El nos conoce.

-¿Has dicho rey? -dijo el centinela, mirando a Jorian de arriba a abajo-. He visto reyes antes, pero ninguno vestido de mendigo, sin más escolta que un pobre anciano sobre un asno cojo. -Era un hombre grande, casi del tamaño de Jorian, con largo pelo dorado recogido en trenzas y un bigote que le colgaba hasta el cuello por ambos lados. Llevaba ropa de lana holgada, una camisa de cota de malla, una esclavina de piel y un casco de bronce con una cresta en forma de rueda.

-Así son las cosas –dijo Jorian en el mismo tono-. ¿Tendrías la amabilidad de anunciarnos?

Librodot

-Su Crueldad está ejercitando a sus tropas. ¿Querría Su Soberana y Poderosa Majestad tomar asiento en el vestíbulo hasta su regreso? -El centinela hizo una larga y burlona reverencia.

-Te doy las gracias, soldado. Ya te diré un par de cosas más tarde.

El centinela se dio la vuelta riéndose con desprecio. Después de una hora de espera, un grupo de gendings se acercó al pabellón montados en mamuts. Los jinetes ordenaron a las enormes bestias que se agacharan delante del pabellón, mientras ellos saltaban al suelo. Los mamuts se levantaron y se alejaron al tiempo que los jinetes entraban en el vestíbulo.

Al frente de ellos venía el príncipe Vilimir, con un casco adornado de oro y seguido de cerca por oficiales y guardaespaldas. Reconociendo al instante su cara alargada y afeitada, Jorian se levantó. Vilimir se detuvo, y luego dijo:

-¡Por las entrañas de Greipnek! ¿No eres tú Jorian -(él lo pronunciaba "Shorian")- el que fue rey de Xylar?

-Así es, vuestra Crueldad.

Vilimir esbozó una pérfida sonrisa.

-¡Bueno, esto sí que es una sorpresa! Vi vuestra huida de Xylar -una hazaña ingeniosa-, pero no esperaba veros por aquí. Pasad.

Al poco tiempo estaban sentados sobre las alfombras de la tienda principal, donde Jorian recibió una jarra de cerveza. Vilimir dijo, mientras sus adornos dorados cascabeleaban al moverse:

-Y ahora, antiguo rey, ¿qué os trae por Shven?

-Un pequeño encargo del santo padre Karadur, que está conmigo. ¿Cómo han cambiado las cosas, verdad? ¿Cúanto tiempo hace que sois kan?

-Tres meses, desde que una de las esposas de mi tío envenenó al viejo sinverguenza. No logré averiguar quién de ellas lo había hecho, así que tuve que matarlas a todas para asegurarme de que se hacía justicia.

-¿Qué tal va la horda?

-Ahora mismo, nos estamos preparando para declarar la guerra a los eylins. A Hnidmar le hace falta que le den una lección. Envié un emisario para protestar contra una invasión en nuestro territorio, y nos devolvió al hombre sin manos. Pero habladme de vos.

-Bueno, por cierto, vuestro centinela -el joven de bigote largo- me ha tratado con gran insolencia cuando me acerqué a tu tienda.

Vilimir se encogió de hombros.

-No se puede esperar que un simple nómada trate a un sedentario como a un ser humano semejante a él. -Jorian miró fríamente a Vilimir, preguntándose si el kan también pretendía insultarle. Pero Vilimir siguió hablando en tono suave:- Debes de haber visto cosas extrañas en tu viaje por las desconocidas tierras del sur.

-¡Así ha sido! -Jorian comenzó a narrar algunos de los episodios más emocionantes de su su viaje, cuando se dio cuenta de que una rara debilidad se estaba apoderando de él. Apenas tenía fuerza para sostener la jarra. ¡Gran Zevatas -pensó-, no creo que haya bebido tanto!

Trató de continuar, pero su lengua parecía negarse a obedecer a su cerebro. La mano que sostenía la jarra se relajó, derramando la cerveza. Jorian miró a Vilimir con una repentina sospecha.

El kan hizo una señal con los dedos, y una soga cayó sobre los hombros de Jorian y se tensó, sujetándole los brazos. Un segundo despueés le agarraba también los puños. Jorian se puso en pie con un rugido sordo, pero los gendings que estaban al otro extremo de los lazos eran hombres grandes y fuertes, que fácilmente detuvieron las embestidas del atontado Jorian.

-¿Qué es esto? -dijo con dificultad a Vilimir, que sonreía sentado.

-Pues siplemente que necesitamos dinero para esta guerra contra Hnidmar, y la recompensa que Xylar of rece por tu captura nos servirá para ese fin.

A Jorian le pareció que la lengua se le había hinchado hasta adquirir un tamaño doble, pero la obligó a obedecer.

-¡Maldito traidor! ¡Por la verga de hierro de Imbal, podría haberte devuelto a tu tío cuando viniste a Xylar!

-Sin duda; pero como eras un estúpido sedentario sentimental, desperdiciaste la oportunidad. Eso sólo demuestra que el mayor de los sedentarios no le llega a un nómada ni a la suela de sus zapatos. Ponedle nuestros nuevos grilletes.

En sus muñecas colocaron un par de esposas de acero nuevo y reluciente, unidas por una cadena de un pie de largo, y las cerraron con una llave.

-La mejor artesanía tarxiana -dijo Vilimir-. Deberías sentirte halagado, mi buen Jorian. -El kan se volvió hacia Karadur, que seguía sentado temblando-. Y ahora, hechicero, ¿qué hacemos contigo? A los xylarios les gustaría sin duda agarrar al brujo que tramó la huida de su gobernante; pero, como son igual de avaros que todos los sedentarios, probablemente no añadirían nada a la recompensa. Por otro lado, nosotros necesitamos un hechicero competente. Al último que tuvimos lo matamos cuando no pudo responder a la pregunta de quién había envenenado a mi tío. Una tercera alternativa sería ordenar que te cortaran la cabeza inmediatamente; quizá esa sería la solución más sencilla. ¿Cuál eliges?

-Yo... seré tu humilde servidor.

Jorian lanzó una mirada amarga a Karadur, que miró hacia otro lado. El kan dijo:

-¡Brakki! Lleva a ámese Jorian al calabozo y coloca a un vigilante de confianza en la puerta. Te aviso que es un experto en librarse de estos grilletes. Quitarle todo lo que lleve de valor, excepto su vestimenta. Nombrad una escolta –diez hombres serán suficientes- para llevarle desde aquí hasta Xylar. Déjame pensar: Xylar es aliada de Vindium contra Othomae; Othomae es aliada de Metouro contra Govannian; Metouro es aliada de Tarxia contra Boaktis; Govannian es aliada de Aussar contra Metouro. Por tanto, Xylar es aliada de Vindium,

Govannian y Boaktis contra Othomae, Metouro, Assar y Tarxia; mientras que Solyrnbria, Kortoli, Zolon e Ir son neutrales. La ruta más conveniente sería, por tanto, atravesar los Ellornas hasta llegar a Boaktis, evitando la tierra tarxiana, y de allí dirigirse a Xylar a través de Solymbria e Ir. ¿Está claro?

-Sí, Vuestra Crueldad -contestó el hombre llamado Brakki.

Entonces a Jorian se le doblaron las piernas y cayó sobre la alfombra inconsciente. En su desmayo, se encontró de nuevo frente al dios verde Tvasha. En vez de acercarse a la divinidad reverencialmente, rugió:

-¿Por qué no me advertiste que este bellaco me estaba esperando?

Llorando, el dios gimoteó:

-¡Mil perdones, buen Jorian! No soy más que un dios pequeño y débil, de poderes limitados. No pienses mal de mí, te lo ruego. No podría soportarlo. Y ahora, adiós, pues te están quitando el pequeño ídolo verde, y por tanto, de ahora en adelante, debo servir a ese villano kan. ¡Que otros dioses más poderosos te acompañen!

Con Jorian en el centro, la escolta avanzaba por caminos que serpenteaban subiendo y bajando los valles de los Ellornas occidentales. Gotas de humedad caían de los árboles, cuya silueta se dibujaba en la bruma con las hojas que empezaban a brotar. Las primeras flores silvestres adornaban la húmeda tierra con pequeñas estrellas amarillas, azules y blancas. Cuando se levantó la niebla, se pudo ver que las cimas más altas que había a cada lado aún seguían cubiertas de nieve.

Las montañas de Ellorna y los Lograms, éstos situados más al sur, formaban barreras gemelas que amurallaban la tierra de Novaria entre ellas. Esta tierra formaba una amplia península, que lindaba con Shven al norte y con Fedirun y Mulvan al sur, y separaba también al Mar Interior del Océano Oeste. Entre estas dos grandes cadenas montañosas había una extensión más o menos rectangular, formada por colinas y llanuras, llamada Novaria, la Tierra de las Doce Ciudades.

La existencia de estas cadenas había hecho posible que los doce estados de Novaria florecieran, en medio de constantes disputas y guerras entre ellos, a pesar de la amenaza de las hordas nómadas de Shven por el norte, los depredadores habitantes del desierto por el sur, y el poder de Mulvan por el sureste. Los escasos pasos existentes en estas montañas eran fáciles de defender.

Puesto que tanto a los fieros habitantes de la estepa de Shven como a las numerosas y dóciles multitudes de Mulvan les producía pánico el mar, la navegación por el Mar Interior estaba totalmente en manos de los novarios y una mezcla de gente de Janareth y de Istheun. Por ello no había mucho peligro de que una de las grandes potencias del norte y del sur invadieran Novaria por mar, a menos que una de las Doce Ciudades, cegada por el odio hacia algún vecino, trajese en barco ejércitos de estos peligrosos extranjeros para que le ayudasen en una batalla local. Esta posibilidad quitaba el sueño a los cancilleres y ministros novarios durante noches enteras, pues conocían a su pueblo. Sabían que, cuando se dejaban llevar por la pasión, no había crueldad que no fueran capaces de cometer ni riesgo que no se atreviesen a correr para lograr una ventaja sobre el objeto inmediato de su ira.

Librodot

Jorian seguía montando a su gran roano castaño, Oser, aunque sus manos estaban esposadas. Otro jinete guiaba a Oser, y una cuerda, cuyo extremo sujetaba otro jinete distinto, rodeaba el cuello de Jorian. Brakki había querido que Jorian fuese en un pobre rocín y quedarse con Oser para la manada del kan, pues en la estepa apreciaban mucho a los
caballos que eran lo bastate grandes como para llevar a un hombre corpulento con armadura. Pero el comandante de la escolta, un tal capitán Glaum, señaló que Jorian era el hombre más pesado del grupo. Si le montaban sobre un pequeño y débil animalito, la bestia se derrumbaría y tendrían que comprar o robar otra cabalgadura por el camino. Por tanto, Brakki había enviado a Jorian montado en Oser, advirtiendo a Glaum que debía defender la vida del caballo con la suya propia.

Y así iban rodeando las colinas. Con el paso de los días, las cimas de la derecha se fueron haciendo más altas y con más nieve. Esta era la cresta principal de los Ellornas. El grupo se mantuvo en las estribaciones del sur, bordeando las tierras de las Doce Ciudades. Jorian, mirando a su izquierda hacia las frondosas lomas, estaba seguro de que si pudiese atravesar unas cuantas estaría en territorio tarxiano.

¿Y entonces qué? Al ser enemiga de Xylar, Tarxia probablemente no le extraditaría. Pero no tenía ni dinero ni armas. El oro que había cogido en Rennum Kezymar, su espada, su daga, su ballesta y la camisa de cota de malla -e incluso su diosecillo verde-, todo le había sido arrebatado. No conocía a nadie en Tarxia, que era la más alejada de Xylar de las Doce Ciudades. Jorian repitió el único nombre tarxiano que había oído decir a Karadur: el hechicero Valdonius. Si el plan de llevar el Kist de Avlen a Metouro había fracasado, se suponía que ahora Jorian era libre de hacer lo que quisiera. Pero sería mejor asegurarse de que el encantamiento le había sido levantado y de que sabía qué es lo que quería hacer. En cualquier caso, Valdonius de Tarxia parecía una persona tan indicada como cualquier otra para un nuevo comienzo.

Durante los primeros días después de dejar Istheun, los gendings de la escolta y el prisionero no habían conversado mucho. No le habían tratado mal, pero su actitud era la misma que muestra un hombre práctico e insensible hacia sus animales domésticos. No deseaban herirle, porque las heridas podrían rebajar su valor; pero tampoco querían que hiciera ninguna tonteria.

Cuando dejaron las llanuras de Shven y ascendieron a los Ellornas más bajos, se fue rompiendo el hielo gracias a que se impuso el espíritu entusiasta de Jorian. A esto ayudó el hecho de que hablase shvénico con bastante fluidez y de que fuese capaz de hacer pequeñas bromas. Y Jorian recurría a trucos astutos para despertar su interés. Por ejemplo, una vez, mientras su escolta acampaba, comentó:

-Estas montañas se parecen mucho a los Lograms, que están a cien leguas al sur de aquí. Me recuerdan cierta ocasión en la que un brujo herrero se disponia a templar la hoja de su espada atravesándola al rojo vivo por mi... pero no creo que eso os interese.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Glaum-. Continúa, cuéntanoslo.

-¡Oh, vosotros los nómadas lo sabéis todo y no creéis nada de lo que diga un sedentario. ¿Por qué habría yo de aburriros con mis historias?

-No vamos a permitir que despiertes nuestra curiosidad y luego nos dejes con las ganas -dijo Glaum-. ¡Ahora habla, o por el pene de Greipnek, retorceré esta cuerda hasta que lo hagas!

-Bueno, muy bien –Y Jorian comenzó a contar la historia de su aventura con Rhithos el herrero.

Para cuando se hubieron adentrado en los Ellornas, se había convertido en una costumbre el hecho de que los gendings ordenaran todas las noches:

-Jorian! ¡Cuéntanos una historia!

Glaum se aseguraba de que, en todo momento, al menos dos hombres estuviesen vigilando a Jorian con las armas preparadas. Dividía la noche en turnos de vigilancia, durante los cuales dos de ellos vigilaban a Jorian mientras otros dos cumplían con sus deberes ordinarios como centinelas.

-Podríamos toparnos con un oso recién salido de su guarida -les explicó-, y en las montañas más altas, los hombres de las cuevas atacan a los grupos pequeños. Quiera Greipnek que no nos pase nada; pero debemos estar preparados por si sucediera.

Un día, Jorian captó trozos de conversación que le hicieron sospechar que el grupo pronto giraría hacia el sur, para atravesar los pasos que conducían a Boaktis. Por tanto, debía escapar inmediatamente si quería llegar a territorio tarxiano, que estaría más a su favor. Aquella noche se esmeró como narrador.

-Si yo tuviese el ingenio del rey Fusinian de Kortoli -dijo-, hace tiempo que me habría escapado de vosotros. Con lo estúpidos que sois; pero, ¡dioses! Me temo que yo soy tan tonto como vosotros. ¿Recordáis que os hablé de Fusinian, el hijo de Filoman el Bienintencionado, hace unas cuantas noches? Era un hombre pequeño, pero muy vivaz y despierto, y por eso le llamaban Fuxinian el Zorro. Y ya os he contado aquella vez que sembró los dientes de Grimnor y que fue expulsado de Kortoli.

«Después de recuperar su reino y a su encantadora reina, Thanuda, todo fue bien durante algún tiempo. Y entonces, un día, la reina desapareció, dejando su tocador muy revuelto, como si se la hubiesen llevado a la fuerza. Naturalmente. Fusinian se sintió desolado. Sus dos hijos aumentaban su dolor agarrándose a su ropa y preguntando cuándo volvería su mamá a casa.

«Tan pronto como se enteró de su desaparición, Fusinian mandó hombres en su busca, hizo públicas una serie de proclamaciones, of reció recompensas y consultó a personas sabias para intentar averiguar lo que le había sucedido a su amada. A uno de los primeros a quienes preguntó fue al hechicero de la corte, el doctor Aichos, que hizo horóscopos, estudió el vuelo de los pájaros e invocó a los espíritus, todo sin ningún resultdo. Entonces Fusinian consultó con todos los demás hechiceros licenciados del reino sin éxito.

«Finalmente, recurrió a la única persona a la que había jurado no volver a encargar nada: la bruja Gloé, que habitaba en una cueva en las montañas al sur de Kortoli. Gloé había estado aconsejando a la monarquía kortoliana durante dos generaciones. Más aún, estaba decidida a convertirse en hechicera de la corte en lugar de Aichos, y éste fue el precio que exigió a los reyes de Kortoli en ocasiones anteriores en que ellos la habían empleado. Tal como salieron las cosas, sus hechizos siempre habían fracasado en un aspecto o en otro, así que los reyes nunca se habían sentido obligados a concederle este puesto.

«Ahora, llevado por su desesperación, el rey Fusinian cabalgó hacia el sur y buscó la cueva de Gloé. Cuando le preguntó qué le había sucedido a su consorte, ella respondió al punto:

"Ah, eso. Un gnomo, que últimamente se ha trasladado de aquí a las montañas Elorna, vive ahora en las Cavernas Maravillosas. Hace quince días recibí noticias de uno de mis demonios familiares, según las cuales ese duende había llevado allí a una mujer."

«Fusinian conocía bien las Cavernas Maravillosas, pues su padre, Filoman el Bienintencionado, había ordenado que las explorasen e hiciesen un mapa, y el mismo Fusinian las había visitado cuando era joven. Se trataba de una serie de cuevas de piedra caliza, que asomaban a un barranco situado a unas pocas leguas de la cueva de Gloé. Sin embargo, pocos las habían visitado, porque su acceso era difícil y tenían fama de estar en poder de espíritus malignos. Fusinian preguntó a Gloé:

"¿Podrias hechizar a ese gnomo para sacarlo de la cueva y destruirlo?"

"¡Ay, no, señor!", contestó la bruja. "Habéis de saber que, aunque los gnomos no poseen poderes sobrenaturales inherentes, están inmunizados contra los encantamientos efectuados por otros. El único hechizo mío que podría funcionar requiere una larga preparación, y también es necesario que el objeto del hechizo se esté quieto durante la operación."

"Entonces supongo que tendré que perseguir a ese mostruo en su cueva yo mismo e intentar matarlo", dijo el rey.

"No os lo aconsejo", dijo Gloé. “Este es un viejo gnomo extraordinariamente resistente, llamado Vuum. Vuestras armas rebotarán en su piel escamosa como si fuese una estatua de granito, y su fuerza es tal que podría cogeros y destrozaros miembro a miembro, y esparcir los trozos por su barranco."

"Entonces vendré con una compañía de mis más valerosos soldados, y lo venceremos por número".

"Eso tampoco funcionara, majestad; pues las Cavernas Maravillosas tienen la entrada en mitad de un desfiladero, y sólo se puede entrar en ellas descendiendo con cuerdas desde la cima del desfiladero. Además, la única entrada a la caverna es estrecha, así que vuestros hombres sólo podrian llegar hasta Vuum de uno en uno, y de ese modo él podría destruirlos totalmente."

"Si es así, entonces, ¿cómo sale y entra Vuum?"

"Como él es un gnomo, las uñas de las manos y de los pies son tan gruesas y se parecen tanto a garras que puede asirse a grietas de las rocas que tus ojos nunca advertirían. De ese modo puede escalar el desfiladero con tanta facilidad como una ardilla sube por el tronco de un árbol."

"Y si montáramos una balista al otro lado de la garganta en frente de la cueva y le disparásemos un dardo cuando asome la cabeza?"

"Sus sentidos son tan finos y su agilidad tan grande que vería acercarse vuestro misil y se volvería a esconder rápidamente en la cueva."

"Bueno", dijo Fusinian, "si ha llegado mi hora, ha llegado. Pase lo que pase, mi honor no me permitirá dejar a esa sabandija en posesión de mi querida esposa."

"¿Qué te propones hacer?", preguntó Gloé.

"Pues ir a las Cavernas Maravillosas, descender yo mismo por el acantilado, entrar en la cueva y tratar de matar a ese Vuum."

"¡Oh, señor! ¿Y qué va a hacer Kortoli sin vos? Estuvimos a punto de perecer bajo el reinado de vuestro querido pero estúpido padre. Si vos morís ahora, tendremos que enfrentarnos a una larga regencia hasta que vuestro hijo mayor alcance la mayoría de edad, y vos sabéis qué peligros conlleva eso. Si tuvieseis la más mínima oportunidad, yo bendeciría vuestro intento. Pero reflexionad: ese gnomo os lleva medio cuerpo de altura y es el doble de ancho, y pesa el triple que vos. Su piel es tan dura como la de los cocodrilos de Mulvan, y puede escalar las rocas con sus dedos..."

"Espera", dijo el rey. "¿Has dicho el doble de ancho?"

"Sí, y todos sus músculos son de acero..."

"Déjame pensar", dijo Fusinian. "Estoy tratando de recordar el mapa de las Cavernas Maravillosas que se hizo durante el reinado de mi padre. Oye, Gloé: si yo inmovilizo a ese Vuum, ¿podrías hechizarlo con algún encantamiento?"

"Bueno, señor, hay un hechizo de tormenta que aprendí hace tiempo de un santo hombre de Mulvan. Es casi tan peligroso para el que lo utiliza como para la victima; pero en este caso estoy dispuesta a intentarlo. Sin embargo, quiero vuestra palabra de que, si lo consigo, tendré garantizada mi licencia y seré nombrada vuestra maga de la corte..."

"Sí, sí, ya sabía que me lo ihas a pedir", dijo Fusinian. "Tendrás lo que pides solarnente en el caso de que tus rayos actúen como has prometido. Ahora me voy para preparar el asalto."

«Y el rey volvió a su capital, y allí escogió a su corcel más veloz, y sus mejores armas, y a cien de sus guerreros más robustos. Y otra cosa que se llevó fue una gaita, como las que usan los pastores de las colinas de Govannian, que el rey había estado tratando de aprender a tocar. La opinión general en Kortoli era que el sonido de ese instrumento era bastante desagradable cuando lo tocaba un gaitero competente, pero cuando el rey hacía ruidos con ella resultaba tan terrible que no podía describirse.

«Como Fusinian era el rey, nadie excepto Thanuda se atrevía a decirle en la cara lo que pesaban de su gaita; pero por la forma en que carraspeaban y vacilaban cuando les pedía su opinión, pronto supo su verdadero parecer. Por eso, se dedicó a practicar en una celda de sus mazmorras, donde no molestaba a nadie salvo a uno o dos prisioneros. Como era un hombre humanitario, Fusinian les descontaba tiempo de sus condenas a cambio de tener que escuchar su música.

«El rey también cogió el mapa de las Cavernas Maravillosas preparado bajo el reinado de Filoman y lo estudió mientras viajaba. Y a su debido tiempo llegó al barranco en el que se abría la entrada a las cavernas. Se colocó al borde del acantilado situado frente a la entrada de la cueva y empezó a tocar su gaita.

«Cuando llevaba un rato tocando, y sus cien fornidos guerreros se habían tapado los oídos, el gnomo apareció en la boca de la cueva, rugiendo:

"¿Qué es ese ruido infernal?”

Librodot

"No es un ruido infernal, sino los dulces compases de mi gaita", dijo Fusinian.

“Bueno, ¿y por qué me sometes a ellos?", preguntó Vuum.

"Porque soy el rey Fusinian, cuya reina tú has secuestrado. Quiero que me la devuelvas, y quiero que te vayas de mi reino."

"¡Ajá!", dijo el gnomo. "Así que tú eres el ratoncito que tenemos por rey, ¿no es asi? Has de saber, gusano, que pienso quedarme con tu mujer para mí, y si no dejas de molestarme, peor para ti."

«Cuando llevaban un rato intercambiando palabras de este tipo, Vuum salió de la cueva, descendiendo por el escarpado acantilado ayudándose de sus uñas como si fuese un murciélago, y empezó a trepar por el otro lado de la garganta con intención de destruir a Fusinian y a sus hombres. Los hombres lanzaron una lluvia de flechas con sus ballestas, pero éstas tan sólo rebotaban en la piel escamosa del gnomo. Entonces Fusinian y su partida montaron en sus sillas y se marcharon al galope, y el gnomo no pudo alcanzarlos. Pero tan pronto como Vuum volvió a su cueva, Fusinian regreso a su puesto y empezó a dar otra vez la serenata.

«Y esto continuó durante muchos días, con el rey convirtiendo en un tormento las noches y los días con su gaita y escapando a toda velocidad siempre que Vuum intentaba vengarse. Finalmente, incluso la fuerza de hierro del gnomo comenzó a disminuir, y se contentaba con esconderse en la boca de su cueva, arrojar piedras y proferir insultos al causante de su sufrimiento. Fusinian se ponía a cubierto cuando las piedras se acercaban silbando, y los insultos no le importaban lo más mínimo.

«Finalmente, el gnomo lo llamó dede el otro lado del barranco:

"¡Oye, rey, si deseas recuperar a tu esposa, acepta una lucha de hombre contra gnomo! Pelearé, boxearé, lucharé, o nos enfrentaremos con espadas, lanzas, hachas, garrotes, o cuchillos; o nos batiremos a un duelo a distancia con el arco, con la ballesta, con la honda o con el lanzajabalinas. ¿Se te ocurre alguna otra manera de solucionar nuestra disputa?"

"Puesto que soy la parte desafiada", dijo Fusinian "me corresponde elegir las armas. Y yo no pelearé, ni boxearé ni lucharé con espadas, lanzas, etc., porque conozco tu fuerza y audacia demasiado bien. Pero sí estoy dispuesto a participar en una competición contigo."

"¿Y en qué consistiria?"

"Haremos una carrera a pie en tus propias cavernas. Comenzaremos en la entrada y correremos por el corredor principal, daremos la vuelta al circuito y volveremos a la entrada."

-Tras cierta discusión sobre los detalles, el gnomo estuvo de acuerdo en que era una competición justa. Entonces Fusinian dijo:

"Ahora, hablemos de las condiciones. Si ganas tú, yo me marcharé y te dejaré tranquilo en posesión de las Cavernas Maravillosas y de Thanuda. Si gano yo, me entrgarás a Thanuda y te marcharás inmediatamente de mi reino.”

«Nuevamente volvieron a discutir, pero cuando Fusinian comenzó a soplar la gaita, Vuum accedió rápidamente. Entonces Fusinian dijo:

"No es que desconfíe de ti, mi buen gnomo, pero para asegurarme de que no ocurra ningún suceso desafortunado mientras yo estoy en tu cueva, traerás a Thanuda al pie del barranco y la dejarás allí mientras competimos. Mis hombres tienen orden de que, en caso de traición por tu parte, cojan a la mujer y se marchen sin tan siquiera intentar rescatarme a mí."

"Pero, ¿y si la traición es por tu parte, mi señor rey?”

"El mero hecho de estar al alcance de tu mano elimina esa posibilidad", dijo Fusinian. "Podrías aplastarme como a un insecto si te hiciese alguna trampa."

«Así que Fusinian descendió al pie del barranco, y Vuum hizo lo mismo, llevando a Thanuda sobre su hombro. Y luego el gnomo cargó a Fusinian sobre su hombro, y volvió a trepar por el acantilado hasta la boca de la cueva, y Fusinian dijo después que el viaje sobre los hombros escamosos del apestoso monstruo había sido la prueba más dura de soportar. Pero, finalmente, llegaron a la cueva y el gnomo entregó a Fusinian una de las pequeñas lámparas iluminadas con pequeñas luciérnagas cautivas que empleaba para alumbrar en la oscuridad, mientras él cogía otra. Entonces Fusinian asomó la cabeza fuera de la cueva y gritó a su mujer:

"Está bien, querida, puedes dar la señal."

«De modo que ella gritó:

"¡Preparados! ¡Listos! ¡Ya!”

«Vuum y Fusinian salieron disparados como el viento, o todo lo parecido al viento que era posible en la oscuridad de la cueva, con su suelo irregular y las estalactitas y estalagmitas a las que esquivar.

«Como era un hombre pequeño y veloz, Fusinian sabía que podía regresar a la salida más deprisa que su pesado rival, que era un buen corredor una vez que cogía la marcha, pero lento en alcanzar su máxima velocidad. Seguro de sí mismo, Fusinian iba dando zancadas dos pasos por delante de Vuum. Vuum tenia la ventaja de conocer las cavernas mejor que Fusinian, que no había estado allí desde hacía una década, y comenzó a ganerle terreno. Pero entonces se golpeó la cabeza con una estalactita, de forma que ésta se rompió y le cayeron encima enormes pedazos de piedra caliza. Como era un gnomo, no se hirió gravemente, pero el accidente le hizo perder el ritmo y Jorian pudo ganar otro paso.

«Ahora bien, Fusinian sabía, por su estudio del mapa de la cueva, que en el circuito principal del cual le había hablado él había un lugar estrecho. Y cuando llegó a este estrecho, se puso de lado y pasó ágilmente. Pero Vuum, que le venia siguiendo, se atascó. El debía de conocer la existencia de este estrecho lugar, pero al parecer nunca había tratado de comprobar si podía pasar por él. Fusinian se detuvo para gritarle unos cuantos insultos variados, por lo que el gnomo, rugiendo salvajemente, trató con más ahínco de atravesar el estrecho, pero sólo logró atascarse más todavia. Como veis, los gnomos no son una especie muy inteligente; a este respecto figuran cerca de los hombres-mono de Komilakh.

«Y así, Fusinian llegó a la entrada otra vez y gritó a sus hombres -algunos de los cuales se habían situado en la cima del acantilado en el que estaba la cueva- que le lanzaran una cuerda hasta el pie del barranco. Y cuando Fusinian recuperó el aliento, descendió por la cuerda y

abrazó amorosamente a Thanuda. Luego treparon por el otro lado de la garganta, y el rey fue a avisar a la bruja Gloé para que actuase.

«Gloé había puesto el caldero a hervir y había echado en él el ojo de un tritón, y la punta del pie de una rana, y otras sustancias malsanas. Pronunció un poderoso encantamiento y el cielo se oscureció, sopló un frío viento, y cayó la lluvia; en el aire se oía el revolotear de unas alas invisibles, y un hedor a infierno invadió el ambiente. Y ella señaló con su varita la entrada de la cueva y un rayo de luz se encendió en la nube que había en el cielo y cayó a un lado de la montaña, pero no en la entrada de la cueva. Ella volvió a intentarlo, y el rayo cayó al otro lado. Durante una hora estuvo apuntando con su varita y pronunciando las palabras del poder, y en todas las ocasiones se encendía un rayo y sonaba un trueno, pero nunca lograba que cayese en la boca de las Cavernas Maravillosas. Cuando no sonaba ningun trueno se oían los bramidos del gnomo atrapado dentro de las cavernas.

«Entonces la nube de tormenta desapareció en el aire, y Gloé se desplomó extenuada, sin haber logrado dar en el blanco ni siquiera una vez. Y mientras Fusinian, Thanuda y los guerreros continuaban allí aturdidos, medio sordos por los truenos y totalmente empapados de agua, se oyó un profundo estruendo. La tierra tembló y se movió, el acantilado se derrumbó con un fuerte estrépito, la entrada de las Cavernas Maravillosas desapareció entre un rugir de rocas y grava, y el aire se llenó de un polvo asfixiante. Una parte del otro lado del barranco cayó también, y si no fuese porque Fusinian había apartado a su reina del borde se habrían caído con él. Al final el barranco quedó medio lleno de escombros y no se veía rastro de las cavernas ni del gnomo, salvo un líquido verde con un hedor peculiar que rezumaba por las rocas.

«Así que ése fue el fin de las Cavernas y de Vuum, y ellos volvieron a la Ciudad de Kortoli muy contentos. Entonces Gloé reclamó el puesto de maga de la corte, y Fusinian se negó a dárselo alegando que en realidad ella no había matado al gnomo con su encantamiento de los rayos, que había salido mal. La llegada del terremoto en ese oportuno momento, dijo él, había sido una casualidad. Gloé, por su parte, mantenía que, aunque sus rayos no habían entrado en la cueva y caido sobre Vuum, había perturbado de tal manera el equilibrio de las fuerzas naturales que habían provocado el terremoto. Por tanto, ella había complido su parte del trato, aunque no fuese exactamente de la forma esperada.

«La discusión fue subiendo de tono, pues Fusinian era un rey demasiado justo como para hacer callar a Gloé sin más por importunarle. Finalmente, Thanuda sugirió que trajesen a una tercera persona imparcial para que arbitrase, así que plantearon la cuestión al teócrata de Tarxia, que decidió en favor de Gloé. Como de todos modos el doctor Aichos ya tenía edad de retirarse, parecía que el cambio podría efectuarse ocasionando las mínimas molestias posibles. Pero cuando Gloé no llevaba disfrutando de su puesto ni siquiera una quincena, cogió la tisis contagiada por algún otro cortesano y murió en tres días. De modo que, después de todo, el retiro de Aichos resultó sólo temporal.

«Thanuda aseguró a su consorte que Vuum no le había hecho nada peor que hacerle jugar a las damas durante horas. Pero pronto se supo que estaba embarazada. Y cuando nació el niño, era más grande y robusto que ningún otro niño jamás visto en Kortoli. Más aún, al crecer, su piel fue adquiriendo un aspecto tosco y escamoso, no muy distinto al de la piel de un cocodrilo.

«Afortunadamente para el rey no era el heredero inmediato, ya que tenía dos hermanos mayores; y anque no era especialmente inteligente, era dócil y bondadoso. De nombre Fusarius, llegó a ser un famoso guerrero, ya que era el doble de fuerte que un hombre normal,

Librodot

con una piel tan sumamente resistente que apenas necesitaba armadura, aunque la llevaba en la batalla porque le desagradaban los arañazos y magulladuras que en otro hombre hubieran sido mortales.

«En cuanto a la paternidad de Fusarius, Fusinian tenia sin duda su opinión particular. Pero como era un hombre filosófico, se lo tomó lo mejor que pudo.

Jorian miró a su alrededor. Uno de los miembros de la escolta se había dormido tranquilamente, acurrucado al pie de un árbol. De los demás, varios deberían haberse dormido para estar bien despejados cuando empezaran sus turnos de vigilancia. En lugar de ello, todos estaban pendientes de sus palabras.

-Cuentan una historia -continuó- sobre este Fusinian y el león solitario...

Y así continuó durante horas, contando una historia detrás de otra. Algunas las tenia guardadas en la memoria, otras se las inventaba sobre la marcha. Hablando en un tono bajo e inexpresivo, añadía paja a las historias y las prolongaba sin ningún reparo, intentando siempre que no fuesen demasiado emocionantes. En consecuencia, a medianoche todos los hombres de la escolta estaban dormidos. No se habían apostado vigias, porque Glaum se había dormido antes de poder hacerlo. El claro del bosque se llenó del suave zumbido de los ronquidos de los gendings.

Jorian se levantó. Buscó en el interior de su fajin la única posesión que, además de las ropas, no le habían quitado: la pequeña bolsa de las ganzúas. Los gendins se habían alegrado tanto con sus armas y su cinto del dinero que no se habían molestado en registrar sus ropas con más minuciosidad. Una vez que Jorian tuvo en sus manos uno de los alambres doblados, fue sólo cuestión de segundos abrir las esposas.

Dejó los grilletes con cuidado en el suelo para que no hiciese ruido la cadena, y cogió la espada envainada que uno de la escolta había dejado en el suelo junto a él. Era una espada recta de jinete, con doble filo y más larga incluso que Randir, con una empuñadura plana en forma de cruz. A Jorian no le gustó tanto como la que le había cogido a Rhithos el herrero, pero serviría.

Le hubiese gustado robar una bolsa o más de los gendings. Sabía que habían traído una considerable suma de dinero con el que sobornar a los oficiales de Solymbria y de Ir si fuese necesario para llevar a Jorian a través de esos países sin interferencias. Pero, como todos ellos tenían su bolsa firmemente atada a su cinturón, Jorian no vio el modo de hacerlo
sin correr el riesgo de despertar a alguien.

Oser movió las orejas y emitió un suave sonido equino cuando Jorian, moviéndose como una sombra, se acercó a él, le acarició el hocico y lo desató. Para una empresa nocturna como aquella, hubiera preferido un caballo de un tono más oscuro que el ruano color castaño, pero esto se compensaba con el hecho de que este animal le conocía. mientras que los otros no, y podrían organizar un alboroto si trataba de llevarse a uno de ellos.

Agarrando las riendas con una mano y la espada robada con la otra, apartó silenciosamente a Oser de los demás animales y subió la loma más cercana hacia el sur. En lo alto de la loma, cuando ya no podían verle desde el campamento, se detuvo para estudiar las estrellas. La luna creciente había salido dos horas antes, pero las estrellas, que se veían a través de las ramas de los árboles todavia sin hojas, le indicaron la dirección. Sonriendo tranquilamente para sí mismo, se dispuso a descender la siguiente rampa en dirección a Tarxia.

Librodot

El Dios De Esmeralda

El río Spherdar serpenteaba a través de la planicie central de Tarxia, donde yuntas de búfalos tiraban de arados de madera por la húmeda y negra tierra. Las praderas y las orillas de los caminos y de los campos donde el arado no había abierto zanjas estaban alegres con millones de flores silvestres.

Junto al Spherdar, a unas cuantas leguas del Mar Interior y como centro principal de navegación de barcos de temporada, se alzaba la ciudad de Tarxia. Su muralla parecía imponente desde lejos, pero desde más cerca se veía que estaba anticuada y en malas condiciones. Estaba hecha de ladrillo en lugar de piedra, y por tanto no resistiría la agresión de las modernas máquinas de sitiar. Muchas troneras se habían derrumbado, y aquí y allá una gran grieta, causada por el mal asentamiento, recorría los ladrillos en zigzag. Para su defensa, los tarxianos confiaban más bien en su dios y en los poderes sobrenaturales de sus sacerdotes que en las armas y en las fortificaciones. Desde el establecimiento de la teocracia, los vecinos de Tarxia habían temido demasiado a estos poderes como para ponerlos seriamente a prueba.

La ciudad misma era más pequeña y triste de lo que cabía esperar de uno de los principales puertos del Mar Interior. Las calles eran estrechas, tortuosas y mugrientas. La mayoría de las casas eran o bien viviendas de pisos hacinados o cuchitriles pegados unos a otros con extrañas piezas de ladrillo y tablas. Incluso las casas de los tarxianos más ricos eran modestas de tamaño y pobres de decoración. Las calles hervían de laicos con la ropa salpicada de barro y de sacerdotes del dios Gorgolor envueltos en un manto negro.

La ciudad estaba dominada por un edificio enorme en forma de torre: el templo de Gorgolor, dios patrón de Tarxia y -según la teocracia- dios supremo del universo. Era el templo más grande, costoso y llamativo de toda Novaria, ni siquiera superado por el espléndido santuario de Zevatas en Solymbria. El rasgo predominante de este templo era la enorme cúpula en el centro de la estructura cruciforme.

Apoyada sobre un tambor y unas pechinas y reforzado por medias cúpulas y contrafuertes, esta cúpula se alzaba más de 350 pies hacia el cielo. El sol primaveral centelleaba cegadoramente en sus azulejos dorados. Cuatro torres delgadas, desde las que los sacerdotes de Grogolor llamaban a los tarxianos a la oración tres veces al día, se elevaban formando un cuadrado en las esquinas del edificio. Alrededor de este templo se extendía un recinto sagrado formado por un parque y edificios subsidiarios, incluyendo el palacio del teócrata.

Desde el templo de Gorgolor, el suelo descendía en dirección al puerto, con sus muelles, barcos y lugares frecuentados por los marineros. Alimentado por varios afluentes, que se le unían antes y después de la ciudad de Tarxia, el Spherdar serpenteaba hacia el este atravesando el gran Pantano de Spraa hacia el mar. Las morsas estaban muy protegidas en las aguas tarxianas porque, al alimentarse de plantas del pantano, las criaturas ayudaban a evitar que éstas bloqueasen el río.

En la rampa que descendía desde el templo hasta el puerto había multitud de viviendas de los hombres laicos más prósperos de Tarxia, incluida la del mago Valdonius. Alrededor del mediodía del día 19 del mes del cuervo, Jorian llamó a la puerta de la casa de Valdonius. Cuando el portero abrió la mirilla, Jorian preguntó:

-¿Está el doctor Valdonius en casa?

-¿Y qué si lo está? -dijo el portero, mirando con desagrado la vestimenta andrajosa de Jorian, su pelo enmarañado y su barba. Jorian llevaba atada en su brazo izquierdo una banda amarilla con unas palabras escritas en la letra arcaica que usaban en Tarxia:

HEREJE AUTORIZADO-ZEVATISTA

-Te ruego que le comuniques que un mensajero del doctor Karadur está fuera.

La mirilla se cerró, y enseguida se abrió la puerta. Mientras Jorian pasaba al interior, el portero retrocedió arrugando la nariz. Jorian dijo refunfuñando:

-¡Si no te hubieses bañado en dos meses, amigo, tú también olerias mal!

Cuando el portero condujó a Jorian por un pasillo hasta llegar a una agradable sala de estar, Jorian se detuvo y se quedó mirando asombrado. De los dos hombres que estaban sentados comiendo, uno -un hombre enorme, calvo y gordo- debía de ser Valdonius. El otro era Karadur. Valdonius dijo:

-Saludos, maese Jorian. No hace falta ser muy perspicaz para deducir que de algún modo has escapado de los bárbaros. -Luego dijo a Karadur-: Ya ves, viejo, mi adivinación ha funcionado. ¿No te dije que estaría aquí alrededor del mediodía?

-Saludos, doctor Valdonius -dijo Jorian; entonces se dirigió a Karadur-: ¡Por los cuarenta y nueve infiernos mulvaníes! ¿Qué estás haciendo tú aquí? ¡La última vez que te vi, nos habías abandonado a mi y a tu misión para convertirte en el hechicero a sueldo del kan Vilimir!

Una lágrima rodó por la arrugada cara marrón de Karadur.

-¡Ah, hijo mío, no me juzgues demasiado severamente! De nada te hubiese servido que me hubieran enviado de vuelta a Xylar contigo, o que me hubiesen matado allí mismo. ¿Qué otra cosa podía yo -con las más rectas intenciones morales- haber hecho?

Librodot

-Al menos podías haber implorado a Vilimir, o haberle amenazado con alguna indecible desgracia sobrenatural. Todo lo que hiciste fue chillar: "¡Ay, ay, señor!", y me dejaste abandonado a mi suerte son una palabra de protesta.

-¡Pero has escapado a tu destino!

-Pero no gracias a ti. Y ahora supongo que, al enterarte de que Vilimir quería que galopases por la estepa con él en su guerra contra esa otra horda, pensaste que era más conveniente para tu salud y bienestar escaparte y continuar el viaje, ¿eh?

-¡Ah, claro que no, querido hijo! Tuve que decir aquello para engañar al bárbaro y así poder escapar y tratar de alcanzarte...

Valdonius les interrumpió con una estruendosa carcajada.

-¡Tu jovencito se ha convertido en un hombre, Karadur! -dijo jovialmente-. Maese Jorian, creo que esa flecha ha dado cerca del blanco. Sin embargo, si aceptas el consejo de un hombre más viejo, si no más sabio que tú, no creas que el motivo que se le atribuye a un hombre, aunque pueda ser cierto, es el único; pues los motivos de los hombres suelen estar mezclados: el interés personal se codea con la rectitud, y los temores se confunden con las esperanzas. ¿Qué importancia tiene si el buen padre Karadur, por un momento, haya dejado que su interés personal venciese sobre cualquier otra consideración? ¿Nunca te ha ocurrido a ti lo mismo? Además, él es viejo y débil, no un joven héroe fuerte como tú. Por tanto, no cabe esperar de él la valentía adamantina de un Ghish el Grande o de un Fusinian el Zorro.

-Yo no soy un héroe –protestó Jorian-. Yo soy un simple artesano a quien le gustaría establecerse y ganarse la vida honradamente. Sin embargo, yo no me escapé y abandoné a Karadur en las junglas y estepas que hemos atravesado recientemente, aunque podía haberlo hecho con facilidad. ¿Cómo están las cosas en estos momentos?

Valdonius sonrió.

-Las cosas se han puesto muy interesantes. Pero, mi buen Jorian, No necesito invocar a los crueles espíritus de los planetas prohibidos ni a las dimensiones infernales de los oscuros abismos del espacio y del tiempo para saber que deseas tres cosas: una buena comida, un ba ño y los servicios de un barbero. ¿Es correcta mi especulación?

-Eminentemente, señor. Si dejo que mi pelo siga creciendo, me tropezaré con él al andar. En cuanto al baño, vuestro pobre portero casi se desmaya cuando me olió de cerca. Pero de todos estos deseos, el más urgente es la comida, o de lo contrario, yo también me desmayaré.

-¿Cómo has subsistido desde tu huida?

-Cuando un granjero tenía leña que cortar, yo cortaba a cambio de alimento para mí y mi caballo. Cuando no, como no tenía dinero ni para un remiendo de mis calzones, robaba alguna gallina. Es un arte al que dediqué mucho tiempo de estudio cuando me entrenaba para escaparme de Xylar. Gracias, guapa -dijo mientras una bella muchacha le servia una copa de vino y otra le traía una copiosa comida.

-Quizá llegues a ser conocido como Jorian el Zorro por esa habilidad -dijo Valdonius con una risa ahogada.

-O al menos como Jorian el ladrón de gallinas.

-¿Qué ocurrió en la frontera tarxiana?

Entre voraces bocados, Jorian respondió:

-Les dije que yo era Maltho de Kortoli, que buscaba un empleo honesto de mercenario. Está claro que no les gustó mi apariencia, o quizá mi olor, o mi bolsa vacía, pero después de murmurar y cuchichear me dejaron pasar con un permiso de treinta días. El sacerdote a cargo del puesto me ató este maldito brazal, como si yo tuviese alguna enfermedad contagiosa mortal.

-Desde su punto de vista, la tienes -dijo Valdonius-. Llevas en la cabeza todo tipo de pensamientos no autorizados, que si no se vigilan podrían extenderse entre la población general y poner en peligro el delicado estado de despreocupada aceptación de la Fe Verdadera, la cual ha intentado imponer la teocracia durante tanto tiempo y con tanto interés sobre la población tarxiana.

-Lo sé; me hicieron prometer que no hablaría de temas religiosos o filosóficos con ningún tarxiano durante mi estancia aquí. Espero no haber violado ya este mandato.

-No tiene importancia. Durante tres siglos, la teocracia logró cerrar las fronteras a tales influencias subversivas. Pero ahora el país está lleno de inquietud y descontento, pues muchos de los sacerdotes se han convertido en meros libertinos y sobornadores con sotana, y las cosas buenas que habían prometido no se han cumplido. Las ideas siempre encuentran el modo de colarse por las fronteras a pesar de los muros y los centinelas. Sé razondblemente discreto en tus manifestaciones subversivas y no tendrás nada que temer.

-Me extraña mucho que me dejaran pasar.

-Puede que les impresionaran los modales aristocráticos que aprendiste cuando eras rey. Te tomaron por un gentilhombre que está pasando una mala racha, el cual, tratado con cortesía, pudiera resultarles útil.

-Supongo que eso es lo que soy, en cierto sentido. -Jorian acabó su plato y se apoyó sobre el respaldo exhalando un suspiro de satisfacción-. ¡Zevatas, qué bueno estaba! Cuando hay hambre todo sabe bien. Y ahora, mis sabios amigos, os ruego me digáis qué ha sido del Kist de Avlen y del plan que le concierne.

Valdonius ahogó una risita. Parecía estar siempre riendo, sonriendo o aguantándose la risa, pero a Jorian no le acababa de agradar su hilaridad.

-Bueno -dijo-, el Kist de Avlen... (él lo pronunciaba "Aulen" a la manera del norte)... está a salvo y bien guardado en mi sótano y allí permanecerá hasta que vosotros, caballeros, me hayáis ayudado en cierto asunto.

Jorian miró a Karadur, que estaba derramando otra lágrima.

-¡Qué tonto he sido! -dijo el mulvaní-. Si consigo vivir hasta después del cónclave, me desvincularé de toda asociación con mis colegas y me haré ermitaño, pues pocos son los que tienen buena fe.

-Bueno, bueno, viejo -dijo Valdonius-. No es para tanto. Después de todo, lo que yo estoy haciendo por la profesión de la magia aquí en Tarxia es tan importante como lo que se proponen hacer mis compañeros altruistas en Metouro.

-¿Y qué es lo que tú quieres hacer aquí? –preguntó Jorian.

-Antes de seguir, permíteme decirte que esta conversación no debe salir de nosotros tres, y sé lo que tengo que hacer con cualquiera que me engañe. Karadur me ha dicho que tienes la lengua un poco larga.

-No cuando tengo que guardar un secreto de verdad. No diré nada.

-Muy bien. ¿Has visitado el templo de Gorgolor?

-No, sólo lo he visto de pasada al venir hacia aquí.

-Pues bien, en ese templo hay un altar, y detrás de él se eleva un pedestal, y en ese pedestal descansa una de las maravillas del mundo.

-¿La estatua de esmeralda de Gorgolor? He oído hablar de ella.

-Sí. Esa estatua tiene forma de rana, tallada de una sola esmeralda, pero la rana tiene el tamaño de un león o un oso. Es la esmeralda más grande de la que nunca se haya tenido conocimento, y su valor quizá sea superior al de todas las demás joyas del mundo juntas. Los sacerdotes dan mucha importancia al brillo radiante de esa estatua, que, según dicen, ciega a los no creyentes que la miran. Pero yo la he visto muchas veces, y mi vista está mejor que nunca. Cuando Gorgolor se manifiesta en esta esfera, dicen, toma posesión de la estatua, y a la estatua se dirigen los oradores de la teocracia y el resto de la jerarquía. Ahora bien, ¿qué crees que ocurriría si desapareciera la estatua?

Jorian miró a Valdonius bajo sus espesas cejas.

-Causaría un gran revuelo y agitación entre los sacerdotes. creo yo.

-Eso, mi querido joven, sería muy poco.

-¿Por qué hacer desaparecer la estatua?

-Como habrás comprendido, muchos tarxianos inteligentes no están lo que se dice encantados con el gobierno de la teoeracia. Mírame a mí, por ejemplo. Los sacerdotes permiten una práctica muy limitada de la magia: solamente adivinación y magia suave. Nada de encantamientos o nigromancia, por muy loables que sean las intenciones o beneficiosos sus resultados. ¿Y por qué? Porque sus teólogos afirman, sin base científica alguna, sino sólo a partir de sus retorcidos razonamientos casuísticos, que los espíritus así invocados son por definición entidades malvadas opuestas al buen dios Gorgolor. Por tanto, el trato con tales seres es una herejía condenable, que debe ser castigada con la hoguera y la leña. Por eso yo, que podría avanzar notoriamente en el campo de las ciencias sobrenaturales si se me diera libertad para investigar, debo reducir mis actividades a pasatiempos triviales como hacer horóscopos y poner en trance mi fuerza espiritual para buscar los brazaletes perdidos de mis clientes. Otros se quejan de otras cosas, pero todo se reduce a lo mismo. Estamos atados de pies y manos por esos grilletes teológicos obsoletos. Nuestra ciudad se encuentra estancada,

mientras que el resto de las Doce Ciudades avanzan en el terreno de las artes y de las ciencias. Podría ponerte infinidad de ejemplos de la estúpida opresión a la que se ven sometidas la literatura y las artes, de la prohibición de la discusión libre, etc. Mira, sólo hace un mes...

-Perdón -dijo Jorian, que no quería escuchar todas las penas de los tarxianos-. Creo entender tus quejas. Volvamos a la estatua. Una talla de ese tamaño no puede sacársela uno del templo en el bolsillo; así que, ¿qué vas a hacer?

-El Kist, que tu buen amigo ha traído hasta aquí tan oportunamente, contiene un encantamiento de disminución muy útil, que podría ser aplicable en este caso. Es mejor que los modernos encantamientos de disminución, que no alteran el peso del objeto disminuido. Si esta estatua pesa, digamos, diez talentos, el reducirla al tamaño de un bolsillo mientras su peso permanece constante haría que siguiera siendo tan difícil de mover como lo es ahora. Incluso podría romperse la peana debido a la concentración de peso en un espacio pequeño. Debo advertirte, por si tú fueses el elegido para manejar la estatua, que el peso reducido no altera la masa.

-¿Cuál es la diferencia?

-El peso es la fuerza con la que el planeta atrae a los objetos como tú y como Gorgolor a su seno. La masa es la cualidad que hace que un objeto resista un repentino cambio de movimiento, como al empezar a moverse o detenerse. Ambos mantienen una proporción constante, salvo cuando interfiere un fuerte hechizo. Si tú corres con la estatua reducida, no creas que puedes detenerla en la carrera tan deprisa como si llevases una simple piedra o ladrillo. Si lo haces, su ímpetu lanzará tu trasero por los aires.

-Cuál es mi papel en todo esto?

-Eso debemos discutirlo esta noche, para estar seguros de que hemos planeado todos los detalles y previsto cualquier contingencia.

-Pero a mí -dijoJorian-, me desagrada todo este asunto. ¿Qué te hace pensar que voy a tomar parte en tu proyecto?

-Porque, mi quierido Jorian, sigues estando sometido al encantamiento que te impusieron mis compañeros adeptos. Por tanto, en realidad, no tienes elección en este asunto. Mientras el encantamiento te obligue a colaborar. de cualquier forma que puedas, para llevar el Kist a Metouro, y mientras el único modo de lograr esto sea complacer mis deseos, te estás resistiendo bajo pena de aquellos tormentos de los que ya has experimentado pequeños ejemplos.

-No, si tú dejases de vivir -dijo Jorian entre dientes agarrando el puño de su espada y tirando de ella. Sin embargo, al hacerlo, Valdonius gritó unas palabras mágicas, le arrojó un puñado de polvos e hizo algunos movimientos con las manos. La espada shvénica salió de la vaina sólo unos cuantos dedos, y luego se atascó fuertemente. Los poderosos músculos de los brazos de Jorian se tensaron y endurecieron, y el sudor hizo surcos en la suciedad de su frente, pero la espada no cedió. Finalmente, la soltó jadeando. La espada volvió de golpe al fondo de la vaina produciendo un ruido metálico.

-¿Lo ves? -dijo Valdonius entre risitas-. ¡Pero vamos! Yo no soy tu enemigo, así que hagamos que tu estancia aquí sea lo más agradable posible. Ese baño tan deseado te espera. No sólo te frotarán, sino que también te ungirán con aceites y te darán un masaje, y te pefumarán como a

Librodot

uno de los espíritus buenos de los cielos mulvaníes. Y he hecho llamar a una lavandera para que limpie y arregle tus ropas, y a un barbero para que te dé el aspecto de un mortal civilizado y no parezcas un hombre de las cavernas con un garrote, como los que hay en los Ellomas. En cuanto a las demás formas de recreación, que sé que tienes en la mente a juzgar por las miradas que lanzabais a mis criadas, temo que tus necesidades tendrán que esperar hasta que hayas abandonado Tarxia. Aquí las relaciones sexuales están sometidas a una regulación muy estricta, y la fornicación casual no está permitida ni siquiera a los marineros de los barcos que atracan aquí. Este hecho desprestigia el puerto de Tarxia, a pesar de los beneficios que se pueden obtener aquí.

-¿Ha logrado este gobierno suprimir de veras toda lujuria y prostitución?

-En la práctica, sí. Los únicos que disfrutan sin castigo de tales diversiones ilícitas son ciertos miembros del clero. Nuestro querido y viejo teócrata siempre nos está prometiendo poner fin a este abuso, pero de alguna manera parece que no sabe cómo hacerlo.

Al día siguiente, por la noche, se acercaron al templo de Gorgolor con Valdonius llevando una lámpara. En voz baja, el mago explicó:

-Tenemos suerte. El teócrata y su jerarquía han estado discutiendo sobre si debían enviar misioneros a Mulvan o a Shven. Así que cuando les he dicho que tú acababas de venir de aquellas tierras, nos han concedido una audiencia inmediatamene. Es mejor que repases lo que sabes de las religiones de esos países.

-No sé mucho –dijo Jorian-. Si me hubieses advertido que me iban a preguntar sobre esas cuestiones, podría haber hecho averiguaciones, pero ahora es demasiado tarde.

-Bueno, pues inventa lo que no sepas, pero que sea verosimil. Esta audiencia me ha costado mucho dinero, y quiero que valga la pena.

-¿Cobran por ella, aunque sea para su propio beneficio?

-¡Ciertamente! El primer principio del culto es que cada operación pague por sí misma y más. ¿Por qué si no iban a mantener un monopolio tan estricto en materias sobrenaturales?

-¿Cuál es el status de los demás dioses?

-Al principio, tras la caída de la dinastía ignadiana, la norma general era la tolerancia de todas las religiones. De hecho, la promesa de esa libertad fue una táctica gracias a la cual el clero de Gorgolor -entonces un desconocido dios menor- se hizo con el poder. Habéis probado con reyes, decían, y los reyes se convirtieron en tiranos; instaurasteis la democracia, y la república se convirtió en un caldero de anarquía y de desorden. Queda la teocracia: el gobierno de los dioses sagrados a través de sus virtuosos y honrados vicarios. Sin embargo, los gorgolianos no llevaban mucho tiempo en el poder, cuando comenzaron a atribuirse el monopolio de lo sobrenatural. Primero plomulgaron severas leyes contra la brujería. Luego fueron prohibidos unos cuantos cultos excéntricos y de poca importancia. Más tarde sometieron a los sacerdotes de Zevatas, Franda y otros dioses mayores a las órdenes del sumo sacerdote de Gorgolor, que de este modo se convirtió en el teócrata. Entonces el teócrata anunció una serie de revelaciones de los dioses. Cada revelación aumentaba el poder y la gloria de Gorgolor y reducía la de los otros dioses. Finalmente, los otros dioses fueron reducidos a meros lacayos de Gorgolor. Uno por uno sus templos se han ido dedicando a otros usos o se han derribado, y

Librodot

sus estatuas han sido destruidas o escondidas con un pretexto u otro, hasta que finalmente dejaron de tener cultos separados del de Gorgolor.

-Me progunto qué opinan de esto los propios dioses -dijo Jorian.

-Yo también. Hoy en día a los otros dioses ni siquiera se les nombra por separado en los ritos a Gorgolor, sino que son mencionados sólo colectivamente como los espíritus ayudantes de Gorgolor.

-¿Qué ocurriría si un tarxiano tratase de restablecer el culto a Zevatas?

-Le quemarían por hereje. A ti como extrajero se te permite existir aquí, pero sólo durante un tiempo limitado. Si desearas quedarte permanentemente. tendrías que aceptar la Verdadera Fe. Ahora veamos: ¿Cómo te presentaré? Hablé poco de ti a los sacerdotes.

-Me estoy haciendo llamar Maltho de Kortoli –dijo Jorian.

-No es bastante distinguido; Maltho es un nombre muy corriente. ¿Qué tal noble Maltho de Kortoli?

-Kortoli no tiene nobleza. Excepto el rey, es una ciudad sin distinción de clases sociales. Hice creer a los mulvaníes que era un noble kortoliano, pero puede que eso no funcionase con estos sacerdotes.

-Bueno, entonces, ¿doctor Maltho?

-Si quieres... En realidad una vez hice un curso en la Academia de Othomae, cuando era soldado del Gran Bastardo.

-¿Qué estudiaste?

-Versificación. Una vez tuve la ambición de ser un poeta.

-Entonces serás Maltho de Kortoli, doctor en Literatura por la Academia de Othomae. Veamos, llegaremos justo después de vísperas. Tan pronto como éstas terminen, la mayoría de los sacerdotes se irán cada cual a sus asuntos; por tanto no habrá muchos en el templo. Tu audiencia tendrá lugar en el palacio del teócrata. El teócrata es Kylo de Anneia, que, dejando a un lado su oficio, no es un mal tipo. Yo le tengo por un viejo totalmente sincero y de una mente muy simple, que cree todas las pamplinas que sus sacerdotes cuentan a los fieles.

-Cuando hayas satisfecho su curiosidad en lo que respecta a la preparación de los extranjeros para la conversión, podrías hacer algún comentario halagador sobre el templo. Insinúa que quizá tú mismo estarías preparado para convertirte, si pudieses ver sus maravillas. Si conozco bien a Kylo, él insistirá en mostrarte el edificio en persona. Renovó la decoración hace pocos años, y está tremendamente orgulloso de su obra.

-Hay guardias armados apostados alrededor de la parte exterior del templo, y en el interior un par de sacerdotes deben mantener una vigilia constante, rezando a Gorgolor y de paso vigilando para que nadie robe nada. Pero en estos degenerados días, cualquiera que interrumpa de repente a estos sacerdotes se los puede encontrar absortos en una partida de dados o de damas.

Librodot

-Cuando tu grupo pase cerca de la estatua de esmeralda, espero que demuestres tu talento de narrador de historias. Debes fascinar de tal modo a todo el que pueda escucharlo que los sacerdotes que estén de vigilancia dejen sus puestos y sigan a tu grupo. El querido y viejo Kylo no se lo reprochará, estoy seguro.

-Mientras tanto, Karadur y yo nos deslizaremos detrás del pedestal de la estatua de Gorgolor. Mientras tu grupo es apartado de la entrada principal y tú hablas por los codos, nosotros probaremos el hechizo de disminución. Cuando volvamos a reunirnos con vosotros, será, si los dioses lo permiten, con un Gorgolor mucho más pequeño en el bolsillo. Incluso si se descubre el robo antes de que dejemos el recinto sagrado, es poco probable que nos registren, pues los sacerdotes estarán buscando a un grupo de veinte o treinta hombres y a una pareja de bueyes, que seria lo que se necesitaría para llevarse la estatua en su estado actual.

Cuando el grupo, formado por Jorian, Karadur, Valdonius, el teócrata, cuatro de sus obispos y un sacerdote ordinario que era su secretario se aproximaron a la entrada principal del templo de Gorgolor, sus guardias armados con lanzas pusieron una rodilla en el suelo produciendo un ruido metálico. A la orden del sumo sacerdote, se acercaron a las grandes puertas de bronce y empujaron para abrirlas mientras éstas rechinaban.

Kylo de Anneia era un hombre bajo y fuerte, con una prominente nariz en forma de gancho, que llevaba un manto blanco de seda y un alto tocado de fieltro blanco, adornado con oro y reluciente de joyas. Los obispos iban vestidos de color carmesí; el sacerdote ordinario, de negro.

Jorian, afeitado, perfumado y envuelto en ropas limpias, estaba diciendo:

-.... y por eso, no puedo dar muchas esperanzas a Vuetra Santidad en este asusto. Los nómadas de Shven tratan a los sedentarios, como ellos dicen, con tal desprecio que, si enviáis misioneros allí, o bien se reirán de ellos o los matarán enseguida. Los mulvaníes no presentan mayores esperanzas, aunque su respuesta sería más amigable. Ellos dirían: ¡Bienvenidos, sacerdotes; nosotros tenemos ya cientos de dioses, pero siempre nos alegra añadir otro. Y entonces incluirían a Gorgolor en su concurrido panteón, donde se perdería entre los demás. Cuando os quejarais de que ha pervertido vuestra meticulosa teología, simplemente se reirían y prometerían hacerlo mejor, y luego seguirían haciendo lo mismo que han hecho siempre.

Jorian se detuvo en el interior del templo para mirar a su alrededor.

-¡Maravilloso! -exclamó-. ¡Increíble! ¡Qué buen gusto! ¡Qué arte! ¡Seguramente, Santidad, vuestro dios debe de ser realmente muy grande y sabio, para inspirar a los hombres a hacer una obra semejante!

-Está bien que digas eso, hijo -respondió Kylo, sonriendo y hablando con un marcado acento campesino tarxiano-. Te sorprenderias de los problemas que tuve con algunos miembros conservadores de mi jerarquía, que consideraron indecentes los mosaicos de seres mortales y espirituales en estado de desnudez.

La parte central del templo era cuadrada, con un pilar de piedra colosal en cada esquina del cuadrado. Enormes arcos y pechinas surgían de la parte superior de estos pilares. Sobre las pechinas se alzaba un tambor bajo, y sobre éste la cúpula central se elevaba en la oscuridad. El interior de la cúpula y las medias cúpulas que la flanqueaban estaban cubiertas de brillantes mosaicos de vivos colores que mostraban escenas de la mitología gorgoloriana. Al nivel del

suelo, numerosas lámparas proporcionaban la iluminación adecuada. Más arriba, la luz se iba suavizando hasta que sólo dejaba ver algún dorado ocasional.

En el suelo, en uno de los lados del cuadrado había un altar. Del cuadrado salían tres prolongaciones, dejando espacio para los que quisieran rezar, pues el gorgolorismo permitía la entrada de los laicos en el interior del templo. En el cuarto lado del cuadrado, donde descansaba el altar, estaba el sancta sanctórum, al cual sólo los sacerdotes tenían acceso. Este lado podía ocultarse a los ojos profanos mediante una pantalla corrediza. Dicha pantalla estaba ahora abierta, mostrando la peana cúbica, de unos seis pies de arista, y sobre la peana la imagen de Gorgolor, tallado de una sola piedra de esmeralda.

Al aproximarse el grupo, dos sacerdotes vestidos de negro se apresuraron a levantarse. Uno se guardó algo que podría ser un juego en su manto. Entonces hicieron una genuflexión.

-¡Increíble! –repitió Jorian, contemplando la rana de esmeralda del tamaño de un león, en cuyo intenso color parecían brillar y oscilar luces verdes-. Mi única reserva, si Vuestra Santidad me perdona por decirlo así, es que tanta belleza pudiera distraer a un hombre de la contemplación de verdades superiores.

-Cierto, doctor Maltho -dijo Kylo-. Con algunos devotos, podría tener ese efecto. Pero a otros los predispone más a escuchar nuestras edificantes homilías. No podemos, por desgracia, dividir a los creyente en categorías y dotar a cada grupo de un templo de la clase más adecuada. Por eso buscamos una aproximación moderada, que salve el mayor número de almas creyentes.

-Ah, claro, Santo Padre –dijo Jorian-. En mi ciudad, hace tiempo que decidimos que la mejor manera de protegernos de tales peligros era la moderación. Incluso la belleza, según descubrimos, puede resultar excesiva. ¿Conocéis la historia de del rey Forimar de Kortoli, Forimar el asceta?

-No, hijo, aunque recuerdo ese nombre por algunas historias de Novaria. Habla, si lo deseas.

Jorian respiró profundamente. Moviéndose lentamente medio paso cada vez hacia la entrada principal. a fin de arrastrar consigo al grupo de clérigos -incluyendo a los dos sacerdotes de vigilia-, comenzo su historia:

-Este Forimar era un predecesor de Fusinian el Zorro, de quien se cuentan tantas historias. Parece una norma de la realeza que, de cada seis reyes, un país obtiene un héroe, un sinverguenza, un tonto y tres mediocres. Forinar era uno de los tontos, y el sobrino de su nieto, Filomán el Bienintencionado, se parecía a él. Pero la estupidez de Forimar era de un tipo especial. Los asuntos de estado le aburrían soberanamente. Le importaban muy poco la ley y la justicia, menos aún el comercio y las finanzas, y nada en absoluto la guerra y la preparación para ella.

-¡Ojalá todos los soberanos y gobiernos compartiesen la aversión de tu rey por la guerra! -dijo el teócrata-. Así los hombres vivirían en paz y se dedicarían a vivir honradamente y a adorar al verdadero dios.

-Cierto, Santidad; pero el problema sería, cómo conseguir que todos ellos abandonasen las guerras al mismo tiempo, especialmente con un pueblo tan guerrero y faccioso como los novarios. Y si uno dejase las armas antes que el resto, los demás premiarían su buen ejemplo cortándole el cuello.

-Forimar, sin embargo, no pensaba demasiado en tales asuntos. Su pasión por el arte y la belleza se imponían sobre todo lo demás. Cuando debería estar leyendo papeles de estado, estaba tocando la chirimía en el sexteto de palacio. Cuando debería estar recibiendo emisarios, estaba supervisando la construcción de un nuevo templo o el embellecimiento de la ciudad de Kortoli. Cuando debería estar pasando revista a las tropas, estaba componiendo un soneto sobre la hermosura del crepúsculo.

«Lo que hacía las cosas más difíciles aún era que en verdad era muy competente en todas aquellas artes. Era un buen arquitecto, un músico competente, un digno compositor, un admirable cantante y un excelente pintor. Algunos de sus poemas son hoy glorias de la literatura kortoliana. Pero no podía hacer todas estas cosas y ser rey al mismo tiempo.

«Por eso dejó el gobierno de la ciudad a una serie de cancilleres, elegidos no por su probidad ni por su competencia, sino por su admiración a los logros artísticos de su soberano. Después de que el reinado sufriera durante mucho tiempo a manos de sucesivos ladrones y chapuceros, el hermano pequeño de Forimar, Fusonio, le llamó la atención diciendo:

"¡Mi querido hermano y señor!", dijo Fusonio, "esto no puede seguir así." Después de informar a Forimar sobre las iniquidades de los últimos ministros, añadió: "Además, tú tienes casi treinta años y todavía no has elegido una reina para proveer al trono de legítimos herederos.”

"¡Eso es asunto mío!", dijo Forimar acaloradamente. "Hace tiempo que vengo observando a miembros elegibles del otro sexo pero nunca he visto ha nadie que fuese apropiado pues mi sensibilidad es tan delicada que la más mínima imperfección de cuerpo o de mente, que un hombre inferior podría tolerar, a mí me resulta insoportable. Por eso yo estoy, y probablemente seguiré estando, casado con mi arte. Pero no temas por el fracaso de nuestra dinastía, Fusonio. Si yo muero, tú me sucederás, y tú has tenido ya cinco hijos sanos con tu esposa.”

«Fusonio insistió algo más. pero Forimar le disuadió diciendo:

"No, mi único y verdadero amor es Astis, la diosa del amor y la belleza en persona. Es a ella a quien he amado con ardiente pasión durante muchos años, y ninguna mujer mortal puede compararse con ella."

"Entonces", dijo Fusonio, "tu deber es abdicar en mi favor, antes de que tu obsesión por la belleza traiga la desgracia sobre nosotros. Se te permitirá continuar tu carrera artística sin que te molesten."

"Lo pensaré", dijo Forimar. Pero cuanto más lo pensaba menos le agradaba. Aunque su hermano y él siempre se habían llevado bastante bien, no tenían mucho en común. Fusonio era una persona brusca, acalorada y sensual, incapaz de comprender lo que Forimar consideraba las grandes cosas de la vida. La idea de Fusonio de una gran noche era ir de incógnito a alguna tabernucha frecuentada por la gente más tosca y pasar la noche tragando cerveza y cantando a voz en grito canciones obscenas con sucios campesinos y muleros rufianes.

«Es más, a Firimar le asaltó la idea de que su hermano quería destituirle por motivos de ambición. Una vez que abdicara, temía el, nada impediría a Fusonio deshacerse de él por fuerza rnayor Por otro lado, mientras él continuase en el trono, los ingresos del estado le

dotaban de unos medios para llevar a cabo su arte de los que difícilmente podría disponer siendo una persona particular.

«Como no deseaba enfrentarse abiertamente a Fusonio, elaboró un plan para deshacerse de su hermano. Le nombró almirante de una flota, para que explorase el Océano Este hasta las lejanas y legendarias islas de Salimor. Fusonio partió sin vacilar, pues esta clase de aventuras le gustaban. Y Forimar volvió a sus artes.

«Pero la afirmación que había hecho a Fusonio de que estaba enamorado de la diosa Astis se fue convirtiendo poco a poco en una realidad. No podía pensar en casi nada excepto en la diosa. Pasaba muchas noches en vela en el templo de la diosa, rezando para que se le apareciese. Pero la diosa no se manifestaba.

«En su frenético deseo para atraer a la diosa a sus brazos, Forimar organizó un concurso: esculpir una estatua de Astis que, por su inefable belleza, venciera los escrúpulos de la diosa de emparejarse con un mortal. El tesorero se quedó horrorizado al enterarse de la recompensa que of recía Forimar; pero sin la influencia de Fusonio, nada podía detener a Forimar. No solamente ofreció un enorme precio para el primer puesto, sino también premios para todos los escultores, ganasen o perdiesen.

«En consecuencia, participaron en el concurso una serie de personas que nunca en su vida habían esculpido nada, y presentaron algunas obras de arte muy extrañas. Una de ellas era un tronco de árbol sin tallar con corteza y todo, cuyo ejecutor aseguraba que los espíritus le habían dicho que simbolizaba la verdadera naturaleza interior de la diosa. Otro trajo una simple roca, y otro una maraña de tiras de hierro unidas por remaches.

«Esto fue demasiado incluso para Forimar, que decidió que le estaban tomando el pelo. Hizo expulsar de la ciudad a estos escultores autodidactas y arrojar sus obras al mar. Lo mismo hizo con una escultura que representaba, con el mayor realismo, a la diosa siendo fecundada por el dios de la guerra Heryx, aunque yo he visto que eso se da por supuesto en Mulvan. Según él, todas las cosas tenían un límite.

«Sin embargo, se hicieron muchas esculturas excelentes de bronce, mármol y arcilla. Casi todas presentaban a la diosa en forma de una hermosa mujer desnuda, pues ésa había sido durante mucho tiempo la tradición del arte novario. A su debido tiempo, Forimar concedió el primer premio a un tal Lukisto de Zolon, y premios secundarios a otros concursantes. Y todos los cientos de estatuas fueron colocadas en el templo de Astis, cuyos sacerdotes apenas podían efectuar sus funciones sagradas, viéndose obligados a abrirse paso entre aquella multitud de estatuas.

«Entonces ocurrió que, en la misma época del reinado de Forimar en Kortoli, Aussar estaba regida por un sacerdote de Selindé, un tal Doubri. Este sacerdote se había hecho político para arrojar a los déspotas hereditarios que durante un siglo habían oprimido cruelmente al pueblo de Aussar. El nuevo gobernador se hacía llamar Doubli el Intachable, queriendo decir que había vencido al pecado y a la lujuria en su propia persona.

«Doubri hizo de hecho muchas mejoras en los asuntos de Aussar. Pero adoptó una actitud que muchos consideraron demasido rígida y reprobadora hacia aquellas debilidades humanas corrientes que los teólogos estrictos consideran pecados. Os ruego comprendáis, Santidad, que no es mi intención criticar a vuestro régimen de Tarxia; me limito a relatar los sucesos tal como ocurrieron. Además, ese tal Doubri no se contentó con "limpiar" Aussar, como llamaba a la forzosa supresión de la bebida, los juegos de dados, la prostitución y otras

Librodot

manifestaciones pecaminosas. Los dioses, según aseguraba, le habían impuesto el deber de liberar a otras naciones del pecado y la confusión en que se hallaban sumidas. Y, cuando miró a su alrededor, le pareció que Kortoli era la más necesitada de su virtuosa intervención. Su rey estaba totalmente absorto en la búsqueda de la belleza; su gente pecaba de una forma disoluta; su ejército había caído en la decadencia a causa del descuido.

«Así que los aussarianos marcharon hacia Kortoli para enmendar los males que según ellos abundaban en ese reino. El ejército kortoliano huyó sin dar un solo golpe y buscó refugio en la capital, que estaba a la sazón sitiada por las fuerzas de Doubri. Los aussarianos prepararon los arietes e hicieron rodar las torres y otros instrumentos de guerra para derribar
o pasar por encima de las murallas. Aunque estos sucesos tuvieron lugar antes de la invención de la catapulta, los sitiadores consiguieron, sin embargo, desplegar un equipo aterrador.

«Cuando parecía que todo estaba perdido, llegó a puerto la flota al mando de Fusonio, el hermano de Forimar. Fusonio había ido a la legendaria Salimor y había negociado un tratado de amistad con el primer ministro de aquella tierra. Cuando entró en la ciudad, el rey Forimar corrió a su encuentro sin formalidades y lo abrazó, pidiéndole que les salvara a todos.

«Cuando Fusonio se puso al tanto de la situación se sintió descorazonado, pues el ejército se había convertido en un montón de cobardes, los arsenales contenían pocas armas en buen uso, las murallas eran débiles y ruinosas y bastarían unos buenos golpes con un ariete para hacerlas caer, y las arcas del tesoro estaban prácticamente vacías.

"¿Cómo es que no tenemos dinero?", preguntó Fusonio. "Había una buena suma cuando yo me marché".

«Así que Forimar le habló del gran concurso de esculturas. Fusonio tuvo que contenerse para no decir lo idiota que consideraba a su hermano, aunque en sus ojos se leía el mensaje. Y dijo:

"Antes de rendirnos, déjame ver la proclama presentada por Doubri cuando nos atacó." Y leyó el documento fijándose en los malvados actos de que Doubri el Intachable acusaba a los kortolianos:

> *"... hombres, y algunas veces también mujeres, frecuentan locales en los que consumen licores fermentados, en lugar de beber saludable agua hervida. Malgastan sus fortunas en juegos de azar. Se dedican a jugar al croquet y a otros pasatiempos frívolos los días consagrados a los dioses. en vez de dedicar el tiempo libre a la contemplación de sus pecados y a rezar por su perdón. Hombres y mujeres se bañan juntos abiertamente en el baño público que ha hecho construir el degenerado rey Forimar, exponiendo sus personas no sólo a los de su propio sexo, que ya es bastante malo, sino también a los del contrario, lo cual es una indescriptible abominación. Fornican y cometen adulterio sin castigo. Incluso cuando están legalmente casados, copulan en estado de desnudez por puro placer sensual, en lugar de hacerlo con el riguroso propósito de crear descendientes que alaben a los dioses. Llevan ropas llamativas y ostentosas joyas en vez de las castas y sobrias prendas que agradan a los dioses. Prestan dinero con intereses, que es un pecado por naturaleza. Explotan a la clase trabajadora, obteniendo grandes ganancias del trabajo de esos infelices. Venden mercancías mintiendo sobre sus virtudes y ventajas, excusando esta mendacidad con el nombre de "comercio"."...*

"¡Bueno! dijo Fusonio, "si este sacerdote nos vence, veo que nos esperan tiempos alegres bajo su mandato. ¿Qué es eso de la casa de baños? Nosotros los kortolianos siempre nos hemos bañado juntos."

"Oh", dijo Forimar, "doubri es un auténtico fanático en contra de la desnudez. Para él es en realidad peor que la fornicación. En Aussar, todo el mundo debe bañarse en camisa, incluso estando en privado. Las parejas casadas están obligadas a llevar largos camisones en la cama, dotados éstos con aberturas en los lugares apropiados para quienes deseen tener hijos para la gloria de los dioses."

«Fusonio se quedó pensando, y luego dijo:

"Déjame ver esas estatuas de Astis, por las que tan irreflexivamente has derrochado nuestro tesoro".

Y el rey llevó a su hermano al templo de Astis, donde Fusonio permaneció algún tiempo, pasando una mano de vez en cuando con admiración por alguna curva especialmente bien redondeada de alguna de las estatuas.

"Está bien", dijo Fusonio finalmente. "Creo que sé lo que tenemos que hacer. Pero para evitar que yo te rescate de semejante apuro, querido hermano, sólo para que nos conduzcas a otro, debo pedirte que abdiques en mi favor. De no ser así, yo volveré a mis barcos y me marcharé, pues en Salimor me espera un excelente puesto de ministro de asuntos occidentales si decido volver allí."

«Forimar le rogó y lloró sin conseguir nada. Le maldijo, le amenazó, pataleó y sé tiró de los pelos de rabia y frustración. Pero Fusonio no se inmutó. Cuando Forimar ordenó a sus guardaespaldas que apresaran a su hermano, éstos, de pronto, se quedaron sordos, diciendo: "¿Qué decís, señor? No puedo entenderos" A.sí que, finalmente, Forimar firmó un documento de abdicación, arrojó el sello real a su hermano y salió dando grandes zancadas para componer una pieza musical que todavía se conoce con el nombre de "Sonata Enojada."

«El rey Fusonio ordenó entonces que todas las estatuas de Astis se cubrieran con envolturas y se colocaran en la muralla. Y cuando comenzó el asalto, quitaron las envolturas y allí quedaron al descubierto los cientos de estatuas de Astis desnuda.

«Doubri estaba observando desde donde las flechas no pudieran alcanzarle. Como era corto de vista, preguntó a sus hombres qué estaba sucediendo. Cuando lo supo, le invadió el terror, pues estaba claro que sus soldados no podrían escalar los muros sin toparse frente a frente con todas esas indecentes estatuas. Podrían lanzarles flechas, claro, pero éstas sólo lograrían mellarlas y desfigurarlas ligeramente y mientras tanto las mentes de los arqueros estarían llenas de pensamientos obscenos y pecaminosos. Como la catapulta todavía no existía, no podía golpear las estatuas con bolas de piedra desde la distancia, como hubiera podido hacer hoy.

«Doubri permaneció acampado durante unos cuantos días más. Hizo una embestida sobre la muralla sin mucho entusiasmo, haciendo rodar un ariete en forma de tortuga para golpearlo. Pero, al no necesitar cubrirse de los disparos de las flechas, los defensores agarraron fácilmente la cabeza del ariete con la anilla de una cadena y estropearon todo el aparato. Doubri trató también de hacer túneles, pero los defensores los inundaron.

«Doubri sabía que los defensores no morirían de hambre, porque la marina kortoliana, reforzada por el escuadrón de Fusinio, todavía tenía el poder sobre las aguas de la zona. Cuando se extendió una enfermedad entre los aussarianos, Doubri levantó el estado de sitio y se marchó sólo para encontrarse al regresar a la ciudad de Aussar que su gobierno había caído, y que uno de los miembros más jóvenes y prometedores de la familia de los déspotas había sido nombrado gobernante en su lugar.

«Y esta es la historia de Forimar el Asceta y Doubri el Intachable. La moraleja, tal como la vemos en Kortoli, es que tanto el amor al arte de Forimar como la moralidad de Doubri habrían sido buena cosa a su manera, si se hubiesen aplicado con moderación. Pero cualquier virtud puede convertirse en vicio si se practica con excesivo rigor y firmeza.

Jorian y su audiencia estaban ahora en el pórtico del templo, en la parte exterior de las grandes puertas de bronce. Poco a poco, mientras iba desentrañando la historia, se había ido alejando del cuadrado central, había atravesado la nave a lo largo y había salido por las puertas principales. Mientras tanto, mantenía un oído atento en dirección al sancta sanctórum. En cualquier momento, esperaba que Karadur y Valdonius aparecieran en silencio y se unieran al grupo. El teócrata estaba diciendo:

-Una historia muy entretenida e instructiva, doctor Maltho. Incluso en nuestros sagrados cultos, de vez en cuando debemos frenar el excesivo celo de algunos de nuestros colegas. Sabemos que sólo nosotros poseemos la verdad última, y que a nosotros nos incumbe propagar esa verdad y extirpar el error; pero en esa extirpación, algunas veces la violencia excesiva derrota su propia...

¡CROAAK! Un sonido extraordinario resonó en el templo: era un sonido parecido al croar de una rana, pero aumentado a la intensidad del rugido de un león o del bramido de un búfalo.

-¡Buen Gorgolor! ¿Qué es eso? -gritó uno de los obispos, volviéndose para mirar al otro lado de las puertas. Entonces los sacerdotes vestidos de color carmín se tambalearon hacia atrás gritando y llevándose las manos a la frente-. ¡La Sagrada Rana nos salve! ¡La estatua ha cobrado vida!

-¡CROAAK! -volvió a oírse más cerca, esta vez acompañado de un enorme ruido sordo. Entonces, por las puertas de bronce apareció de un salto el dios esmeralda, del mismo tamaño que tenía en el pedestal pero ahora dotado de vida. Gorgolor aterrizó en medio del grupo situado en la parte exterior de la puerta. Jorian se apartó de un salto, pero varios otros, incluido el teócrata, fueron derribados. Con un último CROAAK, la rana gigante dio otro enorme salto y se adentró en la oscuridad.

Jorian ayudó a levantarse rápidamente a Karadur y cogió del suelo la aplastada corona blanca de fieltro del teócrata. Pero Kylo no prestó atención ni a Jorian ni a su tocado sacerdotal.

-¡Que salgan hombres en su persecución! -gritó, dando saltos sobre el mármol-. El dios se ha ido hacia el Pantano de Spraa, y si llega allí nunca podremos atraparlo. ¡Formad al ejército! ¡Coged redes! ¡Aprisa! ¡Aprisa! ¿Os habéis vuelto todos de piedra? ¡Tú, Eades, encárgate de que salgan en su persecución! ¡El resto de vosotros, seguidme!

El hombrecillo gordo salió corriendo por el camino del recinto sagrado y les condujo hacia el este, con su manto blanco flotando al viento. Mientra corrían, otros se acercaban apresuradamente en la oscuridad para preguntar la causa de la conmoción. Cuando la oían, se unían a la persecución con gritos de horror y lamentaciones. Al poco tiempo, una multitud

abigarrada, muchos en camisón, se dirigía en tropel hacia el este por una de las tortuosas calles de Tarxia.

Jorian, Karadur y Valdonius se quedaron solos en el pórtico. Karadur estaba llorando otra vez. Más allá del recinto sagrado se divisaba el movimiento de las antorchas y las lámparas, mientras la noticia de la transformación de su dios se extendía rápidamente por toda la ciudad de Tarxia y cientos de personas dejaban lo que estuviesen haciendo para correr hacia la Puerta Este.

-Bien -dijoJorian mirando a sus compañeros-, supongo que vuestros malditos encantamientos han vuelto a salir mal.

-Se podría decir que sí; se podría decir que sí -contestó Valdonius, manteniendo su aplomo ostentosamente-. Sin duda tradujimos erróneamente una palabra de ese viejo pergamino, que está escrito en una forma de lenguaje muy arcaica. Sin embargo, los resultados van a ser casi igual de satisfactorios.

-De todos modos –dijo Jorian- me parece que es mejor que Karadur y yo huyamos mientras los tarxianos están preocupados en atrapar a su dios. ¿Dónde está tu asno, Karadur?

-Lo abandoné en el campamento de los gendins, para ganar tiempo antes de que los bárbaros sospechasen que me había marchado. Vine a Tarxia en un barco procedente de Istheun.

-¿Tienes algún animal de carga, doctor Valdonius?

-Sí -dijo Valdonius-, tengo un par de caballos blancos que tiran de mi carro. Pero no puedo romper la pareja...

-¡Claro que puedes! O nos das uno de esos animales para que lo monte Karadur, o el teócrata se va a enterar de tu participación en los sucesos de esta noche.

-¡No te atreverás a informar de vuestra complicidad!

-Prueba y verás. Convenceré a Kylo para que crea que toda la culpa es tuya. Ahora que lo pienso, también les diré que has estado practicando la brujería, lo cual es cierto; sé lo suficiente de magia como para saber que las espadas no se atascan en sus vainas con una orden sin la ayuda de un espíritu.

-Señores -dijo Karadur, frotándose los ojos con la manga-. ¿Por qué no va el doctor Valdonius a Metouro en su carro y asiste al cónclave con nosotros? Así podría llevarme en su coche. Los altruistas necesitarán todos los votos posibles.

-No puedo -dijo Valdonius-. Debo reunirme con los que piensan como yo, para ver si podemos derrocar esta tiranía sacerdotal de un solo golpe. Puede que otra oportunidad como ésta no vuelva a presentarse en mi vida. Os dejaré el caballo; pero espero que lo dejéis en un establo de Metouro hasta que yo pueda enviar a un criado a buscarlo, si es que no acabo en una pila de leña.

-O quizá tengas que huir a Metouro tú también -dijo Jorian-. Cuando la jerarquía recobre la serenidad, pronto deducirá que tú tuviste algo que ver con la teofanía de su dios. Mientras tanto, vayámonos de aquí mientras sigan estando abiertas las puertas.

Los Cinco Sin Rostro

Jorian y Karadur cabalgaban por el valle de los Kyamos el día quinto del mes del lucio. La primavera estaba en pleno apogeo. Flores de cientos de colores brotaban por doquier, todos los estanques resonabar con el croar de las ranas, y los árboles estaban llenos de hojas. Aunque el soporífero calor del verano no había hecho aún su aparición, la calidez del aire anunciaba su llegada.

Los dos jinetes -Jorian sobre su fiel aunque brusco Oser. Karadur en la jaca blanca que les había prestado Valdonius en Tarxia- ya no llevaban los pesados abrigos de piel de oveja que les habían acompañado a través de las estepas de Shven. Estas prendas las habían enrollado y atado a las sillas detrás de ellos. Estaban tardando en hacer el viaje el doble de lo que le hubiese llevado a Jorian hacerlo solo, porque Karadur no se atrevía a ir más rápido que a paso ligero. Entre el miedo a caerse y el miedo a llegar tarde al cónclave, el viejo mago estaba en una constante zozobra.

El Kyamos era un pequeño río, que serpenteaba por allí hasta llegar al gran lago Volkina. En la orilla norte del lago estaba la ciudad de Metouro, o Nueva Metouro, como se la solía llamar más concretamente. A un tiro de flecha de la orilla, justo en frente de la ciudad, había un islote en el que se encontraba la Torre Encantada.

El lago Volkina era de un origen relativamente reciente. Un desprendimiento de tierras en la parte oeste del valle había bloqueado el curso del Kyamos unos cuantos siglos antes, inundando la ciudad de Metouro original y formando un lago. Con el tiempo, el lago había sobrepasado el dique natural formado por el desprendimiento, y el Kyamos había continuado su curso a través de Ir hacia el Océano Oeste.

En la Puerta Este, cuando desmontaron y dieron sus nombres a los centinelas, apareció un hombre vestido de gris.

-¿El doctor Karadur? Drakomas de Phthai, a tu disposición. Nuestro colega, el doctor Vorko, me ha pedido que os conduzca a vuestro alojamiento en la Torre Encantada.

-Tenía miedo de que, debido a nuestra tardanza, todo el espacio de la Torre estuviese ocupado -dijo Karadur.

-¡Por supuestísimo que no, señor! Conociendo tu mérito y el de tu acompañante y la carga que lleváis, os hemos reservado ya las mejores habitaciones. ¡Venid, os lo ruego! –Y Drakomas dijo a los centinelas-: Nosotros respondemos de estos hombres.

Los centinelas hicieron una señal a Jorian y a Karadur para que pasaran. Metouro resultó ser una ciudad más grande y hermosa que Tarxia, con calles rectas que se cruzaban

perpendicularmente en lugar de la maraña de callejuelas tortuosas de Tarxia. Aunque la gente tenía aspecto de ser más próspera que la de Tarxia, parecían cerrados, reservados y callados, y lazaban a los extraños breves miradas de reojo sin cambiar la expresión.

Drakomas condujo a los dos viajeros, no directamente al embarcadero de los botes que salían hacia la torre, sino a un mesón. Se encargó de que llevaran a sus cabalgaduras a las cuadras. En una habitación del piso de arriba encontraron a un hombre y a dos seres que no eran humanos. Karadur dijo:

-Maese Vorko, permíteme presentarte a mi aprendiz, Jorian de Ardamai. Jorian, éste es Vorko de Hendau, el líder de nuestra Facción Blanca.

-¿Tu aprendiz? -dijo Vorko, con una voz más profunda aún que la de Jorian-. ¿No es éste el antiguo rey de Xylar, el que te ha acompañado como guardaespaldas y factótum?

-Sí.

-¿Es que ha decidido entrar en la profesión? -Vorko de Hendau era un hombre extremadamente alto, delgado y nervudo con una nariz grande en forma de gancho y una barbilla prominente. Sus dos ayudantes tenían el tamaño y la forma similares a los de un hombre, pero tenían escamas, rabos, hocicos, garras y bigotes formados por un par de carnosos zarzillos, que estaban continuamente rizándose y desrizándose y ondeaban como los tentáculos en un pequeño calamar. Las pupilas de sus grandes ojos amarillos eran alargadas.

Jorian estaba observando los no-humanos cuando Karadur contestó:

-Aún no ha hecho los votos. Pero yo espero que, mostrándole el lado exotérico de la magia en el cónclave, lograré despertar su curiosidad hasta el punto que desee hacerlo. Mientras tanto, con tu permiso, seguiré llamándole "aprendiz" para facilitar su admisión. Confío en que a nadie le molestará que lo haga.

-No creo -dijo Vorko-. Las reglas son bastante tolerantes hoy en día. Pero, ¿qué hay de vuestra misión?

-Estimado colega, nos alegra informar de nuestro éxito. ¡El Kist, Jorian!

Jorian se descolgó el pequeño cofre de la espalda y se lo entregó a Vorko con la eslinga de cuerda.

-Aquí está, señor -dijo-. Y ahora, puesto que he desempeñado la tarea para la cual me impusisteis un encantamiento, ¿puedo pediros que me libréis de él?

-¡Oh, cielos! -dijo el hechicero-. Tienes derecho a ello, jovenzuelo, y así será, pero no justamente ahora, por falta de tiempo. Debemos salir inmediatamente hacia la torre, sin detenernos siquiera para que os lavéis. Incluso así vamos a llegar tarde. Por supuesto, Jorian, no es necesario que asistas al cónclave si no lo deseas.

-¡Pues claro que voy a asistir, no faltaba más! Es lo menos que podéis ofrecerme, después de los riesgos y dificultades que he pasado por vos y vuestros colegas durante el pasado medio año.

-Muy bien; vamos. El Kist estará seguro aquí al cuidado de mis sirvientes.

-¿Qué son? -preguntó Jorian.

-Demonios de la esfera décimosegunda. Se llaman Zoth y Frig, y han sido materializados en esta esfera y sometidos a mi servicio durante nueve años. Son unos guardianes buenos y leales, aunque no muy inteligentes. Su principal queja es que desean que invoque a un demonio hembra o dos para casarse con ellas. Pero apresurémonos, el servicio del transbordador es increíble. -Vorko dijo unas cuantas sílabas en una lengua desconocida a Zoth y a Frig, que menearon sus cabezas en señal de asentimiento. Zoth cogió el equipaje de los dos viajeros y los siguió en silencio por las calles hasta la orilla del lago.

La orilla del lago de Metouro tenia varios cobertizos para las barcas, un trozo de playa para bañarse y unos cuantos embarcaderos pequeños para las embarcaciones de placer. El lago Volkina no era lo bastante grande para tener comercio. En un embarcadero, hacían cola unas cuantas veintenas de hombres vestidos con mantos y capas. Jorian, Karadur y Vorko se pusieron al final. El embarcadero señalaba hacia la Torre Encantada, a un tiro de flecha de distancia. Un par de barcas de remos, cada una impulsada por un solo remero, hacían el trayecto entre el embarcadero y la torre, transportando pasajeros de tres en tres.

-Nos hemos quejado de este desastroso servicio de transbordador a los Cinco sin Rostro -dijo Vorko en un tono de descontento-. pero ellos se han limitado a invitarnos a trasladar nuestro cónclave a otro sitio. Llevan todo el tiempo que han querido gobernando la ciudad y no se han acostumbrado a escuchar consejos ni quejas de nadie.

-Los metourianos no parecen muy agradables.

-Tú tampoco lo serías, y tendrías que tener mucho cuidado con lo que dijeses, no fuera a ser que un soplón fuese con el cuento a tus gobernantes -dijo Vorko-. Eso es lo que significa vivir en una tierra gobernada por una sociedad secreta. La sospecha está aquí a la orden del día. No nos hubieran permitido reunirnos en Metouro si no les hubiésemos prometido limitar nuestras actividades a la torre. Todavía se acuerdan de los sucesos que llevaron a la edificación de la torre.

-No conozco esa historia -dijo Jorian

Un mago, con el manto ondeando al viento, se deslizó montado en un palo de escoba hacia el apeadero de la playa. Al aproximarse al extremo del embarcadero situado en la orilla, con una bolsa de viaje en una manno y su palo en la otra, Vorko gritó:

-¡Hola, sir Fendix! ¿Qué me estabas preguntando, Jorian?

-La torre...

-¡Cierto! Te voy a contar toda la historia ¡Por la guarida de los dioses, mi buen doctor Bhulla! ¿Qué tal va el arte de la taumaturgia en Janareth? Veamos, Jorian: Hace mucho tiempo, Metouro era una república, con una constitución como la que tiene hoy Vindium. Había un arconte electo, un senado formado por los cabezas de familia acaudalados y una asamblea del pueblo. Este esquema funcionó muy bien durante muchos años, mientras Metouro fue pobre y atrasada, pues había sido levantada después de la oscura época que siguió a la caída de los Tres Reinados. ¡Ah, saludos, buen maese Nors!

Este saludo fue dirigido a otro mago, que al principio apareció en forma de remolino de polvo. Esta columna de polvo danzó por la playa hasta acercarse al embarcadero, donde cayó convertido en un hombre con un manto de color marrón.

-El problema de todos estos encantamientos de vuelo -dijo Vorko- es que dejan al taumaturgo tan cansado que durante los días siguientes apenas puede hacer nada. Fijaos en el doctor Nors y a sir Fendix -este último es un auténtico caballero othomaense que se ha dedicado a la magia-, y los veréis durmiendo en todas las sesiones, algunas de las cuales, lo confieso, son bastante diffciles de soportar. Como iba diciendo, la república floreció hasta que se acumuló la riqueza. Entonces las familias dirigentes acumularon cada vez más tierras y dinero en sus manos, hasta que la ciudad estuvo en poder de una pequeña camarilla de hombres ricos que exprimían a una mayoría de pobres hasta el punto de que éstos apenas podían sobrevivir. ¡Mirad, aquí llega Antonerius de Ir montado en su dragón! Siempre trata
de hacer una llegada espectacular, pero apuesto que va a tener problemas para meter a ese monstruo en una cuadra.

El mago Antonerius se dirigió a un apeadero a lomos de un dragón, un reptil volador de cuarenta pies de envergadura. El aire que levantaba las alas de la criatura agitaba los mantos y capas de los magos situados en el embarcadero. Un par de ayudantes corrieron a sujetar las riendas del reptil, pero se echaron atrás cuando la bestia arqueó el cuello e intentó morderles, mostrando sus terribles dientes. Su jinete le golpeó en la cabeza con una aguijada hasta que se calmó.

-¿Por qué aterrizan todos aquí en lugar de hacerlo en la torre? -preguntó Jorian.

-Porque nuestro buen presidente, Aello de Gorti, ha efectuado un encantamiento de prevención sobre la torre, para evitar que en el ardor del debate algún compañero se vea tentado a lanzar un rayo a su oponente o a inflingirle un castigo mágico. Por eso no funciona ningún hechizo en la torre. Si el doctor sir Fendix, por ejemplo, intentase aterrizar en las almenas, su escoba podría perder su poder justo antes de que se posara y se mataría al caer en las rocas que hay debajo.

«Pero sigamos: En Metouro había un hombre llamado Charens, uno de los ricos que había perdido su fortuna. Decía que el resto de los oligarcas le habían estafado y despojado de sus propiedades. Ellos decían que las había perdido mediante el libertinaje y el derroche, y ahora no se sabe quién decía la verdad. Ese tal Charens se hizo lider de los pobres, y demandó reformas tales como obligar a los ricos a pagar impuestos, un molesto deber que hasta entonces ellos habían logrado eludir muy astutamente. Y pidió que el dinero público se emplease en bienes para los pobres, tales co~n lazareto y un orfanato, en lugar de hacerlo en cosas que sólo beneficiasen a los ricos, como pabellones de caza y salones de banquetes. En las siguientes elecciones, Charens fue elegido arconte a pesar de los esfuerzos de los ricos por intimidar al electorado y de falsificar el recuento.

Finalmente, habían conseguido controlar al dragón. Mientras varios ayudantes sujetaban la cabeza con cuerdas, el jinete desmontó y ató las alas del animal dejándolas cerradas para que no pudiese volar. Entonces los ayudantes se llevaron al reptil arrastras, mientras éste silbaba y se resistía. A continuación apareció volando un buitre negro, bajó a la arena agitando las alas, y se convirtió en otro hechicero.

«En cuanto Charens se hizo con el poder -continuó Vorko-, empezó a efectuar sus reformas. Esto enfureció tanto a los ricos que contrataron a una banda de matones para que asesinaran a Charens cuando volvía andando a casa del mercado. Por tanto, de acuerdo a la constitución

entonces vigente, el hombre que había conseguido el segundo puesto en las elecciones se convirtió en vice-arconte, siendo arconte el candidato de los ricos, que suprimió todas las reformas de Charens. Los oligarcas, sin embargo, no habían contado con el hermano pequeño de Charens, Charenzo. Este Charenzo había amado y admirado a su hermano, y entonces juró dedicar su vida a la venganza. Y pronto reunió a un grupo secreto de seguidores. Un año después del asesinato de su hermano, encabezó una revuelta, en la cual mataron a muchos de los ricos y obligaron al resto a escapar. Esta fue la primera de las grandes masacres que durante los años siguientes conmocionaron la historia de Metouro, con cabezas amontonadas en la plaza y gentuza que gritaba y vitoreaban ante la tortura de los prisioneros que destrozaban a las mujeres e hijos de sus oponentes.

«Charenzo resultó ser un hombre menos ilustrado y capaz y mucho más violento que su hermano. Las reformas y los beneficios públicos le interesaban menos que castigar a los asesinos de su hermano, y poco a poco incluyó en aquella clase a cualquiera que se opusiese a él. Raro era el día en que en Metouro no se ejecutase a algún desgraciado por orden suya por sospechar que era oligarca, o al menos un fautor de la oligarquía. Con cada ejecución, Charenzo se ganaba nuevos enemigos, e incluso sus amigos empezaron a cansarse y a alarmarse por las interminables acusaciones de traición y de tendencias oligárquicas. Cuando un grupo de oligarcas apareció con un ejército de mercenarios shvénicos. derrotaron a la chusma armada de Charenzo y se hicieron con el control de Metouro una vez más. Entonces les tocó a ellos el turno de masacrar y ejecutar.

«Charenzo huyó de Metouro. Como su gente le había fallado, decidió buscar ayuda sobrenatural. Así que acudió al hechicero Synelius en Govannian. Ese Synelius era meteurano, y estaba en el exilio acusado de brujería. Uno de los propios jueces de Charenzo lo había sentenciado en su ausencia, y Synelius, al enterarse de lo que pasaba por mediación de sus espíritus, había huido prudentemente. Pero ahora Charenzo tenía una causa común con su antiguo enemigo. Y Synelius dijo que sí, que podría reunir un ejército de duendes -el nombre vulgar de los demonios de la novena esfera- para derrocar al régimen de Metouro. El nuevo gobierno oligárquico, al igual que sus predecesores, no nabía aprendido nada de la experiencia y estaban oprimiendo y explotando a los pobres con más crudeza que nunca.

«Así que Charenzo y Synelius y una hueste de duendes aparecieron repentinamente entre los metourianos. Aterrados ante los seres sobrenaturales, los terribles mercenarios shvénicos salieron huyendo. Lo mismo hicieron muchos metourianos, hasta que Charenzo cerró las puertas y colocó duendes de centinelas. Así empezó otro período de gobierno del fiero e implacable Charenzo. Como los duendes eran seres nocturnos, raramente se los veía de día. Pero por la noche todo el mundo se ponía a cubierto detrás de las rejas echando los cerrojos a las puertas, para evitar que una de esas criaturas saltarinas de enormes cabezas entrara y le causara alguna terrible desgracia.

«Charenzo volvió a reinar mediante el terror, hasta que finalmente Synelius le advirtió de que estaba matando a más metourianos de los que nacían, y que, si este proceso continuaba el tiempo suficiente, no quedarían súbditos a los que gobernar. Este consejo hizo que Charenzo empezara a sospechar de su aliado, o puede que hiciese tiempo que había planeado deshacerse de Synelius por considerar demasiado peligroso que viviera. Como estaba muy interesado en la magia de Synelius, halagó al viejo hasta que éste le reveló los encantamientos y palabras mágicas con las que controlaba a los duendes. Entonces Charenzo hizo arrestar a Synelius y lo encerró en un calabozo en las profundidades de la ciudadela, situada en una colina en el centro de la ciudad. Synelius llamó a sus duendes para que le rescataran, pero Charenzo revocó la orden, así que los duendes no hicieron nada. Como no tenía sus trastos mágicos en

la celda, Synelius no pudo efectuar un encantamiento para liberarse mediante otros recursos mágicos.

«Mientras tanto, se estaba tramando otra conspiración por parte de un grupo de metourianos. entre los que se incluían representantes de todas las clases sociales: ricos, pobres y clases medias. Esta gente formó una sociedad secreta, llamada simplemente la Hermandad, y utilizaban contraseñas, juramentos y otras mascaradas. Eligieron un comité formado por cinco personas para que dirigiese la sociedad, y en él se incluyó a metourianos que representaban a las más diversas clases posibles: ricos y pobres, jóvenes y viejos, hombres y mujeres. De este modo, si uno de ellos era una mujer rica y anciana, otro debía ser un hombre pobre y joven para compensar. Por boca de uno de sus miembros. que era al mismo tiempo miembro de la guardia de la prisión, esta Hermandad se enteró del encarcelamiento de Synelius. Con ia ayuda de este miembro, lograron llegar a las mazmorras y presentaron documentos falsos aparentemente firmados por Charenzo, en los que se ordenaba al guardián que les entregase a Synelius. De este modo sacaron al hechicero de la cárcel. Y cuando le hubieron llevado a un refugio, le instaron a que se pusiera de su parte. Cuando accedió, le preguntaron si podía deshacerse de los duendes. El contestó que, por desgracia, no podía, ya que Charenzo ahora los controlaba y podría revocar sus órdenes de que volvieran a su propia esfera. Sin embargo, no todo estaba perdido, pues él sabía un hechizo que podía convertir a los duendes en piedra. Cuando dijo que esto requería un sacrificio humano. Ios conspiradores lo echaron a suertes. Como le tocó la suerte fatal a un joven muy prometedor, el conspirador más anciano, que había sido un oligarca, insistió en ocupar su lugar, arguyendo que no iba a durar muchos años y que tenía demasiadas ideas obsoletas y prejuicios para resultar útil en el nuevo régimen.

«Así que se efectuó el encantamiento. Hubo un enorme rayo de luz, y se oyó un trueno ensordecedor, y la tierra tembló. La ciudadela se derrumbó con un terrible estruendo, enterrando a Charenzo en las ruinas, y un desprendimiento de tierras bloqueó el Kyamos situado más abajo de la ciudad de Metouro. En ese instante, todos los duendes de Metouro se convirtieron en piedra. Cuando los conspiradores corrieron para ver cómo estaba Synelius, encontraron al viejo hechicero muerto con una expresión de paz en la cara.

«Entonces la Hermandad reorganizó la ciudad según sus propias ideas. Insistieron en permanecer en el anonimato, y esa es la razón por la que Metouro está gobernada hoy por un comité de la Hermandad llamado Los Cinco sin Rostro. Estos aparecen en sus funciones oficiales con máscaras negras, y se supone que nadie sabe quiénes son. Cuando el bloqueo del Kyamos formó el lago Volkina e inundó la vieja ciudad de Metouro, construyeron una nueva planificada por un arquitecto, con calles amplias y rectas. Como la ciudadela estaba en ruinas y la colina en la que estaba enclavada se había convertido en un simple islote del lago Volkina, retiraron las ruinas y construyeron una nueva fortaleza, en la cual no sólo emplearon las piedras del antiguo edificio que quedaban enteras, sino también los cientos de piedras en las que se habían convertido los duendes. Por eso, este edificio se llamó la Torre Encantada. Originalmente, los Cinco sin Rostro vivieron en la Torre Encantada. Pero hace un siglo rompieron esta costumbre, en parte debido a que sus idas y venidas llamaban demasiado la atención, lo cual hacía muy difícil mantener el anonimato, y en parte porque la torre misma era incómoda, ya que había sido diseñada más bien como una fortaleza que como una vivienda humana.

-¿Qué tal les ha ido a los metourianos con los Cinco sin Rostro? -preguntó Jorian.

-En algunos aspectos bien; en otros, no tan bien. Como todas las camarillas que se autoperpetúan, la principal preocupación de los Cinco fue asegurarse la posesión del poder. En general, habían gobernado a la ciudad con eficacia y habían logrado cierto grado de

prosperidad. Seguía habiendo ricos y pobres, pero ningún hombre trabajador pasaba hambre. Al no tener que mantenar una lujosa corte como la de Mulvan o un templo extravagante como el de Tarxia, no habían sentido la necesidad de sacar a sus súbditos hasta el último cuarto. Y la costumbre de elegir como miembros de los Cinco a personas que representaran a las más diversas clases sociales hacía que su gobierno fuese bastante imparcial. Por otro lado, existe muy poca libertad personal en Metouro. El ciudadano corriente no puede decir gran cosa, ya que su interlocutor podría ser un informador, y tiene mucho cuidado con lo que dice. Yo, personalmente, prefiero Vindium, con todo su desorden y corrupción, antes que un régimen tan virtuoso pero tan opresor. A menos que... (el hechicero sonrió ladinamente)... ¡yo mismo fuese un gobernante!

Durante la narración de esta historia, Jorian y sus acompañantes habían ido avanzado poco a poco a lo largo del embarcadero. Cuando Vorko terminó, una de las barcas se acercó y los tres subieron a bordo. Zoth dejó caer el fardo de Jorian y de Karadur en el interior de la barca, hizo un gesto silencioso a Vorko, y se volvió hacia la orilla.

La Torre Encantada

Mientras el hosco y silencioso barquero los conducía remando hacia la isla, la Torre Encantada se alzaba ante ellos. Tenía una estructura simple en forma de elipse estrecha con paneles de cuarenta pies. A cada extremo se elevaba una torre grande de unos veintitantos pies más de altura. Un puente de piedra con arcos unía estas torres cerca de su parte más alta. La forma del islote determinaba la extremada angostura del edificio.

La torre tenia un puente levadizo, cuyo extremo, sin embargo, no se unía con nada; simplemente se quedaba colgando encima del agua y hacía las veces de embarcadero. Jorian desembarcó con suscompañeros y los siguió a través de la puerta, bajo el rastrillo y en dirección a la sala. No había un patio abierto en el interior de esta torre; el edificio estaba totalmente techado y edificado en el interior.

En la sala, los magos hacían cola delante de un escritorio en el que había sentado un hombre con un manto negro, que llevaba un gorro de cartón en forma de cono sobre la cabeza. En la parte delantera de este gorro había unas palabras escritas con trazo grueso:

SEXAGESIMO PRIMER
CONCLAVE
ANUAL
DE LAS FUERZAS
DEL PROGRESO.
RECEPCIONISTA
GNOUX

Junto a la recepción había un tablón de anuncios, en el que se enumeraban los actos de la convención.

Cuando Vorko y Karadur llegaron al escritorio, el recepcionista les preguntó sus nombres, los escribió en unos papeles y los pegó en la parte delantera de unos gorros semejantes al suyo pero de color negro. Les entregó los gorros y las llaves de sus habitaciones. Cuando le tocó el turno a Jorian, Karadur dijo a Gnoux:

-Este es Jorian de Kortoli, mi aprendiz. He pagado tu registro, Jorian.

-Bienvenido, maese Jorian -dijo Gnoux-. ¿Cómo se escribe vuestro...? Aquí está.-Gnoux entregó a Jorian un gorro en forma de cucurucho como los otros, pero blanco para indicar el

rango de aprendiz de Jorian, con su nombre escrito delante-. Os alojaréis en la habitación veintitrés, con el doctor Karadur.

-¿No tenéis otra llave? -preguntó Jorian-. Puede que el buen doctor y yo entramos y salgamos a horas distintas.

-Aquí tenéis. ¡Bienvenido otra vez a esta asamblea de hombres sabios!

Jorian le preguntó:

-¿Se ha registrado un tal Porrex de Vindium?

Gnoux consultó una lista.

-No, aunque ya sois el tercer congresista que me lo preguna.

-Puede que también haya estafado a los otros, y éstos esperan sacarle de su escondite.

-Bueno... eh... -dijo Gnoux, tratando de esconder una sonrisa- no es asunto mío, pero he oído algunos comentarios que hablaban de aplicarle unas tenazas al rojo vivo donde más le doliera.

Jorian siguió a Vorko a la pista de baile situada al final de la sala, que había sido convertida en auditorio. Estaba llena de magos y magas sentados, todos ellos con gorros cónicos. Cuando encontraron asiento, Vorko susurró a Jorian al oído:

-Ese de allí es el presidente Aello.

El presidente, que llevaba un cucurucho dorado, un anciano alto y encorvado con una larga barba blanca que le caía por la parte delantera de su manto blanco. Estaba presentando a diversas celebridades, cada una de las cuales recibía un aplauso:

-... y me han informado de que se encuentra con nosotros un distinguido nigromante, Omphes de Thamoe, cuyo equipo de espíritus incluye a algunos de los fantasmas más eminentes que aún no se han reencarnado. ¿Queréis levantaros, doctor Omphes? Gracias... Y también tenemos a la preeminente hechicera Goania de Othomae, ¿Queréis saludar, señora Goania?...

Jorian recordó a la mujer de pelo gris y trató de llamar su atención, pero estaba demasiado lejos. Se movía inquieto en su asiento mirando a su alrededor. Le llamó la atención una figura que estaba de pie apoyada contra la pared de atrás, cerca de la puerta. Era un hombre fuerte de aspecto porcino que llevaba un gorro rojo. Sobresaltándose, Jorian reconoció a Boso, el antiguo encargado de tocar el gong con quien había luchado en Othomae, y a quien Goania había tomado a su servicio. No sólo llevaba un garrote, sino también una espada. Jorian se preguntó si Vanora estaría también alli. Aello de Gortii siguió ronroneando:

-... el estimable astrólogo Ktessis de Psara; ¿queréis levantaros, maese Ktessis?...

Jorian, cada vez más aburrido y hambriento, se preguntaba si después de todo había hecho bien en insistir en su deseo de asistir al cónclave. Pronto perdió la cuenta de los nombres. Sus párpados empezaron a pesarle, y en dos ocasiones estuvo a punto de caerse hacia delante desde el asiento. Se estaba dando pellizcos para mantenerse despierto cuando Aello tuvo la piedad de acabar con las presentaciones y anunció:

Librodot

-El primer acto del programa será una conferencia del sabio Bhulla de Janareth sobre "La Organización Familiar y la Nomenclatura de la Realeza entre los Demonios de la Octava Esfera.” Doctor Bhulla.

Entre un aplauso no muy efusivo, un hombrecillo de piel marrón y vientre abultado ocupó el lugar de Aellos en el estrado y comenzó a leer un papel con voz aguda y monótona y un marcado acento mulvaní. Jorian, aunque en su mayor parte había estudiado por cuenta propia, era una persona bastante ilustrada, pero aun así el discurso le resultó totalmente ininteligible. Cuando vio que empezaba de nuevo a dar cabezadas, le susurró a Karadur:

-Voy a salir un rato. ¿Dónde está nuestra habitación?

-Un piso más arriba al final del ala oeste. Te acompañaré, pues el siguiente acto es una subasta de propiedades mágicas, viejos manuscritos y recuerdos históricos de nuestra profesión. Creo que yo también me ausentaré.

-¿Hay algún lugar en esta mole donde se pueda comer?

-Habrá una cena aquí, en el salón de baile, una hora antes de la puesta del sol. Le seguirá un baile de disfraces.

Jorian reprimió un gruñido.

-¡Para eso faltan aún tres horas! Me moriré de hambre mientras tanto. Préstame unas monedas, ¿quieres?

Siguió a Karadur hasta la sala principal, pero se detuvo para echar un vistazo por ahí mientras el viejo mago seguía avanzando hacia sus aposentos. En la sala principal, Jorian descubrió que muchos otros asistentes al cónclave estaban haciendo novillos a la conferencia. Pequeños grupos de magos se apiñaban hablando de asuntos profesionales con expresivos gestos y muecas. Las risas estridentes de las mujeres cortaban el aire; había varios grupos de éstos formados por gente de todas las edades, unos con gorros cónicos de magos registrados y otros sin ellos. Estos últimos, supuso Jorian, estaban relacionados con los magos de una forma y otra. Se preguntó sobre la insistencia de Karadur en que el celibato era una condición absolutamente necesaria para ascender en esa profesión.

Había una habitación en penumbra llena de magos sentados a sus mesas, masticando garbanzos secos y bebiendo vino o cerveza. Jorian se abrió paso y se sentó en un sitio vacío. Los tres hombres que estaban en su mesa mantenían una acalorada discusión técnica. Sonrieron y saludaron con distraída cortesía a Jorian y siguieron con su conversación:

-... como el movimiento astral es circular, toda emisión azoica o magnética que no se encuentra con su medio vuelve por fuerza a su punto de partida, ¿no es así?

-Sí -dijo otro-, pero debes admitir que el duodenario, al ser un número cíclico en las analogias universales de la naturaleza, invariablemente atrae y absorbe al décimotercero, que es considerado como un número siniestro y superfluo. Por tanto, tus ciclos no podrán recapitular sus elementos en orden sincrónico...

-Los dos estáis equivocados -dijo el tercero-, porque habeis olvidado que en la naturaleza hay dos fuerzas que producen un equilibrio, y estos tres constituyen una sola ley. Por tanto a la tríada resumida en la unidad, y al añadir el concepto de unidad al de tríada llegamos a la

tétrada, el primer número cuadrado y perfecto, fuente de toda combinación numérica y principio de todas las formas. Partiendo de ahí, las corrientes astrales formarán ciclos homogéneos...

Jorian se sintió tan incómodo al tener que escuchar esta charla incomprensible mientras le ignoraban totalmente, que se marchó en cuanto terminó su cerveza. Al salir, se detuvo ante el tablón de anuncios. En él se anunciaba la conferencia que estaba teniendo lugar en ese momento y la subasta que venía después. Luego habría una discusión de un jurado sobre la "invisibilidad", seguido a su vez de una cena informal y de un baile de disfraces. A la mañana siguiente se celebraría un debate sobre la proposición de los Altruistas de acabar con todo el secreto que rodeaba a la magia, y de ofrecer sus beneficios libremente al público general. Habría un almuerzo en homenaje a Aello como presidente cesante. Por la tarde habria varias ponencias, incluyendo una demostración en la que se invocaría a un demonio del trigésimo tercer infierno mulvaní. Una pequeña estrella roja colocada después del nombre de este experimento indicaba que era peligroso. Por la noche se celebraria la cena formal, con premios para los magos merecedores de ellos y un discurso de la doctora Yseldia de Metouro, invitada de honor. Madam Yseldia hablaria de los recientes avances del encantamiento de las escobas voladoras. Después del banquete habría una serie de reuniones privadas a las que sólo podían asistir los magos más importantes. Durante el tercer y último día se expondrian un par de ponencias por la mañana y luego habría una reunión de trabajo en la que se elegiría nuevo presidente, se concretaría el emplazamiento del próximo cónclave y se considerarían posibles enmiendas a la constitución de las Fuerzas del Progreso.

Tras absorber esta información, Jorian comenzó a alejarse del tablero. Entoces se quedó perplejo al ver a Vanora hablando con un grupo de mujeres. La muchacha alta y angulosa llevaba una túnica de color verde esmeralda, con un pequeño gorro redondo sobre su largo y liso pelo negro. Estaba muy cambiada para ser la chica manchada de barro que había dejado en Othomae. A pesar de lo irregular de sus rasgos, casi parecía bonita, y resultaba ciertamente atractiva.

-¡Buenos dias, señora Vanora! -dijo él.

-¡Jorian! -gritó ella-. Perdonad, chicas; éste es un viejo amigo mío. -Cogió a Jorian por el brazo y caminó por la sala-. ¿De verdad habéis rescatado esa caja llena de escritos mohosos que estaba en poder del Rey de Reyes?

-Sí, lo hicimos y nos escapamos sin un arañazo. ¿Qué tal te va a ti?

Ella hizo una mueca.

-Ese Boso es un mal bicho... Pero Goania es encantadora. Sigo con él más por ella que por él. -Cogió un trozo de túnica esmeralda y la apartó de su cuerpo-. Ella me ha dado esto.

-Muy bonito. Acabo de ver a Boso en el salón de baile.

-Sí; le han hecho ujier; es decir, que tiene el mismo puesto de expulsor que tenía en el Dragón Plateado de Othomae. Pero no hablemos de mi, que he llevado una existencia bastante aburrida durante los últimos seis meses. ¡Cuéntame tus aventuras! Se han oído rumores de vuestras escapadas por los pelos.

Jorian sonrió.

-La mayoría de esas escapadas las hubiera abandanado de todo corazón mientras estaban ocurrendo, te lo aseguro, por muy divertidas que parezcan al contarlas después.

-Supongo; dirás que estabas medio muerto de miedo.

-Es la auténtica verdad. Después de todo, yo no soy un galán jactancioso, sino un simple artesano a quien le gustaria establecerse... pero antes de aburrirte con una historia de cuatro horas sobre mis hazañas, ¿puedes conseguirme algo de comer? Apenas he probado bocado desde el amanecer. Cabalgamos desde Thamoe a Metouro esta mañana y luego vinimos directamente hasta aquí sin detenernos a comer ni a lavarnos. Así que no diré una palabra más hasta después de comer algo.

Vanora acompañó a Jorian a la cocina y consiguió engatusar al cocinero jefe para que les diera un bollo y una jarra de cerveza. Entre bocado y bocado, Jorian le contó algunas de sus experiencias en Mulvan y en Shven. Dos horas más tarde, detuvo su narración y dijo:

-¡Está pasando el tiempo y yo lo estoy perdiendo contándote vanidosamente mis propios asuntos insignificantes! Puedo resistir casi todas las tentaciones, excepto una invitación a charlar. Creo que la sesión se acerca a su fin, y será mejor que me reúna con mi maestro.

-¿Te has hecho aprendiz de Karadur de verdad y no sólo de palabra?

-No, aunque una de las razones de mi asistencia a este cónclave es ver si me gusta la profesión de la magia. Pero dudo que las compensaciones de la alta magia me convenzan de que deje a las mujeres.

-Abandonando todos los placeres de la carne, según Goania, los adeptos más hábiles pueden hacer que su vida sea hasta dos y tres veces más larga que la de los mortales corrientes.

-O quizá sólo les parece dos o tres veces más larga sin el vino y las mujeres.

Vanora miró a Jorian de una forma peculiar.

-Ah, es de esas cosas de las que yo quería hablarte en conf...

-Perdona, Vanora, pero de veras tengo que marcharme inmediatamente. -Jorian entregó su jarra vacía al cocinero-. Huelo asquerosamente a causa del viaje, y debo remediar esta situación antes de la cena.

Ofreció su brazo a la muchacha y salió repentinamente hacia la sala principal. Allí pidió disculpas y encontró la habitación veintitrés. Entró con su llave y vio una pequeña sala de estar y un reducido dormitorio con dos camas estrechas. Karadur habia estado allí pero se había vuelto a marchar. Jorian se lavó, recortó su barba hasta dejarla de una largura elegante, se puso una camisa limpia, trató de sacar brillo a sus estropeadas botas, y volvió al salón de baile.

Allí encontró que la subasta había terminado y que la discusión de un jurado sobre la invisibilidad estaba ya bastante avanzada. Los miembros del jurado, sentados en fila sobre la plataforma, habían acabado sus planteamientos preparados y estaban respondiendo a las preguntas de la audiencia. El presidente Aello, situado en un extremo de la fila, señalaba con la varita a los auditores a quienes deseaba reconocer. Cuando entró Jorian, un hombre se puso en pie y comenzó a decir:

-Me gustaría preguntar...

-Decid vuestro nombre y especialidad, os lo ruego -dijo Aello.

-Merkon de Boaktis, hechicero teúrgico. Me gustaria preguntar a los honorables miembros cuál sería la ventaja de hacerse invisible por entero a excepción de los globos oculares. Si yo encontrara un par de globos sin cuerpo siguiéndome por ahí me parecería igual de obvio que un hombre visible, y mucho más desconcertante.

-Como creía haber explicado -dijo uno de los miembros del jurado-, la invisibilidad total, aunque posible, tenia la desventaja de cegar a la persona que la empleaba, porque no existe una interacción entre los rayos de la luz visible y la sustancia de los ojos humanos que produzca el fenómeno sensorial que conocemos con el nombre de vista". Creía que esto lo sabían todos los aprendices. Por tanto, la invisibilidad total sólo es práctica como medida de extrema emergencia, cuando a uno le persiguen de cerca. Puesto que la persona invisible no puede ver hasta que anula el hechizo, debe confiar en otros sentidos para que le avisen de la aproximación de sus enemigos, especialmente en su vista astral. Pero esta facultad está muy poco desarrollada en la mayoría de los mortales. Por otro lado, con los globos oculares visibles, uno puede examinar a su gusto cosas prohibidas, siempre que se mantenga uno a la distancia suficiente del observador más cercano para que no se vean sus ojos...

Jorian buscó a Karadur con la mirada, pero no pudo verlo. Los cientos de cucuruchos de los magos parecian iguales desde detrás, y Karadur se había cambiado de sitio. Jorian empezó a avanzar de puntillas por el pasillo que había a un lado de la sala, a fin de poder ver las caras de la audiencia desde el lateral. Al hacerlo, se encontró cara a cara con Boso.

-¡Tú! -susurró el ujier, haciendo ademan de sacar su espada-. Deberia...

-¡Compórtate, Boso! -dijo Jorian.

-¡Vete al infieno! Compórtate tú o haré...

-¡Shh! -dijeron varios magos, mirándoles y frunciendo el entrecejo.

Boso se calló, y Jorian continuó su búsqueda, recorriendo con la mirada fila tras fila de caras: caras rosas, caras grises, caras bronceadas, caras marrones; caras afeitadas, caras con bigotes y caras con barba; caras jóvenes, de mediana edad y ancianas; caras masculinas y femeninas. Finalmente, cuando ya pensaba que debía darse por vencido, divisó a Karadur al otro lado del auditorio. sentado con su gorro cónico en la cabeza y su turbante en el regazo. La hechicera Goania estaba sentada junto a él. Jorian se unió a ellos en silencio.

La discusión del jurado estaba llegando a su fin. Cuando Aello levantó la sesión, cientos de magos se levantaron y se estiraron.

-¿Y ahora qué? -preguntó Jorian.

-Habrá un aperitivo en la biblioteca -dijo Karadur-. Pero yo no tomo bebidas fermentadas. Creo que descansaré hasta la hora de la cena. ¿Por qué no acompañas a Goania hasta allí?

-¡Una idea magnifica! –dijo Jorian-. Señora Goania, ¿me concede este honor?

-Una cosa antes de marcharme -dijo Karadur-. Aquí, más que en ningún otro sitio, ¡ten cuidado con esa lengua parlanchina!

-Lo intentaré -dijo Jorian.

En la biblioteca, Jorian bebió vino condimentado y picó unos cuantos aperitivos de pescado salado y de galletas con Goania, que le presentó a innumerables hechiceros, brujos, nigromantes, adivinos y otros profesionales de las artes mágicas. Pronto perdió la cuenta de los nombres y de las caras. Durante una pausa, preguntó a la hechicera:

-¿Qué tal le va a Vanora con Boso?

-Oh, ayer tuvieron una terrible pelea y hoy no se hablan. Pero así son las cosas entre ellos. Mañana se les habrá olvidado el motivo de su disputa.

-Me dio la impresión de que no es muy feliz con él. Después de todo, ella es una persona con cierta inteligencia, aunque mal organizada, mientras que él no tiene el cerebro de un renacuajo.

-Admito que ella es infeliz casi todo el tiempo. La cuestión es si sería más feliz con otra persona. Yo lo dudo, pues forma parte de su naturaleza el ser infeliz y el hacer infeliz a quienes la rodean. Todos nosotros tenemos algo de esto en nuestra naturaleza, y ella, la pobre, tiene más que la mayoría. -Goania miró bruscamenta a Jorian-. Ella y tú fuisteis muy amigos una vez, ¿no es verdad?

-Sí, aunque fue un doloroso placer.

-¿Estás alimentando ideas sentimentales sobre "sacarla de todo esto", o de sacrificarte a ti mismo para hacerla feliz?

-Noo... -dijo Jorian vacilante, porque de hecho esas ideas habían pasado ya por su mente.

-Bueno, si lo has pensado, quítatelo de la cabeza ahora mismo. No se puede cambiar la naturaleza básica de un hombre o mujer adultos, ni siquiera con fórmulas mágicas. Si vuelves con ella, descubrirás que no has ganado una amante, sino una “sparring" de boxeo, papel para el que el tamaño y la estupidez de Boso son cualidades más apropiadas que las tuyas.

Jorian se irguió.

-Olvidáis, señora Goania, que he dejado en Xylar a seis esposas encantadoras. A una de ellas, al menos -mi pequeña Estrildis- espero llevármela algún dia para establecerme y llevar una vida tranquila y sencilla como artesano.

Goania negó con la cabeza.

-He investigado tu natividad y estudiado la palma de tu mano, y temo que una tranquila vida de artesano es la única bendición que los dioses no te tienen reservada. En cuanto a las mujeres, te sugiero que te atengas a tu resolución de recuperar a tu Estrildis cuando tus caminos sean otros. -Miró al otro lado de la habitación donde estaba Vanora, rodeada de muchachos jóvenes-. Por la forma en que está empinando el codo, sospecho que nos espera una de las animadas noches de Vanora.

Librodot

-¿Qué queréis decir con eso?

La hechicera suspiró.

-Ya lo verás.

La biblioteca se fue llenando de gente al ir llegando cada vez más miembros de la convención. El ruido aumentó, ya que cada hablante creia necesario elevar el tono de su voz para hacerse oír. Pronto la habitación estuvo repleta de magos y sus ayudantes, todos gritando a pleno pulmón.

Jorian trató de presentarse y de entablar conversación con los que le rodeaban pero, a pesar de su espíritu sociable y locuacidad, no tuvo mucho éxito. Tenia que vociferar para hacerse oír, y las respuestas. si las había, apenas podian entenderse. Sólo podía captar alguna palabra de vez en cuando, y dicha palabra a menudo le llegaba tan distorsionada que no sabia si era una palabra corriente que no había entendido bien o si se trataba de algún término mágico esotérico.

Después de un rato, Jorian se cansó de esta comunicación. Probó un experimento. A un hechicero de larga barba y aspecto digno le gritó:

-Señor, ¿sabíais que el ultidente había vendido la petuca cariza?

Las pobladas cejas blancas del hechicero se elevaron, y éste respondió algo que sonaba como:

-¡No me digas! ¡Tepemos cierionte camitar en turimar!

-Sí señor, me lo ha dicho el bolindrín de agazó. No hay duda deló. ¿Cuando llega el tridente pitarco a timoni?

-El dentipueve, greo.

-Extidente, extidente. ¡Ha sido un tracer, señor!

Pero incluso esta diversión le llegó a aburrir después de un rato. Jorian tenía los pies cansados de estar de pie y le retumbaba la cabeza con todo aquel barullo, cuando por fin anunciaron la cena. Acompañó a Goania hasta alli, pero, como era un aprendiz, comió con los de su mismo rango, mientras que Goania se unió a Karadur para cenar con los otros magos doctorados. Recordando la última advertencia de Karadur, Jorian reprimió su deseo de contar sus aventuras. En lugar de ello, se conformó con contestar cortésmente a lo que le preguntaban, haciendo preguntas para animar a los otros a que hablasen, y a decir de vez en cuando alguna ocurrencia y verso gracioso para apartar la curiosidad que mostraban por él.

-¿Vas a llevar un disfraz esta noche? -le preguntó uno de sus companeros de mesa.

-¡Dioses! Mi maestro y yo hemos llegacio tarde y no nos ha dado tiempo de equiparnos. Ahora sólo podría ir vestido de aprendiz viajero y harapiento. Pero dime cómo funciona este concurso, ya que éste es mi primer cónclave.

-Tenemos que dejar libre esta sala para que los sirvientes puedan retirar las mesas y colocar los bancos alrededor de las paredes -dijo otro aprendiz-. Se levanta una larga plataforma junto a aquella pared. Entonces los que están disfrazados se reúnen en el suelo, y los que no lo están

se sientan en los bancos. Siempre se arma un gran revuelo con la gente que se levanta y no deja ver a los demás, o que se adelanta entre la multitud de los que llevan disfraces. El maestro de ceremonias anota los nombres de los que van disfrazados y los va llamando uno a uno para que suban desfilando por un extremo de la plataforma y bajen por el otro, mientras los jueces, desde sus asientos, toman notas con aspecto juicioso. Cuando han desfilado todos, los mejores de ellos vuelven a ser llamados para desfilar otra vez, y los jueces eligen entre éstos a los ganadores de premios.

-Tenemos algunas normas graciosas -dijo otro aprendiz-. Por ejemplo: los seres humanos pueden desfilar vestidos de espíritus, pero los demonios, espíritus y otros habitantes de distintas esferas y dimensiones no puedan participar en el concurso. Verás al viejo Aello de pie en un extremo de la plataforma y agitando su varita mágica ante cada participante mientras desfila. Se supone que su poderoso encantamiento protector impide que los espíritus puedan disfrazarse, pero quiere estar bien seguro.

-Y además -volvió a intervenir el primer aprendiz- hay una regla en contra de la desnudez total.

-¿Por qué? -preguntó Jorian-. Siempre he pensando que así es como están más bellas las mujeres bien formadas.

-Lo mismo pensaban algunas de nuestras congresistas. Una vez ocurrió que veinte o treinta de estas damas desfilaron tan desnudas como ranas, de forma que el suceso llegó a degenerar en un concurso de belleza corporal en lugar de ser un concurso de disfraces. Hubo un terrible alboroto, y las facciones se amenazaban con los puños y se lanzaban hechizos maléficos. Por eso se nombró un jurado formado por los magos más ancianos y sabios para que arbitraran. Estos decidieron que una persona desnuda. por definición, no lleva disfraz.

-En otras palabras -dijo Jorian-: no llevar disfraz es no llevar disfraz. Una buena teoria filosófica y gramatical.

-Precisamente -sonrió el aprendiz-. Desde entonces, los seres humanos desnudos no pueden participar si no llevan un disfraz. Pero la cosa no terminó ahí. Hubo una disputa hace sólo un año, cuando Madam Tarlustia, la hechicera kortoliana, desfiló sin más adorno que una gran joya pegada en el ombligo. Cumplia las normas, ¿no es así? Se decretó que cumplía los requisitos pero no ganó ningún premio, ya que su ropa no demostraba la suficiente ingeniosidad, ni esfuerzo ni interés estético. Pero estuvo cerca. Si hubiese tenido veinte años y veinte libras menos, la decisión podría haber sido muy distinta, pues aún así no tenía mala figura.

Dos horas después de cenar, todo el mundo volvió a entrar en fila en el salón de baile. Jorian se dio cuenta de que la mayoría de los que iban disfrazados -a juzgar por las caras que lograba ver- tendian a ser los miembros más jóvenes del cónclave: los aprendices y los ayudantes. Los hechiceros y hechiceras más ancianos. en general, preferían sentarse tranquilamente en los bancos situados alrededor de las paredes.

Después de una hora de ir de aquí para allá y de organizar el desfile, el maestro de ceremonias montó la plataforma. En el lado más alejado de ésta se sentaron los nueve jueces apoyando la espalda contra la pared. El presidente Aello se colocó de pie en un extremo de la plataforma con su varita mágica. El maestro de ceremonias miró su lista y llamó:

-¡Maese Teleinos de Tarxia!

Librodot

Un aprendiz, vestido de demonio de la Cuarta Esfera, subió los escalones situados en un extremo de la plataforma, pasó lentamente por delante de los jueces y bajó por las escaleras del lado contrario. Mientras desfilada por la sala delante de los espectadores, el maestro de ceremonias llamó al siguiente:

-¡Maeses Annyx y Forion de Solymbria!

Un dragón hecho de papel pintado, transportado por dos aprendices que representaban las piernas del monstruo, subieron a la plataforma.

-¡Señora Vanora!

Vanora, ruborizada pero sin vacilar, ascendió a la plataforma con un disfraz de ondina. Este consistía en un traje recto hasta la rodilla de gasa verde transparente. En su larga cabellera negra habían prendido trozos de algas artificiales. Llevaba guantes verdes con cintas entre los dedos, y sus párpados, labios y uñas de los pies estaban pintadas de verde.

-¡Doctor Vingalfi de Istheun!...

Y así pasaron tres horas. Finalmente, Vanora ganó el tercer premio. Luego la orquesta empezó a tocar. Jorian se acercó a felicitar a Vanora, que estaba otra vez rodeada de aprendices. Boso se quedó en segundo término lanzando miradas furiosas. Ella estaba diciendo:

-¡Están tocando la volka kortoliana. ¿Quién de vosotros sabe bailarla?

-Hace tiempo yo fui considerado un experto -dijo Jorian, of reciendo su brazo para que ella lo tomase. El hizo una reverencia cortés a Boso, diciendo-: Con vuestro permiso, señor...

-¡Oh! ¡Que se vaya a la próxima encarnación! -dijo Vanora, agarrando a Jorian del brazo y tirando de él-. Ese idiota no sabe dar un paso de baile.

Y allá fueron golpeando el suelo con los pies y dando vueltas. Aunque a Vanora le olía el aliento a vino, el licor que había bebido no parecía haber afectado a su excelente forma de bailar. Pero el volka es un baile muy enérgico, y el ambiente era cálido y no corría el aire. Al final de la pieza, tanto Jorian como Vanora estaban bañados en sudor. Encontraron una mesa de refrecos, donde Vanora se bebió de un solo trago vino helado suficiente como para dejar fuera de combate a un bebedor normal.

-Jorian, querido -dijo ella-, fui una maldita estúpida al reñirte por lo de tu princesa serpiente, como hice en Othomae. ¡Como si una borracha calentorra como yo tuviera que ofenderse al saber con quién te revuelcas tú! Pero es mi sino, insultar a todo hombre decente y acostarme con puercos como Boso. -Mientras hablaba, los ojos de Jorian recorrieron su cuerpo. Vanora no llevaba nada bajo el vestido de gasa, cuya transparencia forzaba al máximo la norma de la desnudez sin llegar a quebrantarla. Jorian trató de concentrar su pensamiento en su perdida Strildis, pero la sangre le hervia en el cuerpo.

-No digas nada más -dijo, dándose cuenta de que su voz se había vuelto más profunda-. Estoy seguro de que hubiera disfrutado más contigo que con ella. ¡Al menos, tú no hubieras arrojado a un hombre de la cama haciéndole caer al suelo!

-¿Eso es lo que hizo?

-No, pero estuvo a punto. ¡Y qué posturas utilizan esos mulvaníes! Pero ven, ¿no esta el ambiente muy cargado aquí con toda esta gente?

-Sí. ¿Has estado arriba en las almenas?

-No. Vamos.

En las almenas vieron ponerse la luna, que estaba en su primer cuarto. Las estrellas brillaban en el cielo, mientras que al sur una densa nube se iluminaba a rachas con el resplandor de un lejano rayo.

-¿No hace calor para esta época del año? -dijo Jorian rodeando la cintura de la muchacha con el brazo.

-Bastante. Me parece que va a llover. -Se volvió lentamente hacia él e inclinó la cabeza hacia atrás-. ¿Cómo eran esas posturas mulvaníes?

Poco después, caminaban con paso ligero por el pasillo que conducía a la habitación veintitrés. A Jorian le golpeaba el pulso en las sienes. Susurró:

-No he visto al viejo Karadur en toda la noche. Si está en nuestra habitación, tendremos que probar en la tuya. Si no está, echaré el cerrojo por dentro.

-Yo sé dónde se guardan algunos jergones para los invitados que llegan tarde -susurró ella-. Podríamos arrastrar uno hasta el tejado.

-Ya veremos. -Jorian trató de abrir la puerta de su habitación y la encontró cérrada. Metió la llave que le habían dado al inscribirse y la hizo girar despacio. Empujó la puerta ligeramente se detuvo y escuchó. Vanora empezó a decir:

-¿Que es...

Jorian le hizo rápidamente una señal con la mano para que se callara. La expresión de deseo feroz se había borrado de su cara, y en su lugar se reflejaba el estado de alerta sigilosa de un cazador.

Abrió la puerta un poco más, y otro poco más, hasta que estuvo lo batante abierta como para entrar con cuidado. La sala de estar estaba oscura, pero en el dormitorio había una vela encendida. La puerta que separaba las dos habitaciones estaba entreabierta, de modo que a la sala de estar llegaba un delgado triángulo de luz. En el dormitorio se oían voces, y entre los trozos de conversación se escuchaba el crujir de viejos pergaminos.

-Aquí está nuestro manuscrito -dijo una voz-. ¡Por todos los dioses y demonios! Esta es una versión del gran contra-hechizo del brujo Rendivar, que se creía perdido para siempre.

-Aquí está la respuesta -resonó la voz profunda del mago Vorko-. En mi opinión, tendremos que proceder en tres etapas. La primera, que ha de efectuarse mañana al comienzo del debate, consistirá en llevar a cabo este contra-hechizo, abriendo así el camino a acciones posteriores.

Una vieja voz con acento mulvaní -la de Karadur- habló después. Con un tono de gran sorpresa, su voz dijo:

-¿Pretendes atacar a nuestros oponentes mediante la magia, a pesar de todas las leyes y costrumbres de las Fuerzas del Progreso?

-Ciertamente; ¿tú qué pensabas? Hemos contado a los nuestros y sabemos que nuestra propuesta no tiene posibilidades de salir adelante. Nos faltan votos.

-Pero... pero... tú siempre has dado mucha importancia a la ética...

-¡No seas más tonto de lo que te hicieron los dioses! Cuando se trata de hacer algo en bien de toda la humanidad, uno no se anda con sutilezas sobre las normas y la ética.

-¿Pero no te estás... eh... precipitando un poco? –dijo Karadur.

Vorko resopló.

-Si te preocupa que todo Maltho, Baltho y Zaltho meta mano en todos los encantamientos más mortíferos del libro de la magia, puedes dejar de preocuparte. No soy un completo idiota. Sé tan bien como tú que algunas de las protestas de los reaccionarios -referentes a que no se debe confiar tales poderes a los hombres ignorantes- tienen mucho de verdad.

-Una vez que controlemos a las Fuerzas del Progreso, podemos instaurar gobiernos altruistas en cada una de las Doce Ciudades en el plazo de un año. Lo tengo ya todo pensado, y agentes en aquellos lugares...

-¡Pero las Fuerzas siempre se han mantenido apartadas de la política de los laicos! -dijo Karadur con una voz que era casi un lamento.

-Peor para ellas. Cuando tengamos el poder, por supuesto, tendremos que actuar con cautela, introduciendo a las masas sólo en los secretos más elementales de la magia -los cuales podrían aprender por sí mismas en una buena biblioteca- hasta que demuestren ser dignas de más confianza. Pero lo más importante es conseguir el poder absoluto. Una vez hayamos aplastado toda oposición, podremos hacer lo que nos parezca oportuno. ¡Y, como yo sé que mis motivos son puros y mis planes obedecen a una lógica, es mi deber hacerme con el poder para llevarlos a cabo!

-Ahora volvamos al asunto: El segundo paso será anotar los nombres de los líderes de los Benefactores y de todos aquellos que opinan como ellos mañana por la mañana. Rheits, tú te encargarás de esta tarea mientras el resto de nosotros efectuamos el contra-hechizo. Se supone que la sesión durará dos horas... tenemos mucho tiempo.

Otra voz dijo:

-¿Estás seguro, líder, de que el viejo hechizo Rendivar será lo bastante poderoso? El encantamiento de Aello no es ninguna tontería .

-Si lo ejecutara yo sólo, quizá no, -respondió Vorko-; pero si lo hacen tres o cuatro simultáneamente, estoy seguro de que funcionará. Bien, en cuanto al tercer paso, si pudiésemos recolectar posesiones o partes del cuerpo de todas esas personas, podríamos atacarles con magia favorable; pero eso es imposible con el tiempo del que disponemos. Por tanto, Magnas, tú convocarás a una bandada de demonios de...

Jorian, de pie en la oscuridad cerca de la puerta intermedia, se horrorizó al oír un fuerte hipido de Vanora, que estaba detrás de él. El vino consumido había empezado a hacer efecto. Volvió a hipar.

-¿Qué ha sido eso? -dijo una voz desde el dormitorio.

Ante el horror y la impotencia de Jorian, Vanora pasó delante de él tambaleándose, abrió de golpe la puerta del dormitorio y gritó con voz ronca:

-¡Soy yo, eso es lo que ha sido eso! ¿Y por qué no os vais de aquí al otro mundo, viejos palurdos impotentes, para que Jorian y yo... hip. . . podamos utilizar una cama para lo que sirve una cama?

Al abrirse la puerta, Jorian vio brevemente a varios hombres además de Karadur, Drakomas y Vorko, sentados en las camas y en las sillas. Entonces la voz de Vorko pronunció una palabra áspera e ininteligible. Algo avisó a Jorian de un peligro a su derecha. Cuando se dispuso a darse la vuelta, vio de soslayo, en la luz repentinamente aumentada, a uno de los demonios de Vorko. El demonio avanzaba hacia él con una maza en alto. Aunque Jorian era rápido de reflejos, el ataque fue tan veloz que no le dio tiempo siquiera esquivarlo antes de sentir que todo explotaba a su alrededor.

Cuando Jorian volvió en sí, la habitación estaba iluminada por una luz natural grisácea que entraba por la abertura de disparar flechas, adornada con un marco, que hacía las veces de ventana. Tardó tiempo en darse cuenta de que los destellos de luz y los ruidos sordos no estaban en el interior de su cabeza, sino que eran causados por una violenta tormenta que había fuera. La lluvia golpeaba los pequeños vidrios en forma de rombo de la ventana y bajaba arrastrándose por el cristal como diminutas serpientes transparentes.

Jorian se dio la vuelta, haciendo una mueca a causa del dolor que sintió en sus apretados músculos y de la punzada en la cabeza que acompañaba cada movimiento. Notó que tenía las muñecas y los tobillos atados y la boca amordazada y llena de trapos. Cuando se aclaró su vista, que hasta entonces había estado borrosa, vio que Vanora y Karadur también estaban atados.

Vanora, que aún llevaba su vestido de gasa verde, lo miró por encima de su mordaza con los ojos enrojecidos. De Karadur no sabía qué pensar; el mulvaní parecía un montón de ropa vieja en la esquina.

Aunque los asaltantes de Jorian habían hecho un buen trabajo al atarlo, no habían tenido en cuenta las prácticas que había hecho en Xylar para escaparse de tales ataduras. El primer paso era simplemente morder: después de unos cuantos minutos mordiendo con fuerza, rompió el harapo que sujetaba la mordaza y pudo escupir los trapos.

-¡Vanora! -dijo con dificultad-. ¿Te encuentras bien?

-Gmpff, glmpff -respondió ella a través de la mordaza.

-Karadur, ¿Cómo estás?

Contestó con un gemido. Jorian miró al otro lado de la habitación lo mejor que pudo desde su posición en el suelo. Su espada seguía colgada de su tahalí en un perchero que había detrás de la puerta.

Librodot

A un hombre con los tobillos unidos por una cuerda y las muñecas atadas a la espalda le resulta difícil levantarse del suelo, pero no imposible. En varias ocasiones, Jorian casi logró ponerse en pie, pero volvió a caer al suelo golpeándose con fuerza. De las rendijas de los tablones del suelo salían pequeños soplos de polvo cada vez que se caía. Por fin lo consiguió. Avanzó dando saltos hasta el perchero y lo hizo caer. Luego se puso en cuclillas y acercó sus manos a la empuñadura de su espada. Con un par de grotescos saltos se colocó junto a Vanora.

-Agarra la vaina con los pies -gruñó. Cuando lo hubo hecho, se apartó de ella de un salto, sacando la espada de la vaina. Entonces colocó la empuñadura entre los pies de la muchacha.

-Ahora sujeta la espada firmemente. Si la sueltas me abrirá en dos.

Comenzó a agacharse y a levantarse repetidamente, manteniendo las cuerdas que ataban sus muñecas detrás de él en contacto con la hoja. Cuando, tras agacharse veinticuatro veces, una de las cuerdas se rompió, las ataduras salieron fácilmente. Durante unos momentos, Jorian se quedó de pie frotándose las muñecas y sintiendo su cerebro bloqueado. Luego tomó la espada y rápidamente cortó las ataduras que le quedaban a él y a sus compañeros.

-Así logré salvar mi cabeza una vez -dijo-. La moraleja es: "Mantén tu espada siempre bien afilada. Esos bribones son unos principiantes después de todo. o de lo contrario no hubiesen dejado nada que estuviese afilado a nuestro alcance.

-Recuerda, hijo -dijo Karadur-, que ellos están acostumbrados a enfrentarse a sus enemigos, no mediante recursos tan crueles como las espadas y las cuerdas. sino con espíritus, encantamientos y la sabiduría trascendental de la magia.

-Pues peor para ellos. ¿Qúe hora es?

-¡Dioses benévolos! -exclamó Karadur-. Debe de haber pasado la cuarta hora. Eso significa que el debate sobre la proposición altruista estará ya celebrándose en el salón de baile. Vorko estará efectuando el contra-hechizo que obtuvo del Kist. ¿Dónde está esa maldita cosa? ¡Dioses. se lo han llevado! ¡Ay de mí! ¿Cuándo dejaré de ser un mentecato crédulo y confiado? ¡Pero debemos ir inmediatamente al salón de baile para avisar a las Fuerzas!

-¡Dioses, qué resaca! -se quejó Vanora, agarrándose la cabeza. Aquella mañana su aspecto no era nada atractivo.

-¿Te estás cambiendo de bando, doctor? –preguntó Jorian.

-No; yo siempre he estado del lado de la virtud y el orden. Di más bien que Vorko y sus secuaces me han abandonado. -El viejo se quejó mientras trataba de levantarse. Jorian le ayudó. No encontró su llave, pero sacó sus ganzúas y se puso manos a la obra en la puerta, que pronto estuvo abierta.

-No debemos perder tiempo, por muy débil que me encuentre esta mañana -dijo Karadur.

-¿Debemos? –dijo Jorian-. ¿Por qué debo yo preocuparme de las peleas entre vuestros espíritus? El trabajo que me encargaste está hecho, y no tengo intención de unirme a vuestra profesión.

-Oíste lo que dijo Vorko. ¡Y si no te importo yo y otros magos honrados, piensa en la tiranía de Vorko, peor aún que la de Mulvan, Tarxia y Metouro juntas! Pero no puedo perder el tiempo con discusiones; que me siga el que quiera.

El viejo mago salió por la puerta cojeando. Después de un instante de duda, los otros fueron tras él.

Las puertas del salón principal de baile se abrieron con un fuerte empujón de Jorian. Karadur entró bamboleándose y descendió por el pasillo central entre las filas de bancos. Uno de los participantes del debate estaba de pie, diciendo:

-... y si no creéis que los hombres corrientes no son dignos de que les sean confiados tales secretos, dejadme citaros ejemplos de su estúpida y puerca conducta de la historia de nuestro país anfitrión. Cuando los reyes de Meturo fueron derrocados y se estableció la república... - El orador dejó de hablar al darse cuenta de que Karadur descendía por el pasillo cojeando, con la cabeza descubierta y una mirada feroz.

-¡Traición! -graznó el viejo mulvaní-. ¡Un grupo de conspiradores formado por gente de los nuestros planea derrocar a la autoridad de esta Hermandad y hacerse con el poder! ¡Maese Rheits, además, está anotando los nombres de los Benefactores para facilitar este ataque! ¡Cogedle, y si no me creéis...

lientras Karadur hablaba, Jorian y Vanora se dispusieron a entrar para seguirlo. Al hacerlo, Boso se interpuso en su camino. Viendo primero a Jorian, Boso comenzó a decir:

-En esta reunión los aprendices deben ir al graderío. Aquí abajo sólo pueden entrar los magos doctorados...

Entonces el ujier vio a Vanora.

-¡Tú! -vociferó. Su cara se puso roja, y sus ojos brillaron con una furia desmedida-. Habéis pasado... habéis pasado la noche juntos, y todavía te atreves a... ¡Habráse visto! ¡Yo te enseñaré, zorra!

Con un gruñido inarticulado, sacó su espada, apartó a Jorian a un lado, y se lanzó hacia Vanora. Profiriendo un grito, la muchacha volvió corriendo a la sala principal.

Ante las dos alternativas, Jorian vaciló un instante. En el salón de baile, Karadur parecía arreglárselas bien. Seguía exponiendo efusivamente su denuncia, mientras se levantaba un clamor a su alrededor. Varios miembros de la Fuerzas habían agarrado a maese Rheits. Jorian se volvió y corrió tras Boso.

Salió a la sala principal justo a tiempo para ver a Vanora desaparecer escalera arriba al final de la sala con Boso en su persecución. Fue tras ellos, sacando su espada, el mismo sable largo que había quitado al gending dormido en los Ellornas.

Subió las escaleras, un tramo tras otro hasta que empezó a jadear, viendo en cada vuelta a aquellos a los que perseguía. Pronto salió al tejado. Por el cielo corrían nubes bajas y la lluvia golpeaba oblicuamente las baldosas. Había relámpagos y el retumbar de los truenos ahogaba periódicamente el silbido del viento y el repiqueteo de la lluvia.

Librodot

Mirando nerviosamente a su alrededor, con la mano izquierda levantada para evitar que la lluvia lo cegase, Jorian vio a Boso entrar por la puerta de una de las dos grandes torres redondas del castillo -las torres gemelas- y cerrar la puerta de golpe tras él. Resbalándose por las baldosas húmedas, Jorian corrió hacia la puerta y trató de abrirla; pero Boso había cerrado el pesado pestillo por dentro.

Boso, pensó Jorian, perseguiría a Vanora hasta lo alto de esa torre y, si no la atrapaba allí, la seguiría a través del puente que unía las dos torres y bajaría la escalera de caracol de la otra. A.sí que corrió hacia la base de esta última, cuya puerta no estaba cerrada con llave.

Entrando por esa puerta, subió la escalera corriendo. Cuandó salió al tejado, casi se choca con Vanora, que haciendo esfuerzos por respirar y con el vestido trasparente pegado al cuerpo a causa del agua, llegó al mismo tiempo que él a lo alto de la torre por el puente. Tras ella vino Boso, mostrando la espada y los dientes.

-¡Baja y pide ayuda! -gritó Jorian a Vanora por encima de su hombro mientras se colocaba en el puente de un salto. Las piedras grises y húmedas vibraron bajo los pies de Jorian en la tempestad como una cuerda de violín.

La estructura no era tan estrecha como parecía desde debajo. La pasarela tenía cuatro pies de ancho, y había un pretil bajo almenado, que llegaba a cada lado algo más arriba de la cintura. No era probable que alguien se cayese simplemente por los efectos del viento y la lluvia. Por otro lado, no sería difícil caerse de una de las troneras durante una lucha mano a mano.

Las espadas se encontraron con un giro y múltiples ruidos metálicos que se perdieron con el rugido de un trueno. Los dos robustos hombres permanecían de pie en el puente, todavía jadeantes a causa de la carrera y mirándose a los ojos, lanzándose estocadas, atacando y parando. Durante un instante se apartaron uno del otro, respirando con dificultad; luego volvieron al atsque: clang-tzing-zip-clang. No podían mover mucho los pies debido a ias limitaciones del espacio y a lo resbaladizo de las piedras.

Sus brazos derechos funcionaban como pistones, hasta que a Jorian empezó a dolerle el brazo. El viento aullaba y obligaba a la lluvia a caer casi horizontalmente. Empujaba a amhos luchadores de forma que éstos tenían que agarrarse a las troneras con la mano libre para no caer, incluso mientras cortaban y embestían.

Jorian vio que la espada del jinete era algo larga para este tipo de lucha, especialmente porque su puño era demasiado corto para sujetarla con ambas manos. La espada de Boso era aproximadamente de la misma longitud y pesaba como la espada Randir, ahora botín del kan de los gendins. El fornido rufián la manejaba bien, mientras que las paradas, redobles y amagos de Jorian eran un poco lentos. Boso los paraba, por muy complicado que fuese el ataque de Jorian. Por otro lado, la mayor largura del brazo y la espada de Jorian, aunque escasa, mantenía a Boso demasiado lejos para aprovechar su mayor rapidez en el manejo de la hoja. Su constitución fuerte y de piernas cortas hacía que éstas fueran demasiado lentas para lanzarse a una rápida embestida e introducirse en la guardia de Jorian.

Es más, Boso tenía la mala costumbre de parar en la segunda obsoleta. Jorian se juró que, la próxima vez que su enemigo hiciera esto, le doblaría y le pincharía adecuadamente...

De pronto notaron y oyeron algo distinto. No se trataba de un trueno, ni del silbido del viento, ni de la fuerte vibración del puente. Era un profundo estruendo combinado con una fuerte

Librodot

sacudida como de un terremoto. De debajo llegó un creciente tumulto de porrazos, ruidos sordos, chasquidos, chillidos, aullidos, gritos y bramidos. Detrás de Jorian, Vanora gritó:

-¡La torre se cae!

Jorian lanzó una mirada a Boso, que había retrocedido un par de pasos y estaba agarrando una tronera con una mano y la espada con la otra. La cara del ujier estaba pálida y tenía el pelo mojado pegado a la frente. Jorian se arriesgó a mirar atrás. Vanora estaba dos zancadas detrá de él, agarrada a las troneras del pretil de la torre.

-¿Por qué no has bajado...? -comenzó a decir Jorian pero entonces las piedras que había bajo sus pies empezaron a moverse. Con un terrible estruendo, ambas torres y el puente que las unía comenzaron a oscilar sobre el aguá del lago Volkina azotada por la lluvia.

Jorian saltó al pretil, donde el puente se unía con la parte superior de la torre.

-¡Salta tan lejos como puedas! -gritó.

Mientras Jorian se preparaba para saltar, echó una última mirada a Boso. Este no miraba a Jorian, sino a un ser que había aparecido detrás de él. Una de las troneras del pretil del puente había reventado en pedazos. Una piedra, al caer sobre la pasarela del puente, se había convertido en aquel ser. Medía cinco pies de altura y tenía las piernas delgadas, una enorme cabeza más grande que una calabaza y una inmensa abertura a modo de boca parecida a las de las ranas. No llevaba ropa, y su piel tenía un aspecto húmedo como de rana. No tenía órganos sexuales a la vista.

Eso fue todo lo que vio Jorian mientras las torres se inclinaban cada vez más hacia el agua. Saltó hacia fuera con un fuerte impulso sintiendo el silbido del viento en su pelo y la lluvia en su cara. ¡Qué curioso! -pensó durante un instante-, la lluvia parece caer hacia arriba; pero por supuesto estaba alcanzando a las gotas de agua en su caída. Entonces vio el agua gris-pizarra subiendo hacia él. ¡Splass!

Llegó a la superficie, sintiendo como si un gigante lo hubiese aplastado con una paleta. A cada uno de sus lados había alguien chapoteando. Cuando se quitó el agua de los ojos y recuperó la respiración, vio que una de estas personas era Vanora, quien, con su insignificante y ligero disfraz, trataba de nadar hacia la costa. La otra era Boso, moviendo los brazos y las piernas inútilmente y tratando de decir medio ahogado la palabra: ¡Socorro!

Jorian había perdido la espada en su zambullida. En dos brazadas llegó adonde estaba Boso, agitándose bajo el agua y asomando otra vez con frenéticos esfuerzos. Jorian rodeó con su brazo el cuello del ujier por debajo de la barbilla, lo agarró bien y comenzó a nadar de espaldas en dirección a tierra.

Después de unas cuantas brazadas tocó fondo. Arrastró a Boso a la orilla y lo dejó de espaldas sobre el lodo. Boso, tumbado y con los ojos cerrados, tosía, escupía agua y trataba de respirar a bocanadas. Entonces Jorian miró a su alrededor.

La Torre Encantada se había derrumbado formando un montón de bloques de piedra. Debajo de unos bloques cercanos, asomaban manos y pies humanos. Por toda la isla, cientos de magos y sus ayudantes permanecían en el agua, que les llegaba a los tobillos, rodillas, cintura o incluso hasta la barbilla. Algunos buscaban entre las ruinas del castillo. Las personas heridas se quejaban.

Librodot

La lluvia había amainado hasta convertirse en una llovizna continua. No muy lejos de allí estaba Vanora, de pie y desnuda al borde del lago, escurriendo el agua de su ligera vestimenta.

-¡Jorian! -Levantó la vista y vio a Karadur y a Goania saliendo del agua hacia él.

-¡Por los cuarenta y nueve infiernos mulvaníes! ¿Qué ha ocurrido? -gritó Jorian.

Karadur estaba demasiado jadeante y asustado para hacer otra cosa que no fuese respirar, pero Goania le explicó:

-¿Sabes por qué la Torre Encantada se llama así? Bien, cuando Vorko efectuó el contra-hechizo, éste nó solo anuló el encantamiento de protección de Aello, sino también el encantamiento original de los duendes que había sido obra de Synelius, allá en los tiempos del tirano Charenzo. Como el castillo había sido en parte construido con aquellas piedras, al volver a convertirse en duendes, las paredes se han venido abajo al quedarse llenas de boquetes. Parece ser que la mayoría de las piedras-duende estaban en el lado sur, y esa es la razón de que las torres cayesen de ese modo.

-Vi a uno de esos seres cuando estaba en el puente luchando con Boso -dijo Jorian.

-Debe de haber cientos de ellos en las partes más bajas del castillo.

-¿Dónde están ahora?

-Karadur hizo salir de su anillo al demonio Gorax y lo azuzó contra los duendes, por lo que todos ellos volvieron huyendo a la Novena Esfera. Creo que ellos estaban más asustados al despertarse de su sueño de encantamiento en medio de una torre que se derrumbaba que lo que nosotros lo estábamos de ellos.

-¿Cómo habéis escapado?

-Cuando Karadur contó lo que sabía acerca del contra-hechizo de Vorko, el viejo Aello supo inmediatamente lo que iba a pasar. Nos gritó que saliésemos de la torre inmediatamente. La mayoría de nosotros hemos salido, aunque algunos se han quedado atrapados, y a otros les han golpeado las piedras que caían después de haber salido del edificio. Afortunadamente, el agua del otro lado es poco profunda hasta llegar a la costa. Vorko y sus secuaces deben de estar entre los aplastados; al menos, yo no los he visto.

-¿Y Aello?

-Muerto en las ruinas, me temo. Fue a la cocina y a la zona de servicio para hacer salir a esa gente también, y la última vez que se le vio estaba buscando por allí para asegurarse de que no quedaba nadie. Pero, ¿qué es esto? -Señalaba a Boso, que estaba empezando a revivir.

-Yo lo he sacado del lago. Quería matar a Vanora en el tejado, por celos. Yo estaba luchando con él en el puente cuando el castillo se derrumbó.

-¿Luchando a muerte con él, y luego le salvas la vida?

Jorian se golpeó la frente con la mano.

-¡Por las pelotas de bronce de Imbal! ¿Por qué haré yo semejantes estupideces? Bueno, en realidad yo no deseaba matar a este pobre imbécil. -Mirando a su alrededor, vio un débil destello metálico en la orilla. Era la espada de Boso, que estaba en el fango. Jorian la cogió y la metió en su vaina.

-La mía está en algún sitio del lago -dijo-. ¿Me vas a demandar por esto, Boso, o mejor olvidamos todo este lamentable asunto?

Boso, que ahora estaba sentado, negó con la cabeza y masculló:

-Me he hecho daño en la espalda.

-Bueno, espalda o no espalda, levanta. Tenemos trabajo. -Jorian condujo a Boso al otro lado de la isla en donde los magos, con el agua hasta las rodillas y la cintura, estaban metiendo a los heridos en barcas que habían venido a recogerlos.

-¡Vanora! -dijo Goania severamente-. Ponte algo de ropa encima, niña, o vas a pescar un resfriado de muerte.

Al caer la tarde sobre Metouro, Jorian estaba sentado en la taberna que había ocupado Vorko, con Karadur y Goania. Karadur había perdido su turbante en el derrumbamiento de la Torre Encantada y, como no se sentía a gusto sin él, se había enrollado un andrajo alargado en su lugar. Boso y Vanora, esta última con un vestido nuevo comprado ese mismo día por Goania, estaban sentados ellos solos dos mesas más allá. Jorian dijo:

-Ahora ya he hecho lo que querían vuestros Altruistas, doctor, aunque tu maldito Kist esté enterrado en las ruinas de la Torre Encantada, donde al menos no causará problemas por una larga temporada. Puesto que he cumplido mi parte del trato, ¿cómo puedo librarme del encantamiento?

-Ya estás libre, hijo. Como Vorko te lo impuso, su muerte lo ha anulado. Pero debemos pensar en tu futuro. Si te convirtieses en mi aprendiz de hecho, y no sólo de palabra, podría hacer de ti un mago de primera en quince o veinte años, a menos que yo pase antes a mi próxima reencarnación.

-No, gracias. Tengo mis propios planes, el primero de los cuales es recuperar a mi pequeña y querida Estrildis.

-¿Cómo vas a lograr eso sin la ayuda de la magia?

-No lo sé, viejo, pero encontraré la manera. Durante nuestro viaje, me di cuenta de que cuando confiaba en mis propios poderes mundanos, a menudo conseguía lo que quería; mientras que cuando me apoyaba en lo sobrenatural, muchas veces acababa peor de lo que había empezado.

Yo pensaba que la magia era la llave de la vida
Y por ello a sus sabios devotos recurrí:

A nigromantes a quienes los fantasmas de los hombres antaño obedecían.

A viejos videntes que, decían, el futuro adivinaban.

A hechiceros que en sus guaridas a los espíritus invocaban,
y a brujas que podían efectuar ocuros y mortíferos hechizos.

Pero cuando todo terminó, descubrí un encantamiento mejor:
servirme sólo de mis ojos, brazos y espada,
mi propio entendimiento,
y, entre las rodillas, una buena jaca.

Así que se acabaron los horóscopos y las estrellas,
y las invocaciones de espíritus que habitan en extrañas esferas.

¡A toda la brujería, dedico mi última despedida!

-Los caballos tocarán el violín antes de que yo vuelva a contar con vuestras artes arcanas.

Karadur empezó a llevarle la contraria:

-El hombre más ignorante es aquel que lo sabe todo. Sin las artes arcanas, ahora no tendrías una cabeza sobre los hombros para albergar esa sabiduría de la que alardeas. Un hombre honrado sólo da crédito a...

Pero Goania le interrumpió:

-Deja en paz al muchacho, compañero. Ha tomado una decisión, y desde su punto de vista, es la más apropiada. Cuando llegue a nuestra edad y la sangre corra por sus venas sin tanto ardor, quizá le atraigan más nuestros misterios. ¿Cuál será tu primer paso, Jorian? Los Cinco sin Rostro han ordenado que todos nosotros abandonemos Metouro por la mañana, antes de que destruyamos la ciudad con otro encantamiento mal dirigido.

Jorian sonrió.

-Tengo un caballo y una espada... ambos de calidad regular, pero no tengo dinero. Lo primero que haré será conseguir algo de esto último, y para ello necesitaré un sombrero. Mi gorro de piel y mi cucurucho de hechicero están enterrados en las ruinas de la torre.

-¿Un sombrero? -preguntó Karadur vagamente-. Supongo que podrías encontrar uno en la habitación de Vorko, arriba. Pero, ¿cómo puede un sombrero...?

-Ya lo veréis. -Jorian se levantó y se dirigió hacia las escaleras.

-¡Jorian! -le llamo Vanora-. Espera. -Cruzó apresuradamente la habitación y dijo en voz baja-: ¿Te marchas?

-Pronto.

-Bueno... eh... yo soy, como bien sabes, una compañera de viaje fuerte y útil...

Jorian negó con la cabeza.

-Gracias, Vanora, pero tengo otros planes. Ha sido muy interesante conocerte. No, no, no llores, niña; sólo lograrás enrojecerte la nariz para nada. Tengo que irme mañana, y mi rocín sólo puede llevar a una persona.

Subió las escaleras y enseguida volvió a aparecer con un sombrero de Vorko en la cabeza.

-¿Cómo has entrado en su habitación? –preguntó Goania.

Jorian sonrió.

-¿No sabes que con una pasada mística, todas las cerraduras se abren ante mí?

Ella echó un vistazo hacia donde estaba sentada Vanora junto a Boso con lágrimas rodando por sus mejillas. Vanora y su compañero miraban taciturnamente al vacío.

-Supongo que te ha pedido volver a ser tu amante otra vez, y que te has negado.

-Exactamente. Tres veces he estado a punto de ser asesinado por culpa de esa jovencita, y eso ya es más que suficiente. Yo no soy un héroe, sino un simple artesano... oh, está bien, padre Karadur, no diré el resto.

La mirada que Karadur había lanzado aJorian se suavizó, y el viejo mago dijo:

-Pero el sombrero... ¿Cómo...?

-Salid al mercado dentro de un rato, y veréis cómo lo hago. ¿No dijo el filósofo Achaemo que el hombre superior utiliza sus propios defectos y debilidades a su favor? ¡Adiós!

Media hora después, Karadur, Goania, Boso y Vanora fueron dando un paseo al mercado. Había dejado de llover, aunque los charcos de los adoquines todavía reflejaban la luz amarilla de los faroles. Alrededor de la Fuente de Drexis, en el centro de la plaza, había un numeroso grupo de gente. Cuando los cuatro se aproximaron, vieron que la muchedumbre rodeaba a Jorian, que estaba sentado en el bordillo de la fuente. En ese momento estaba diciendo:

-... y así termina la historia de Fusinian el Zorro y de su pala encantada. Y la moraleja es: "Causa más infortunios la estupidez que la villanía."

Jonian se abanicaba con el sombrero de Vorko, pues la noche era calurosa.

-¿Os gustaría oír otra? ¿Por ejemplo, la historia del ex rey Forimar y su esposa de cera? ¿Sí? Veamos entonces si podéis cebar la bomba un poco, para refrescar mi mala memoria...

Pasó el sombrero alrededor del círculo de gente, mientras resonaban las monedas.

-Un poco más de aceite, buena gente; el dinero es el aceite que lubrica la maquinaria del narrador. Ah, eso está mejor.

-Bueno, parece ser que después de que el rey Forimar el esteta abdicase en favor de su hermano Fusonio, un hombre organizó una exposición de figuras de cera en la ciudad de Kortoli. Este hombre, cuyo nombre era Zevager, pidió al antiguo rey que le permitiera hacer una efigie de Su Alteza y exponerla con el resto...